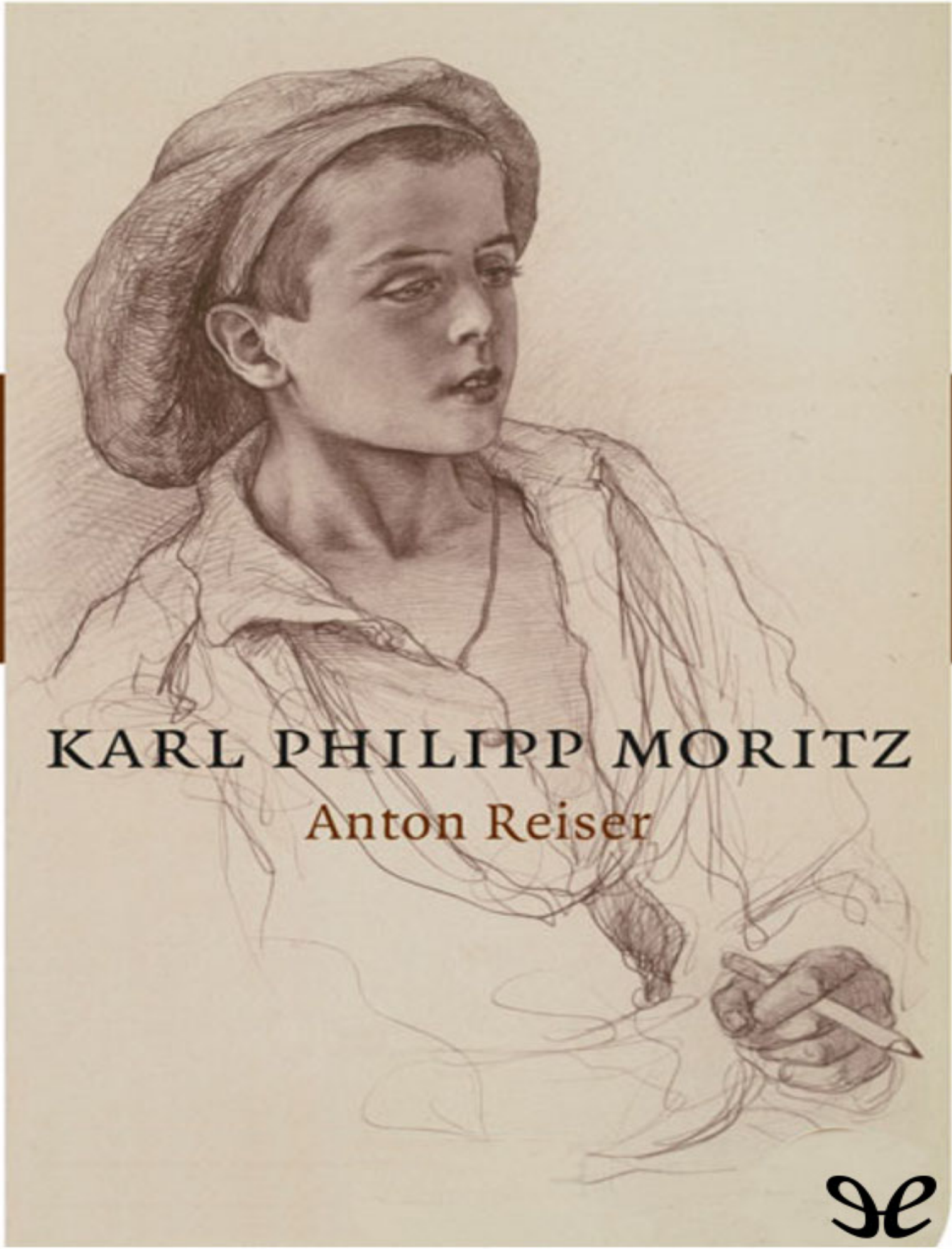


KARL PHILIPP MORITZ

Anton Reiser

La obra que presentamos aquí por primera vez al público de lengua castellana y que su autor calificó de «novela psicológica» es en realidad una autobiografía. Como Karl Philipp Moritz explica en el prólogo a la primera parte —la obra se publicó en cuatro entregas, la primera en 1785, la última en 1790—, la novela cuenta sobre todo la «historia interior» del protagonista y está escrita con una finalidad eminentemente pedagógica: ayudar al hombre a conocerse mejor a sí mismo. Aunque la denominación de «novela psicológica» no es del todo injustificada —no es ni crónica, ni memorias, apenas hay fechas que estructuren los hechos, el protagonista tiene un nombre ficticio, etc.— y el autor, sirviéndose de un procedimiento usual en el siglo XVIII, encubre los personajes y los lugares empleando solamente su letra inicial, los coetáneos supieron enseguida que se trataba de la biografía del autor, como bien demuestran las reacciones que siguieron a su publicación. La investigación posterior, por otra parte, identificó como reales a casi todos los personajes y estableció sin dejar lugar a dudas que los hechos narrados en aquella novela coincidían con los hechos de la vida del autor durante sus primeros veinte años.

OceanofPDF.com



Karl Philipp Moritz

Anton Reiser

Una novela psicológica

ePub r1.1
Titivillus 01.02.16

OceanofPDF.com

Título original: *Anton Reiser*
Karl Philipp Moritz, 1790
Traducción: Carmen Gauger
Introducción y notas: Carmen Gauger
Ilustración interior: Grabado de portada de la edición original de 1790

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



OceanofPDF.com





OceanofPDF.com

Introducción

OceanofPDF.com

La obra que presentamos aquí por primera vez al público de lengua castellana y que su autor calificó de «novela psicológica» es en realidad una autobiografía. Como Karl Philipp Moritz explica en el prólogo a la primera parte —la obra se publicó en cuatro entregas, la primera en 1785, la última en 1790—, la novela cuenta sobre todo la «historia interior» del protagonista y está escrita con una finalidad eminentemente pedagógica: ayudar al hombre a conocerse mejor a sí mismo. Aunque la denominación de «novela psicológica» no es del todo injustificada —no es ni crónica, ni memorias, apenas hay fechas que estructuren los hechos, el protagonista tiene un nombre ficticio, etc.— y el autor, sirviéndose de un procedimiento usual en el siglo XVIII, encubre los personajes y los lugares empleando solamente su letra inicial, los coetáneos supieron enseguida que se trataba de la biografía del autor, como bien demuestran las reacciones que siguieron a su publicación. La investigación posterior, por otra parte, identificó como reales a casi todos los personajes y estableció sin dejar lugar a dudas que los hechos narrados en aquella novela coincidían con los hechos de la vida del autor durante sus primeros veinte años.

Karl Philipp Moritz nació el 15 de septiembre de 1756 en la ciudad de Hameln (en español, «Hamelín», escenario del célebre y terrible cuento, basado en una leyenda medieval, «El flautista de Hamelín»), en la Baja Sajonia. Su padre, un modesto escribano, hombre iracundo y amargado, educa al niño según los severos principios de la espiritualidad pietista. En 1763, la familia se instala en Hannover. A los doce años, el joven Karl Philipp es colocado de aprendiz en Braunschweig, en casa de un sombrerero, pietista como el padre. Si bien aquel primer intento de aprender un oficio acabó en fracaso, el porvenir de Moritz, en una época de

inmovilismo social, aparecía sin otra perspectiva que la de vegetar ejerciendo algún oficio manual. Pero un hecho casual, la recomendación de un capellán militar, le hace obtener una ayuda del Príncipe Carlos de Mecklenburgo, regente en Hannover del rey Jorge III de Inglaterra («dinastía de los Hannover»). Con esa ayuda, el adolescente puede hacer estudios de bachillerato en el *Gymnasium* de Hannover. En *Anton Reiser* Moritz dejará un testimonio terrible e inolvidable de aquellos años de estudiante «sopista», en los que dependió de la caridad de numerosas personas (a las que él llama irónicamente «benefactores») que le ofrecían techo o comida, ya que su propio padre, que en principio rechazaba los estudios del hijo, se desentendió de él y se había trasladado a vivir al campo. Moritz-Reiser es un joven tímido, huraño, retraído, un perpetuo «out-sider», blanco de las burlas y el escarnio de sus compañeros, y él, que tiene lúcida conciencia de ello y que dispone además de una inteligencia privilegiada, se refugia en los estudios, en la lectura, en los primeros intentos literarios y, finalmente, en el teatro.

En la Alemania de las estribaciones del siglo XVIII, la pasión por el teatro, la «teatromanía», es un fenómeno real entre la juventud intelectual. Tal fenómeno tiene su razón de ser. A diferencia de Francia, donde la Ilustración tuvo un marcado carácter político que abocó finalmente a la abolición violenta del Antiguo Régimen, la *Aufklärung* alemana se mantuvo al margen de la política, y en los diminutos Estados alemanes, de estructura perfectamente feudal, el poder político continuaba, de modo exclusivo, en manos de la nobleza. Ante estas circunstancias, la actuación en escena, el oficio de actor, ofrece a la burguesía intelectual una posibilidad de evadirse de la estrechez y la falta de perspectivas de una sociedad feudal: en la escena se era un personaje público, allí se podía brillar y ser uno de esos grandes personajes que nunca se llegaba a ser en la vida, allí también se lograba, aunque de un modo efímero y transitorio, la emancipación y la libertad. Varios compañeros de estudios de Moritz se dedicaron al teatro, algunos de ellos, como Iffland, el que después sería célebre actor, con extraordinario éxito.

Moritz, cuya oscura vida diaria es más dura, más triste y angustiosa, que la de sus compañeros, intenta el mismo género de evasión: en 1776

abandona Hannover para enrolarse en una célebre compañía teatral. El intento es un fracaso, la dirección del teatro le rechaza. Vuelto a la realidad y habiendo conseguido nuevamente una ayuda oficial, empieza a estudiar teología en la universidad de Erfurt. Una segunda escapada, con el propósito de unirse a un nuevo grupo teatral, acaba en un nuevo fracaso. Y ése es también el final, abrupto y desolado, de la novela: Anton Reiser hace un largo viaje a pie para unirse en Leipzig a la compañía teatral y, llegado a aquella ciudad, comprueba que el director, falto de recursos, se ha dado a la fuga con los últimos dineros y que la compañía, «un rebaño disperso», acaba de disolverse.

¿Cómo continúa la vida real del autor? Moritz supera, esta vez definitivamente, la pasión por el teatro, estudia teología en Wittenberg y trabaja como profesor de segunda enseñanza primero en Potsdam, luego en Berlín. Publica su primer libro, *Conversaciones con mis alumnos*. Funda una revista con el título, sorprendentemente moderno, de *Revista de psicología empírica* («Magazin für Erfahrungsseelenkunde»). Ingresa en la masonería. Publica, escribe, enseña. Hace un viaje a pie por Inglaterra, del que deja constancia en una relación de viaje de considerable éxito. Viaja también —el sueño de todo alemán ilustrado— a Italia. En Roma traba amistad con Goethe, siete años mayor que él y su ídolo literario desde que leyera el *Werther* en los tristes años escolares de Hannover. Goethe le acoge en su casa de Roma, le ayuda económicamente y, de regreso a Weimar, contribuye con sus buenos oficios a que Moritz consiga una cátedra de Estética en la Academia de las Artes de Berlín. Es célebre y significativo el testimonio que Goethe ha dejado de él en su *Viaje a Italia*: «Es como un hermano mío menor, de mi misma índole, pero pisoteado y maltratado por ese destino que a mí me ha colmado de favores».

Moritz es consciente de sus numerosas inhibiciones, muy especialmente en el terreno erótico: con asombrosa sinceridad, confiesa repetidas veces en *Anton Reiser* que, con su físico poco agraciado, su vestimenta ridícula y su extraño carácter, jamás podrá ni soñar en agradar a mujer alguna. Pese a ello, se casa a los treinta y cinco años con una joven de dieciséis, que le engaña a los pocos meses, se va con otro hombre, y regresa finalmente a su

lado para cuidar al marido, enfermo de tuberculosis, hasta que éste muere, en 1793, a los treinta y seis años.

Una vida inmensamente productiva como escritor, periodista y crítico teatral, pedagogo, psicólogo, filósofo y teólogo, traductor, historiador del arte, lingüista. Todo ello en el espacio de nueve años —su primera publicación data de 1783—, pues las desgraciadas circunstancias de su vida no le permitieron a Moritz ser un autor precoz. Una obra inmensa, entre la que destaca, celebrado desde su aparición, el libro que bastaría por sí solo para convertir a su autor en uno de los grandes clásicos de la literatura alemana: *Anton Reiser. Anton Reiser* es una obra maestra y una obra excepcional. En primer lugar por su modernidad. Moritz es el primero que, mucho tiempo antes que Freud, busca en la primera infancia las claves del comportamiento; el primero que, dos siglos antes que Sartre, siente hasta la náusea el asco de la corporeidad y el hastío de la existencia; el primero que, un siglo antes de que naciera Knut Hamsun, describe minuciosamente la travesía del infierno del hambre. Asombroso en un joven de treinta años —sólo median diez años entre los hechos narrados al final de la novela y la publicación de la primera parte de ella— tal capacidad de introspección y de autocrítica. En sólo diez años, Moritz ha reflexionado y ganado la distancia suficiente para comprender y aceptar, en ocasiones con una autoironía sangrante, su extraño carácter, para vivir de nuevo su pasado contemplándolo desde un doble punto de vista: como un producto de su disposición natural y del medio ambiente que le tocó vivir. Ambos elementos se extienden en un mutuo condicionamiento, como un *leit-motiv*, a lo largo de la novela, dándole su carácter de ejemplaridad y de modernidad.

Paradójicamente, la novela que, por voluntad del autor, ha de contar prioritariamente la «historia interior» de una persona, la novela de la introspección radical, se convierte, por obra y gracia de ese condicionamiento recíproco entre carácter y mundo exterior, en la novela de la radical pintura social. Ninguna otra obra de la literatura alemana, ningún libro de historia social, le da al lector actual una visión tan cercana, tan inmediata, de la vida en los pueblos y pequeñas ciudades alemanas en las estribaciones del siglo XVIII. No hay estudio de fuentes sobre el trabajo

artesano y sobre lo que después se llamaría explotación de la clase trabajadora que pueda competir —es un ejemplo entre muchos— con el siguiente testimonio de Anton Reiser, impresionante por su sobriedad y su naturalidad, sobre su trabajo de aprendiz, cuando contaba doce años de edad, en casa del sombrerero Lobenstein:

> El sombrerero Lobenstein velaba por que en su casa reinase el orden, y allí todo funcionaba a toque de campana: trabajar, comer y dormir… La vida de Anton transcurría en aquella época de la siguiente manera: por la mañana, a partir de las seis, trabajaba esperando el desayuno, que ya degustaba siempre con la imaginación y que, cuando llegaba, consumía con el más sano apetito que pueda tener una persona, por más que no consistiese en otra cosa que en posos de café con algo de leche y un panecillo de dos peniques. Reanudaba luego sus tareas con renovadas fuerzas, y cuando la uniformidad del trabajo resultaba demasiado cansina, el pensar en el almuerzo aportaba nuevo interés a las horas de la mañana. Por la noche había, a lo largo de todo el año, un cuenco de fuerte cerveza fría. Estímulo suficiente para endulzar los trabajos de la tarde. Y luego, desde la cena hasta el reposo nocturno, el pensar en el próximo y anhelado descanso era lo que otra vez ponía una brizna de consuelo en lo desagradable y penoso del trabajo.

Quien lee *Anton Reiser* se ve transportado a una Alemania preindustrial, de caminos polvorientos, ciudades de angostas callejuelas y altas murallas, estamentos perfectamente definidos y diferenciados por la forma de vestir —¡cómo se avergüenza el joven Reiser de su pobre vestimenta!—, un mundo en el que la burguesía ilustrada, a la que Anton Reiser, gracias a sus lecturas, a su inteligencia y a una serie de circunstancias fortuitas llegará a pertenecer, acepta el absolutismo político y el orden social establecido, y se retira al terreno del intelecto y del espíritu: pocas épocas de la historia alemana han producido tal profusión de escritores, músicos, filósofos, teólogos. *Anton Reiser* es una fuente inagotable de informaciones, de detalles concretos sobre la vida alemana del siglo XVIII. El sistema de enseñanza, con la omnipresencia y la hegemonía absoluta, indiscutible, del latín («la lengua latina era la única materia con la que se podía conseguir fama y aplauso. Pues el único criterio para fijar el orden de los puestos era manejar bien el latín»); los rituales estudiantiles; la vida diaria del artesano; el mundo militar, con los reclutadores prusianos a la caza de jóvenes ingenuos; la vida angustiosa, en lucha por la supervivencia diaria, del estudiante pobre. Todo ello, en un ambiente y con un horizonte espiritual

que oscila entre el racionalismo de la *Aufklärung* y el sentimentalismo, intimista e introvertido, del pietismo protestante.

No es tarea fácil para el lector español, con un pasado histórico de un catolicismo monolítico, comprender lo que fue el panorama religioso del siglo XVIII en los Estados del Norte de Alemania, de confesión protestante. La esencia misma de la Reforma, el principio del libre examen —es decir, la libre interpretación de la Biblia— hizo que inmediatamente surgieran numerosas sectas, que no aceptaban la doctrina del luteranismo oficial, que tenían sus propias prácticas religiosas, pero que coexistían, sin recibir un anatema oficial, con la Iglesia luterana. Con la minuciosa descripción de una de estas sectas, los «quietistas» o «separatistas», seguidores de la doctrina de una mística francesa del siglo XVII, madame Guyon —célebre en su época por su amistad con Fénelon, quien simpatizó con sus ideas religiosas y la defendió ante el obispo Bossuet, pero muerta hacía tiempo y ya olvidada en su patria—, comienza la novela. No es casualidad que así sea. Porque a esa secta pertenecía también el padre de Anton Reiser, que educará a su hijo según los severos principios de madame Guyon.

Visto así, el libro no es sólo el primer «Bildungsroman», la primera «novela de aprendizaje» de la literatura alemana, sino también, en efecto, como afirma Michel Tournier en el prólogo a la edición francesa de *Anton Reiser* (París, 1986), la historia de una liberación. Pero esa liberación no es simplemente, como insinúa Tournier, una salida del oscurantismo, la opresión y la hipocresía, para irse integrando poco a poco —en una suerte de «*gradus ad Parnassum*»— en el radiante «siglo de las luces», sino una liberación dolorosa y nostálgica del mundo, un mundo también entrañable, de la infancia:

> Reiser regresó muy conmovido a casa y se propuso entregarse otra vez del todo a Dios… Recordaba con nostalgia el estado en que se había encontrado de muchacho, cuando conversaba con Dios y estaba siempre en ansiosa espera de las grandes cosas que iban a sucederle. Aquellos recuerdos tenían una extraordinaria dulzura, porque la novela que la piadosa imaginación de los creyentes crea en torno al ser supremo, de quien se creen, ora abandonados, ora acogidos de nuevo, y ora sienten un deseo ardiente y una sed de Él, ora se hallan en un estado de sequedad y vacío interior, tiene realmente algo sublime y grandioso y mantiene en perpetua actividad las facultades anímicas… Sus recuerdos se remontaron a aquellos tiempos felices en que, a su parecer, había empezado a marchar por el camino de perfección. Cuando ahora estaba muchas

> veces triste y malhumorado debido a las circunstancias de su vida…, la Biblia y los cánticos de madame Guyon, por lo atrayente de la oscuridad que en ellos imperaba, eran su único refugio.

Anton Reiser no es la autobiografía de un «disidente» ni un ajuste de cuentas del autor con la educación pietista de su infancia. El pasaje citado, uno entre muchos, basta para probar que la actitud del autor frente al mundo de su infancia es ambivalente. Y es esa tensión, esa dualidad, acompañada muchas veces de una mirada irónica llena de simpatía y de humor, uno de los mayores encantos de la novela. Karl Philipp Moritz, que es miembro de la masonería cuando escribe la novela y está ya perfectamente integrado en el mundo de la *Aufklärung*, sabe que la religiosidad pietista de su infancia, basada en la firme convicción de la justicia distributiva divina y en el trato ingenuo y personal, «de tú a tú», con un Dios misericordioso —el pobre y el oprimido, en último término, tenían siempre el consuelo de la otra vida— fue también el ancla de salvación que no le dejó caer en la desesperación y que, paradójicamente, le permitiría alcanzar la edad de la emancipación.

Esa emancipación es de orden personal e intelectual, sin trascender jamás a la esfera política. Como tantos jóvenes de la burguesía modesta de su época, el afán de liberación que siente Anton Reiser, queda limitado a un deseo de «conseguir fama y aplauso», de hacer impacto en las masas con la fuerza de la palabra: ser un gran predicador, como el pastor Paulmann, el héroe de su adolescencia, o un actor célebre, o tal vez, un gran escritor. En *Anton Reiser* no hay apenas síntomas de rebeldía social. Aunque el protagonista hace su aparición en la novela con la frase lapidaria: «En tales circunstancias nació Anton y de él cabe decir realmente que sufrió opresión desde la cuna», esa opresión, que pesa sobre él y sobre tantos otros personajes del libro —entrañables algunos, como el doctor Sauer o el zapatero Schantz— sólo le hace sentir un difuso malestar social que, en una única ocasión, tras haber sufrido un desplante por parte de un joven de la aristocracia a quien él daba clase, llega a concretarse en una oleada de rebeldía, digna de un monólogo de Segismundo: «Lo que le hacía odiar la vida era el sentimiento de la humanidad oprimida por las condiciones de vida de la burguesía… ¿Qué pecado había cometido él antes de nacer para no ser también una persona de la que tiene que ocuparse y a la que tiene que

servir otra serie de personas? ¿Por qué le había tocado a él trabajar y a otro pagar?».

Fuera de estos contados brotes de rebeldía, *Anton Reiser* es un libro apolítico. Sabemos, por una breve alusión en la propia novela y sobre todo por sus escritos posteriores, que hasta el viaje a Inglaterra, donde escuchó en el Parlamento a varios oradores célebres, no nació en Moritz un cierto interés por la política. En Alemania habrá que esperar a la generación de Georg Büchner, a los jóvenes liberales del *Vormärz* (el movimiento que, a partir de 1815, prepararía la Revolución de Marzo de 1848) para que el descontento con el orden social del Antiguo Régimen cristalizara en un pensamiento y en una actividad revolucionarias.

«*Habent sua fata libelli*». *Anton Reiser* fue muy bien acogido por sus coetáneos y siguió siendo conocido y estimado durante la primera mitad del siglo XIX: Heinrich Heine lo considera «uno de los más importantes monumentos» del pasado, Schopenhauer recomienda su lectura a maestros y educadores y E. T. A. Hoffmann alaba al autor por la profundidad de sus «conocimientos psicológicos». Pero en la segunda mitad del siglo, sobre todo a partir de la guerra franco-prusiana, fue cayendo en el olvido. Su contenido no armonizaba con aquella nueva Alemania unificada, próspera y victoriosa que vio en *Reiser* el producto sensiblero y lacrimógeno de un sentimental siglo XVIII.

Pero ya a principios del siglo XX hay un primer renacimiento de Karl Philipp Moritz. Las reediciones de *Anton Reiser* se suceden. Autores famosos, como Hermann Hesse y Walter Benjamin, recomiendan calurosamente su lectura. Es, sin embargo, la generación de los años setenta, la generación crítica y escéptica de un Thomas Bernhard, de un Peter Handke, una generación que desconfía de las grandes empresas colectivas y vuelve al terreno de la introspección radical, al viejo género de las «Confesiones», la que volverá a apreciar *Anton Reiser* en todo su valor, viendo en él una genial obra autobiográfica, equiparable a las *Confesiones* de Rousseau o a *Poesía y verdad* de Goethe.

Así lo han comprendido también los otros países europeos —Rusia, Inglaterra, Francia, Italia— que, en el curso de la última década han traducido (o vuelto a traducir) la novela a sus respectivos idiomas. Como

traductora, es para mí una gran satisfacción haber contribuido a hacer accesible esta gran obra al público hispanohablante.

CARMEN GAUGER

OceanofPDF.com



Anton Reiser

OceanofPDF.com

Parte primera

OceanofPDF.com

Prefacio

(1785)

Esta novela psicológica acaso pudiera recibir también el nombre de biografía, porque las observaciones están tomadas en su mayor parte de la vida real. Quien tenga experiencia de la vida y sepa que lo que en un principio parece pequeño e insignificante, con el paso del tiempo muchas veces puede adquirir gran relevancia, no desaprobará la aparente trivialidad de algunos de los hechos que aquí se narran. Tampoco hay que esperar gran diversidad de caracteres en un libro que cuenta sobre todo la historia interior de la persona: pues su objetivo no es diversificar la imaginación sino inducirla a concentrarse y hacer que el hombre contemple con mirada más penetrante su propia alma. Indudablemente, la tarea no es fácil y todo intento en este sentido no tendrá necesariamente el éxito deseado. Pero en cualquier caso, y sobre todo desde un punto de vista pedagógico, no será esfuerzo completamente baldío intentar que el hombre preste más atención al hombre y dé más importancia a su existencia individual.

OceanofPDF.com

En Pyrmont, lugar famoso por sus aguas medicinales, aún vivía en su quinta, en el año 1756, un noble que en Alemania era el jefe de una secta conocida por el nombre de quietistas o separatistas, cuyas doctrinas están contenidas sobre todo en los escritos de Madame Guyon, célebre mística que vivía en Francia en tiempos de Fénelon, a quien conoció y trató.

El señor von Fleischbein, así se llamaba aquel gentilhombre, vivía allí tan apartado de todos los demás habitantes del lugar, y de su religión, usos y costumbres, como su propia casa estaba separada de las de ellos por una elevada tapia que la circundaba por entero.

Constituía de por sí aquella mansión una pequeña república, en la que, sin lugar a dudas, regía una constitución completamente distinta de la que tenía validez en el resto del país. Todos los habitantes de la casa, incluido el más humilde de los criados, eran personas que no aspiraban o no parecían aspirar a otra cosa que a retornar a su «nada» (como lo llama Madame Guyon), a «aniquilar» todas sus pasiones y a erradicar toda «propiedad».

Todas aquellas gentes tenían que reunirse una vez al día en una gran sala de la casa para una especie de servicio religioso que había instituido el propio señor von Fleischbein y que consistía en que todos se sentaban en torno a una mesa, y con los ojos cerrados y la cabeza sobre la mesa, esperaban media hora a oír acaso dentro de ellos la voz de Dios o la «voz interior». Quien, al cabo, percibía algo, se lo comunicaba a los demás.

El señor von Fleischbein determinaba también lo que debían leer sus criados y cuando alguno de sus mozos o sirvientas tenía un cuarto de hora libre, se los veía siempre con alguno de los escritos de Madame Guyon en la mano, sobre la «oración interior» o algo semejante, sentados en actitud recogida y leyendo.

Todo, hasta las más pequeñas tareas domésticas, tenía en aquella casa una apariencia grave, severa y solemne. En todos los rostros se creería estar observando «aniquilación» y «negación de sí mismo», y en todas las actividades, «salida de sí mismo» y «entrada en la nada».

El señor von Fleischbein no había vuelto a casarse tras la muerte de su primera esposa, y vivía en aquella reclusión con su hermana, la señora von Prüschenk, para poder dedicarse por entero, libre de trabas, a la gran misión de propagar las doctrinas de Madame Guyon.

Un administrador, llamado H., y un ama de llaves y su hija, constituían por así decir el grado intermedio de la casa, y luego venía la servidumbre baja. Todas aquellas gentes estaban realmente muy unidas entre sí, y todos profesaban infinito respeto al señor von Fleischbein, que llevaba en verdad una vida intachable, por más que los habitantes del lugar contaran sobre él las historias más desagradables.

Se levantaba tres veces cada noche, a una hora precisa, para rezar, y de día pasaba la mayor parte del tiempo traduciendo del francés los escritos de Madame Guyon, que abarcan un gran número de volúmenes, editándolos por cuenta propia y distribuyéndolos después gratuitamente entre sus seguidores.

Las doctrinas contenidas en esos escritos se refieren sobre todo a las ya mencionadas salida total de sí mismo y entrada en una nada venturosa, a la completa eliminación de toda, así llamada, «propiedad» o «amor a sí mismo», y a un amor a Dios absolutamente desinteresado, que, para ser puro, no puede contener mezcla alguna de amor a sí mismo, surgiendo así finalmente una «quietud» perfecta y bienaventurada, que es la meta más excelsa de todas esas aspiraciones.

Ahora bien, como Madame Guyon no tuvo a lo largo de casi toda su vida otra actividad que la de escribir libros, sus escritos son tan asombrosa muchedumbre que el propio Martín Lutero apenas habría podido escribir más. Uno de ellos es una exégesis mística de toda la Biblia, que abarca alrededor de veinte volúmenes.

Aquella Madame Guyon sufrió mucha persecución y finalmente, teniéndose por peligrosas sus doctrinas, fue encarcelada en la Bastilla, donde murió a los diez años de cautiverio. Cuando abrieron su cabeza

después de muerta, hallaron como seco el cerebro. Hasta el día de hoy, por cierto, es venerada por sus adeptos como santa de primera magnitud, casi igual a Dios, y sus palabras son para ellos comparables a las de la Biblia. Pues se da por seguro que, al haber eliminado completamente toda «propiedad», se unió a Dios de forma que todos sus pensamientos se convirtieron necesariamente en pensamientos divinos.

El señor von Fleischbein había conocido los escritos de Madame Guyon en sus viajes por Francia, y la exaltación seca, metafísica, que impera en ellos, cautivó su espíritu hasta tal punto que se entregó a ellos con todo el celo con que, en otras circunstancias, probablemente se habría entregado al más sublime estoicismo, doctrina con la que las enseñanzas de Madame Guyon, en lo tocante a la total eliminación de todas las pasiones, etc., tiene muchas veces manifiesta semejanza.

También él era venerado como santo por sus adeptos, y se pensaba realmente de él que con una sola mirada podía ver en lo más hondo del alma de una persona.

A su casa llegaban peregrinaciones de todas partes y entre quienes iban al menos una vez al año a esa casa estaba también el padre de Anton.

Éste, criado sin verdadera educación, se casó muy pronto con su primera esposa, llevó siempre una vida bastante inconstante y vagabunda, y aunque tuvo de vez en cuando alguna inquietud religiosa, no le prestó excesiva atención. Hasta que, tras la muerte de su primera esposa, se hunde de pronto en sí mismo, se convierte en un hombre pensativo, y, como suele decirse, totalmente distinto, y durante su estancia en Pyrmont conoce primero, casualmente, al administrador del señor von Fleischbein y después, a través de éste, al propio señor von Fleischbein.

Éste va dándole poco a poco a leer los escritos de Madame Guyon, él va hallando gusto en ellos y pronto se convierte en declarado seguidor del señor von Fleischbein.

Sin embargo, dio en la idea de casarse de nuevo y conoció a la madre de Anton, quien pronto consintió en el casamiento, lo cual nunca hiciera de haber previsto la inmensa desdicha que se abatiría sobre ella en el estado matrimonial. Ella esperaba de su esposo más amor y atenciones de las que había recibido de sus familiares, pero ¡en qué horrible engaño incurrió!

Si la doctrina de Madame Guyon sobre la entera eliminación y erradicación de todas las pasiones, aun de las más sutiles y delicadas, se acordaba con el alma dura e insensible de su esposo, a ella le fue imposible convenir jamás con esas ideas, contra las que se rebelaba su corazón.

Ése fue el primer germen de toda la ulterior discordia matrimonial.

Su esposo empezó a menospreciar sus opiniones por no poder abarcar éstas los excelsos misterios que enseñaba Madame Guyon.

Aquel menosprecio se extendió después a todas sus otras opiniones, y cuanto más percibía ella eso, tanto más iba disminuyendo, necesariamente, el amor conyugal y aumentando día tras día el disgusto que sentían el uno por el otro.

La madre de Anton tenía hondo conocimiento de la Biblia y una noción bastante clara de su propio sistema religioso, sabía por ejemplo hablar con mucha edificación de que la fe sin obras es fe muerta, etc.

Leía la Biblia, realmente, horas enteras con íntimo deleite, pero cuando su esposo intentaba leerle alguno de los escritos de Madame Guyon, sentía una especie de temor que seguramente nacía de la idea de que aquello la apartaba de la fe verdadera. De modo que pronto trató de liberarse por todos los medios. Se sumaba a ello el hecho de que la frialdad y dureza de corazón de su esposo ella, en gran parte, lo ponía a cuenta de la doctrina de Madame Guyon, que empezó a maldecir cada vez más en su corazón y maldijo abiertamente cuando estalló del todo la discordia conyugal.

Así, la paz doméstica y la tranquilidad y el bienestar de una familia estuvieron perturbados durante años por aquellos desdichados libros, que probablemente no entendían ni el uno ni la otra.

En tales circunstancias nació Anton, y de él cabe decir realmente que sufrió opresión desde la cuna.

Los primeros sonidos que percibieron sus oídos y que captó su incipiente entendimiento fueron maldiciones recíprocas y execraciones de los indisolubles lazos del matrimonio.

Aunque tenía padre y madre, ya desde sus primeros años fue abandonado por ese padre y esa madre, al no saber a quién unirse, con quién quedarse, puesto que ambos se odiaban, y para él, sin embargo, tan próximo estaba el uno como la otra. En su primera infancia nunca saboreó

las caricias de unos padres cariñosos, ni su sonrisa de recompensa tras un pequeño esfuerzo.

Cuando entraba en la casa de sus padres, entraba en una casa de descontento, de ira, de lágrimas y de quejas.

Esas primeras impresiones nunca en su vida se borraron de su alma, convirtiéndola en punto de confluencia de negros pensamientos, que ninguna filosofía lograría desterrar.

Cuando su padre estaba luchando en el frente, durante la Guerra de los Siete Años, la madre de Anton se trasladó con él durante dos años a un pueblecito.

Allí Anton tuvo bastante libertad y pudo resarcirse un poco de lo que había sufrido en la primera infancia.

Las imágenes de los primeros prados que vio, de los campos de trigo que ascendían por una suave colina y estaban festoneados en lo alto por verdes matorrales, del monte azulado y de los diversos matorrales y árboles que al pie del mismo proyectaban su sombra sobre la verde hierba, volviéndose más y más espesos conforme se iba ascendiendo, siguen formando parte de sus más agradables pensamientos y constituyen por así decir la base de todas las engañosas imágenes que muchas veces concibe su fantasía.

¡Mas qué pronto transcurrieron aquellos dos felices años!

Había llegado la paz y la madre de Anton se trasladó con él a la ciudad, para reunirse con su marido.

La larga separación fue causa de una breve e ilusoria concordia conyugal, pero a aquella calma engañosa pronto siguió una tempestad tanto más violenta.

El corazón de Anton se deshacía de tristeza cuando tenía que decidirse por uno de sus progenitores, pareciéndole no obstante muchas veces como si su padre, a quien él solamente temía, tuviese más razón que su madre, a la que amaba.

Así su joven alma oscilaba constantemente entre odio y amor, entre temor y confianza en sus padres.

Cuando Anton aún no había cumplido ocho años, su madre dio a luz un segundo hijo, sobre el que recayeron desde entonces los pocos residuos de

amor paterno y materno, de forma que a partir de aquel tiempo él careció casi totalmente de cuidados y, siempre que hablaban de él, oía que lo nombraban con una suerte de menosprecio y desdén que se le metía en el alma.

¿De dónde pudo nacer en él ese ardiente deseo de que lo trataran con cariño, si nunca estuvo habituado a ello, y por consiguiente apenas podía tener entendimiento de tal cosa?

Pero al final, ese sentimiento acabó por atrofiarse considerablemente. Le parecía como si hubiese de ser reprendido de continuo, y una mirada amable que recibía alguna vez, era para él algo totalmente singular que no casaba bien con el resto de sus representaciones.

Sentía la íntima necesidad de hacer amistad con sus semejantes, y muchas veces, cuando veía a un niño de su edad, su alma entera se volcaba en él y habría dado cualquier cosa por ser su amigo. Mas el agobiante sentimiento del menosprecio que recibía de sus padres y el oprobio de sus vestidos pobres, sucios y destrozados, impedían que se atreviese a dirigir la palabra a un niño más feliz.

Así pues, vagaba casi siempre triste y solitario, porque casi todos los niños de la vecindad iban vestidos con más esmero, más limpieza y mejor que él, y por eso no querían tratarle, y con los que no eran así, por ir tan desaliñados y también quizás por un cierto orgullo de su parte, él no quería trato ninguno.

Así, no tenía a nadie con quien juntarse, ningún compañero de juegos infantiles, ningún amigo entre grandes y pequeños.

Cuando tenía ocho años de edad, su padre empezó a enseñarle un poco a leer y al final le compró dos libritos, uno de los cuales eran unas instrucciones para deletrear y el otro un tratado contra el deletreo.

En el primero, Anton tenía que deletrear sobre todo difíciles nombres bíblicos: Nabucodonosor, Abednego, etc., nombres de los que él no podía ni vislumbrar la imagen. Los progresos eran por eso algo lentos.

Pero en cuanto notó que las letras juntas expresaban verdaderamente ideas sensatas, su deseo de aprender a leer fue cada día más fuerte.

Su padre apenas le había dado unas horas de instrucción y he aquí que, ante el asombro de todos sus familiares, él aprendió solo en pocas semanas.

Todavía hoy recuerda con hondo placer la intensa alegría que sintió la primera vez que, con esfuerzo y deletreando mucho, logró leer unas líneas con las que pudo representarse algo.

Pero después no podía comprender cómo era posible que otras personas lograsen leer tan deprisa como hablaban; desesperó entonces completamente de la posibilidad de llegar tan lejos.

Tanto mayor fue entonces su gozo y asombro cuando también supo hacerlo al cabo de unas semanas.

Al parecer, aquello también le hizo ganar un poco la estima de sus padres, y más aún la de sus otros parientes, pero aunque a él no le pasó inadvertido tal hecho, nunca fue ésa la verdadera causa de su aplicación.

Sus ansias de lectura eran ahora insaciables. En el libro de deletrear, además de las citas bíblicas, había por fortuna algunos relatos sobre niños piadosos, que él leyó y releyó más de cien veces, aunque no tuviesen en sí mucho atractivo.

Uno de ellos trataba de un niño de seis años, que en tiempos de persecución no quiso renegar de la religión cristiana, sino que dejó que lo torturasen de la manera más espantosa, sufriendo martirio por la religión junto con su madre. Otro, sobre un niño malo que se convirtió en su vigésimo año de vida y murió al poco tiempo.

Le llegó el turno después al otro librito que contenía el tratado contra el deletreo, y Anton leyó con el mayor asombro que era perjudicial, y hasta pernicioso para el alma, enseñar a leer deletreando.

También halló en aquel libro instrucciones para los maestros sobre cómo habían de enseñar a leer a los niños, y un tratado sobre cómo producían los instrumentos del lenguaje los distintos sonidos. Por más árido que aquello le pareciese, falto de algo mejor, lo leyó todo por su orden con la mayor perseverancia.

Con la lectura se le había abierto de golpe un mundo nuevo, encontrando en él un gusto que le resarció en cierto modo de todo lo desagradable de su mundo real. Cuando en su entorno sólo había gritos y reproches y discordia familiar, y cuando él buscaba en vano un compañero de juegos, se precipitaba sobre su libro.

Así, ya muy pronto fue forzado a dejar el mundo natural infantil y a vivir en un mundo antinatural idealista, en el que su espíritu perdió la sensibilidad para las mil alegrías de la vida que otros pueden disfrutar con toda su alma.

Cuando sólo tenía ocho años, se le declaró una especie de enfermedad consuntiva. Quedó desahuciado y oía hablar constantemente de él como de quien ya es tenido por muerto. Lo cual siempre le parecía ridículo, o más bien, tal y como él se lo imaginaba entonces, el morir le parecía más ridículo que serio. Su prima, que parecía tenerle un poco más de afecto que sus padres, fue por fin con él a un médico, y un tratamiento de varios meses le devolvió la salud.

Llevaba apenas unos meses restablecido, cuando, paseando con sus padres por el campo, lo cual sucedía raras veces y tenía por eso un encanto especial para él, empezó a dolerle el pie izquierdo. Ése fue, después de vencida la enfermedad, su primer paseo y sería también el último que daría en mucho tiempo.

A los tres días, el tumor y la infección del pie se habían vuelto tan peligrosos que a los cuatro días ya se quería proceder a la amputación. La madre de Anton estaba sentada llorando, y el padre le dio al niño dos peniques. Ésas fueron las primeras muestras de compasión que, en sus recuerdos, tuvieron sus padres con él y que, por lo inusitado, le dejaron una impresión aún más fuerte.

El día anterior a la ya decidida amputación fue a ver a la madre de Anton un compasivo zapatero, que le trajo un ungüento, cuya aplicación hizo desaparecer el tumor y la infección del pie en el espacio de pocas horas. Así pues, no le cortaron el pie, pero no obstante la llaga tardó cuatro años en curar, en cuyo tiempo nuestro Anton se vio privado de nuevo, en medio de dolores con frecuencia indecibles, de todos los goces de la infancia.

La llaga a veces le impedía salir de casa durante tres meses seguidos, pues después de haberse cerrado algún tiempo, volvía a abrirse una y otra vez.

Con frecuencia gemía y se quejaba durante noches enteras y casi a diario, durante las curas, hubo de tolerar los más terribles dolores. Eso,

como es natural, lo alejaba todavía más del mundo y del trato con los de su edad y lo encadenaba cada vez más a la lectura y a los libros. Leía sobre todo cuando acunaba a su hermanito pequeño y si en aquel entonces le faltaba un libro era como si hoy le faltase un amigo: pues el libro era necesariamente amigo, consuelo y todo para él.

A los nueve años leyó, desde el principio hasta el fin, todas las partes históricas de la Biblia. Y cuando moría alguno de los personajes centrales, cuando moría Moisés, Samuel o David, él podía estar contristado días y días, hallándose en un estado como si se le hubiera muerto un amigo, tanto se encariñaba con las personas que habían hecho mucho en el mundo y adquirido renombre.

Así, Joab era su héroe y le dolía tener que pensar a veces mal de él. En especial, los rasgos de magnanimidad en la historia de David, cuando éste, teniendo en sus manos a su peor enemigo, le perdonaba la vida, le conmovió muchas veces hasta las lágrimas.

Cayó después en sus manos las *Vitae patrum* o «Vidas de los antiguos eremitas», por los que su padre sentía gran veneración, citándolos como autoridades en toda ocasión. Sus alocuciones morales solían empezar del siguiente modo: «Dice Madame Guyon», o «Aseguran San Macario o San Antonio», etc.

Los ermitaños, por disparatadas y extrañas que fuesen muchas veces sus historias, eran para Anton los modelos más dignos propuestos a la imitación, y durante algún tiempo no conoció deseo más sublime que asemejarse al gran santo de su nombre, a San Antonio, y como él, dejar padre y madre y huir a un desierto, que él esperaba hallar no lejos de las murallas de la ciudad, y al que una vez empezó a dirigirse de verdad, alejándose más de cien pasos de la casa de sus padres, y quizás hubiera continuado andando si los dolores del pie no le hubiesen obligado a regresar de nuevo. En alguna ocasión también empezó a clavarse realmente agujas y a lastimarse por otros procedimientos, para asemejarse así de alguna manera a los santos ermitaños, aunque dolores no le faltaban en modo alguno.

Cuando estaba dedicado a esa lectura, le regalaron un librito pequeño, de cuyo verdadero título no se acuerda, pero que trataba de un temprano temor de Dios y daba instrucciones sobre cómo hacer progresos en la

piedad ya entre los seis y los catorce años de edad. Así, los capítulos de aquel librillo se intitulaban: «Para niños de seis años», «Para niños de siete años», etc. Así pues, Anton leyó el capítulo «Para niños de nueve años» y halló que todavía era tiempo de convertirse en persona piadosa, pero que ya había perdido tres años.

Aquello puso en entera conmoción el alma de Anton, quien tomó una tan firme determinación de convertirse como raras veces la toman los adultos. A partir de aquel momento cumplió exactísimamente todo lo que indicaba el libro sobre oración, obediencia, paciencia, orden, etc., y se reprochaba como pecado casi cualquier paso dado con excesiva rapidez. Cuán avanzado no estaré yo, pensaba, dentro de cinco años, si persevero en mi propósito. Pues aquel librito presentaba los progresos en la piedad casi como cosa de ambición, al igual que uno se alegra, por ejemplo, de haber pasado de una clase a la siguiente.

Cuando él, cosa natural, se olvidaba a veces de sus propósitos y, si sentía algún alivio en el pie, saltaba o correteaba de un lado a otro, tenía enormes remordimientos y le parecía como si hubiese vuelto a descender algunos peldaños.

Aquel librito tuvo durante mucho tiempo una fuerte influencia en sus obras y pensamientos: pues lo que él leía, trataba también de llevarlo enseguida a la práctica. Por eso cada día de la semana leía muy cuidadosamente la oración matutina y vespertina, porque decía el catecismo que era menester leerla. Tampoco olvidaba hacer al mismo tiempo la señal de la cruz y rezar el «Gobierne Dios»,[1] como mandaba el catecismo.

Aparte de eso no veía mucha piedad en torno a él, aunque oía hablar continuamente de ella y su madre le daba la bendición todas las noches y nunca olvidaba hacerle a Anton la señal de la cruz antes de dormirse.

El señor von Fleischbein había traducido al alemán, entre otras cosas, los *Cánticos espirituales* de Madame Guyon, y el padre de Anton, que tenía talento para la música, les ponía melodías que solían tener un ritmo rápido y alegre.

Cuando alguna vez venía a acontecer, por ejemplo, que el padre regresaba otra vez a casa, al cabo de una larga separación, la esposa se dejaba persuadir y cantaba también algunos de esos cánticos, que él

acompañaba con la cítara. Aquello solía ocurrir poco después de la primera alegría del encuentro, y tales horas fueron seguramente las más felices de su vida matrimonial.

En esas ocasiones, Anton era el más alegre y con frecuencia él también cantaba lo mejor que podía aquellos himnos, que eran un signo de la tan rara armonía y avenencia entre sus padres.

Después, cuando su padre le consideró con la suficiente madurez para tales lecturas, le entregó esos cánticos y se los hizo aprender en parte de memoria.

Y en verdad, pese a la torpe traducción, aquellos cánticos seguían teniendo tal dulzura para el alma, una tan inimitable suavidad en la expresión, un tan tierno claroscuro en la exposición y tal irresistible atractivo para un alma sensible, que la impresión que causaron en el corazón de Anton dejó en él una huella indeleble.

En horas solitarias en que se creía abandonado de todo el mundo, con frecuencia hallaba consuelo en uno de esos cánticos que trataban de la venturosa salida de sí mismo y del dulce anonadamiento ante el manantial primigenio de la existencia.

Así, sus representaciones infantiles le procuraban ya entonces una especie de paz celestial.

Una vez, sus padres habían sido invitados por el dueño de la casa en que vivían a una pequeña fiesta familiar. Anton veía desde la ventana cómo iban llegando a la fiesta los niños de los vecinos, primorosamente ataviados, mientras que él había tenido que quedarse solo en el cuarto por avergonzarse sus padres de su pobre atuendo. Cayó la noche y empezó a sentir hambre, y sus padres no le habían dejado ni un trozo de pan.

Mientras que estaba arriba llorando, subía hasta él desde abajo el alegre alboroto. Abandonado de todos, sintió primero una suerte de amargo desprecio de sí mismo, que sin embargo pronto se convirtió en inefable melancolía, al abrir al azar el libro de cánticos de Madame Guyon y encontrar uno que parecía convenir a su estado. Un anonadamiento como el que sentía él en aquel instante, debía haber previamente, según el cántico de Madame Guyon, antes de perderse en el abismo del amor divino como se pierde una gota en el océano. Pero cuando el hambre empezó a ser

insoportable, las consolaciones de Madame Guyon ya no le servían de ayuda, y se atrevió a bajar donde sus padres se regalaban en compañía de mucha gente. Anton abrió un poquito la puerta y pidió a su madre la llave de la despensa y permiso para tomar un poco de pan, pues tenía mucha hambre.

Aquello produjo primero gran hilaridad y después la compasión de la tertulia, a más de cierta indignación contra sus padres.

Le llevaron a la mesa con los otros y le pusieron delante los mejores bocados, lo cual le procuró, indudablemente, un género de gozo muy diferente del que le habían procurado antes los cánticos de consolación de Madame Guyon.

Pese a todo, aquel gozo hecho de melancolía y de lágrimas siguió teniendo una cierta fuerza de seducción y Anton se entregaba a él poniéndose a leer los cánticos de Madame Guyon siempre que no se le cumplía un deseo o que le esperaba una aflicción, cuando, por ejemplo, sabía por anticipado que le iban a curar el pie y a frotarle la llaga con piedra infernal. El segundo libro que su padre le dio a leer después de los cánticos de Madame Guyon, fue una *Guía para la oración interior*, de la misma autora.

Allí se mostraba cómo era posible llegar poco a poco a conversar directamente con Dios y a percibir claramente en el corazón su voz, o la verdadera «palabra interior», que era, a saber, procurando liberarse lo más posible de los sentidos desde un principio y ocuparse de sí mismo y de los propios pensamientos, o aprendiendo a meditar. Pero todo eso también tenía que cesar e incluso había que olvidarse de sí mismo, antes de poder percibir en el interior de uno mismo la voz de Dios.

Anton siguió esas instrucciones con toda aplicación, pues tenía verdaderas ansias de oír dentro de sí algo tan maravilloso como la voz de Dios.

Así que permanecía durante media hora con los ojos cerrados, para ausentarse del mundo de los sentidos. Su padre hacía lo mismo, muy a pesar de su madre, la cual sin embargo no se preocupaba de Anton, por no considerarle capaz de poner en práctica ninguna idea que le viniera a la mente durante esos momentos.

Pronto hizo Anton tales progresos que se creyó bastante liberado de los sentidos, y entonces empezó a platicar realmente con Dios, con quien pronto tuvo un trato bastante familiar. A lo largo del día, durante sus solitarios paseos, en sus actividades e incluso en sus juegos, hablaba con Dios, siempre, indudablemente, con una especie de amor y de confianza, pero también como se habla más o menos con una persona del mismo nivel, con alguien con quien no se gastan muchos cumplidos, y a él siempre le parecía que Dios le respondía realmente esto o aquello.

Por otra parte, no todo marchaba tan bien que Anton no sintiera de vez en cuando cierto descontento, cuando por ejemplo se le frustraba algún juego inocente o algún otro deseo. Decía entonces muchas veces: «¡Mira que no concederme ni siquiera esta pequeñez!». O también: «¡Eso podrías haberlo permitido, a poco que hubiera sido posible!». Y así, Anton no se hacía reproches si a veces, a su manera, andaba como un poco enfadado con Dios. Pues aunque los escritos de Madame Guyon no decían nada al respecto, él creía que el trato familiar incluía también eso.

Todos aquellos cambios interiores le acaecieron entre los nueve y los diez años. Durante ese tiempo, debido al padecimiento del pie, su padre también le llevó a las aguas medicinales de Pyrmont. Cómo se alegraba él de poder conocer personalmente al señor von Fleischbein, de quien su padre hablaba constantemente con tales muestras de veneración que parecía tratarse de un ser sobrenatural, y cómo se alegraba de poder dar cuenta de sus grandes progresos en la beatitud interior. Su fantasía imaginaba allí una especie de templo, donde él sería consagrado sacerdote y de donde regresaría como tal, para asombro de todos los que le conocían.

Fue aquél el primer viaje que hizo con su padre, quien durante el camino fue algo más bondadoso y se ocupó de él más que en casa. Anton contempló entonces la naturaleza en toda su inefable belleza. Los montes en torno a él, cerca y lejos, y los suaves valles, cautivaron su alma y la inundaron de una melancolía nacida en parte de su expectación ante las grandes cosas que allí iban a acontecerle.

Lo primero que hizo al llegar fue dirigirse con su padre a la mansión del señor von Fleischbein, donde el padre habló primero con el administrador,

el señor H., le abrazó y le besó, y éste a su vez le dio la más cariñosa bienvenida.

Cuando Anton entró en la casa del señor von Fleischbein, estaba fuera de sí de alegría, pese a lo mucho que le dolía el pie después del viaje. Aquel día lo pasó en la habitación del señor H., con quien en lo sucesivo cenaría todas las noches. Por lo demás, en la casa se ocupaban de él mucho menos de lo que había esperado.

Continuaba ejercitándose en la oración interior con todo celo. Pero, claro, era inevitable que a veces aquellos ejercicios tomaran un giro bastante infantil. Detrás de la casa en que su padre se alojaba en Pyrmont, había un gran huerto: encontró allí casualmente una carretilla y se divertía llevándola por todo el huerto.

Para justificar tal cosa, pues empezaba a considerarla pecaminosa, se le ocurrió una idea curiosísima. En los libros de Madame Guyon y en otros escritos había leído mucho sobre Jesusito, de quien se decía allí que estaba en todas partes y que se podía tener trato con él en todo momento y lugar.

El diminutivo hizo que él se lo representara como un niño, algo más pequeño que él, y si él ya tenía tanta familiaridad con Dios mismo, por qué no iba a tenerla mucho más con ése su hijo, quien, en eso confiaba, no se negaría a jugar con él y no tendría por tanto nada que objetar si él quería darle unos paseos en carretilla.

De modo que se consideró muy dichoso por poder pasear en la carretilla a tan excelso personaje, procurándole así gusto y deleite. Y como el personaje era criatura de su imaginación, hacía con él lo que quería, divirtiéndole con esos paseos, más largos o más cortos, y diciendo también alguna vez con la mayor reverencia, siempre que estaba fatigado de las carreras: «Aunque me gustaría mucho, ahora me resulta imposible seguir paseándote».

Al final, él veía aquello como una especie de servicio religioso y ya no consideraba pecado el entretenerse la mitad del día con la carretilla.

Mas he aquí que, con el consentimiento del señor von Fleischbein, le dieron después un libro que le introdujo en un mundo completamente nuevo y distinto. Era la *Acerra philologica*.[2] Allí leyó ahora la historia de Troya, de Ulises, de Circe, del Tártaro y del Elíseo y muy pronto tuvo

conocimiento de todos los dioses y diosas del paganismo. Al poco tiempo y también con el consentimiento del señor von Fleischbein, le dieron a leer el *Telémaco*, quizás porque su autor, el señor de Fénelon, había tenido trato con Madame Guyon.

La *Acerra philologica* fue para él una buena preparación a la lectura del *Telémaco*, pues a través de aquel libro se enteró perfectamente de todo lo relativo a los dioses, interesándose ya por la mayoría de los héroes que volvería a encontrar en el *Telémaco*.

Anton leyó aquellos libros varias veces consecutivas con la mayor avidez y verdadero embeleso, sobre todo el *Telémaco*, en el que gustó por vez primera de los encantos de un relato bello y coherente.

El pasaje que le causó más viva emoción en todo el *Telémaco* fue la conmovedora alocución del viejo Mentor al joven Telémaco, cuando, a punto de confundir éste, en la isla de Chipre, la virtud con el vicio, se le apareció otra vez de pronto su fiel Mentor, a quien ya consideraba perdido desde hacía mucho tiempo y cuya triste mirada lo estremeció hasta lo más hondo de su alma.

Aquello, sin duda alguna, le procuró a Anton mucho más deleite que la historia sagrada y que todo lo que había leído antes en las *Vitae patrum* y en los escritos de Madame Guyon. Y como, en el fondo, nadie había dicho nunca que lo uno era verdadero y lo otro falso, no tuvo reparo alguno en creerse realmente la historia de los dioses paganos con todo lo que en ella acontecía.

Pero tampoco podía rechazar lo que decía la Biblia, tanto más cuanto que aquello había dejado las primeras impresiones en su espíritu. Buscó, pues, el único remedio que le quedaba, que fue aunar en su mente del mejor modo posible los diferentes sistemas, fundiendo así la Biblia con el *Telémaco*, las *Vitae patrum* con la *Acerra philologica* y el mundo pagano con el cristiano.

La primera persona de la Trinidad y Júpiter, Calipso y Madame Guyon, el cielo y el Elíseo, el infierno y el Tártaro, Plutón y el diablo, hicieron nacer en él la más singular combinación de ideas que seguramente haya existido jamás en cerebro humano.

Ello dejó una tan fuerte impresión en su ánimo que mucho tiempo después seguía sintiendo una cierta veneración por las divinidades paganas.

Desde la casa donde se alojaba el padre de Anton hasta las fuentes medicinales y la alameda contigua había un camino bastante largo. Pese a ello, Anton arrastraba hasta allí su pie dolorido, con su libro bajo el brazo, y se sentaba después en un banco de la alameda, donde con la lectura olvidaba poco a poco el dolor, hallándose enseguida, no sólo en aquel banco de Pyrmont, sino en una isla de altos palacios y torres o en medio de la más enconada batalla.

Con una especie de melancólico deleite leía entonces que los héroes morían en el combate, y le dolía, sí, pero le parecía que tenían que morir.

Aquello también influyó mucho seguramente en sus juegos infantiles. Un lugar lleno de ortigales o de cardos de gran altura eran para él otras tantas cabezas enemigas, entre las que a veces causaba enormes estragos, rebanándolas una tras otra con un palo.

Cuando caminaba por el prado, procedía a una separación y, mentalmente, hacía marchar a dos ejércitos de flores blancas o amarillas el uno contra el otro. A las más grandes les daba los nombres de sus héroes, y una de ellas se llamaba como él. Hacía surgir luego una especie de hado ciego y cerrando los ojos golpeaba con su palo donde acertaba. Cuando volvía a abrir los ojos veía el horrible estrago, acá yacía un héroe y allá había otro tendido en el suelo, y muchas veces, con una curiosa sensación, triste y sin embargo agradable, se descubría a sí mismo entre los caídos.

Lloraba luego algún tiempo a sus héroes y abandonaba el feroz campo de batalla. En su ciudad, no lejos de la casa de sus padres, había un cementerio, donde él, con férreo bastón de mando, acaudillaba una generación entera de flores y plantas y todos los días, sin falta, pasaba revista a sus tropas.

Cuando regresó de Pyrmont a casa, recortó en papel todos los héroes del *Telémaco*, los dibujó, conforme a los grabados al cobre, con casco y coraza y les hizo permanecer varios días en orden de batalla, hasta que, finalmente, decidió su destino y con crueles cuchilladas causó un estrago entre ellos, partiéndoles a éste el casco, a aquél la cabeza, y no viendo en torno a él otra cosa que muerte y destrucción.

Así que siempre que jugaba, aunque fuese con huesos de cerezas y de ciruelas, todo acababa en ruina y estrago. Sobre esos huesos también actuaba el hado ciego, cuando él hacía que se enfrentaran dos especies diferentes y después, con los ojos cerrados, dejaba caer sobre ellos el martillo de hierro, y a quien le tocaba le tocaba.

Cuando mataba moscas con el matamoscas, lo hacía con una especie de solemnidad, tocándole antes a muerto a cada una de ellas, con un trozo de latón que tenía en la mano. La mayor diversión consistía en prender fuego a un pueblo de casitas de papel y observar después, con solemne gravedad y melancolía, el montón de cenizas que quedaba.

Sí, cuando en la ciudad en que vivían sus padres, ardió una vez realmente una casa por la noche, en medio del susto sintió una especie de secreto deseo de que no apagasen el fuego tan pronto.

Tal deseo no provenía en modo alguno de una alegría por el daño ajeno, sino de un oscuro deseo de que hubiese grandes cambios, migraciones y revoluciones, de que todas las cosas adquiriesen una muy distinta configuración y cesara la uniformidad de su vida.

Hasta el pensar en su propia destrucción, no sólo le resultaba agradable sino que le causaba una especie de sensación de placer, cuando muchas veces, antes de dormirse por la noche, se representaba vivamente la disolución y descomposición de su cuerpo.

Los tres meses que Anton pasó en Pyrmont fueron en muchos aspectos muy ventajosos para él, pues gozó casi siempre de libertad y tuvo la suerte de permanecer otra vez lejos de sus padres por ese breve tiempo, pues su madre se había quedado en casa y su padre tenía otras ocupaciones en Pyrmont y a él no le prestaba mucha atención. Sin embargo, cuando lo veía alguna vez, se comportaba con él mucho más bondadosamente que en casa.

En la casa donde vivía el padre de Anton se alojaba asimismo un inglés que hablaba bien alemán y que se ocupó de él más de lo que nadie se había ocupado antes, pues hasta empezó a enseñarle inglés hablando simplemente con él, y se alegraba de sus progresos. Conversaba con él, paseaba con él y al final casi no podía estar sin él.

Fue aquél el primer amigo que tuvo Anton en el mundo, y se despidió de él lleno de tristeza. El inglés le entregó al marcharse un medallón de

plata, para que lo guardase como recuerdo hasta que fuese alguna vez a Inglaterra, donde su casa estaría abierta para él. Quince años después, Anton viajó, en efecto, a Inglaterra y todavía conservaba el medallón, pero el primer amigo de su infancia había muerto.

En cierta ocasión, Anton tenía que ocultar la presencia de ese inglés a un forastero que deseaba verle, y decir que no estaba en casa. No hubo manera de hacérselo decir, porque no quería mentir.

Aquello le hizo ganarse el respeto de los demás, pero fue justamente uno de los casos en que él quiso parecer más virtuoso de lo que realmente era, pues una mentira por necesidad no solía importarle tanto. Pero su verdadero combate interior, en que sacrificaba muchas veces sus más inocentes deseos a un imaginario enojo del ser divino, eso nadie lo notaba.

De todos modos, el cariñoso trato de que fue objeto en Pyrmont le infundió aliento y remontó un poco su ánimo abatido. Le tenían lástima por sus dolores en el pie, en la casa de von Fleischbein le acogían amablemente, y el señor von Fleischbein le besaba en la frente siempre que lo encontraba por la calle. Tales encuentros eran para él algo extraordinario y emocionante que le despejaba otra vez la frente, le hacía abrir más los ojos y le alegraba el alma.

En aquella época empezó también a cultivar la poesía, y a componer versos sobre todo lo que veía y oía. Tenía dos hermanastros, que aprendían ambos el oficio de sastre en Pyrmont, y cuyos maestros eran asimismo seguidores de la doctrina del señor von Fleischbein. Anton se despidió de ellos muy emocionado, con versos que él mismo había escrito y aprendido de memoria, y también de la casa de von Fleischbein. A decir verdad, Anton no regresó del viaje a Pyrmont como él había esperado, pero en aquel breve periodo se había convertido en una persona muy diferente y su universo mental se había vuelto mucho más amplio.

Pero una vez en casa, debido a la renovada discordia de sus padres, a la cual seguramente contribuyó en gran parte la llegada de sus dos hermanastros, y debido a las riñas y gritos incesantes de su madre, pronto quedaron borradas las buenas impresiones recibidas en Pyrmont y sobre todo en la casa de von Fleischbein, y se halló de nuevo en su antigua y

desairada situación, con lo que su carácter también se volvió sombrío y misantrópico.

Cuando los dos hermanastros de Anton se pusieron pronto en camino para iniciar su recorrido,[3] retornó la paz doméstica por algún tiempo, y ahora el padre de Anton le leía no los escritos de Madame Guyon, sino partes del *Telémaco,* o comentaba algunos capítulos de la historia antigua o moderna, en la que estaba realmente muy versado. Pues, además de su música, en la que estaba muy avanzado en la parte práctica, convertía constantemente la lectura de libros útiles en estudios propios, hasta que los escritos de Madame Guyon acabaron por eliminar todo lo demás.

Hablaba por ello también una especie de lenguaje libresco, y Anton recuerda todavía muy exactamente que cuando él tenía siete u ocho años, muchas veces escuchaba con toda atención lo que decía su padre, y que se extrañaba de no entender una sola sílaba de las palabras que terminaban en «dad», en «dez» y en «ión», siendo así que él entendía las demás cosas que se hablaban.

El padre de Anton era también un hombre de agradable trato fuera de casa y sabía conversar amablemente con toda clase de gentes sobre toda clase de materias. Y el matrimonio acaso hubiera marchado mejor si la madre de Anton no hubiese tenido la desgracia de sentirse ofendida muchas veces y de complacerse en sentirse ofendida, aunque no lo estuviese realmente, sólo para tener de qué entristecerse y ofenderse y para sentir una cierta compasión de sí misma, en lo cual parecía complacerse.

Desgraciadamente, tal enfermedad parece haber sido heredada por su hijo, quien todavía hoy tiene que luchar contra ella, muchas veces en vano.

Ya de niño, cuando repartían alguna cosa entre todos y a él le ponían lo suyo delante sin decir que era su parte, él prefería dejarlo sin tocar aun sabiendo que estaba destinado a él, sólo por sentir el placer de sufrir una injusticia y poder decir que a todos los demás les habían dado algo y a él nada.

Si ya tenía Anton un sentimiento tan fuerte de la injusticia imaginaria, tanto más fuerte era su sentimiento de la injusticia real. Y ciertamente, nadie percibe la injusticia con más intensidad que los niños, y a su vez, a

nadie se le puede hacer más fácilmente una injusticia: un aserto que todos los pedagogos deberían tomar en consideración día tras día y hora tras hora.

Anton podía estar reflexionando muchas veces durante horas, sopesando con toda precisión las razones a favor y en contra de si su padre le había castigado justa o injustamente.

Después, a los once años, gozó por primera vez del placer inefable de la lectura prohibida.

Su padre era enemigo declarado de todas las novelas, y amenazaba con echar inmediatamente al fuego un libro de ese género si llegaba a encontrarlo en su casa. A pesar de ello, Anton se procuró a través de su prima *La bella Banise,*[4] *Las mil y una noches* y *La isla de Felsenburg,*[5] que leyó a hurtadillas —aunque a sabiendas de su madre— en su cuarto, devorándolos con una especie de ansia insaciable.

Fueron aquéllas algunas de las horas más agradables de su vida. Cuando entraba su madre, ésta sólo le amenazaba con la llegada del padre, sin prohibirle ella misma la lectura de unos libros que antaño le habían procurado a ella un placer igual de maravilloso.

El relato de la isla de Felsenburg impresionó muchísimo a Anton. Pues a partir de entonces y durante algún tiempo, sus pensamientos no tuvieron meta menos ilustre que la de querer representar un gran papel en el mundo y tener siempre en derredor suyo, primero un círculo reducido de personas, luego otro cada vez mayor, siendo él el centro de ese círculo, el cual se hacía cada vez más amplio, y su desenfrenada imaginación acababa incluyendo en el ámbito de su existencia a animales, plantas y criaturas inanimadas, en una palabra, todo lo que le rodeaba, y todo tenía que moverse en torno a él, único punto central, hasta que sentía vértigo.

En aquel entonces, aquel juego imaginativo le procuró muchas veces a Anton horas tan placenteras como nunca llegaría a disfrutar después.

Su imaginación fue, pues, fuente de casi todos los padecimientos y gozos de su infancia. ¡Cuántas veces, estando encerrado en el cuarto en un día gris, lleno de tedio y hastío, y entrando un rayo de sol por alguna ventana, no le vinieron de pronto a la mente imágenes del Paraíso, del Elíseo o de la isla de Calipso, que le embelesaban durante horas enteras!

Pero también recuerda desde la edad de dos o tres años los tormentos infernales que, despierto o dormido, le infligían los cuentos de su madre y de su prima, cuando, en sueños, ora veía en torno a él personas conocidas que de pronto, con rostros espantosamente desfigurados, le hacían muecas, ora subía una empinada y lóbrega escalera y una figura horrible le impedía volver, o incluso el demonio, ora como gallina salpicada de manchas, ora como paño negro, se le aparecía en la pared.

Cuando todavía vivía con su madre en la aldea, cualquier vieja le infundía miedo y horror, tanto era lo que constantemente oía contar sobre brujas y hechizos. Y cuando el viento silbaba a veces a través de la choza, con extraño murmullo, su madre llamaba a aquello en sentido alegórico, sin poner más intención, «el hombre sin manos».

Pero no lo hiciera de haber sabido cuántas horas terribles y cuántas noches insomnes haría pasar a su hijo, aún mucho tiempo después, aquel hombre sin manos.

En especial las cuatro últimas semanas antes de Navidad, fueron siempre para Anton un purgatorio, a cambio del cual hubiese renunciado gustoso al abeto ornado de candelas y engalanado con manzanas y nueces plateadas.

No pasaba día en que no se oyese un extraño fragor, como de campanas, o un arañar en la puerta, o una voz sorda, que anunciaba al acompañante del Niño Jesús, al siervo Ruprecht, a quien Anton, con toda seriedad, tomaba por un espíritu o ser supraterrenal, y así, durante todo aquel tiempo, tampoco había noche en que no se despertara asustado y con la frente empapada de sudor.

Aquello duró hasta los ocho años, edad en que su fe en la realidad del siervo Ruprecht, y también en la del Niño Jesús, empezó a tambalearse.

Le trasmitió asimismo su madre un temor infantil a la tormenta. Su único recurso era entonces juntar las manos con la mayor fuerza posible y no volverlas a separar hasta pasada la tormenta. Eso, además de la cruz que hacía al santiguarse, era su recurso y como una fuerte protección, siempre que dormía solo, por creer entonces que ni el diablo ni los fantasmas podían hacerle mal alguno.

Su madre empleaba una expresión curiosa, y era que a quien quiere huir de los fantasmas, le crecen los talones. Él tomaba aquello al pie de la letra, cuando creía ver en la oscuridad algo semejante a un fantasma. Solía también decir ella de alguien que estaba muriéndose que ése ya casi tenía la muerte en la lengua. Anton lo tomaba asimismo en un sentido literal, y cuando murió el marido de su prima, él se quedó junto a la cama con los ojos clavados en la boca, para descubrir la muerte, más o menos como figurita negra, en la lengua de aquél.

La primera representación más allá de su horizonte infantil la tuvo hacia los cinco años de edad, cuando vivía con su madre en la aldea y ella estaba una noche con una anciana vecina, con él y sus hermanastros, sola en la habitación.

La conversación vino a recaer en la hermanita de Anton, muerta recientemente, en su segundo año de vida, de lo cual su madre no pudo consolarse casi durante un año entero.

«¿Dónde estará Julita ahora?», dijo ella tras una larga pausa, y volvió a guardar silencio. Anton miró hacia la ventana, donde, por ser muy oscura la noche, no se vislumbraba luz alguna, y por vez primera sintió la extraña limitación que hacía su existencia de entonces casi tan distinta de la actual como el existir del no-existir.

«¿Dónde estará Julita ahora?», pensaba él, imitando a su madre, y por su conciencia pasaron con la velocidad del rayo proximidad y lejanía, estrechez y anchura, presente y futuro. Lo que sintió entonces no hay pluma que lo describa. Mil veces, pero nunca con ese ímpetu de la primera vez, renació aquel sentimiento en su alma.

¡Cuán grande es la dicha de la limitación, de la que sin embargo intentamos huir con todas nuestras fuerzas! Es como una isla pequeña y feliz en medio del mar tempestuoso. Dichoso quien puede reposar seguro en su regazo, a ése no le despiertan peligros, no le amenazan tormentas. ¡Mas ay de quien, impulsado por una malhadada curiosidad, se atreve a salir de esas montañas adormecedoras que limitan venturosamente su horizonte!

En un mar tempestuoso y agitado, se ve zarandeado de un lado a otro por la inquietud y la duda, busca en la gris lejanía regiones desconocidas, y

su pequeña isla, en la que tan seguro vivía, ha perdido todo su hechizo para él.

Uno de los más felices recuerdos de Anton, que se remonta a los primeros años de su infancia, es cuando su madre lo llevó envuelto en su capa a través de la lluvia y la tormenta. El mundo todavía era hermoso para él en la pequeña aldea, pero tras la montaña azul, hacia la que miraba siempre lleno de anhelo, ya le esperaban los sufrimientos que le amargarían sus años infantiles.

Ya que he retrocedido tanto en mi historia para recuperar las primeras sensaciones e imágenes del mundo de Anton, contaré también aquí dos de sus más remotos recuerdos tocantes a su sentimiento de la injusticia.

Anton tiene clara conciencia de que en su segundo año de vida, cuando aún no vivía con su madre en el pueblo, él cruzó muchas veces la calle, corriendo de su casa a la de enfrente, y que chocó contra un hombre bien vestido, al que dio fuertes golpes con las manos, pues trataba de persuadirse a sí mismo y a los otros de que le habían tratado mal, aunque notaba en su fuero interno que él era la parte ultrajante.

Ese recuerdo resulta curioso, de tan raro y tan nítido. Y es también auténtico porque el hecho es en sí demasiado insignificante como para que se lo haya contado nadie posteriormente.

El segundo recuerdo es de su cuarto año de vida, cuando su madre le reprendió por una travesura real. Al desnudarse después, sucedió que una de sus prendas de vestir cayó sobre la silla haciendo algún ruido: su madre creyó que Anton la había tirado allí con ira y le dio unos fuertes azotes.

Fue aquélla la primera injusticia real, y él la percibió intensamente, no olvidándola jamás; desde aquel tiempo tuvo por injusta a su madre, y cada vez que le pegaba, él se acordaba de aquel hecho.

Ya he hablado de cómo se imaginaba él la muerte en su infancia. Aquello duró hasta los diez años, cuando una vecina fue a ver a sus padres y contó que su primo, que había sido minero, se había caído de la escalerilla a la fosa destrozándose la cabeza.

Anton escuchaba atentamente y al oír lo de la cabeza aplastada se imaginó de pronto una cesación total del pensar y del sentir y una suerte de aniquilación y desaparición de sí mismo, que le llenaba de espanto y horror

siempre que volvía a representárselo vivamente. Desde aquel tiempo tenía también un intenso miedo a la muerte, que le deparó muchas horas de tristeza.

Aún tengo que decir algo sobre las primeras imágenes sobre Dios y el mundo que concibió asimismo en su décimo año de vida.

Cuando el cielo estaba muchas veces cubierto de nubes y el horizonte era más pequeño, sentía una especie de temor de que el mundo entero estuviese cubierto por un techo, de modo semejante al aposento donde él vivía, y cuando atravesaba con sus pensamientos aquel techo abovedado, consideraba muy pequeño ese mundo, y le parecía como si tal mundo tuviese que estar metido dentro de otro, y así sucesivamente.

Algo similar le sucedía en cuanto a su idea de Dios, cuando se lo representaba como al ser supremo.

Una vez estaba sentado él solo ante la puerta de su casa, en una tarde gris a la hora del crepúsculo, y reflexionaba sobre ello dirigiendo frecuentes miradas al cielo y volviendo a contemplar después la tierra, y notaba cómo ésta era también negra y oscura, incluso comparada con el cielo cubierto de nubes.

Por encima del cielo se imaginaba a Dios, pero cualquier ser, incluso el Dios más excelso creado por su mente, le parecía demasiado pequeño, por lo que tenía que haber por encima de él otro ser más excelso, ante el cual desaparecía aquél por entero, y así hasta el infinito.

Él, sin embargo, jamás había oído ni leído nada al respecto. Lo que era más extraño aún: con aquel su constante meditar y ensimismarse cayó incluso en una especie de ensimismamiento que casi le hizo perder la razón.

Como sus sueños solían ser muy vívidos y casi rozaban ya la realidad, dio en pensar que también soñaba en pleno día y que las gentes que le rodeaban, junto con todo lo que veía, podrían ser criaturas de su imaginación.

Para Anton fue aquél un pensamiento aterrador y siempre que incurría en él, tenía miedo de sí mismo, y buscaba algo con que distraerse para liberarse de tales ideas.

Tras esta divagación vamos a reanudar, por orden cronológico, la historia de Anton, a quien hemos dejado leyendo *La bella Banise* y *La isla*

de Felsenburg. También le habían dado a leer los *Diálogos de los muertos* de Fénelon, amén de los relatos de éste, y su maestro de escritura empezó a mandarle que redactara cartas y que hiciera composiciones propias.

Eso fue para Anton una alegría extraordinaria. Empezó a sacar provecho de sus lecturas y a escribir de vez en cuando imitaciones de lo leído, ganándose con ello el aplauso y la estima de su maestro.

Su padre tocaba en un concierto en que interpretaban *La Muerte de Jesús* de Ramler, y llevó a casa el texto impreso de aquella obra. Ese texto tenía para Anton una enorme fuerza de seducción y superaba todo lo poético que él había leído hasta entonces, de tal manera que lo leyó tantas veces y con tal embeleso que casi lo aprendió de memoria.

Con esta única y casual lectura, tantas veces repetida, su gusto por la poesía adquirió una cierta seguridad y solidez que no ha desaparecido desde entonces. Y lo mismo le ocurrió en cuanto a la prosa con la lectura del *Telémaco*; pues con *La hermosa Banise* y *La isla de Felsenburg*, pese al gusto que hallaba en ellos, notaba sin embargo muy claramente lo diferente y menos noble del estilo.

De prosa poética dio casualmente con la obra de Carl von Moser, *Daniel en el foso de los leones*, que leyó varias veces, y que también solía leerle su padre.

Llegó otra vez la temporada de las aguas, y el padre de Anton determinó llevarle de nuevo con él a Pyrmont. Pero esa vez Anton no lo disfrutaría tanto como el año anterior, pues su madre viajó con él.

Prohibiéndole sin cesar cosas sin importancia, censurándole constantemente y castigándole en el momento menos adecuado, le hizo perder los nobles sentimientos que había tenido allí un año antes. Su capacidad de percibir alabanzas y aplausos quedó así tan quebrantada que al final, casi contrariamente a su tendencia natural, halló una especie de placer en juntarse con los más desarrapados niños de la calle y en hacer lo que ellos hacían, sólo por haber desechado la esperanza de recuperar jamás en Pyrmont el cariño y la consideración que había perdido por causa de su madre, quien, no sólo delante del padre, cada vez que éste llegaba a casa, sino delante de gentes completamente extrañas, sólo hablaba de lo mal que se comportaba Anton, con lo que éste empezó realmente a portarse mal y su

corazón pareció empeorar. Iba también menos a la casa de von Fleischbein, y aquella estancia en Pyrmont tocó a su fin, habiendo sido para él muy desagradable y triste; por eso, muchas veces recordaba con nostalgia lo que había disfrutado el año anterior, aunque esta segunda vez no tuvo tantos dolores en el pie, que una vez extraído el hueso dañado empezó a sanar.

Poco después de haber regresado sus padres a Hannover, Anton entró en su duodécimo año de vida, que iba a depararle numerosos cambios, pues aquel mismo año se vería separado de sus padres. Pero antes le esperaba una gran alegría.

A instancias de algunos conocidos, el padre de Anton le inscribió en una clase particular de latín que había en la escuela pública municipal, para que al menos, como solía decirse, supiera distinguir los casos y hacer uso de ellos. A las otras clases de la escuela pública, en las que la principal asignatura era la religión, su padre no quiso enviarle en absoluto, con gran pesadumbre de su madre y de sus parientes.

Pero así se cumplió en parte uno de los más ardientes deseos de Anton: poder ir un día a una escuela pública.

Ya cuando entró la primera vez, los gruesos muros, las estancias oscuras y abovedadas, los bancos centenarios y la cátedra horadada por la carcoma le parecieron como objetos sagrados por los que sintió honda veneración.

El jefe de estudios, un hombre bajito y vital, a pesar de su aspecto no muy grave, le infundió con su levita negra y su recortada peluca profundo respeto.

Aquel hombre trataba con bastante afabilidad a sus alumnos. Solía hablarles de usted, pero a los cuatro primeros, a los que llamaba en broma veteranos, solía tutearlos.

Aunque era al mismo tiempo muy estricto, Anton nunca recibió de él un reproche ni menos un golpe: por eso siempre creyó que en la escuela reinaba más justicia que en la casa de sus padres.

Tuvo que empezar entonces a aprender de memoria el Donato.[6] Pero él acentuaba las palabras de una manera curiosa, que pronto se hizo evidente cuando en la segunda hora de clase le tocó declinar de memoria *mensa*, y al decir *singulariter* y *pluraliter*, cargaba el acento siempre en la penúltima sílaba, porque al aprender de memoria aquella materia, se imaginaba

firmemente, debido al parecido de esas palabras con *amoriter* («amoritas»), *jebusiter* («yebusitas»), que *singulariter* era un pueblo determinado, que decía *mensa*, y que *pluraliter* era otro pueblo, que decía *mensae*.

¡Cuántas veces ocurren esos malentendidos, si el maestro se contenta con oír las primeras palabras del aprendiz, sin querer saber si ha comprendido!

Luego empezó a memorizar. Pronto supo recitar de memoria, llevando el compás, *amo, amem, amas, ames*, y al cabo de las seis primeras semanas ya se sabía al dedillo el *oportet*; al mismo tiempo aprendía vocabulario de memoria, y como nunca fallaba una palabra, en poco tiempo ascendió de un nivel al siguiente y se acercaba cada vez más a los veteranos.

¡Qué feliz situación, qué magnífica perspectiva para Anton, quien por primera vez en su vida veía abierta ante él la senda de la fama, como él había deseado en vano tanto tiempo!

También en casa fue aquélla una época bastante agradable, pues cada mañana, mientras sus padres desayunaban, tenía que leerles la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, lo cual hacía él de muy buen grado.

A continuación hablaban de la lectura y de vez en cuando también le permitían que interviniera él. Por lo demás, tenía la suerte de no estar mucho en casa, por seguir asistiendo al mismo tiempo a las clases de su antiguo maestro de escribir, a quien, no obstante algunos coscorrones en la cabeza, amaba tan entrañablemente que hubiese dado cualquier cosa por él. Porque aquel hombre departía muchas veces con él y con sus condiscípulos de modo agradable y provechoso, y como en todo lo demás parecía ser, por naturaleza, hombre bastante duro, tenía aquella su afabilidad y bondad algo especialmente conmovedor que le ganaba los corazones.

De modo que durante unas semanas Anton fue feliz por dos razones. ¡Mas qué pronto quedaría desbaratada esa felicidad! Para que no se envaneciera de su fortuna, no tardó en sufrir grandes humillaciones.

Aunque él estudiaba en compañía de niños de buenas familias, su madre le hacía realizar las faenas de la más humilde sirvienta.

Tenía que transportar agua, recoger mantequilla y queso en las tiendas de comestibles e ir al mercado como una comadre con la cesta al brazo, para comprar cosas de comer.

Imposible decir siquiera cuán honda era su humillación, si en aquellas ocasiones pasaba a su lado, sonriendo maliciosamente, alguno de aquellos condiscípulos suyos, tanto más afortunados que él.

No obstante, soportaba gustoso todo aquello, a cambio de la dicha de poder asistir a las clases de latín, en las que al cabo de dos meses había avanzado tanto que pudo trabajar en el pupitre de los primeros, los llamados cuatro veteranos.

Fue también por aquel tiempo cuando su padre le llevó en Hannover a ver por primera vez a un hombre sumamente singular que ya había sido largo tiempo tema de conversación entre ellos. Se llamaba Tischer, y tenía ciento cinco años de edad. Había estudiado teología y al final fue preceptor de los hijos de un rico comerciante de Hannover, en cuya casa seguía viviendo, y era mantenido por el dueño actual, que había sido antaño discípulo suyo y ya era también casi un anciano.

Era sordo desde los cincuenta años, y quien quería hablar con él, debía tener constantemente a mano tintero y pluma y escribir lo que pensaba, y él respondía hablando de modo perfectamente claro y distinto.

Con todo, a los ciento cinco años podía leer sin gafas su *Testamento griego*, impreso en caracteres pequeños, y hablaba incesantemente con mucha verdad y coherencia, aunque a menudo más bajo o más alto de lo necesario, por no poder oír su propia voz.

En la casa le conocían sólo por el nombre de «el viejo». Le llevaban la comida y todo lo necesario. Por lo demás, no se ocupaban mucho de él.

Así que una tarde, cuando Anton estudiaba el Donato, le tomó su padre de la mano diciendo: «Ven, voy a llevarte a ver a un hombre en quien volverás a contemplar a San Antonio, a San Pablo y al patriarca Abrahán».

Y por el camino, su padre siguió preparándole a lo que pronto vería.

Entraron en la casa. A Anton le palpitaba el corazón. Atravesaron un largo patio y subieron una pequeña escalera de caracol que los llevó a un pasillo largo y oscuro, pasado el cual volvieron a subir otra escalera y bajaron luego unos peldaños. A Anton aquello le parecía como los pasadizos de un laberinto.

Por fin se hizo a mano izquierda un poco de claridad; la luz, que venía de una ventana, entraba por los cristales de otra ventana.

Era ya invierno y habían colgado una tela delante de la puerta. El padre de Anton la abrió: era la hora del crepúsculo, la habitación, grande e irregular, tenía las paredes decoradas con papeles oscuros, y en un sillón colocado en el centro, junto a una mesa cubierta de libros desparramados aquí y allá, estaba el viejo, que se descubrió y avanzó hacia ellos.

No le habían encorvado los años, era un hombre alto y de apariencia solemne y majestuosa. Blancos rizos ornaban sus sienes, y de sus ojos salía una mirada extraordinariamente suave y afable. Tomaron asiento.

El padre de Anton le escribió algunas cosas. «Vamos a orar», empezó el anciano tras una pausa, «e incluyamos en la oración a mi pequeño amigo».

Descubriéndose a continuación la cabeza, se hincaron de rodillas, el padre de Anton a su derecha y Anton a su izquierda.

Ni que decir tiene que este último tuvo por muy cierto todo lo que le había dicho su padre. Realmente creía estar arrodillado junto a uno de los apóstoles de Cristo, y su alma quedó sumida en honda meditación cuando el anciano extendió las manos y, con verdadero fervor, dio inicio a su oración, que luego continuó, ora en voz alta, ora en voz baja.

Sus palabras eran como las de quien está ya más allá de la tumba con todo su pensar y su sentir, y solamente un azar le permite quedarse en este mundo algo más tiempo de lo que él pensaba.

Así, todos sus pensamientos parecían proceder de aquella vida, y conforme oraba, era como si se le transfigurasen los ojos y la frente.

Se levantaron después de rezar, y, en su corazón, Anton veía al anciano casi como a un ser superior y sobrenatural.

Y cuando regresó por la tarde a casa, se negó a ir por la nieve en un pequeño trineo con algunos de sus condiscípulos, por parecerle muy irreverente y creer que así profanaba el día.

Como a partir de entonces su padre le permitió ir a ver con cierta frecuencia a aquel anciano, Anton pasaba con él casi todas las horas del día que no pasaba en la escuela.

Pronto se sirvió de su biblioteca, que constaba en su mayor parte de libros místicos, y leyó muchos de ellos de la primera a la última página. A menudo daba también cuenta al anciano de sus progresos en latín y de las

redacciones con su maestro de escritura. Así pasó Anton unos meses extraordinariamente felices.

¡Pero qué golpe fulminante para Anton, cuando por aquella misma época le dieron la horrible noticia de que ese mes dejaría la clase particular de latín y le pondrían en otra escuela de escribir!

De nada sirvieron lágrimas ni súplicas, la sentencia había sido pronunciada. Anton supo con dos semanas de anticipación que dejaría de aprender latín y conforme iba haciendo progresos en esa lengua, mayor iba siendo su dolor.

Para que le resultase más llevadera la despedida de aquella escuela, recurrió a un remedio del que apenas se hubiese creído capaz a un niño de su edad. En lugar de esforzarse en seguir avanzando, hizo lo contrario y, o bien ponía todo su empeño en no decir lo que sabía, o bien se las arreglaba de otro modo para retroceder un puesto cada día, lo cual no podían explicarse ni el jefe de estudios ni sus condiscípulos, que le expresaban muchas veces su extrañeza ante tal circunstancia.

Sólo Anton sabía la causa y llevaba consigo, a casa y a la escuela, su secreto dolor. Cada puesto que iba perdiendo así voluntariamente, le costaba mil lágrimas, que derramaba furtivamente en casa; pero por amarga que fuese, aquella medicina que se recetó a sí mismo hizo su efecto.

Anton lo había organizado de modo que, justamente el último día, él fuese el último de la clase. Aquello, sin embargo, le resultaba muy duro. Tenía lágrimas en los ojos, y pidió que le dejasen seguir en su puesto aquel único día, y que al día siguiente se colocaría gustoso en el último sitio.

Todos se compadecieron de él, y le permitieron que siguiese en su puesto. Al día siguiente había terminado el mes y él no volvió a la escuela.

El trabajo que le costó aquel sacrificio voluntario puede deducirse del celo y el afán que anteriormente había puesto en ir consiguiendo un puesto cada vez más avanzado.

Cuando el jefe de estudios, vestido con su batín, miraba por la ventana, él muchas veces pasaba por delante y pensaba: «¡Oh, si pudieses desahogarte con ese hombre!». Pero para tal cosa, la distancia entre él y su maestro le parecía excesiva.

Poco después, a despecho de sus ruegos y súplicas, también lo separaron de su querido preceptor.

Éste, sin duda había pasado por alto algún descuido en el cuaderno de lengua y de aritmética que llevaba Anton, y eso enojó a su padre.

Anton procuró afanosamente tomar sobre sí toda la culpa y prometió y juró a más y mejor, pero de nada sirvió; tuvo que dejar a su viejo y leal preceptor y, al final del mes, empezar a aprender a escribir en la escuela pública municipal.

Aquellos dos golpes a un tiempo, fueron demasiado para Anton.

Quiso aferrarse al último asidero y hacer que sus antiguos condiscípulos le dijeran lo que les ponían cada día para irlo aprendiendo él en casa y avanzar así a la vez que ellos; mas cuando aquello tampoco fue posible, sucumbieron la virtud y piedad que había tenido hasta entonces, y durante algún tiempo se convirtió realmente, por una suerte de desaliento y desesperación, en lo que se llama un niño malo.

En la escuela, buscaba de propósito los azotes, soportándolos con obstinación y entereza, sin hacer una mueca, y sintiendo además un placer que guardaba largo tiempo en la memoria como recuerdo agradable.

Se pegaba y andaba a la gresca con niños de la calle, hacía novillos en la escuela y maltrataba a un perro que tenían sus padres, como podía y donde podía.

En la iglesia, donde había sido hasta entonces un modelo de recogimiento, charlaba con los que eran como él durante todo el servicio religioso.

Con frecuencia se daba cuenta de que iba por mal camino, y entonces recordaba nostálgicamente sus antiguos esfuerzos por ser piadoso. Mas siempre que estaba a punto de cambiar, un cierto desprecio de sí mismo y una amarga tristeza reprimían sus mejores propósitos y hacían que otra vez buscase distracción entregándose a toda clase de juegos salvajes.

La idea de que habían quedado malogrados sus más caros anhelos y esperanzas y concluida para siempre la iniciada carrera de la fama, le perseguía constantemente, sin que Anton tuviese siempre clara conciencia de ello, y le llevaba a cometer todos aquellos excesos.

Se convirtió en un hipócrita frente a Dios, frente a los demás y frente a sí mismo.

Leía puntualmente, como antes, la oración de la mañana y de la noche, mas no sentía nada.

Cuando iba a ver al viejo, todo lo que había hecho antes con un corazón sincero lo hacía ahora por simulación y se comportaba como un farsante, por su actitud piadosa y las palabras que escribía, con las que fingía una cierta sed y anhelo de Dios, para seguir gozando de la estima de aquel hombre.

Llegó incluso a reírse a hurtadillas cuando el viejo leía lo que él había escrito.

También empezó a engañar a su padre. Éste dijo una vez delante de él que en otro tiempo, tres años atrás, había sido un niño distinto, cuando en Pyrmont rehusó decir una mentira convencional para negar la presencia del inglés.

Sabiendo muy bien Anton que justamente aquello había ocurrido más por una suerte de afectación que por verdadera aversión a la mentira, pensó para sí: «Si no me piden otras cosas para hacerme querer, me va a costar poco esfuerzo». Y así, en poco tiempo, por una especie de hipocresía que él sin embargo trataba de no considerar como tal, logró que su padre mantuviese correspondencia con el señor von Fleischbein sobre el estado espiritual de Anton, para pedirle su consejo.

Pero al ver Anton que la cosa tomaba un giro tan serio, él se volvió también más serio y a veces determinaba convertirse de su mala vida al no poder ocultarse por más tiempo a sí mismo su propia falsedad.

Le vinieron también a la memoria los años que había perdido desde su anterior y verdadera conversión, y cuán avanzado podría estar si no los hubiese perdido. Lo cual le causó gran descontento y tristeza.

En casa del anciano leyó además un libro que describía detalladamente, con todos los signos y síntomas, el entero proceso del orden de salvación, que constaba de penitencia, fe y vida devota. En la penitencia, eran menester lágrimas, arrepentimiento, contrición y descontento: todo eso lo tenía él.

En la fe, tenía que haber en el alma inusitada serenidad y confianza en Dios: y eso también llegó.

Y en tercer lugar, tenía que surgir al cabo, por sí sola, la vida devota: ésta, sin embargo, no venía tan fácilmente.

Anton creía que si se quería vivir piadosa y devotamente, había que vivir así siempre y en todo momento, en cada uno de los gestos y movimientos, e incluso en los pensamientos; y que no era posible olvidar un solo instante que se tenía la voluntad de ser piadoso.

Ahora bien, Anton, como es natural, se olvidaba de ello muchas veces: su rostro perdía gravedad, su modo de andar no era recatado, y sus pensamientos se desviaban a cosas terrenales y profanas.

Entonces pensaba que todo había sido en vano, que no había hecho apenas nada y que había que recomenzar desde el principio.

Eso le sucedía a Anton varias veces en el espacio de una hora, lo que le sumía en el dolor y la angustia.

Entonces se entregaba de nuevo, pero siempre lleno de miedo y con el corazón palpitante, a sus anteriores diversiones.

Al cabo, otra vez empezaba desde el principio la obra de su conversión, y así fluctuaba constantemente de un extremo a otro, no encontrando en lugar alguno paz ni contento, pues se amargaba inútilmente las más inocentes alegrías de la infancia, y, por otra parte, jamás hacía grandes progresos en el otro plano.

Aquel continuo fluctuar en una y otra dirección es al mismo tiempo una imagen de la vida de su padre, quien, a los cincuenta años de edad, no estaba en mejor situación y seguía esperando hallar lo adecuado, aquello que llevaba buscando en vano tanto tiempo.

En cuanto a Anton, al principio las cosas marcharon bastante bien, pero cuando no le permitieron seguir estudiando latín su piedad recibió un gran golpe; desde aquel momento, esa piedad era forzada, medrosa, y él no conseguía avanzar verdaderamente en ella.

Después leyó en algún sitio que era inútil y perjudicial querer enmendarse uno mismo y que sólo había que comportarse pasivamente y dejar que actuase en uno la gracia divina: por eso, muchas veces rezaba con

toda sinceridad: ¡Conviérteme, Señor, y yo me convertiré! Mas todo era inútil.

Aquel verano, su padre viajó una vez más a Pyrmont, y Anton le escribió que progresaba muy poco en la enmienda propia, y que probablemente era un error intentarlo, pues era la gracia divina la que tenía que hacerlo todo.

Su madre tuvo aquella carta por pura hipocresía —la carta, en efecto, no estaba totalmente libre de ella— y escribió de su puño y letra al final: Anton se comporta como un golfo que no teme a Dios.

Él, sin embargo, estaba convencido de que mantenía una verdadera lucha interior, y por eso fue muy ofensivo para él que lo pusieran a la misma altura de los chicuelos que no tienen temor de Dios.

Aquello le produjo tal desaliento que otra vez se entregó algún tiempo a la disipación, juntándose voluntariamente con chicos revoltosos y sintiéndose empujado más aún a aquella vida por las riñas y los sermones de su madre. Esto le causaba tal desánimo que acababa teniéndose a sí mismo por un vulgar chico de la calle, por lo que hacía causa común con ellos.

Aquello duró hasta que su padre regresó de Pyrmont. Entonces, a Anton se le abrieron pronto horizontes totalmente nuevos.

A principios del año, su madre había dado a luz dos mellizos, de los que sólo vivió uno, cuyo padrino fue un sombrerero de Braunschweig llamado Lobenstein.

Éste era uno de los discípulos del señor von Fleischbein, a través del cual le había conocido el padre de Anton unos años atrás.

Como Anton tenía que aprender alguna vez un oficio (pues sus dos hermanastros ya habían terminado el aprendizaje, y ambos estaban descontentos del oficio que su padre les había hecho aprender por la fuerza), y el maestro sombrerero Lobenstein andaba buscando un aprendiz, que de momento sólo tendría que echarle una mano en lo que hiciera falta, ¡qué magníficas posibilidades se le presentaban a Anton, en opinión de su padre, al poderse instalar ya tan pronto, como sus dos hermanastros, en casa de un hombre tan piadoso, el cual, siendo celoso discípulo del señor von Fleischbein, le educaría en la devoción y piedad verdaderas!

Probablemente aquello ya llevaba fraguándose bastante tiempo y seguramente fue la razón por la que el padre de Anton le había sacado de la escuela donde se aprendía latín.

Pero Anton, por su parte, desde que empezó a estudiar latín, se había propuesto firmemente estudiar. Pues sentía infinito respeto por todos los que habían estudiado y llevaban levita negra, hasta tal punto que tales personas casi le parecían como seres sobrenaturales.

¿Qué era más natural que aspirar a lo que le parecía la cosa más deseable del mundo?

Le dijeron, no obstante, que el señor Lobenstein, el sombrerero de Braunschweig, trataría a Anton como a amigo, que lo aceptaría como a hijo y que él solamente ejecutaría trabajos fáciles y decorosos, como por ejemplo escribir cuentas, llevar recados y cosas similares; después iría a la escuela otros dos años hasta recibir la confirmación y poder decidir a continuación lo que quería ser.

A Anton le agradó muchísimo lo que le contaban, en especial el último punto relativo a la escuela; pues en cuanto hubiese conseguido ese objetivo, él estaba seguro de que destacaría tanto que se le abrirían por sí solos medios y vías para estudiar.

Él mismo añadió a la carta de su padre otra carta propia al sombrerero Lobenstein, a quien ya amaba tiernamente, deleitándose al pensar en los días magníficos que pasaría en su casa.

¡Y cuánto le atraía un cambio de residencia!

La vida en Hannover, la monotonía de contemplar siempre las mismas calles y casas, le resultaba insoportable: en su imaginación surgían continuamente nuevas torres, puertas, murallas y castillos, y una imagen desplazaba a la otra.

Estaba inquieto y contaba las horas y minutos que faltaban para emprender el viaje.

Llegó al fin el anhelado día. Anton se despidió de su madre y de sus dos hermanos, el mayor de los cuales, Christian, tenía cinco años y el menor, Simon, bautizado con el mismo nombre del sombrerero Lobenstein, un año escaso.

Su padre viajó con él, y el viaje fue mitad a pie, mitad en coche, aprovechando una oportunidad a buen precio.

Por primera vez en su vida, Anton conoció en aquella ocasión el placer de caminar, un placer que le sería deparado tantas veces en el futuro.

Cuanto más se acercaban a Braunschweig, tanto mayor era la esperanza que Anton sentía en su corazón. La Torre de San Andrés se destacaba majestuosamente con su cúpula roja.

Era hacia el atardecer. Anton vio en la lejanía a los centinelas, que iban y venían sobre las altas murallas.

En su interior surgían y volvían a desaparecer mil imágenes: qué apariencia tendría su bienhechor, cuál sería su edad, su porte, sus gestos.

Al final había elaborado una imagen tan hermosa de él que ya le amaba por anticipado.

Cuando Anton era niño, el sonido de los nombres propios de personas o ciudades, solía inducirle a componer curiosas imágenes y representaciones de los objetos designados.

La altura o profundidad de las vocales de tales nombres era lo que más contribuía a formar esa imagen.

Así, el nombre de Hannover le sonaba siempre a algo magnífico, y ya antes de haberlo visto, le parecía un lugar de altos edificios y altas torres y de una apariencia clara y luminosa.

Braunschweig se lo imaginaba alargado, más grande y de aspecto más oscuro, y, conforme a esa vaga sensación que le producían los nombres, París le parecía lleno sobre todo de casas blancas.

Y es ello bien natural: pues de una cosa de la que no se sabe sino el nombre, la mente procura esbozar una imagen sirviéndose hasta de las más remotas semejanzas, y, falta de todos los otros puntos de comparación, tiene que refugiarse en el nombre arbitrario de la cosa, donde ella nota los sonidos duros o suaves, plenos o débiles, altos o bajos, oscuros o claros, haciendo entre ellos y el objeto visible una suerte de comparación que a veces, casualmente, resulta adecuada.

El nombre de Lobenstein le hacía imaginarse a Anton un hombre más bien alto, alemán y burgués, de frente amplia y despejada, etc.

Pero aquella vez le engañó su interpretación del nombre.

Caía ya la noche cuando Anton entró con su padre en la ciudad de Braunschweig por el gran puente levadizo y las puertas abovedadas.

Caminaron por muchas calles angostas, pasaron junto al palacio y después de atravesar un largo puente, llegaron por fin a una calle algo oscura, donde, frente por frente de un edificio público de aspecto alargado, vivía el sombrerero Lobenstein.

Ya estaban delante de la casa. Ésta tenía una fachada de color plomizo y una gran puerta negra, guarnecida toda ella de clavos.

En la parte superior sobresalía un rótulo con un sombrero en el que se podía leer el nombre de Lobenstein.

Les abrió la puerta una viejecita, el ama de casa, que les condujo por la derecha a una gran pieza, revestida de maderas pintadas de marrón oscuro, en las que a duras penas se adivinaba una representación medio borrada de los cinco sentidos.

Fue allí donde los recibió el señor de la casa. Un hombre de mediana edad, más bajo que alto, de rostro aún bastante juvenil, pero pálido y melancólico, que raras veces se contraía en otra cosa que en una especie de sonrisa dulciamarga; cabellos negros, ojos más bien exaltados, fino y delicado en sus palabras, movimientos y maneras, cosa bastante excepcional en gente artesana, y un lenguaje correcto, pero sumamente lento, perezoso y lánguido, que arrastraba las palabras quién sabe cuánto tiempo, sobre todo cuando la conversación recaía en temas devotos. Tenía también una mirada intolerante en extremo cuando sus negras cejas se fruncían por causa de la maldad e iniquidad de los hombres y en especial de sus vecinos o de sus propios deudos.

La primera vez que lo vio Anton, iba vestido con gorra de piel, pechera azul y camisola marrón, a más de delantal negro, su atuendo habitual cuando estaba en casa, y ya aquel primer encuentro le hizo pensar que había dado con un severo dueño y señor en lugar de con un futuro amigo y bienhechor.

Su prematuro amor se extinguió como si hubiesen vertido agua sobre la chispa que salta del fuego, cuando el primer gesto frío, seco, dominador, de su pretendido bienhechor le hizo adivinar que él no iba a ser otra cosa que su aprendiz.

Durante los pocos días que su padre permaneció allí, aún tuvo alguna deferencia para con él, mas apenas se hubo marchado aquél, Anton tuvo que trabajar en el taller, como el otro aprendiz.

Le fueron asignadas las faenas más humildes; tuvo que partir leña, transportar agua y barrer el taller.

Por más que aquello difiriese de lo que él había esperado, el encanto de la novedad compensó en cierto modo lo desagradable. Y en efecto, incluso barriendo, partiendo madera y transportando agua sentía Anton una especie de placer.

Pero su imaginación, con la que él adornaba todo aquello, también le fue muy útil. Muchas veces, el espacioso taller con sus negras paredes y la lúgubre oscuridad que, mañana y noche, no recibía otra iluminación que el débil resplandor de algunas lámparas, venían a parecerle como un templo donde él era el oficiante.

Por la mañana, encendía bajo las grandes calderas el fuego sagrado y vivificante, mediante el cual todos ejecutaban trabajos y actividades a lo largo del día y muchas manos hallaban ocupación. Así, Anton consideraba aquella tarea como una especie de ministerio al que, en su opinión, él confería una cierta dignidad.

Directamente detrás del taller pasaba el río Oker, sobre el que habían construido con muchas tablas un saledizo para sacar agua.

Anton consideraba todo aquello, hasta cierto punto, como su propio terreno, y a veces, cuando había limpiado el taller, llenado las grandes calderas empotradas en el muro y encendido el fuego bajo ellas, se sentía satisfecho de su obra, como si hubiese procedido en justicia con cada uno. Su imaginación siempre activa animaba lo inanimado que le rodeaba y lo convertía en seres reales con quienes él trataba y hablaba.

Además, el ordenado funcionamiento de todas las actividades que observaba allí, le causaba cierta sensación de placer, por ser él una rueda de una máquina que se movía con tal precisión, pues en su propia casa él no había conocido nada semejante.

El sombrerero Lobenstein velaba en efecto por que en su casa reinase el orden, y allí todo funcionaba a toque de campana: trabajar, comer y dormir.

Si alguna vez ocurría una excepción, era sólo en consideración al sueño, del que por otra parte había que prescindir cuando se trabajaba por la noche, lo cual sucedía al menos una vez por semana.

Fuera de eso, el almuerzo tenía lugar siempre a las doce en punto, el desayuno de la mañana y la cena de la noche, exactamente a las ocho.

Y en eso se pensaba también constantemente durante el trabajo. La vida de Anton transcurría en aquella época de la siguiente manera: por la mañana, a partir de las seis, trabajaba esperando el desayuno, que ya degustaba siempre con la imaginación y que, cuando llegaba, consumía con el más sano apetito que pueda tener una persona, por más que no consistiese en otra cosa que en posos de café con algo de leche y un panecillo de dos peniques.

Reanudaba luego sus tareas con renovadas fuerzas, y cuando la uniformidad del trabajo resultaba demasiado cansina, el pensar en el almuerzo aportaba nuevo interés a las horas de la mañana.

Por la noche había, a lo largo de todo el año, un cuenco de fuerte cerveza fría. Estímulo suficiente para endulzar los trabajos de la tarde.

Y luego, desde la cena hasta el reposo nocturno, el pensar en el ya próximo y anhelado descanso era lo que otra vez ponía una brizna de consuelo en lo desagradable y penoso del trabajo.

Se sabía, indudablemente, que al día siguiente el ciclo de la vida empezaría del mismo modo. Pero también aquella, al fin y a la postre, fatigosa uniformidad de la vida estaba agradablemente interrumpida por la esperanza del domingo.

Cuando el estímulo del desayuno y del almuerzo y la cena no bastaban ya para mantener las ganas de vivir y de trabajar, se calculaba entonces cuánto faltaba para el domingo, día en que se podía holgar la jornada entera y, saliendo del oscuro taller, llegar hasta el campo, al otro lado de las murallas, y disfrutar contemplando la naturaleza libre y sin trabas.

¡Oh, qué encantos tiene el domingo para el artesano, encantos desconocidos para las gentes de condición superior, que pueden descansar de sus actividades cuando les place! «¡Para que sienta alivio el hijo de tu sierva!»[7] Sólo el artesano puede comprender enteramente cuán grande, cuán espléndido y bienhechor es el sentido de aquella ley.

Si ya se hacían cálculos durante seis días por un solo día de descanso del trabajo, se consideraba que valía la pena echar cuentas durante una tercera parte del año con vistas a tres o hasta cuatro días seguidos de fiesta.

Cuando incluso el pensar en el domingo ya no servía para impedir el hastío del trabajo uniforme, la proximidad de la Pascua, de Pentecostés o de la Navidad renovaba otra vez el interés por la vida.

Y cuando todo eso era demasiado endeble, venía a sumarse a ello la dulce esperanza del final de los años de aprendizaje, del paso al estado de oficial artesano, lo cual superaba todo lo demás y daba inicio a una época nueva y grande de la vida.

Pero a más no llegaba el horizonte del aprendiz compañero de Anton, y su estado, ciertamente, no era peor debido a ello. Según una bondadosísima y sabia disposición de las cosas, también la fatigosa y uniforme vida del artesano tiene sus cesuras y sus períodos, que le aportan un cierto ritmo y armonía y hacen que aquélla transcurra sin ser notada, sin causar hastío a su dueño. Pero el espíritu de Anton, debido a sus novelescas ideas, no se acordaba con aquel ritmo.

Frente a la casa del sombrerero había una escuela donde se estudiaba latín, a la que Anton se había hecho la vana ilusión de poder asistir. Siempre que veía salir y entrar a los alumnos, pensaba melancólicamente en sus clases de latín y en el jefe de estudios de Hannover, y cuando alguna vez pasaba también por delante del gran Colegio de San Martín y veía salir a los estudiantes, él habría dado cualquier cosa por poder contemplar, siquiera una vez, el interior de aquel santuario.

Aunque, dada su situación de entonces, le parecía casi imposible poder asistir alguna vez a un colegio así, no podía renunciar a la tenue y vaga esperanza de llegar a conseguirlo un día.

Incluso los jóvenes del coro escolar le parecían seres de una esfera superior; y cuando los oía cantar por la calle, no podía menos de ir tras ellos, de disfrutar mirándolos y de envidiarles por su espléndido destino.

Cuando estaba solo en el taller con el otro aprendiz, trataba de transmitirle los breves conocimientos que él había adquirido, en parte por lecturas propias, en parte por las clases recibidas.

Le hablaba de Júpiter y Juno y trataba de explicarle la diferencia entre adjetivo y sustantivo, para enseñarle dónde tenía que poner letras mayúsculas y minúsculas.[8]

El otro le escuchaba con atención, y con frecuencia departían ambos sobre temas morales y religiosos. En tales ocasiones, el compañero de Anton sabía inventar con un talento extraordinario términos nuevos para designar sus conceptos. Así por ejemplo, la obediencia a las órdenes de Dios, la llamaba la cumplidad de Dios. Y sobre todo cuando intentaba imitar las expresiones religiosas del señor Lobenstein, como mortificación, etc., recaía muchas veces en un singular galimatías.

Sabía recurrir, y de un modo categórico, a ciertos pasajes de los salmos de David en los que no había mansedumbre alguna para con los enemigos, siempre que creía que el ama, o quienquiera que fuese, le había censurado o calumniado.

Así, casi todos los que habitaban en la casa estaban más o menos contagiados de la exaltación religiosa del señor Lobenstein, a excepción del oficial: éste, cuando a veces Lobenstein le discurseaba demasiado sobre mortificación y anonadamiento, le dirigía una tan mortífera y anonadante mirada que el señor Lobenstein se alejaba lleno de inquina y guardaba silencio.

Por lo demás, a veces el señor Lobenstein podía soltar diatribas durante horas enteras contra todo el género humano. Con un suave movimiento de la mano derecha impartía bendición y reprobación. En tales ocasiones, su rostro debía expresar compasión, mas la intolerancia y la misantropía se habían posado entre sus negras cejas.

La aplicación práctica, sumamente política, tenía siempre la misma meta, que era conminar a sus empleados a ser fieles y diligentes —en su servicio— si no querían arder eternamente en el fuego del infierno.

Sus empleados nunca le trabajaban lo suficiente, y él hacía el signo de la cruz sobre el pan y la mantequilla cuando se marchaba.

A Anton, que quizá no le trabajaba lo suficiente, le amargaba el almuerzo repitiendo mil veces los consejos que le daba, cómo debía coger el cuchillo y el tenedor, y llevar la comida a la boca, de tal manera que se le

quitaban las ganas de comer, hasta que una vez el oficial le tomó firmemente bajo su protección y Anton pudo por fin comer en paz.

Por lo demás, Anton tampoco se atrevía a decir una sola palabra, pues Lobenstein siempre hallaba algo que criticar en todo lo que decía, en sus gestos, en sus menores movimientos; no lograba que le alabara en nada, y acabó teniendo miedo hasta de andar en presencia suya, pues Lobenstein veía algo censurable en cualquier paso que daba. Su intolerancia se extendía hasta cualquier sonrisa y cualquier inocente expresión de contento que apareciese en los gestos o en los movimientos de Anton: pues entonces podía dar rienda suelta a aquella intolerancia, a sabiendas de que a él no se le podía contradecir.

Por aquel tiempo estaban renovando el barniz de los cinco sentidos de los paneles de la pared, que habían perdido el brillo y el color: para Anton, el recuerdo de aquel olor, que duró varias semanas, quedó después firmemente unido al recuerdo de su estado de entonces. Siempre que percibía olor a barniz, surgían involuntariamente en su interior todas las desagradables imágenes de aquella época; y al revés, cuando a veces venía a estar en una situación que tenía ciertas semejanzas casuales con aquélla, también creía estar percibiendo el olor a barniz.

Una casualidad mejoró un poco la situación de Anton.

El sombrerero Lobenstein era un hombre exaltado, hipocondríaco en grado sumo. Creía en premoniciones y tenía visiones que a menudo le infundían espanto y temor. Una vieja que había vivido bajo su techo como inquilina, murió y se le aparecía en sueños, durante la noche, de modo que él se despertaba muchas veces presa de espanto y horror, y como seguía soñando despierto, creía que seguía viendo su sombra en algún rincón de la alcoba. Desde entonces, Anton tenía que hacerle compañía y dormir en una cama a su lado. De esa manera se convirtió hasta cierto punto en algo necesario para Lobenstein, que cambió un poco de actitud y le trataba con más afabilidad. Muchas veces trababa conversación con él, preguntándole cuál era su relación con Dios, en lo más hondo de su alma, y enseñándole que sólo tenía que entregarse a Dios por entero; y que si luego era elegido para la bienaventuranza de los hijos de Dios, Dios mismo emprendería y llevaría a término en él la obra de su conversión, etc. Por la noche, antes de

acostarse, Anton debía orar solo, de pie y en voz baja, y la oración no debía ser demasiado breve, si no, seguramente preguntaba Lobenstein si ya había terminado y si no tenía que decirle nada más a Dios. Aquello le ofreció a Anton otra posibilidad de fingir y ser hipócrita, lo que en sí era enteramente contrario a su naturaleza. Aun orando en voz baja, trataba de pronunciar las palabras tan distintamente que Lobenstein pudiese comprenderlas bien, y así, cuando rezaba, no tenía puesto el pensamiento en Dios, sino en cómo, mediante alguna expresión de arrepentimiento, de contrición, de anhelo de Dios y cosas semejantes, podría granjearse lo mejor posible el favor del señor Lobenstein. Tal era el gran provecho que aquella oración impuesta por la fuerza tenía para el corazón y para el carácter de Anton.

No obstante, a veces Anton también experimentaba una suerte de placer en la oración solitaria, cuando se arrodillaba en un rincón del taller y pedía a Dios que realizara en su alma uno solo de los grandes cambios sobre los que tanto había leído y oído hablar desde su infancia. Y la ilusión de su imaginación iba tan lejos que a veces le parecía realmente como si sucediese algo muy especial en lo más hondo de su alma; y al punto surgía en él la idea de cómo podría describir ese estado anímico suyo en una carta a su padre o al señor von Fleischbein, o cómo se lo contaría al señor Lobenstein. Así pues, tales sentimientos interiores imaginarios venían a ser siempre suave manjar para su vanidad, y el íntimo contento que le causaban provenía sobre todo de la idea de que por fin podría decir que había sentido en su alma aquel gozo divino y celestial: siempre le halagaba sobremanera el hecho de que personas adultas y de edad avanzada considerasen su estado de alma tan importante como para ocuparse de él. Tal era la razón de que tantas veces imaginase tener un estado de alma cambiante, pues así podía lamentarse ante el señor Lobenstein de que se hallaba en un estado de vaciedad, de aridez, de que no sentía verdadero anhelo de Dios, etc.; y luego podía pedirle consejo acerca de ese su estado interior, consejo que el señor Lobenstein le impartía dándole siempre una relevancia que halagaba a Anton.

Llegó incluso a haber una correspondencia con el señor von Fleischbein acerca de su estado interior y le fue enseñado un pasaje de la carta del señor von Fleischbein que se refería a él. Qué tiene pues de extraño que todo eso

le impulsara a seguir manteniendo esa importancia que se daba él y que le daban los demás con todo género de imaginarios cambios de vida interior, puesto que se le tenía por un ser en el que, de manera muy propia y especial, Dios ponía de manifiesto sus caminos.

Le dieron después también, como al otro aprendiz, un delantal negro, y ese hecho, en lugar de abatirle, contribuyó mucho a su contento. Se consideró entonces como una persona que ya empezaba a revestir una cierta posición. Con aquel delantal, por así decir, cerraba filas con otros como él, habiendo estado antes solo y desamparado; el delantal le hizo olvidar por algún tiempo sus deseos de estudiar, y también comenzó a hallar una especie de gusto en las otras usanzas artesanales que hacían desear afanosamente poder participar alguna vez en ellas. Sentía una íntima alegría siempre que oía el saludo de un oficial artesano que iba de camino y que pedía el acostumbrado regalo, y no podía imaginar dicha mayor que llegar también de camino, en calidad de oficial, y saludar después con las palabras rituales conforme a los usos artesanales. Así, el ánimo juvenil depende más de los signos que de la cosa, y lo que dicen al principio los niños sobre la elección de su futura profesión da lugar a pocas o a ninguna conclusión. Tan pronto hubo aprendido Anton a leer, halló un inenarrable placer en asistir al servicio religioso; lo cual constituyó una inmensa alegría para su madre y su prima. Pero lo que le impulsaba a ir a la iglesia era la sensación de triunfo que siempre tenía cuando miraba el tablero negro en que estaban escritos los números de los cánticos y podía decir, por ejemplo a un hombre adulto que estaba junto a él, qué número era, y cuando podía buscar el número en su libro de cánticos, al igual que la gente mayor y muchas veces más deprisa aún, poniéndose luego a cantar con los demás. Ahora parecía que el señor Lobenstein sentía más afecto por Anton, según iba mostrando éste mayores deseos de ser dirigido espiritualmente por él. Muchas veces le permitía participar hasta medianoche en las conversaciones con sus amigos más allegados, con quienes solía departir sobre sus apariciones y las de otros, que eran a veces tan atroces que Anton escuchaba con los pelos de punta. Solían acostarse tarde. Y cuando habían pasado la velada en tales coloquios, Lobenstein acostumbraba a preguntarle a Anton por la mañana si no había percibido nada, si no había oído pasos en la habitación.

Algunas noches Lobenstein conversaba a solas con Anton y leían juntos los escritos de Taulero, de San Juan de la Cruz y otros semejantes. Parecía como si surgiese entre ellos una amistad duradera. Anton tomó realmente una especie de cariño a Lobenstein, pero ese sentimiento siempre iba mezclado de algo acerbo, de una cierta sensación de mortificación y aniquilamiento generados por la sonrisa dulciamarga de Lobenstein.

En aquella época Anton estuvo dispensado, más que otras veces, de trabajos duros y humildes. Lobenstein iba a pasear a veces con él; es más, llegó incluso a ponerle un profesor de piano. Anton estaba encantado con su situación y escribió una carta a su padre en la que le manifestaba vivamente su contento.

Pero la dicha de Anton en casa de Lobenstein había llegado ya a su cenit y estaba próxima la caída. Desde que le habían puesto profesor de piano, todos le miraban con ojos de envidia. Había intrigas, como en una pequeña corte, le calumniaban, trataban de destronarle.

En tanto que Lobenstein trató dura e inicuamente a Anton, éste fue objeto de la compasión y la amistad de todos los que convivían con él. Mas cuando creyeron notar que Lobenstein le profesaba confianza y amistad, aumentó en la misma medida la enemistad y desconfianza de todos. Y cuando lograron que bajara otra vez hasta ellos y por fin fue despedido el profesor de piano, nadie tuvo otra vez nada contra Anton: todos eran amigos suyos como antes.

Por otra parte, no era difícil hacerle perder la benevolencia de un hombre tan receloso y desconfiado como Lobenstein. Sólo había que contarle algunas expresiones impulsivas suyas, llamarle continuamente la atención sobre diversos defectos reales de Anton, tocantes a descuido y desorden, y pronto su disposición de ánimo sería muy diferente. Es lo que llevaron a cabo muy celosamente el ama y los otros subalternos. No obstante eso, les tomó varios meses el conseguir por entero su propósito. Durante aquel período de tiempo Lobenstein se había propuesto incluso lograr la conversión del profesor de piano de Anton, que era un hombre honrado y muy piadoso, pero que, en opinión del señor Lobenstein, aún no se había puesto del todo en manos de Dios y en su trato con éste no mostraba la suficiente entrega.

Aquel hombre también tenía que comer muchas veces en casa del señor Lobenstein, pero acabó malquistándose con él por untar demasiada mantequilla en el pan. El ama le llamó la atención al señor Lobenstein sobre tal hecho, con el fin de lograr su propósito de que Anton dejase los estudios de piano para que no estuviese en mejor situación que los demás habitantes de la casa.

A ello venía a añadirse que Anton no tenía demasiado talento para la música y que por tanto no sacaba mucho provecho de las clases. Todo lo que pudo aprender trabajosamente fueron algunas arias y corales. Y la clase de piano siempre fue para él muy desagradable. El tecleo le resultaba sumamente difícil, y Lobenstein siempre tenía algo que censurar en la posición de sus dedos, demasiado tensos. Y sin embargo, en una ocasión, como David cuando tocaba para Saúl, logró ahuyentar el espíritu maligno del señor Lobenstein por la virtud de la música. Había cometido un pequeño descuido, y como la voluntad que le profesaba el señor Lobenstein ya comenzaba a transformarse en odio, éste había determinado infligirle un fuerte castigo por la noche antes de acostarse. Anton lo venía notando en todo. Y cuando parecía acercarse la hora, cobró ánimos y cantó y tocó al piano una coral, la primera que había aprendido. Eso sorprendió al señor Lobenstein, quien le confesó que justamente había fijado aquella hora para castigarle duramente, pero que ahora le perdonaba.

Anton se atrevió incluso a hacerle ciertos reproches diciéndole que le parecía como si estuviese disminuyendo su amistad y voluntad para con él, a lo que Lobenstein le confesó que su amor ya no era en efecto tan intenso, y que ello se debía forzosamente al deterioro de la vida espiritual de Anton, que había levantado como un muro entre él y su antiguo afecto: que él había expuesto a Dios tal asunto en la oración y recibido esa explicación.

Aquello fue muy triste para Anton, que preguntó cómo había de componérselas para mejorar otra vez su deficiente vida interior. Seguir su camino con sencillez y entregarse por entero a Dios era el único método para salvar su alma: tal fue la respuesta. Ésas fueron todas las instrucciones que recibió Anton. El señor Lobenstein pensaba que no era bueno anticiparse a Dios —por así decir—, que parecía haberse alejado voluntariamente de Anton. Pero la insistencia con que pronunció las

palabras «seguir su camino con sencillez» aludía a que desde hacía algún tiempo Anton había empezado a resabiársele, hablaba y razonaba en exceso y, como estaba tan contento con su situación, se había vuelto demasiado impulsivo. Tal vivacidad era para Lobenstein el camino derecho a la perdición de Anton, quien, a juzgar por el contento que denotaba su rostro, acabaría siendo un hombre impío y entregado al mundo, y no se podía pensar de él otra cosa sino que el mismo Dios lo abandonaría a sus pecados.

Si Anton hubiese pensado más en el propio provecho, todavía hubiese podido arreglarlo todo mostrándose abatido, misantrópico, fingiendo temores y congojas de espíritu. Pues Lobenstein hubiese creído entonces que Dios estaba otra vez dispuesto a atraer hacia él aquella alma extraviada.

Mas como Lobenstein tenía el principio de que aquel a quien Dios quiere convertir, se convierte de todos modos sin intervención propia, y de que Dios elige a quien le place y reprueba y endurece a quien le place, con el fin de manifestar su gloria, le parecía casi peligroso entrometerse en los asuntos de Dios, cuando, según todas las apariencias, alguien es objeto de la reprobación divina.

En lo tocante a Anton, a juzgar por su vivacidad y sus actitudes mundanas, el señor Lobenstein estaba realmente casi convencido de ello. La cosa llegó a cobrar tanta importancia para él que había consultado por carta al señor von Fleischbein sobre ese extremo. Y después le mostró a Anton un pasaje de la respuesta del señor von Fleischbein en el que afirmaba, refiriéndose a él, que, por todos los signos, «Satán había edificado su templo en el corazón de Anton, y que ese templo estaba ya tan avanzado que apenas podría ser destruido».

Aquello fue un golpe terrible para Anton, pero al examinarse a sí mismo y comparar su estado actual con el anterior, le fue imposible descubrir una diferencia entre ambos; seguía teniendo con tanta frecuencia como antes emociones y sentimientos religiosos imaginarios. No podía persuadirse de que había perdido la gracia, de que había sido reprobado por Dios y comenzó a dudar de la verdad del oráculo del señor von Fleischbein.

Con ello salió otra vez del abatimiento que quizás hubiese vuelto a granjearle los favores del señor Lobenstein, de cuya amistad se vio privado ahora definitivamente debido a su permanente expresión de contento.

La primera consecuencia de ello fue que Lobenstein lo alejó de su aposento y él tuvo que dormir otra vez con el otro aprendiz, que comenzó a ser de nuevo amigo suyo porque ya no le tenía envidia. La segunda fue que otra vez tuvo que ejecutar, más que nunca, los más penosos y humildes trabajos, teniendo que permanecer siempre en el taller, y muy raras veces podía ir al aposento donde se hallaba el señor Lobenstein. Si aún seguía allí el profesor de piano era sólo porque Lobenstein quería consumar en él la iniciada empresa de su conversión y aportarle a Dios un alma a cambio del alma perdida.

Llegó el invierno y fue entonces cuando la situación de Anton empezó a volverse realmente dura, al tener que llevar a cabo unas faenas que superaban con mucho sus años y sus fuerzas. Lobenstein pensaba por lo visto que, si no se podía sacar partido del alma de Anton, al menos había que sacar todo el partido posible de su cuerpo. Parecía considerarle ahora como un instrumento de trabajo que se desecha una vez utilizado.

Con el frío y el trabajo, las manos de Anton pronto fueron totalmente inservibles para el piano. Casi todas las semanas tenía que permanecer levantado varias veces por la noche, junto con el otro aprendiz, para sacar los sombreros teñidos de negro de la caldera de tinte hirviente y lavarlos a continuación en el río Oker, que pasaba junto a la casa, para lo cual al final era preciso hacer un agujero en el hielo. Ese paso, tantas veces repetido, del hervor al hielo hizo que a Anton se le agrietaran ambas manos y le brotara la sangre. Pero aquello, en lugar de abatirle, le elevó el ánimo. Se contemplaba las manos con una especie de orgullo, considerando las marcas de sangre que había en ellas como otros tantos distintivos honoríficos por su trabajo; y aquellas duras tareas, en tanto que tuvieron el encanto de la novedad, le procuraban también un cierto placer, que consistía sobre todo en la sensación de fortaleza física, al tiempo que le daban una suerte de agradable sensación de libertad, desconocida hasta entonces.

Era como si ahora pudiese tener también más indulgencia consigo mismo, al haber trabajado igual que los demás y soportado como ellos el peso y el calor del día. En medio de los más onerosos trabajos sentía una especie de respeto de sí mismo, debido al esfuerzo físico, y muchas veces apenas habría vuelto a cambiar aquel estado por la embarazosa situación en

que se hallaba cuando gozaba de la severa amistad, aniquiladora de toda libertad, del señor Lobenstein.

Éste, por su parte, empezó a oprimirle con dureza cada vez mayor: a menudo, Anton tenía que cardar lana todo el día, en medio de un frío helador, en una habitación sin fuente alguna de calor. Lo cual era un sutil procedimiento ideado por el señor Lobenstein para acrecentar la laboriosidad de Anton: pues si éste no quería morir de frío se veía obligado a moverse todo lo que sus fuerzas daban de sí, hasta tal punto que por la noche tenía los dos brazos como paralizados y, pese a ello, las manos y los pies ateridos.

Aquel trabajo, por su eterna monotonía, era el que hacía más duro su sino. Sobre todo cuando, en ocasiones, su imaginación no acababa de empezar a funcionar. Pero una vez que ésta se ponía en marcha, cuando circulaba más rápidamente la sangre, se le pasaban muchas veces las horas del día sin darse cuenta y a menudo veía con los ojos de la imaginación un futuro maravilloso. A veces cantaba lo que iba sintiendo, en recitativos con melodía propia. Y sobre todo cuando se hallaba rendido por el trabajo, con las fuerzas agotadas y abatido por su situación, le gustaba muchísimo dejar vagar la mente a través de fantasías religiosas sobre «sacrificio, entrega total», etc.; le conmovía muy en especial la expresión «altar del sacrificio», hasta tal punto que la introducía en todos los breves cánticos y recitativos que inventaba.

Los coloquios con el otro aprendiz (que se llamaba August) cobraron nuevo incentivo para él, y sus conversaciones fueron más confidenciales, al ser ahora otra vez iguales los dos. Las noches, que tantas veces tenían que pasar ambos en vela, estrecharon aún más los lazos de aquella amistad. Pero lo que más fomentó la intimidad entre ellos fue el llamado cuarto de secado. Era éste una oquedad excavada en la tierra, con paredes de obra y cerrada por arriba con una bóveda de ladrillos, donde sólo podía estar una persona de pie y no más de dos sentadas. En aquel agujero metían un gran brasero y en las paredes que lo circundaban colgaban pieles de conejo, previamente frotadas con aguafuerte, que allí maceraban el pelo para adornar después los sombreros de mejor calidad.

Delante de aquel brasero y en aquel ambiente, Anton y August estaban sentados en el agujero semisubterráneo, en el que había que introducirse más a rastras que a pie, y por lo angosto del lugar, que sólo iluminaban débilmente las brasas, y por lo aislado, silencioso y lóbrego de aquella tenebrosa cueva, se sentían tan estrechamente unidos que a menudo sus corazones se desbordaban en mutuas manifestaciones de amistad. Allí se comunicaron los más recónditos pensamientos; allí pasaron las horas más felices.

Lobenstein, como el señor von Fleischbein y todos sus adeptos, era un separatista que no acudía al servicio religioso ni participaba en la Eucaristía. De modo que mientras duró su amistad con Anton, éste no entró en casi ninguna iglesia de Braunschweig. Ahora en cambio, August le llevaba con él los domingos a la iglesia y cada vez iban a una diferente, pues Anton se complacía en oír predicar sucesivamente a los diversos pastores.

Una vez que Anton y August estaban en el cuarto del secado, a eso de la medianoche, y hablaban sobre los distintos sermones que habían oído, August prometió a Anton llevarle el domingo siguiente a Sankt Ulrich, donde él iba a oír a un predicador que superaba a todo lo que él pudiese pensar e imaginar. Ese pastor se llamaba Paulmann, y August se hacía lenguas de cuántas veces le habían conmovido y emocionado sus sermones. Nada atraía más a Anton que el poder contemplar a un orador sagrado, que tiene en su poder el corazón de miles de personas, y por eso prestó mucha atención a las palabras de August. Ya veía mentalmente al Pastor Paulmann en el púlpito, ya le oía predicar. Su único deseo era que pronto fuese domingo.

Llegó el domingo. Anton se levantó más temprano que de costumbre, terminó sus cosas y se vistió. Cuando tocaron las campanas ya tenía una especie de agradable presentimiento de lo que pronto oiría. Se fueron a la iglesia. Las calles que conducían a Sankt Ulrich estaban llenas de gentes que acudían allí en muchedumbre. El pastor Paulmann había estado enfermo durante algún tiempo y ésa era la primera vez que volvía a predicar: tal era la razón de por qué Anton no había estado ya antes allí con August.

Entrados en la iglesia, pudieron encontrar a duras penas un poco de sitio frente al púlpito. Todos los bancos, pasillos y coros rebosaban de gente, y todo el mundo trataba de mirar por encima de las cabezas de los demás. La iglesia era un antiguo edificio gótico con gruesos pilares que sostenían la elevada bóveda, y con altísimas ventanas ojivales, cuyas vidrieras estaban tan policromadas que sólo dejaban pasar una luz muy tenue.

Así, la iglesia ya estaba llena de gente antes de que empezara el servicio religioso. Reinaba un silencio reverente. De pronto sonó el órgano con todos los registros, y el himno de alabanza en que prorrumpió la muchedumbre pareció sacudir la bóveda. Cuando terminó el último cántico, todos los ojos se clavaron en el púlpito, y no había menos afán de ver que de oír a aquel predicador a quien todos veneraban.

Apareció éste por fin y se hincó de rodillas en las gradas inferiores del púlpito, antes de subir. Luego se puso de pie, y apareció ante la asamblea de los fieles. Un hombre todavía en la plenitud de la vida —el rostro era pálido, la boca parecía esbozar una suave sonrisa, los ojos reflejaban celestial recogimiento—, que, tal y como allí estaba, con la expresión del rostro, con las manos juntas e inmóviles, ya estaba predicando.

Y cuando empezó a hablar, ¡qué voz, qué lenguaje! Primero lenta y solemnemente, y después más y más deprisa, con más ardor: según iba adentrándose en la materia, el fuego de la elocuencia empezaba a relampaguearle en los ojos, a respirar en su pecho y a centellear hasta por las puntas de los dedos. En él todo estaba en movimiento: su lenguaje transgredía, mediante gestos, actitud y movimientos, todas las reglas del arte retórica, siendo a la vez natural, bello e irresistiblemente cautivador.

No había pausa alguna en la poderosa efusión de los sentimientos y las ideas; la palabra siguiente estaba siempre a punto de salir antes de que la precedente hubiera sido enteramente pronunciada; como una ola devora a la otra en la agitada marea, así se perdía instantáneamente cada nueva idea en la siguiente, siendo siempre ésta, sin embargo, tan sólo una representación más viva de la anterior.

La voz era clara, de tenor, y siendo alta poseía sin embargo enorme plenitud; era cual sonido de metal puro, que vibra por todos los nervios. Hablaba, guiándose por el evangelio, contra la injusticia y la opresión,

contra la opulencia y el derroche; y al final, en una llamarada de entusiasmo se dirigió, llamándola por su nombre, a la opulenta y disipada ciudad, cuyos habitantes se hallaban casi todos reunidos en aquella iglesia. Puso a la vista sus pecados y crímenes; evocó los tiempos de guerra, el asedio de la ciudad, el peligro común, cuando la necesidad igualaba a todos y reinaba fraternal concordia; cuando amenazaban a los opulentos habitantes, en lugar de mesas que gemían bajo el peso de los manjares, hambre y carestía, en lugar de pulseras y alhajas, grillos y cadenas. Anton creía estar escuchando a uno de los profetas, cuando castigaba con celo sagrado al pueblo de Israel y lanzaba invectivas contra la ciudad de Jerusalén a causa de sus crímenes.

Cuando Anton salió de la iglesia y se dirigió a casa, no habló una palabra con August, mas a partir de aquel momento, dondequiera que iba y que se hallaba, sólo pensaba en el pastor Paulmann. Soñaba con él de noche y hablaba de él de día. Su imagen, su rostro y cada uno de sus movimientos habían quedado grabados en su alma. Ya cardase lana en el taller, ya lavase sombreros, Anton pasó la semana entera embelesado, puesto el pensamiento en el sermón del pastor Paulmann y repitiendo innumerables veces para sí cada una de las frases que le habían impresionado o conmovido hasta las lágrimas. En su imaginación surgía la antigua y majestuosa iglesia y la atenta muchedumbre y la voz del predicador que ahora, en su fantasía, parecía aún más sobrenatural. Anton contaba las horas y minutos que faltaban para el domingo siguiente.

Éste llegó; y si una cosa ha dejado alguna vez huella indeleble en el alma de Anton, fue el sermón que escuchó aquel día. El número de personas era, si cabe, aún mayor que el domingo anterior. Antes del sermón se entonó un breve cántico que contiene las palabras del salmo:

«Señor, ¿quién morará en tu tienda? ¿Quién habitará en tu santo monte?

»Aquel que anda sin tacha, y obra la justicia y dice la verdad de corazón.

»Quien no calumnia con su lengua ni daña a su hermano ni hace agravio a su prójimo.

»Quien mira con menosprecio al réprobo y honra a los que temen al Señor: quien jura a favor de su prójimo y no se retracta.

»Quien no presta a usura su dinero ni acepta soborno en daño de inocente. Quien obra así, se quedará».

Tal cántico, breve y conmovedor, puso por así decir en atenta espera de lo que vendría después. El alma estaba preparada para recibir grandes y sublimes impactos, cuando apareció el pastor Paulmann, con rostro grave y solemne, como hundido en sus pensamientos, y sin oración ni otros preliminares empezó a hablar con el brazo extendido y dijo:

«Quien no oprime a viudas ni huérfanos, quien no ha cometido crímenes ocultos, quien no causa daño a su prójimo con usura, quien no lleva en su alma la carga del perjurio, levante lleno de confianza sus manos conmigo hacia Dios y rece: ¡Padre nuestro! etc.».

Y leyó luego el evangelio del domingo sobre San Juan Bautista, cuando le preguntan si él es el Cristo: «Y él confesó y no negó, y él confesó, yo no soy el Cristo». Partiendo de ese pasaje, predicó sobre el perjurio, y una vez leídas las palabras del evangelio, con voz ligeramente apagada, solemne, empezó tras una pausa:

«¡Ay de ti, que niegas
sin conciencia a Dios, tu Señor!
¿Por qué llevas desnuda la frente
marcada por negro perjurio?
Con esa frente negaste a Dios,
Su santo nombre fue escarnio para ti,
¡qué hondo has caído!
¡Ay de ti, que ante la faz de Dios
entras —Él no te conoce—,
desventurado entre todos
los que mamaron del pecho de una madre!
No desesperes. Tal vez, tal vez
un día después de muchas lágrimas
se apague la llama de tu pecho
y el arrepentimiento, al correr de los años,
lave la culpa de tu alma.
Tú que cometiste el acto sacrílego,

si aún puedes llorar,
no pierdas la esperanza.
Dios aún volverá Su rostro hacia ti,
Él no quiere la muerte del pecador,
Su boca lo ha jurado».

Tales palabras, acompañadas de numerosas pausas y proferidas con el más sublime patetismo, hicieron un efecto increíble. Una vez terminadas, todos exhalaron un hondo suspiro y se enjugaron el sudor de las frentes.

Y a continuación, el orador analizó la naturaleza del perjurio, presentó sus consecuencias bajo un aspecto horrible, cada vez más horrible. El trueno se abatía sobre la cabeza del perjuro. La perdición, cual hombre armado, se acercaba a él, el pecador temblaba en lo más recóndito de su alma. El predicador exclamó: «¡Montes, caed sobre mí, colinas, cubridme!». El perjuro no recibía la gracia, sino que era aniquilado por la ira del Eterno.

Llegado a este punto, guardó silencio como agotado: un horror pánico se apoderó de todos sus oyentes. Anton pasó revista velozmente a los años de su vida, por si hubiese incurrido en perjurio alguna vez.

Pero ahora comenzó el consuelo: a quien ya desesperaba, le fue anunciada la gracia y el perdón, si hacía diez veces penitencia por lo que había arrebatado a viudas y huérfanos. Si durante el resto de su vida trataba de lavar su culpa con lágrimas de arrepentimiento y con buenas obras.

No le era concedida fácilmente la gracia al malhechor; había de ser alcanzada con oraciones y lágrimas. Y ahora parecía que él quería alcanzarla de Dios con su propia oración y con sus lágrimas ante la asamblea de los fieles, poniéndose él, con su persona, en el lugar del pecador de alma contrita.

Quien ya perdía la esperanza recibió un llamamiento: arrodíllate en el polvo y la ceniza hasta lastimar tus rodillas, y di: «He pecado contra el cielo y contra Ti». Y así, cada período empezaba con: «He pecado contra el cielo y contra Ti». Venía después la confesión: «He oprimido a viudas y huérfanos; al débil le he quitado su único apoyo, al hambriento su pan». Y

así continuaba toda la lista de desafueros. Y cada período concluía de esta manera: «¿Es posible, Señor, que todavía halle gracia?».

Por doquier había lágrimas y aflicción. El estribillo de cada período hacía un efecto inenarrable. Era como si cada vez recibiera el pecho una nueva descarga eléctrica, que acrecentaba al máximo la emoción. Incluso el agotamiento del orador, que sobrevino al final, su ronca voz (era como si lanzara gritos a Dios por los pecados del pueblo), contribuyeron a la creciente conmoción general causada por tal sermón; no hubo niño que no suspirase ni llorase contagiado de la emoción de los demás.

Tres horas y media habían pasado ya, como si fuesen minutos. De pronto guardó silencio y, tras una pausa, terminó con los mismos versos con que había empezado. Con voz baja y agotada leyó entonces la confesión general, la confesión de los pecados y la anunciada absolución. Rezó después por quienes iban a recibir la comunión, entre los que se incluyó él, y luego, alzando las manos impartió la bendición. La voz apagada, que contrastaba con el tono imperante en el sermón, tenía mucho de solemne y conmovedor.

Anton no salió de la iglesia, tenía que ver cómo iba a comulgar el pastor Paulmann. Los pasos de éste ya eran sagrados para él. Pisaba con una especie de respeto religioso el suelo por el que sabía que había pasado el pastor Paulmann. ¡Qué no habría dado él por poder ir también a comulgar! Vio luego cómo el pastor Paulmann se marchaba a casa, con su hijo al lado, un niño de nueve años. Toda su existencia hubiera dado Anton a cambio de ser él aquel hijo venturoso. Cuando veía al pastor Paulmann andando por la calle con sus feligreses, que formaban como un corro en torno a él, y dando afablemente las gracias en ambas direcciones a todos los que le saludaban, era como si viera un cierto resplandor en torno a su cabeza y contemplara a un ser sobrenatural que caminaba entre los demás mortales; su mayor deseo era atraer hacia su persona, quitándose el sombrero, alguna de sus miradas, y cuando lo consiguió, se marchó corriendo a casa para, en cierto modo, guardar aquella mirada en su corazón.

El domingo siguiente, el pastor Paulmann predicó al mediodía sobre el amor a los hermanos, y en la misma medida en que el sermón contra el perjurio había conmocionado las almas, éste otro les causó tierna emoción.

Ahora, las palabras fluían como miel de sus labios, cada uno de sus movimientos era diferente, todo su ser parecía haberse adaptado a la materia sobre la que predicaba. Y sin embargo, no había en ello la menor afectación. Para él era natural unirse íntimamente a todas las ideas y sentimientos que hacía surgir el tema de su sermón.

Aquella mañana Anton se había aburrido soberanamente oyendo hablar al otro pastor de aquella iglesia: varias veces le acometió una especie de furia, cuando todo parecía indicar que el predicador ya iba a decir amén y recomenzaba en el mismo tono. Ahora, más que nunca, el mayor tormento de Anton era escuchar un sermón tan aburrido, al no poder evitar hacer continuas comparaciones, una vez que la oratoria del pastor Paulmann se había convertido para él en el más excelso ideal, un ideal que le parecía imposible que nadie alcanzara.

Concluido el sermón matinal, le correspondía al pastor Paulmann realizar la consagración de la Eucaristía, en lo que Anton le oía por vez primera. Y luego ¡qué venerable su actitud cuando apareció ante él! Estaba en pie al fondo de la iglesia, delante del elevado altar, y cantaba las palabras «Dad gracias al Señor, pues es Bueno y Su bondad dura eternamente», con una voz tan celestial y una tan concentrada expresión que en aquel instante Anton se creyó transportado a regiones superiores. Le parecía también como si todo aquello tuviese lugar detrás de un telón, en el sanctasanctórum que su pie no podía pisar. ¡Cómo admiraba él a todos los que se acercaban al altar y recibían la comunión de manos del pastor Paulmann! Una mujer muy joven que, vestida de negro, con pálidas mejillas y un rostro lleno de celestial recogimiento, se acercó al altar, hizo en el ánimo de Anton una impresión que él no había sentido hasta entonces. Jamás volvió a ver a aquella mujer, mas su imagen nunca se borró de su corazón.

Ahora, su imaginación tenía un nuevo campo de actividad. La idea de la Comunión era la que Anton tenía ahora siempre presente al acostarse, al levantarse, la que ocupaba sus pensamientos todo el día cuando estaba solo con su trabajo. Veía siempre la imagen del pastor Paulmann, con su voz suave, que iba elevándose gradualmente, y sus ojos alzados al cielo, ojos que parecían iluminados por algo más que por un recogimiento terrenal. En

sus fantasías, también se abría paso a veces la imagen de la joven vestida de negro, con aquel rostro pálido y lleno de recogimiento.

Todo ello daba tales alas a su imaginación que se hubiera tenido por el hombre más dichoso bajo el sol si hubiese podido ir a la Comunión el domingo siguiente. Se prometía un consuelo tan sobrenatural y celestial si recibía la comunión que ya derramaba por anticipado lágrimas de alegría; al mismo tiempo sentía una cierta compasión de sí mismo, suave y reconfortante, que le endulzaba todo lo amargo y desagradable de su situación, cuando pensaba que a él, aprendiz de sombrerero, nadie podría privarle de aquel consuelo. Determinó que tomaría la comunión, cuando pudiese hacerlo, al menos cada dos semanas. Y luego se deslizaba muy sigilosamente en aquel deseo la esperanza de que, si tomaba con tanta frecuencia la comunión, tal vez el pastor Paulmann acabara fijándose en él, y era de seguro tal pensamiento el principal causante de la inenarrable dulzura que le producían aquellas figuraciones. Así, también allí estaba emboscada la vanidad, donde menos podría esperarse.

Le resultaba imposible creer que siempre iba a seguir siendo un ser tan desconocido y tan desamparado como hasta entonces. Según ciertas ideas novelescas que se le habían metido en la cabeza, habría de ocurrir un día que un hombre noble se topase con él por la calle, notase en él algo insólito y lo tomase bajo su protección. Una cierta expresión triste y melancólica que acabó adoptando era lo que, a su modo de ver, llamaría primero la atención. Por eso, muchas veces simulaba esa expresión más de lo que era natural en él. Es más, muchas veces, cuando la fisonomía de algún hombre distinguido le inspiraba confianza, estuvo en un tris de dirigirle directamente la palabra y ponerle al corriente de su situación. Pero cada vez le acobardaba la idea de que aquel hombre distinguido tal vez le tomara por loco.

Cuando iba por la calle, cantaba también a veces con una cierta voz plañidera algunos de los cánticos de Madame Guyon que había aprendido de memoria y en los que creía hallar alusiones a su propia vida. Y además, como en las novelas a veces puede obrar maravillas un cántico como aquél, que alguien entona lleno de dolor, pensaba que también él, atrayendo la

atención de algún ser filantrópico, conseguiría dar a su destino un rumbo distinto.

La reverencia que profesaba al pastor Paulmann era demasiado grande como para atreverse a dirigirle la palabra alguna vez. Cuando estaba cerca de él, le sobrevenía un escalofrío como si se hallara en la proximidad de un ángel.

No podía imaginar, o bien intentaba evitar cuidadosamente tal idea, que el pastor Paulmann se levantase y se acostase como todos los demás seres humanos y que ejecutase como ellos todos los actos naturales. Le resultaba completamente imposible representárselo en camisa y gorro de dormir, o más bien rehuía aquella idea, como si ella hiciese surgir un vacío en su alma. Especialmente insoportable era para él la imagen del gorro de dormir, cada vez que tal cosa le venía a la mente en relación con el pastor Paulmann, como si esa imagen produjese una disarmonía en todas sus otras representaciones.

Mas he aquí que una vez, estando casualmente Anton en la puerta de la iglesia, entró el pastor Paulmann y, en dialecto bajo alemán, le dijo al sacristán que después había que bautizar a un niño.

Si un contraste ha hecho alguna vez un efecto vivísimo en el alma de Anton, fue ése: en primer lugar, aquel hombre, a quien él nunca había imaginado de otro modo que dirigiéndose a los fieles en tono solemne y apasionado, hablaba con el sacristán en bajo alemán, como el más primitivo de los artesanos, y sobre una cosa tan sublime como el bautismo; y eso en un tono que era cualquier cosa menos sublime, el mismo tono con que podría haber dicho a alguien que no se olvidara de traer la jofaina.

Con aquel único incidente la idolatría que profesaba Anton al pastor Paulmann disminuyó un poco. Lo veneraba algo menos y lo amaba en cambio tanto más.

Por su parte, él se había formado un ideal de vida feliz tomado en su totalidad del pastor Paulmann. No podía imaginar nada más sublime y deleitable que hablar públicamente a los fieles, tal como el pastor Paulmann, y luego incluso, como también hacía el pastor a veces, dirigirse a la ciudad llamándola por su nombre. Sobre todo esto último tenía algo grandioso y patético para él, hasta tal punto que muchas veces, durante días

enteros, daba vueltas incesantemente en su imaginación a aquella invocación directa a la ciudad. Y cuando por ejemplo atravesaba la calle para ir a por cerveza y veía pelearse a unos niños, no podía evitar repetir interiormente las palabras del pastor Paulmann y anunciar a la inicua ciudad su perdición, al tiempo que levantaba el brazo con gesto amenazador. Dondequiera que iba y que estaba, discurseaba para sí, en su fuero interno, y cuando caía en un estado de excitación violenta pronunciaba el sermón contra el perjurio.

De ese modo, estuvo sumido durante algún tiempo en aquellas agradables fantasías que casi le hicieron olvidar el cardado de lana en la fría habitación, el lavado de los sombreros en el hielo y la falta de sueño, cuando con harta frecuencia tenía que permanecer en vela varias noches seguidas. A veces, las horas de trabajo se le pasaban como si fuesen minutos cuando, ayudado de su imaginación, conseguía identificarse con la personalidad de un orador público.

Pero, ya fuese que aquella tensión no natural de sus energías anímicas, o que el esfuerzo físico, excesivo para sus años, que exigía el trabajo acabasen finalmente con él, Anton cayó gravemente enfermo. Los cuidados que se le dispensaron fueron escasos. Deliraba con la fiebre y a menudo yacía en la cama días enteros, sin que nadie se ocupase de él.

Por fin, se abrió camino su saludable naturaleza y se recuperó. Sin embargo la enfermedad le dejó como secuela una cierta apatía y abatimiento, y el filantrópico señor Lobenstein, con una de sus suaves amonestaciones, casi le hubiese causado una mortal recaída.

Fue una tarde, al anochecer, cuando Anton tenía que ayudar a Lobenstein mientras éste tomaba un baño de hierbas en un obscuro y retirado aposento. Como en aquel baño sudaba y pasaba gran miedo, le dijo a Anton con una voz que le llegó hasta la médula: «¡Anton! ¡Anton! ¡Guárdate del infierno!», mientras clavaba la vista en un rincón, como petrificado.

Anton se puso a temblar al oír aquellas palabras. Un súbito escalofrío le recorrió todo el cuerpo y le asaltaron todos los terrores de la muerte, pues no ponía en duda que Lobenstein acababa de tener una aparición que le anunciaba la muerte de Anton y que aquello era lo que le había hecho

prorrumpir en la terrible exclamación: «¡Guárdate, ay, guárdate del infierno!».

Tras aquel grito, Lobenstein salió de pronto del baño y Anton tuvo que iluminarle el camino hasta la alcoba. Caminaba delante de él con las rodillas temblorosas, y al marcharse, le pareció que Lobenstein estaba más pálido que la muerte.

Si alguien ha orado alguna vez a Dios con verdadero recogimiento y devoción, ése fue Anton nada más quedarse solo; en un chamizo que había junto al taller hincó en tierra, no la rodilla sino el rostro, dirigiendo súplicas a Dios y pidiéndole la vida, cual malhechor sobre el que ya se ha doblado la vara de la justicia. Sólo una dilación para convertirse, si de todos modos tenía que morir, porque le había venido a la memoria que había corrido y saltado alegremente por la calle más de veinte veces, y ahora tenía ante él todos los tormentos del infierno, que por su conducta habría de padecer eternamente. «¡Guárdate, ay, guárdate del infierno!» resonaba aún en sus oídos, como si un espectro le hubiese gritado tales palabras desde la tumba, y continuó orando sin interrupción una hora entera y no habría cesado en toda la noche si el miedo no hubiese disminuido. Pero cuando su pecho hubo exhalado incesantes y angustiosos suspiros y por fin fluyeron las lágrimas, le pareció que Dios había escuchado sus súplicas, ese mismo Dios que, como sucediera en tiempos pretéritos con los ninivitas, prefiere que no se cumpla la palabra de un profeta a permitir que se pierda un alma. Con sus oraciones, Anton había apartado la fiebre en la que probablemente hubiese recaído si sus agitadas fantasmagorías no hubiesen encontrado aquella salida. Así, una exaltación, una locura, muchas veces sana a la otra: se expulsa a los diablos con Belcebú.

Pasada aquella lasitud, Anton tuvo un sueño reparador, y a la mañana siguiente se levantó otra vez en buena salud. Mas la idea de la muerte despertó con él; pensaba que, todo lo más, le había sido concedida una pequeña dilación para convertirse y que tenía que apresurarse mucho si aún quería salvar su alma. Lo que hizo, en efecto, lo mejor que pudo. Por el día rezaba innumerables veces, arrodillado en un rincón, de tal modo que, en su mundo imaginario, acabó teniendo firme seguridad en la gracia divina y tal

contento interior que muchas veces se creía ya en el cielo y en ocasiones deseaba morir antes de apartarse otra vez del buen camino.

Pero no podía dejar de suceder que, en medio de todos esos extravíos de su fantasía, la naturaleza percibiese la ocasión del retorno y una vez más renaciese en el ánimo de Anton el amor natural a la vida por la vida misma. Y al llegar a ese punto, pensaba en la muerte inminente como en algo triste y desagradable, y consideraba que en aquellos instantes otra vez era rechazado por la gracia divina, y volvía a asaltarle el miedo, por no serle posible acallar la voz de la naturaleza.

Ahora sufría por doble partida las tristes consecuencias de la superstición que le había sido imbuida desde su más tierna infancia, sus sufrimientos podían ser denominados, hablando propiamente, sufrimientos imaginarios, mas para él eran dolores reales, que le arrebataban los goces de la juventud.

Sabía por su madre que una clara señal de que se acercaba la muerte era cuando, al lavarse uno las manos, éstas no despiden vapor, así que, siempre que se lavaba las manos, vivía su propia muerte. Había oído decir que si un perro aúlla en una casa con el hocico vuelto hacia la tierra, es que está barruntando la muerte de una persona: entonces cada vez que aullaba un perro, estaba profetizando su propia muerte. Hasta si una gallina cacareaba como un gallo, era señal infalible de que pronto moriría alguien en la casa, y hete aquí que precisamente en su corral había una gallina de mal agüero que, contrariamente a su naturaleza, no paraba de cantar como un gallo. No había para Anton toque de difuntos con un sonido tan funesto como el de aquel cacareo, y esa gallina le deparó más horas lúgubres en su vida que cualquier otro infortunio que Anton sufriera jamás.

Muchas veces volvía a hallar consuelo y esperanza de vivir cuando la gallina permanecía en silencio algunos días. Pero nada más oírla otra vez, todas sus esperanzas, todos sus hermosos proyectos se le venían por tierra de golpe.

Cuando no pensaba en otra cosa que en la muerte, ocurrió que fue a la iglesia por primera vez después de su enfermedad, a oír al pastor Paulmann. Éste ya estaba en el púlpito, y predicaba… sobre la muerte.

Aquello fue una conmoción para Anton. Pues habiendo aprendido a referirlo todo a su persona, conforme a la idea que le habían metido en la cabeza de que Dios se ocupaba de él de modo especial, ¿a quién sino a él iba dirigido el sermón sobre la muerte? Un malhechor no puede oír su sentencia de muerte con más angustia en el pecho que la de Anton al oír aquel sermón. El pastor Paulmann añadió razones suficientes para consolarse de los terrores de la muerte, mas de qué servía aquello frente al apego natural a la vida, que, pese a todas las extravagancias de que Anton tenía repleta la cabeza, seguía prevaleciendo en él. Retornó a casa con el corazón triste y oprimido, y durante quince días le tuvo apesadumbrado aquel sermón que el pastor Paulmann, de haber sabido que producía en dos personas más el mismo efecto que en Anton, probablemente no habría pronunciado.

Así Anton, a los trece años, por guiarle de un modo especial la gracia divina a través de sus escogidos instrumentos, se había convertido en un completo hipocondríaco, y, hablando con propiedad, podía decirse de él que a cada instante moría en plena vida. Se había visto infamemente privado de los goces de la infancia. El don de la gracia divina le había trastornado la cabeza.

Pero llegó la primavera, y la naturaleza, que todo lo cura, empezó también a rehacer lo que había destruido la gracia. Anton sintió nuevas energías vitales; se lavaba y las manos despedían vapor otra vez; ya no aullaban los perros; dejó de cantar la gallina y el pastor Paulmann no pronunció más sermones sobre la muerte.

Anton empezó otra vez a pasear a solas los domingos, y sucedió una vez que, sin darse cuenta, llegó precisamente a la puerta por donde hacía cosa de año y medio había entrado por primera vez en Hannover, con su padre. No pudo menos de salir fuera de la muralla y avanzar por el amplio camino militar poblado de sauces por el que llegó entonces. Al hacerlo, le asaltaron extrañas sensaciones. Recordó de pronto todo lo vivido desde aquella época, a partir del día en que vio por primera vez a los centinelas marchando de un lado a otro en lo alto de la muralla y él imaginaba de mil maneras qué aspecto tendría la ciudad por dentro y cómo sería la casa de Lobenstein. Fue como si de pronto despertara de un sueño y estuviese otra

vez en el mismo sitio donde había comenzado ese sueño. Las diversas y variadas escenas de su vida de Braunschweig a lo largo de aquel año y medio se fundieron en un conjunto único y las distintas imágenes parecieron hacerse más pequeñas con arreglo a las proporciones mayores que de pronto había adquirido su conciencia.

Así de intensa es la imagen del lugar al que vinculamos todas las demás imágenes. Las distintas calles y casas que Anton veía a diario constituían la parte inmutable de sus representaciones, a la que él vinculaba los sucesos cambiantes de su vida. Éstos adquirían así coherencia y verdad, y le hacían distinguir lo realmente vivido y lo soñado.

Sobre todo en la infancia es menester que todas las demás ideas se asocien a las ideas de lugar, porque esas ideas tienen, en cierto modo, poca consistencia propia y todavía no subsisten por sí mismas.

Por eso, en la infancia resulta realmente difícil distinguir la vigilia del sueño. Y recuerdo que uno de nuestros mayores filósofos actuales me contó a este respecto una cosa muy curiosa que él había observado, relativa a sus años infantiles.

Debido a una cierta mala costumbre, muy frecuente en los niños, le habían azotado muchas veces con la vara. Por otro lado, soñaba siempre de una manera muy vívida, como también suele suceder, que se arrimaba a la pared y… Cuando a veces, de día, acababa arrimándose realmente a la pared, le venía a las mientes el duro vapuleo que le habían propinado con tanta frecuencia, y a menudo esperaba mucho tiempo antes de atreverse a satisfacer una urgente necesidad de la naturaleza, pues temía que se tratase otra vez de un sueño por el que volvería a recibir severo castigo: sólo cuando había mirado bien en derredor y, contando hacia atrás, calculaba el tiempo que había transcurrido, llegaba a convencerse totalmente de que no estaba soñando.

También solemos estar todavía medio soñando cuando despertamos por la mañana, y la transición al estado de vigilia sucede gradualmente, debido a que uno está empezando a orientarse; pero cuando se ha percibido por fin la claridad que entra por la ventana, todas las cosas van ordenándose ellas solas paulatinamente.

Por eso era bien natural que Anton, cuando ya llevaba varias semanas en Braunschweig en casa de Lobenstein, pensara por la mañana que seguía soñando, aunque ya estaba despierto en realidad, pues la clavija a la que solía anudar las ideas del día anterior —y también las de su vida pasada— cuando despertaba por la mañana, la que daba a esas ideas coherencia y verdad, se había como desplazado; porque la idea de lugar ya no era la misma.

¿Es, pues, de extrañar que el cambio de lugar muchas veces contribuya en alto grado a hacernos olvidar, como si fuese sueño, aquello que no nos gusta considerar como real?

En años posteriores, y en especial cuando se ha viajado mucho, se pierde un poco esa vinculación de las ideas a un lugar. Adonde quiera que se va, hay, o bien tejados, ventanas, puertas, losas, iglesias y torres, o bien prados, bosques, sembrados y matorrales. Las diferencias que llaman la atención desaparecen; la tierra se iguala por doquier.

Cuando Anton iba por las calles de Braunschweig, a veces, sobre todo a la caída de la tarde, se sentía de pronto como soñando. Solía también ocurrirle eso cuando iba por una calle que le parecía tener alguna lejana afinidad con una calle de Hannover. Entonces, por unos instantes, tenía la sensación de hallarse otra vez en Hannover; las escenas de su vida se confundían unas con otras.

Al pasear disfrutaba siempre mucho dirigiéndose a zonas de la ciudad donde no había estado aún. En tales ocasiones, sentía dilatársele el corazón, era como si se hubiese atrevido a traspasar de un salto el estrecho círculo de su existencia; las ideas cotidianas se perdían, y grandes y agradables horizontes, laberintos del porvenir, se abrían ante él.

Sin embargo, aún no había conseguido abarcar en una sola y completa vista de conjunto toda su vida de Braunschweig, con tantos y tan diversos cambios. El lugar en que se hallaba cada vez, le recordaba siempre con excesiva intensidad alguna parte precisa de esa vida, de forma que en su capacidad cognitiva no hallaba cabida la totalidad. Sus representaciones siempre giraban en el estrecho círculo de su existencia.

Para tener una imagen clara de la totalidad de aquella vida de Braunschweig, era preciso cortar, por así decir, todos los hilos que siempre

vinculaban su atención a lo momentáneo, cotidiano y diversificado de la misma; y que al mismo tiempo él estuviese situado otra vez en el punto de mira desde el que observaba su vida de Braunschweig antes de que ésta hubiese comenzado y cuando todavía se hallaba ante él como un porvenir vislumbrado.

Fue justamente ése el punto de mira en que se situó Anton cuando atravesó casualmente la puerta de la muralla por la que había entrado hacía aproximadamente año y medio, procedente del camino militar poblado de sauces, mientras veía ir y venir a los centinelas en lo alto de la muralla.

Tuvo que ser precisamente ese lugar el que, trayéndole de golpe a la memoria mil detalles insignificantes, pareció trasladarle de nuevo a la situación en que se encontraba inmediatamente antes de empezar a vivir en Braunschweig. Todo lo que había en medio tuvo que comprimirse en su imaginación, como se entremezclan las sombras unas con otras, y asemejarse a un sueño. Pues aquel estar él en el puente y aquel mirar-a-lo-alto-de-la-muralla, donde estaban los centinelas, enlazó directamente con su estar y con su mirar-a-lo-alto-de-la-muralla año y medio atrás. Anton volvió a representarse el pasado, todas las escenas de la vida de Braunschweig, como se las había representado en aquel entonces, año y medio atrás, como algo que aún estaba por venir, y aquella imagen tan intensa, aquella rememoración del lugar hizo que el recuerdo del tiempo intermedio transcurrido desde entonces, se borrase o al menos se atenuase. Comoquiera que fuere, de otro modo apenas es posible explicarse el fenómeno de aquella curiosa sensación que tuvo Anton y que cada persona recordará haber tenido al menos alguna vez en su vida.

Más de diez veces estuvo Anton a punto de no regresar a la ciudad y, siguiendo el camino que tenía ante él, retornar a Hannover, si no le hubiese atemorizado la idea del hambre y el frío.

Pero aquel día su determinación de no permanecer más tiempo en casa de Lobenstein, costase lo que costase, fue inquebrantable. Por eso, convencido de que ya no iba a durar mucho aquella situación, se tornó más indiferente a todo. El propio Lobenstein empezó a tomarle tal aversión que acabó escribiendo a Hannover, al padre de Anton, para que fuese a buscar a su hijo, que era un ser perfectamente inútil. Nada podía ser más deseable

para Anton que la noticia de que su padre iría pronto a buscarle para llevarlo a casa. En Hannover, concluyó él, tendrían que enviarle de todos modos a alguna escuela, antes de ser admitido a la Comunión, y en tal caso ya haría él por destacar para que se fijaran en él. En la misma medida que antaño había deseado ir a Braunschweig, anhelaba ahora retornar a Hannover, entregándose una vez más a agradables divagaciones sobre el porvenir.

Pero, no obstante su dura situación, se había encariñado con muchas cosas de Braunschweig, de modo que sus agradables esperanzas iban mezcladas de una tristeza que le sumía en dulce melancolía. A menudo estaba junto al río Oker, solo, siguiendo todo lo que le permitía la vista alguna barquilla que pasaba por allí, y le parecía entonces muchas veces como si hubiese penetrado de pronto con la mirada en su obscuro porvenir, pero cuando creía haber retenido la agradable ilusión, ésta desaparecía de repente.

Intentó entonces como saborear una última vez todas las zonas de la ciudad que conocía por sus paseos dominicales, y, aun esperando no volver a verlas jamás, se despidió melancólicamente de cada una de ellas.

Asistió a varios sermones más del pastor Paulmann, y algunos pasajes de ellos nunca se le borraron de la memoria.

En un sermón sobre la Pasión de Jesús, le emocionó profundamente el fervor creciente con que el pastor Paulmann dijo estas palabras: «Lleno de compasión posa la mirada en sus asesinos y ora y ora y ora: ¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!».

Y hablando de la confesión, en un sermón sobre el pasaje evangélico del leproso que tenía que mostrarse a los sacerdotes, le emocionaron a Anton las palabras dirigidas a los hipócritas que observan diligentemente todas las prácticas exteriores de la religión y llevan en el pecho un corazón hostil. Cada período comenzaba con: «Vosotros vais al confesionario, os mostráis al sacerdote, pero él no puede ver dentro de vuestra alma, etc.». También repitió muchas veces en aquel sermón una expresión que conmovió hondamente a Anton y que le parecía ser: «Vosotros llegaréis al “Heben”». Y es que esa última palabra, que el Pastor Paulmann no pronunciaba claramente de forma que Anton no podía entenderla bien, le parecía ser

«Heben» y esa palabra o ese sonido le conmovía hasta las lágrimas siempre que pensaba en él.

La misma atracción ejercía en él una expresión que aparecía muchas veces en los sermones del pastor Paulmann: «Las alturas de la razón». Pero eso tenía sus motivos específicos, que no será inútil exponer. El coro de la iglesia, donde estaba el órgano y cantaban los niños, siempre le había parecido un lugar inaccesible; anhelante, dirigía muchas veces su mirada hacia lo alto y no ansiaba dicha mayor que poder contemplar de cerca, siquiera una vez, la maravillosa fábrica del órgano y todo lo demás que hasta entonces había tenido que admirar de lejos. Esa fantasía tenía afinidad con otra que él había traído consigo de Hannover. En aquella ciudad, una torre precisa había sido para él un objeto lleno de seducción: la observaba con embeleso y muchas veces sentía envidia de los músicos del municipio que allá arriba, en la galería, tocaban al alba y al anochecer.

Podía contemplar horas y horas aquella galería, que desde abajo le parecía tan pequeña que a él no podía llegarle ni a la rodilla y por la que, sin embargo, apenas sobresalían las cabezas de los músicos con sus instrumentos pegados a la boca. Y lo mismo valía para la esfera del reloj, que, al decir de quienes habían estado arriba, debía ser tan grande como la rueda de un carro, mientras que a él, desde abajo, no le parecía más grande que la rueda de una carretilla. Todo aquello atizaba tanto su curiosidad que muchas veces pasaba días enteros no pensando ni deseando otra cosa que poder contemplar alguna vez de cerca aquella galería y aquella esfera de reloj.

Por encima de la galería, la torre de Hannover tenía unos orificios por los que pasaba el sonido, y a través de ellos también se veía cómo se movían las campanas con el movimiento de los pies. Y Anton casi devoraba con los ojos aquel espectáculo completamente nuevo para él: una máquina metálica, tan grande que producía un sonido atronador, bajaba y subía alternativamente ante sus ojos, bajo los pies de personas que parecían minúsculas y que allá en las alturas accionaban los pedales.

Le parecía como si hubiese mirado en las más recónditas entrañas de la torre y como si aquella misteriosa fábrica de maravilloso sonido, que él había escuchado conmovido tantas veces, hubiese descorrido su velo en la

lejanía. Pero aquello avivó aún más su curiosidad, en lugar de satisfacerla. Él había visto únicamente la mitad de la campana que se elevaba, con su inmensa oquedad, y no todo su volumen. Desde que era niño había oído hablar del tamaño de aquella campana y su imaginación la hacía aumentar muchísimo de tamaño, de manera que Anton concebía al respecto las ideas más novelescas y extravagantes.

Cuando sufría por los dolores del pie, cuando gemía bajo la opresión de sus padres, ¿cuál era su consuelo? ¿Cuál era el más dulce sueño de su infancia? ¿Cuál su más ardiente deseo, que a menudo le hacía olvidarse de todo? No era sino poder contemplar de cerca la esfera del reloj y la galería de la torre de la Ciudad Nueva de Hannover con las campanas que en ella había.

Durante más de un año aquel juego imaginativo suyo le dulcificó las horas más sombrías de su vida, pero, ¡oh desdicha!, tuvo que abandonar Hannover sin haberse cumplido su más ardiente deseo. No obstante, la imagen de la torre de la Ciudad Nueva no se apartó de su mente, le siguió hasta Braunschweig, en sus sueños nocturnos se le aparecía muchas veces sobre elevadas escaleras de mil vueltas laberínticas, cuando él subía a la torre y, de pie en la galería, tocaba por fuera, con un placer inenarrable, la esfera del reloj, y luego, por dentro de la torre, no sólo tenía ante él la campana mayor, sino muchas otras campanas más pequeñas y otras cosas maravillosas, hasta que su cabeza chocaba con el reborde inmenso de la campana mayor y se despertaba.

Siempre que el pastor Paulmann hablaba de las «alturas de la razón», Anton pensaba con embeleso en las alturas de su torre bienamada, en la campana y en la esfera del reloj, y luego también en el elevado coro sobre el que se hallaba el órgano de Sankt Ulrich y entonces renacía de golpe todo su anhelo, y la expresión «Las alturas de la razón» le hacía derramar lágrimas de melancolía.

La parte propiamente expositiva de los sermones del pastor Paulmann, en la que hablaba con asombrosa rapidez, estaba fuera del alcance de Anton, porque no podía seguir el hilo del discurso. Pero, con la esperanza puesta en la parte exhortativa, le escuchaba con deleite: le parecía como si

se estuviese formando un nublado que pronto haría sobrevenir una bienhechora tormenta o una mansa lluvia.

Una vez, sin embargo, fue a la iglesia con la idea de reescribir en casa el sermón del pastor Paulmann, y de pronto fue como si, al oírle, se hiciese la luz en su espíritu. Su atención había dado un giro. Antes escuchaba con el corazón, ahora escuchaba por primera vez con el entendimiento. Él no sólo quería sentir una intensa emoción causada por ciertos pasajes, sino comprender la totalidad del sermón, y entonces empezó a considerar tan interesante la parte expositiva como la exhortativa. El sermón trataba del amor al prójimo, de cuán felices serían los hombres si cada individuo tratase de promover el bien de todos y todos el bien de cada individuo. Nunca se borró de su memoria aquel sermón, con todos sus apartados y subapartados, que él escuchaba con el propósito de escribirlos, lo cual hizo nada más llegar a casa ante el asombro de August, a quien se lo leyó enseguida.

El escribir aquel sermón había originado como un nuevo proceso evolutivo de su capacidad intelectiva. Pues a partir de entonces, poco a poco empezó a estructurar jerárquicamente sus ideas, aprendió a reflexionar él solo sobre un tema, tratando después de presentar, fuera de sí mismo, la concatenación de sus pensamientos, y como no podía comunicar éstos a nadie, los ponía por escrito, aunque aquellas redacciones fuesen muchas veces bien peregrinas. Pues si antes hablaba con Dios directamente, ahora empezó a tener correspondencia con él, escribiéndole largas oraciones en que le exponía su estado.

Sentía ahora tanto más urgencia de hacer composiciones escritas cuanto que carecía totalmente de lecturas, pues Lobenstein hacía tiempo que ya no le daba ningún libro, salvo el de Engelbrecht, un oficial fabricante de paños de la ciudad de Winser junto al río Aller, *Descripción del cielo y del infierno*, que le había regalado.

En todo el mundo no habrá, de seguro, otro embustero como aquel Engelbrecht, que, al decir de la gente, había estado realmente muerto y que, una vez vuelto a la vida, le hizo creer a su anciana abuela que había estado verdaderamente en el cielo y en el infierno. Ella se lo contó a otros y así surgió tan delicioso libro.

Aquel sujeto no tenía el menor escrúpulo en afirmar que había estado con Cristo y con los ángeles de Dios, flotando justo debajo del cielo y que había cogido el sol con una mano y la luna con la otra y contado las estrellas del firmamento.

No obstante, sus comparaciones eran a veces bastante ingenuas. Comparaba, por ejemplo, el cielo con una exquisita sopa de vino de la que sólo se degustan en la tierra pocas gotas, mientras que allí se la puede tomar a cucharadas. Y la música celestial estaba tan alejada de la música terrenal como un bello concierto lo está de la musiquilla de una gaita o del sonido que produce el cuerno de un vigilante nocturno.

Y en cuanto a los honores que se le habían hecho en el cielo, de eso no se cansaba de vanagloriarse.

A falta de mejor alimento, el alma de Anton tenía que contentarse con aquel único manjar, y así al menos su imaginación estaba en actividad. El entendimiento permanecía por así decir neutral, él ni lo creía ni dejaba de creerlo; sólo se lo imaginaba con todo detalle.

Entretanto, el enojo y el odio que ya le profesaba Lobenstein muchas veces le llevaba incluso a insultarle y golpearle; le amargaba la vida del modo más cruel; le obligaba a hacer las faenas más bajas y humillantes. Pero nada fue más hiriente para Anton que cuando, por primera vez en su vida, tuvo que llevar una carga a la espalda, una banasta llena de sombreros, por la vía pública. Lobenstein caminaba delante de él y a Anton le parecía como si le mirase toda la gente que pasaba por la calle.

Toda carga que él podía llevar por delante, ya fuese bajo el brazo o en las manos, le parecía que, en lugar de rebajarle, le honraba. Pero el tener que ir agachado esa vez, con la cerviz inclinada bajo el yugo como un animal de carga, mientras su arrogante dueño y señor marchaba delante, eso le abatió por completo los ánimos, haciéndole la carga mil veces más pesada. Creyó hundirse bajo tierra, de fatiga y de vergüenza, antes de haber llegado con su carga al lugar de destino.

Ese lugar de destino era la armería, en la que había que entregar los sombreros, que habían sido encargados para el ejército. Anton no había deseado ver las campanas y la esfera del reloj de la torre de la Ciudad Nueva de Hannover con más anhelo que el interior de esa armería, delante

de la cual había pasado tantas veces sin ver cumplido su deseo. Mas ¡cómo se le estropeó la fiesta por tenerla que ver en aquel estado de ánimo!

Aquella carga a la espalda le abatió más que cualquier humillación sufrida y más que las reprensiones y los golpes de Lobenstein. Era como si no pudiese caer más bajo; casi se veía a sí mismo como una criatura despreciable y vil. Fue una de las más crueles situaciones de toda su vida, que recordaría después vivamente siempre que pasaba junto a una armería y cuya imagen volvía a surgir en su interior siempre que oía la palabra «opresión».

Cuando le acontecía una cosa así, procuraba aislarse de todo el mundo; cualquier sonido alegre le producía aversión; corría a un lugar que había detrás de la casa, junto al río, y clavaba nostálgicamente la mirada en las aguas, muchas veces durante horas enteras. Si alguna voz humana, de alguna de las casas vecinas, le seguía hasta allí, o si oía cantar, reír o hablar, le parecía como si el mundo se riese burlonamente de él, tan despreciado, tan anonadado se sentía, desde que había inclinado la cerviz bajo el yugo de una banasta.

El unirse a las risas burlonas de quienes se mofaban de él, unas risas que su sombría imaginación le hacía escuchar, le procuraba una especie de deleite. En una de esas horas terribles en que estalló en desesperadas carcajadas de burla de sí mismo, el hastío de la vida fue excesivo en él, comenzó a temblar y a vacilar sobre el débil madero en que se mantenía de pie. Sus rodillas dejaron de sostenerle y cayó al agua. August fue su ángel guardián; ya llevaba un rato detrás, sin que él lo notase, y lo sacó del agua por un brazo. Sin embargo, había acudido más gente. Toda la casa estaba reunida allí, y desde aquel momento Anton fue tenido por persona peligrosa a la que había que expulsar de allí lo antes posible. Inmediatamente, Lobenstein contó el incidente al padre de Anton en una carta, y éste llegó dos semanas después a Braunschweig, lleno de enojo, para llevarse a Hannover a su malparado hijo, en cuyo pecho, a juicio del señor von Fleischbein, Satán se había erigido a sí mismo un templo indestructible.

El padre se quedó unos días en casa del sombrerero Lobenstein, y durante aquel tiempo Anton llevó a cabo todas sus tareas delante de su padre con redoblado afán y procuró tranquilizarse haciendo al final todo lo

que podía. En su fuero interno iba despidiéndose del taller, del cuarto del secado, del entarimado y de la parroquia de Sankt Ulrich, y la idea que más gusto le procuraba era que, cuando llegase a Hannover, le hablaría a su madre del pastor Paulmann.

Cuanto más se acercaba la hora de la despedida, tanto más alivio sentía en el pecho. Pronto saldría de aquella situación agobiante y sin perspectivas. El vasto mundo se abría otra vez ante él.

La despedida de August fue afectuosa, la de Lobenstein fría como el hielo. Era un domingo por la tarde, con un tiempo gris, cuando Anton salió con su padre de la casa de Lobenstein. Una vez más contempló la puerta negra guarnecida de grandes clavos, y se dio tranquilamente la vuelta para atravesar otra vez la puerta de la muralla, delante de la cual había dado hacía poco un paseo tan interesante. Pronto habían desaparecido de su vista las altas murallas y la Torre de San Andrés, y ya sólo veía a lo lejos, en el oscuro atardecer, el Brocken[9] cubierto de nieve y casi oculto entre las nubes que se cernían sobre él.

El corazón de su padre permaneció frío e inaccesible. Pues su padre, que lo miraba enteramente con los ojos del sombrerero Lobenstein y del señor von Fleischbein, lo veía a él como a un ser en cuyo pecho había erigido su templo Satán. No hablaron casi nada durante el viaje sino que siempre caminaron en silencio, advirtiendo apenas Anton la longitud del camino, tan agradable era el coloquio que mantenía con sus pensamientos: ahora volvería a ver a su madre y a sus hermanos y podría contarles sus aventuras.

Volvieron por fin a destacarse las cuatro hermosas torres de Hannover, y Anton contempló la torre de la Ciudad Nueva, como a amigo a quien se vuelve a ver tras larga separación, renaciendo de nuevo su amor a las campanas.

Otra vez se hallaba entre los muros de Hannover y todo era nuevo para él; sus padres se habían trasladado a otra casa más pequeña y oscura, en una calle apartada, y mientras subía las escaleras, todo le parecía extrañísimo, como si aquélla no pudiera ser su casa. Pero si el comportamiento de su padre para con él había sido frío y desanimante en extremo, ruidosa y exuberante fue la alegría con que salieron a su encuentro la madre y los

hermanos, que no dejaban de mirar sus manos agrietadas por el frío, y por primera vez sintió Anton que su familia volvía a compadecerse de él.

Cuando salió al día siguiente, recorrió todos los lugares conocidos donde había jugado antaño. Era como si hubiese envejecido durante aquel tiempo y quisiera rememorar los años de juventud. Anton se tropezó con una cuadrilla de antiguos condiscípulos y compañeros de juegos que le estrecharon la mano y se alegraron de su regreso.

Y tan pronto se halló a solas con su madre ¿qué otra cosa podía hacer que hablarle del pastor Paulmann? Ella, ya de por sí, profesaba un respeto infinito a todo lo sacerdotal y podía comprender muy bien los sentimientos de Anton hacia el pastor Paulmann. ¡Oh, qué horas dichosas fueron aquéllas en que Anton pudo abrir su pecho y hablar durante horas del hombre por quien, de entre todos los seres de la tierra, sentía el más grande amor y respeto!

Ahora oía predicar a los párrocos de Hannover, pero ¡qué diferencia! Entre todos ellos no encontró un Paulmann, a excepción de un llamado N…, que, cuando hablaba apasionadamente, tenía cierta afinidad con él.

Ningún predicador podía hallar el beneplácito de Anton si no hablaba al menos tan rápidamente como el pastor Paulmann, y me parece que, si se tiene en cuenta que el predicador es un orador, no le faltaba razón. El maestro ha de hablar despacio, el orador, deprisa. El maestro ha de iluminar gradualmente el entendimiento, el orador arrebatar irresistiblemente los corazones. Con el entendimiento hay que proceder pausadamente, con el corazón, velozmente, si no se quiere malograr el fin. Por otra parte, será siempre mal maestro quien no sea a veces orador y mal orador quien no sea a veces maestro, pero cuando habla Fox en el parlamento inglés, lo hace con una velocidad sin igual y con ese poderoso torrente lo arrastra todo consigo y estremece a sus oyentes como hizo el pastor Paulmann con su sermón sobre el perjurio.

Un domingo, en la Iglesia Militar de Hannover, predicaba un capellán llamado Marquard, y Anton le escuchó de muy mala gana, por no tener la menor semejanza con el pastor Paulmann, antes bien, por su lenguaje algo lento y pesado, era casi el extremo contrario. Al llegar a casa, Anton no pudo menos de decirle a su madre la especie de odio que había concebido

contra aquel predicador, mas cuál no sería su asombro cuando su madre le dijo que él tendría clase de religión con aquel pastor y que también iría a confesar y a comulgar con él, pues era su confesor y ella pertenecía a su parroquia.

¿Cómo hubiera podido creer Anton que él podría amar un día al hombre por el que entonces sentía una irresistible aversión? ¿Que ese hombre llegaría a ser un día su amigo, su bienhechor?

Entretanto ocurrió un hecho que a Anton, ya de por sí propenso a la melancolía, le puso aún más triste: su madre cayó gravemente enferma y estuvo dos semanas entre la vida y la muerte. Imposible describir lo que sintió Anton en aquella ocasión. Era como si él muriese con su madre, tan íntimamente estaba unida su existencia a la de ella. Noches enteras pasó llorando cuando supo que el médico había perdido la esperanza de que sanara. Era como si le fuese totalmente imposible soportar la pérdida de su madre. Cosa bien natural, puesto que estaba abandonado de todo el mundo y sólo se consolaba con su amor y su confianza en ella.

Llegó el pastor Marquard y administró la comunión a la madre de Anton; éste creía ahora que ya no quedaba esperanza alguna y estaba inconsolable. Oró a Dios por la vida de su madre, y se acordó del rey Hisquias, a quien Dios envió una señal de que había sido escuchada su oración y prolongada su vida.

Un signo así buscaba ahora Anton: ¿tal vez, por ejemplo, quería retroceder la sombra que había en la pared del jardín? La sombra pareció retroceder, finalmente, porque una ligera nube había ido a situarse ante el sol, o puede que su imaginación hubiera hecho retroceder aquella sombra, pero a partir de ese momento renació en él la esperanza. Y su madre comenzó efectivamente a recuperarse. Él, por su parte, retornó también a la vida, e hizo todo lo posible por ganarse el cariño de sus padres. Pero con su padre no lo consiguió. Éste, desde que fue a recogerlo a Braunschweig, le había tomado a Anton un odio amargo e implacable que le hacía sentir en toda ocasión. Ello se ponía de manifiesto en cada una de las comidas y muchas veces Anton tuvo que comerse el pan mezclado literalmente con sus lágrimas.

El único consuelo en tal situación eran sus solitarios paseos con sus dos hermanos pequeños. Organizaba con ellos auténticas excursiones por las murallas de la ciudad, proponiéndose cada vez una meta, a la que siempre se dirigía en una especie de viaje.

Ésa había sido su ocupación preferida desde la más tierna infancia, y cuando casi no sabía andar aún, se proponía como meta alguna esquina de la calle en que vivían sus padres, y ése era el límite de sus pequeños paseos.

Transformaba, pues, la muralla a la que subía, en montaña, los matorrales por los que se abría camino, en bosque, y un pequeño promontorio de tierra que había en el foso, en isla. Y así, en un terreno de unos centenares de pasos, muchas veces hacía viajes de muchas leguas con sus hermanos. Se perdía y se extraviaba con ellos por los bosques, coronaba elevados peñascos y llegaba a islas deshabitadas: con ellos, en resumen, convertía en realidad, lo mejor que podía, aquel mundo novelesco suyo enteramente imaginario.

En casa organizaba con ellos toda clase de juegos en los que muchas veces imperaba la violencia: asediaba ciudades, conquistaba fortalezas construidas con los libros de madame Guyon, bombardeándolas con castañas silvestres. A veces también predicaba, y sus hermanos tenían que escucharle. La primera vez se construyó un púlpito a base de sillas, y sus hermanos estaban sentados en banquetas delante de él. Con el apasionamiento y la exaltación que se apoderaron de Anton, se derrumbó el púlpito, cayó él al suelo, y fue a dar violentamente, junto con la silla sobre la que estaba, contra la cabeza de sus hermanos. La gritería y la confusión eran generales. Al cabo, entró su padre, quien empezó a recompensarle con harta dureza por el sermón que acababa de pronunciar. Llegó después la madre de Anton, que quiso arrancarle de las manos de su padre. Al no conseguirlo, su furia tomó una dirección totalmente opuesta y comenzó a su vez a golpear con todas sus fuerzas a Anton, a quien de nada sirvieron súplicas y ruegos. Jamás, ciertamente, salió un sermón tan malparado como aquél, el primero que pronunció Anton. Hasta en los sueños le perseguía desde entonces el recuerdo de aquel incidente.

No obstante, por eso no desistió de subir otra vez a su púlpito y leer sermones enteros redactados por él, con evangelio, tema y disposición en

partes. Pues desde aquella primera vez que se puso a reescribir el sermón del pastor Paulmann, sabía ordenar más fácilmente sus ideas y ponerlas en una suerte de relación mutua.

No pasaba ahora domingo sin que reescribiese un sermón, adquiriendo así tal práctica que sabía rellenar las lagunas de memoria, y si él había oído un sermón y anotado sus pasajes esenciales, podía reproducirlo en casa por escrito casi íntegramente.

Anton tenía ya más de catorce años y, para recibir la Confirmación o ser acogido en el seno de la Iglesia cristiana, debía asistir antes durante algún tiempo a una escuela en que se impartiese clase de religión.

Sucedió que había en Hannover un instituto en el que se formaban los jóvenes que querían ser maestros rurales, y que tenía aneja una escuela que servía a los futuros maestros para hacer prácticas. Es decir, propiamente, la escuela debía su existencia a los maestros, en lugar de que los maestros estuviesen allí a causa de la escuela. Pero como los alumnos no pagaban, aquel establecimiento era el recurso de los pobres, que podían enviar allí a sus hijos para que estudiasen gratuitamente. Y como el padre de Anton no estaba dispuesto a gastar mucho en aquel hijo tan degenerado y tan dejado de la mano de Dios, acabó poniéndolo en aquella escuela. Allí, súbitamente, Anton volvió a ver ante él posibilidades completamente nuevas.

Para Anton fue un espectáculo solemne el ver reunidos en una sala, ya en la primera clase de la mañana, a todos los futuros maestros con los alumnos y alumnas. El inspector de aquel establecimiento, que era un clérigo, daba cada mañana a los alumnos una catequesis que servía de modelo a los maestros. Éstos se sentaban todos ante unas mesas, para ir escribiendo las preguntas y respuestas, mientras que el inspector iba y venía haciendo preguntas. Por la tarde, uno de los maestros tenía que repetir con los alumnos, en presencia del inspector, la catequesis que éste había dado por la mañana.

Ahora bien, el volver a escribir lo oído ya era algo muy fácil para Anton, y cuando el maestro repetía por la tarde la lección de la mañana, Anton ya la había escrito, de pie, en su pizarra, mucho mejor que el maestro, y podía dar más respuestas que preguntas hacía el otro, lo cual

pareció llamar hasta cierto punto la atención —una atención extremadamente lisonjera para Anton— del inspector.

Mas para que no se envaneciera de su buena suerte, al día siguiente le esperaba una humillación que casi dejó chica a la de Braunschweig, cuando tuvo que ir por primera vez con la banasta a la espalda.

Sucedió, pues, que en la segunda clase del día siguiente tuvo lugar un ejercicio silábico, en el que cada vez tenía que deletrear una sílaba uno de los muchachos y pronunciarla después a voz en cuello, repitiéndola luego en coro todos los demás. Aquellos gritos que atronaban los oídos, y todo aquel ejercicio le pareció a Anton cosa como absurda y desquiciada, y, persuadido como estaba de que él ya sabía leer con expresión, sintió no poca vergüenza de tener que aprender allí otra vez a decir las letras. Pronto, sin embargo, le llegó el turno de vocear él solo la sílaba, pues aquello iba con la rapidez del rayo. Y he aquí que Anton permaneció mudo en su asiento y la deliciosa música perdió de golpe el compás. «¡Venga, sigue!», gritó el inspector, y al ver que la cosa no marchaba, le dirigió una mirada de inmenso desprecio diciendo: «¡Qué mozo más lerdo!», y mandó deletrear al siguiente. Anton creyó morir en aquel instante, al ver cuán bajo había caído de pronto a los ojos de una persona con cuyo aplauso contara tan firmemente, tan bajo que esa persona ni siquiera creía que él supiese deletrear una sílaba.

Si antaño, en Braunschweig, su cuerpo estaba postrado por la carga que llevaba, tanto más lo estuvo ahora su espíritu bajo el peso con que se abatieron sobre él las palabras «¡Qué mozo más lerdo!» del inspector.

Mas esta vez era aplicable a él lo que se cuenta de Temístocles, que también sufrió en su mocedad una afrenta pública: «Non fregit eum, sed erexit».[10] Desde el día en que sufrió aquella humillación hizo un esfuerzo diez veces mayor que antes por ganarse la estima de sus maestros, para, en cierto modo, avergonzar un día al inspector que le había conocido tan mal y hacer que se arrepintiese de la injusticia cometida.

El inspector exponía todos los días, durante las primeras clases de la mañana, el concepto doctrinal de la Iglesia luterana, de modo perfectamente dogmático, con todas las objeciones tanto de los papistas como de los reformados, tomando como base la explicación de Gesenio del Pequeño

Catecismo de Lutero. No cabe duda de que así Anton se llenó la cabeza de muchas cosas superfluas, pero aprendió a hacer capítulos y subdivisiones de capítulos, aprendió a trabajar de un modo sistemático.

Los cuadernos donde escribía lo que escuchaba iban aumentando, y en menos de un año poseyó un completo tratado de dogmática con todas las citas bíblicas y una apologética completa contra paganos, turcos, judíos, griegos, papistas y reformados: sabía hablar como un libro de la transubstanciación en la Cena, de las cuatro etapas de la exaltación y humillación de Cristo, de las doctrinas fundamentales del Corán y de las más relevantes pruebas de la existencia de Dios contra los librepensadores.

Y, en verdad, también hablaba como un libro de todas aquellas cosas. Ahora tenía abundante material para sus sermones y sus hermanos volvieron a oírle pronunciar en casa, desde el inestable y peligroso púlpito, todo lo escrito en los cuadernos.

A veces le invitaban los domingos a casa de un primo, donde se reunían aprendices de artesanos. Allí tenía que ponerse delante de la mesa y pronunciar ante aquella asamblea un auténtico sermón, con texto bíblico, tema y partes diferentes. En tales sermones solía refutar la doctrina de los papistas sobre la transubstanciación, o bien combatía a los ateos, enumerando exaltadamente, una tras otra, las pruebas de la existencia de Dios, y poniendo al descubierto todas las deficiencias de la doctrina del azar.

Ahora bien, el centro al que asistía Anton tenía por norma que los adultos que estudiaban magisterio se distribuyesen los domingos por todas las iglesias y escribiesen los sermones que después tenían que presentar al inspector para que los revisara. De modo que Anton disfrutaba ahora aún más escribiendo sermones, pues veía que así realizaba las mismas tareas que sus maestros, y éstos, a los que él les enseñaba los sermones, le tenían cada vez en mayor estima y le trataban casi como de igual a igual.

Al final había reunido un grueso volumen con los sermones que él había transcrito y que consideraba como un gran tesoro, entre los cuales le parecía haber dos auténticas joyas: una era el sermón del pastor Uhle —quien, por su velocidad al hablar tenía la mayor semejanza con el pastor Paulmann— pronunciado en la Iglesia de San Egidio y que trataba del Juicio Final.

Anton le pronunciaba muchas veces a su madre con verdadero deleite aquel sermón, en que la destrucción de los elementos, el hundimiento de la bóveda del universo, el temblor y temor del pecador, el alegre despertar de los justos, eran presentados en un contraste que excitaba al máximo la imaginación: y eso era lo más apropiado para Anton. A él no le gustaban los sermones fríos y razonados. El segundo sermón, que tenía en más aprecio que ningún otro, era el que pronunció el pastor Lesemann en la Iglesia de la Santa Cruz con ocasión de su despedida, y durante el cual, casi del principio al fin, había sido interrumpido por lágrimas y sollozos, tanto le amaban los fieles de su parroquia. La emoción y el sentimiento con que fue pronunciado aquel sermón causó indeleble impresión en el ánimo de Anton, quien no deseó para sí dicha mayor que poder pronunciar una vez ante una muchedumbre así, llorando todos a una con él, un tal sermón de despedida.

En cosas de ese género estaba Anton en su elemento y le causaba un deleite inefable la disposición melancólica de ánimo en que recaía entonces. Seguramente nadie sintió jamás el deleite de las lágrimas (*the joy of grief*) más intensamente que él en tales ocasiones. Esa conmoción interior a causa de un sermón de ese género tenía más valor para él que todos los otros placeres de la vida, habría dado sueño y comida a cambio de ella. También cobró más fuerza en él ahora el sentimiento de la amistad. Amaba, en su sentido más propio, a algunos de sus maestros, y anhelaba el trato con ellos; se hizo amigo sobre todo de uno de ellos, llamado R…, que a juzgar por su apariencia exterior era un hombre muy duro y áspero, pero que tenía en realidad un corazón de oro, cosa que sólo puede darse en un futuro maestro rural.

Anton tenía con él una clase particular de escritura y de aritmética, clase que le pagaba su padre, pues escribir y hacer cuentas era lo único que, en su opinión, quizás tendría que aprender Anton. Como éste ya sabía escribir sin faltas, R… le mandó hacer ya pronto composiciones propias que hallaron su entera aprobación, lo cual fue tan lisonjero para Anton que se atrevió por fin a confiarse a él y a hablarle tan sincera y confiadamente como hacía tiempo que no había hablado con nadie. Así pues, le dio a conocer su deseo irrefrenable de estudiar, y habló de la dureza de su padre, que se lo impedía y que no quería pemitirle aprender otra cosa que un oficio artesano. El

áspero R… pareció conmovido por aquella confianza y animó a Anton a franquearse con el inspector, que tal vez pudiese ayudarle mejor a lograr su objetivo. Se trataba del mismo inspector que, cuando Anton no quiso deletrear a gritos, le dijo con un gesto lleno de desprecio: «¡Qué mozo más lerdo!», cosa que él no había podido olvidar aún y que por tanto le hizo vacilar sobre si tendría que poner al corriente de sus deseos de estudiar a un hombre que había puesto en duda que él supiese las letras.

Entretanto, el respeto que le profesaban a Anton en aquella escuela aumentaba de día en día, y allí vio cumplido su deseo de ser el primero y de ver cómo atraía la atención de casi todos. Eso daba tal pábulo a su vanidad que muchas veces se veía ya predicando, sobre todo cuando llevaba ropa negra: entonces caminaba con unos andares solemnes y con un aire más serio de lo habitual. Al final de la semana, el sábado, después de haber entonado todos el cántico «Hasta aquí me ha traído Dios», uno de los alumnos leía siempre una larga oración. Cuando le llegaba el turno a Anton, era una verdadera fiesta para él. Se imaginaba a sí mismo de pie en el púlpito, recogiéndose interiormente durante los últimos versículos del cántico, y luego de pronto, como el pastor Paulmann, rompía a pronunciar una ferviente plegaria con todo el entusiasmo de la elocuencia. Su declamación, indudablemente, adquiría así un énfasis que era excesivo para un escolar y que no podía pasar inadvertido. De modo que el maestro le dejaba leer raras veces la oración.

Es más, los maestros acabaron teniendo como envidia de él. Uno de ellos organizó un ejercicio en el que los alumnos debían volver a contar con propias palabras una de las *Historias bíblicas* de Hübner. Anton, con su imaginación, aderezó poéticamente aquella historia, declamándola con una especie de ornato retórico. Aquello molestó al maestro, que al final indicó que Anton debía abreviar sus relatos. Entonces, la vez siguiente Anton resumió todo el relato en unas pocas palabras y a los dos minutos había terminado. Eso le pareció demasiado breve al maestro y volvió a ofenderse. Finalmente, ya no le permitió contar más historias con palabras propias. Por la tarde, los maestros que repetían la catequesis tenían miedo de preguntarle, porque él siempre había escrito más que ellos; así que ya no

tenía ni la posibilidad de mostrar lo que sabía, lo cual, sin embargo, era lo que más deseaba, para que así se fijaran en él.

Lleno de enojo porque nunca le hacían preguntas y él tenía que estar siempre inactivo, se acercó por fin con ojos llorosos al inspector, que le había preguntado bastante en las clases de la mañana y parecía haber cambiado de opinión respecto a él. El inspector le preguntó qué le ocurría, si se había sentido injustamente tratado por alguno de sus condiscípulos, y Anton respondió que le habían tratado injustamente, mas no sus condiscípulos sino sus maestros: ni se ocupaban de él y ni tan siquiera le hacían preguntas, aunque él se supiese el tema mejor que otros. ¡Que le hiciesen justicia en eso!

El inspector trató de quitarle tal idea de la cabeza, disculpando a los maestros con los muchos alumnos que tenían, pero a partir de aquel momento comenzó a fijarse más en él, y por la mañana, en la primera clase, le hizo más preguntas que de costumbre.

Una vez por semana tenía lugar un ejercicio con los salmos, de los que cada alumno tenía que sacar conclusiones prácticas aplicables a sí mismo. Éstas eran escritas en un pliego de papel o en una pizarra y luego leídas en alta voz, lo que hacía sudar a muchos. El inspector estaba delante. Anton no escribió nada. Mas al llegarle su turno, explicó el salmo punto por punto y pronunció sobre él una verdadera disertación o sermón que duró casi media hora, de forma que el propio inspector dijo al final que ya bastaba, que no debía hacer una exégesis del salmo sino sacar de él algunas enseñanzas morales.

Así transcurrió casi un año entero, en el que Anton hizo tan extraordinarios progresos en cuanto a aplicación y se comportó tan intachablemente, que alcanzó en altísimo grado la meta que se había propuesto, llamar la atención, provocando incluso la envidia de sus maestros.

Pero Anton se encontraba ahora en el momento decisivo de tener que elegir su futura forma de vida, y su padre, que quería quitárselo pronto de encima, se volvía cada vez más duro con él, de tal manera que la escuela era como un refugio seguro contra la opresión y persecución de que era objeto en su casa.

Su querido maestro, R…, fue nombrado al cabo maestro de un pueblo, y Anton ya no tenía un verdadero amigo entre sus maestros. Al despedirse, R… le aconsejó otra vez que se dirigiese directamente al inspector, y como de todos modos ya era hora de tomar una decisión, Anton, latiéndole el corazón, se atrevió un día a pedirle al inspector que le recibiera pues tenía algo importante que decirle. El inspector se fue con él a su aposento, y allí Anton sintió más confianza, le contó su vida y le abrió por entero su corazón. El inspector le expuso las dificultades, lo que costaban los estudios, pero no le hizo perder todas las esperanzas, antes bien le prometió que intervendría en favor suyo para que pudiese asistir gratuitamente a las clases de un instituto. Aquello, no obstante, eran perspectivas muy lejanas, pues sus padres no le darían absolutamente nada para vivir, ni tan siquiera alojamiento y comida, ya que su padre había encontrado un pequeño empleo a seis leguas de Hannover y se marcharía pronto de la ciudad.

Entretanto, el inspector había hablado sobre el futuro de Anton con el consejero consistorial Götten, de quien dependía el Instituto de Magisterio, y éste ordenó que Anton fuese a verle. Al ver a aquel venerable anciano, Anton perdió el valor y le temblaban las rodillas cuando se presentó a él, pero cuando el anciano le tomó afablemente de la mano y le habló con suavidad, él empezó a soltarse y a explicarle cuánto amaba los estudios. El consejero consistorial Götten le mandó entonces leer en alta voz una de las *Odas espirituales*[11] de Gellert, para oír de qué calidad eran su elocución y su voz, caso de que un día quisiera dedicarse a la predicación. Tras lo cual le prometió concederle estudios gratuitos y procurarle libros; eso, sin embargo, era todo lo que podía hacer por él. Anton estaba tan lleno de alegría por aquella oferta que su agradecimiento no tenía límites y ya creía haber superado todos los obstáculos. Pues no se le ocurrió pensar que aparte de clases y libros también necesitaba comida, casa y ropa.

Triunfante corrió a casa e informó a sus padres de su buena suerte. Pero ¡qué jarro de agua fría cuando su padre le dijo con voz cortante que si quería estudiar, no contara con un solo penique suyo, pero que, si era capaz de procurarse por su cuenta comida y vestido, él no tenía nada en contra de que estudiase! Dentro de unas semanas, añadió, se marcharía de Hannover y si para entonces Anton aún no estaba de aprendiz en casa de ningún maestro

artesano, que él viera dónde se metía y que esperase tranquilamente a que alguna de las personas que le aconsejaban tan solícitamente que estudiase, se encargase también de su sustento.

Triste y melancólico vagaba ahora Anton, meditando sobre su destino. No se apartaba de su ánimo la idea de estudiar, por muchas dificultades que se le interpusieran en el camino. Por su mente pasaban diversos proyectos. Recordó haber leído que hubo antaño en Grecia un joven ávido de estudiar que, para poder vivir, partía leña y transportaba agua, dedicando a los estudios el tiempo que le quedaba. Él quería imitar aquel ejemplo y en muchos momentos ya estaba dispuesto a trabajar como jornalero durante unas horas para poder disponer del resto del tiempo. Pero entonces no podría aprovechar bien las clases del instituto, pensaba. Así, todo aquel meditar y reflexionar sólo le sumía más aún en la melancolía y la indecisión. Entretanto, se acercaba la fecha decisiva en que habría de tomar una determinación. Tenía que dejar la escuela a la que iba para asistir algún tiempo a la escuela militar, pues iba a ser confirmado por el capellán militar Marquard, a cuyas clases de preparación y de catequesis ya estaba empezando a asistir y que ya se había fijado en él debido a sus respuestas. Pero él nunca hubiese tenido la osadía de tomar la iniciativa y contarle a aquel hombre, con quien al principio no logró tomar confianza, la aflicción de su alma.

Como a Anton no se le presentaba ninguna perspectiva sólida de estudios, seguramente habría terminado por aprender algún oficio, si una circunstancia en apariencia insignificante, no hubiese cambiado para siempre el rumbo de su vida.

OceanofPDF.com

Parte segunda

OceanofPDF.com

Prefacio

(1786)

Para prevenir falsos juicios, semejantes a los que ya han sido emitidos sobre este libro, me veo obligado a explicar que lo que yo he llamado, por causas que consideré fáciles de adivinar, novela psicológica, es propiamente biografía, y sin duda, hasta en los más pequeños matices, la pintura más verdadera y fiel de una vida humana que quizás haya sido hecha hasta ahora.

A quien se interese un poco por una fiel exposición de este género, no le molestará lo que en un primer momento parece insignificante o carente de importancia, antes al contrario, considerará que el artificioso entramado que es una vida humana, consta de una cantidad infinita de pequeñeces, las cuales resultan ser extraordinariamente importantes dentro de ese entramado, por insignificantes que parezcan en sí mismas.

Quien contempla su vida pasada, muchas veces cree en un principio no ver otra cosa que falta de sentido, hilos rotos, confusión, noche y oscuridad; pero cuanto más fija la mirada, tanto más desaparece la oscuridad, la falta de sentido se va perdiendo gradualmente, los hilos rotos vuelven a anudarse, lo revuelto y confuso se ordena, y la disonancia se resuelve imperceptiblemente en armonía y melodiosos sonidos.

OceanofPDF.com

La circunstancia que dio un rumbo más afortunado a la vida de Anton Reiser fue que una vez se peleó en la calle con unos chicos que salían con él de la escuela y que lo habían embromado, cosa que él no quiso seguir aguantando. Cuando estaba tirándose de los pelos con ellos, se acercó de pronto el pastor Marquard. Y cuál no sería la vergüenza y confusión de Reiser cuando los otros dos muchachos le llamaron la atención sobre ello y, con una especie de maligna alegría, le insistieron en la cólera que el pastor Marquard haría recaer inmediatamente sobre él.

¿Cómo? Yo quiero ser un día un hombre respetable, como ése que viene por ahí. Deseo que todo el mundo lo sepa enseguida, para que haya alguien que se haga cargo de mí y me saque de la miseria, ¿y he de verme sorprendido en esta situación por el hombre que me impartirá la confirmación, teniendo ocasión de mostrarme bajo el aspecto más favorable? Ese hombre ¿qué pensará de mí, por quién me tendrá?

Tales eran los pensamientos que le pasaron por la cabeza a Reiser y que de pronto lo llenaron de vergüenza, de confusión y desprecio de sí mismo, hasta tal punto que deseó que lo tragara la tierra. Pero hizo un esfuerzo, la confianza en sí mismo superó la vergüenza que lo apabullaba y le infundió al mismo tiempo valentía y confianza en el pastor Marquard. Se armó rápidamente de valor, se dirigió con paso decidido al pastor Marquard y le habló en plena calle, diciéndole que él era uno de los jóvenes que iban a su catequesis y que le pedía que no se encolerizase con él por haberse pegado en aquel momento con aquellos dos chicos, que no era ésa su manera de ser habitual; que los chicos no le dejaban en paz y que aquello no volvería a ocurrir.

El pastor Marquard se extrañó mucho de que le hablara así en plena calle un muchacho que acababa de pelearse con otros chicuelos. Tras una breve pausa, respondió que, en efecto, era impropio e indecoroso el pelearse, pero que no tenía mayor importancia si dejaba de hacerlo de allí en adelante. Quiso saber después su nombre, se informó sobre sus padres, le preguntó a qué escuela había ido antes, etc. y lo despidió muy afablemente. ¡Qué contento no sintió Reiser y cuál no fue su alivio creyendo haber salido de aquella peligrosa situación!

¡Y cuánto mayor no habría sido su contento de haber sabido que aquel incidente puramente casual acabaría con sus angustiosas preocupaciones y sería la piedra básica de su dicha futura! Pues, a partir de aquel momento, el pastor Marquard concibió la idea de informarse más detalladamente sobre aquel joven y de hacer algo por él, pues suponía, no sin razón, que, si el comportamiento del joven Reiser con él no había sido fingido, correspondía a una mentalidad poco común en un muchacho de su edad: y que no había fingimiento, eso parecía garantizarlo la expresión de su rostro.

El domingo siguiente, el pastor Marquard le hizo más preguntas de lo normal en la catequesis. Así, Reiser había logrado ya hasta cierto punto uno de sus deseos, hablar de alguna manera públicamente en la iglesia, ante la asamblea de los fieles, respondiendo con voz alta y distinta a las preguntas del catecismo que hacía el pastor, y destacando claramente entre los demás, pues acentuaba bien, mientras que ellos recitaban sus respuestas con el maquinal canturreo de los escolares.

Terminada la catequesis, el pastor Marquard le llamó aparte y le invitó a ir a su casa a la mañana siguiente. ¡Qué alegre inquietud se apoderó al punto de sus pensamientos, pues parecía que por fin había alguien que se interesaba un poco por él! Pues Reiser acariciaba la esperanza de que el pastor Marquard se hubiese fijado en él por sus respuestas; y se propuso tomarle confianza a aquel hombre y manifestarle todos sus deseos.

Cuando, tras una noche casi en vela, llegó a la mañana siguiente a casa del pastor Marquard, éste le preguntó en primer lugar a qué pensaba dedicarse en la vida y le allanó el camino que llevaba a lo que Anton pensaba decirle. Reiser le expuso sus proyectos. El pastor Marquard le hizo ver las dificultades que le esperaban, pero le infundió ánimos al mismo

tiempo, y el primer estímulo práctico que le dio fue prometerle que su único hijo, que era alumno de grado superior del Liceo de Hannover, le daría clase de latín y que empezaría esa misma semana.

Durante toda la conversación, Reiser creía notar por los gestos y el comportamiento del pastor Marquard que éste seguía guardándose para sí algo importante que le diría en su momento, viendo reforzada esa suposición por las misteriosas palabras del sacristán militar, a cuyas clases también asistía él, y que siempre le ponía una silla cuando llegaba, mientras que los demás se sentaban en bancos. El sacristán, en efecto, solía decirle cuando acababa la clase: «Ándese usted con cuidado y piense que está siendo observado muy atentamente. Se están preparando cosas importantes en relación con su persona». Y cosas por el estilo, con lo que Reiser empezó a tenerse por más importante que antes, y su pequeña vanidad recibió excesivo estímulo. Esa vanidad se manifestaba con frecuencia, y de modo bien insensato, en su manera de andar y en sus gestos: iba por la calle, sumido en sus pensamientos, con la seriedad y la gravedad de un maestro rural, como ya hacía en Braunschweig, sobre todo cuando llevaba levita negra y calzón largo. Para andar había tomado como modelo los andares de un joven pastor, que era entonces capellán de lazareto en Hannover y al mismo tiempo subdirector del Liceo, y que hacía un ademán con la barbilla que le gustaba mucho a Reiser.

Seguramente no ha habido nunca nadie más feliz disfrutando una cosa como lo fue Reiser en aquel entonces aguardando las cosas importantes que le iban a suceder. Su fantasía estaba en ebullición. Y como ya era inminente la fecha en que podría recibir la Eucaristía, reaparecieron de nuevo en él todas las ideas exaltadas que ya tenía en la cabeza cuando estaba en Braunschweig. A ello venían a sumarse las clases del sacristán, que les presentaba el cielo y el infierno con unos colores tan angustiosos a quienes ayudaba a prepararse a la Eucaristía, que a menudo sus oyentes quedaban llenos de espanto y temor, lo que, por otra parte, iba unido a esa sensación agradable que suele sobrevenir cuando se escuchan cosas horribles y espantosas. El sacristán, por su parte, saboreaba el placer de haber movido el ánimo de sus oyentes, un placer que le hacía verter lágrimas de felicidad,

las cuales, cuando estaba por la noche entre ellos en medio del aula iluminada de la escuela, prestaban aún más solemnidad a la escena.

El pastor Marquard también impartía algunas clases semanales en las que preparaba a quienes iban a recibir la Eucaristía. Pero lo que decía no podía competir en modo alguno con las estremecedoras alocuciones de su sacristán, aunque a Reiser le pareciese más coherente y mejor dicho. Nada más lisonjero para él que cuando en una ocasión el pastor Marquard explicó la idea de que los creyentes son hijos de Dios sirviéndose del siguiente ejemplo: si él tuviese un trato más íntimo con alguno de sus jóvenes oyentes, si le invitase a ir a su casa y conversara con él, ese joven también estaría más próximo a él que los demás, y así también los hijos de Dios están más próximos a Él que los demás hombres. A Reiser no le cabía duda de que, entre todos los condiscípulos, él era el único al que el pastor Marquard dedicaba más atención que a los demás. Pero por muy lisonjero que fuese ese hecho para su vanidad, le producía también una inmensa melancolía, ya que ninguno de los otros iba a tener parte en esa dicha que sólo le estaba destinada a él, quedando excluidos para siempre del trato familiar con el pastor Marquard. Una nostalgia que él recuerda haber sentido ya una vez en los años de su primera infancia, cuando su prima le compró en una tienda un juguete que él llevaba en las manos al salir de casa. Y había allí, sentada delante de la puerta, una niña aproximadamente de su misma edad y vestida andrajosamente, que llena de admiración por el precioso juguete exclamó: «¡Oh, Dios mío, qué bonito!». Reiser tendría en aquel entonces seis o siete años. El tono de voz, propio de quien sufre pacientemente la miseria, a pesar de la enorme admiración con que la niña harapienta había dicho «¡Oh, Dios mío, qué bonito!», le llegó al alma. La niña pobre veía cómo pasaban delante de ella todas aquellas maravillas y ni siquiera podía pensar un instante en poseer alguno de esos objetos. Se hallaba prácticamente excluida para siempre de la posesión de esas cosas tan lindas, estando al mismo tiempo tan cerca de ellas. ¡Cuánto le hubiese gustado volver y regalar a la niña harapienta el costoso juguete, si su prima se lo hubiese permitido! Siempre que pensaba después en ello, se arrepentía amargamente de no habérselo entregado al punto a la niña. Esa especie de compasiva tristeza era lo que también sentía Reiser al pensar que sólo él

gozaba de las ventajas de la protección del pastor Marquard, lo que ponía a sus condiscípulos, sin que ellos lo hubiesen merecido, tan por debajo de él.

Esa misma sensación volvía a nacer en él siempre que leía la primera Égloga de Virgilio y llegaba a las siguientes palabras: «Nec invideo, etc.». Poniéndose en la situación del feliz pastor, que puede estar tranquilamente sentado a la sombra de un árbol, mientras que el otro tiene que abandonar su casa y sus terrenos, siempre se sentía, al llegar al «nec invideo» de este último, como cuando dijo la niña harapienta: «¡Oh, Dios mío, qué bonito es eso!».

Aquí, he tenido necesariamente que retroceder un poco y que anticipar también algo de la vida de Reiser para poder reunir lo que debe ir junto, conforme a mi intención. Volveré a hacer esto más veces; y a quien haya comprendido mi intención no necesitaré pedirle disculpas por estos aparentes saltos.

Se ve claramente que la vanidad de Anton Reiser recibía excesivo pábulo debido a las circunstancias que ahora concurrían para dar importancia a su persona. Necesitaba otra vez una pequeña humillación, y ésta, en efecto, llegó. Se imaginaba vanidosamente, no sin razón, que sería el primero de todos los que iban a ser confirmados por el pastor Marquard. Además, él también tenía el primer puesto y confiaba en que nadie se lo disputaría, y de pronto, un adolescente de su edad, bien vestido y de exquisita educación, empezó a asistir a las clases del pastor Marquard, y tanto por la finura de sus modales como por el extraordinario respeto con que le trataba el pastor Marquard, lo eclipsó a él completamente, quitándole también enseguida el primer puesto.

El dulce sueño de Reiser, ser el primero entre sus condiscípulos, desapareció de repente. Se sentía rebajado, degradado, puesto al mismo nivel que los demás. Preguntó a los sirvientes del pastor Marquard por su terrible rival y supo que era hijo de un alto funcionario, que se hospedaba en casa del pastor Marquard y que sería confirmado junto con los demás. Durante algún tiempo, Anton se sintió poseído de la más negra envidia; el traje azul con cuello de terciopelo que llevaba el hijo del funcionario, su buena educación, su bonito peinado lo llenaron de abatimiento y de descontento de sí mismo; pero pronto, sin embargo, se abrió paso en él la

sensación de que eso no estaba bien, y sintió aún más descontento debido a su descontento. Y no obstante ¡qué poco motivo tenía para envidiar al pobre muchacho, cuya buena estrella se extinguió pronto! A las dos semanas llegó la noticia de que su padre había sido suspendido de su cargo por prevaricación. Así que ya no pudo seguir pagando la pensión del joven: el pastor Marquard lo volvió a enviar a su casa y él recuperó el primer puesto. Reiser no podía reprimir su alegría por las consecuencias que tuvo aquel asunto para él, y por otra parte se hacía reproches por esa alegría. Trataba de forzarse a sentir compasión, porque le parecía el sentimiento adecuado, y a reprimir la alegría, porque le parecía injusta. Ésta, sin embargo, prevalecía, y al final Reiser halló la solución diciéndose a sí mismo que él no podía hacer nada contra la fuerza del destino, que había querido hacer desgraciado a aquel joven. Pero la cuestión es ésta: si de pronto hubiese habido un cambio en la situación del joven ¿habría permitido Reiser espontánea y voluntariamente y con gesto risueño que estuviese otra vez por encima de él, o bien habría tenido que hacerse violencia e imponerse a sí mismo tal sentimiento por considerarlo justo y noble? Puede que su historia, tal y como seguirá siendo contada en este libro, responda a esta pregunta.

Reiser tenía clase de latín todas las tardes con el hijo del pastor Marquard, y hacía tales progresos que al cabo de cuatro semanas aprendió bastante bien a traducir a Cornelio Nepote. Qué placer el suyo cuando, por ejemplo, llegaba el sacristán y preguntaba qué hacían los señores estudiantes y cuando el pastor Marquard casó justo en aquellos días a su hija mayor con un joven pastor, que le substituyó en la catequesis un domingo por la tarde y se fue fijando cada vez más en Reiser según iba oyendo sus respuestas. Qué delicioso momento no fue para Reiser cuando después, terminado el servicio religioso, fue a casa del pastor Marquard y el yerno del pastor le habló con el mayor aprecio y le dijo que ya en la iglesia, al darle Reiser la primera respuesta, se había preguntado si no sería ése el joven de quien su padre le contaba tantas cosas buenas, y que cuánto se alegraba de no haberse equivocado.

Anton no había tenido en toda su vida la sensación que le causó el hecho de que le trataran con aquel respeto. Como él no había aprendido a

hablar con finura y tampoco quería expresarse con vulgaridad, empleaba en esas ocasiones el lenguaje libresco, que para él era una combinación del *Telémaco,* la Biblia y el catecismo, lo cual daba con frecuencia a sus respuestas un extraño toque de originalidad. Decía, por ejemplo, en tales ocasiones que él no había podido reprimir el intenso deseo de estudiar, un deseo que se había apoderado violentamente de él y que ahora trataría de mostrarse digno en todo momento de los favores que se le dispensaban y de vivir hasta el final de sus días una vida piadosa y honorable.

Entretanto, el consejero consistorial, Götten, a quien Reiser ya se había dirigido antes, tenía ya todo arreglado para que él pudiese asistir gratuitamente a la llamada Escuela de la Ciudad Nueva. Pero el pastor Marquard dijo que eso no debía ser: que, hasta la confirmación, siguiera estudiando con su hijo para que pudiese ir a continuación a la Escuela Superior de la Ciudad Vieja, donde el director se haría cargo de él. Y debido a la competencia que solía existir entre ambas escuelas, haría mejor en no ir antes a aquella otra. Esto se lo tuvo que decir el propio Reiser al Consejero Consistorial, rechazando así los estudios gratuitos que éste le había procurado. Eso molestó bastante al Consejero, que habló muy duramente con Reiser, pero que al final lo despidió dándole ánimos y prometiéndole que ya le ayudaría de otro modo.

Así pues, parecía de pronto como si todo el mundo quisiera intervenir en la vida y en el futuro de Reiser, por quien nadie se había interesado antes. Oía hablar de competencia entre los centros de enseñanza por causa suya. El consejero consistorial y el pastor Marquard parecían casi forcejear el uno con el otro sobre quién se ocupaba más de él. El pastor Marquard se sirvió de la siguiente fórmula: que Reiser le dijese al Consejero Consistorial, Götten, que ya se habían tomado disposiciones en cuanto a él, y que se seguirían tomando disposiciones para prepararlo a ingresar en la Escuela Superior de la Ciudad Vieja sin tener que pasar antes por la Escuela Primaria de la Ciudad Nueva. Es decir, se tomaban disposiciones a causa suya, a causa de un chico cuyos propios padres ni siquiera lo habían considerado digno de su atención.

No necesito decir qué maravillosos sueños y qué perspectivas habían nacido en la imaginación de Reiser, sobre todo porque persistían aquellas

misteriosas alusiones por parte del sacristán y aquella reserva del pastor Marquard, que parecía quererle ocultar a Reiser algo importante.

Por fin se hizo la luz: a instancias del pastor Marquard, el príncipe Carlos tomaría bajo su protección al joven Reiser y le pasaría una pensión mensual. Así, Reiser se había liberado de todas las preocupaciones tocantes a su porvenir, la dulce ilusión de una dicha ardientemente deseada pero que nunca habría esperado se había convertido en realidad de un día para otro, y él podía sumirse en las más agradables fantasías sin el temor de verse agobiado por la penuria y la falta de medios.

Su pecho rebosaba gratitud hacia la Providencia. No pasaba una tarde sin que él incluyese en su oración vespertina al príncipe y al pastor Marquard, y muchas veces derramaba en silencio lágrimas de alegría y de gratitud al pensar en el feliz giro que había tomado su vida.

El padre de Reiser, por su parte, tampoco tuvo ya nada que objetar contra los estudios de su hijo, al enterarse de que no le ocasionarían ningún gasto. Vino además la fecha en que debía empezar con su modesto empleo en un pueblo a seis leguas de Hannover, y su hijo ya no podía en absoluto serle una carga. Sólo quedaba la cuestión de dónde viviría y comería Reiser después de marcharse sus padres. El pastor Marquard no parecía inclinado a llevárselo a vivir con él a su casa. Por tanto, había que pensar en ponerlo en casa de gente honrada. Y un oboísta llamado Filter, del regimiento del príncipe Carlos, se ofreció espontáneamente a tener gratuitamente a Reiser bajo su techo. Un zapatero, en cuya casa habían vivido antaño sus padres, otro oboísta, un músico de la corte, un cocinero y un bordador de sedas se ofrecieron a sentarle a su mesa gratuitamente una vez por semana.

Eso moderó un poco la alegría de Reiser, que creía que lo que le daba el príncipe bastaría para su mantenimiento, sin que él se viese obligado a comer en mesas ajenas. Y aquello moderó su alegría no sin razón, pues lo pondría más tarde en una situación penosa y angustiosa por demás, hasta el punto que a menudo tuvo que comer el pan regado literalmente con sus lágrimas. Pues todos se esforzaban solícitamente en dispensarle sus favores a su manera, pero todos creían también haber adquirido así el derecho a velar por su comportamiento y a impartirle consejos sobre su manera de conducirse, consejos que él tenía que aceptar siempre a ciegas si no quería

enojar a sus bienhechores. Pero Reiser dependía de personas de muy diferente mentalidad, tantas cuantas le ofrecían su mesa, y cada una de ellas le amenazaba con retirarle su ayuda si no seguía su consejo, que muchas veces era totalmente opuesto al consejo de otro bienhechor. Para el uno, Anton llevaba el cabello demasiado bien peinado, para el otro, demasiado mal; para éste, iba demasiado mal arreglado, para aquél, excesivamente emperifollado siendo como era un joven que vivía del favor ajeno. Y así hubo muchísimas otras humillaciones y vejaciones que Reiser sufrió por tener que comer en mesas ajenas y que ciertamente sufrirá en mayor o menor grado todo joven que tenga la desgracia de estudiar habiendo de alimentarse de comidas ajenas y almorzar toda la semana de casa en casa.

Reiser barruntaba oscuramente todo eso cuando fueron aceptadas en su nombre todas las comidas gratuitas y no fue rechazado uno solo de los favores de nadie. Buena voluntad no es lo que falta cuando la gente cree poder contribuir a los estudios de un joven y ponen por eso un empeño especial. Todos piensan vagamente; cuando ese hombre suba al púlpito un día, habrá sido también mi obra. Así surgió una verdadera rivalidad en relación con Reiser, y todos, hasta el más pobre, querían de pronto convertirse en sus bienhechores, como un pobre zapatero que se ofreció a darle de cenar los domingos. Todo ello fue aceptado con gran contento en nombre suyo, y sus padres, junto con el oboísta y su mujer, hicieron cuentas y comprobaron que Reiser tenía que considerarse ahora muy dichoso por recibir una comida cada día de la semana, de manera que ellos podían ahorrarle la pensión que le concedía el príncipe.

Más adelante, ¡ay!, el brillante porvenir que había vislumbrado Reiser, con la felicidad que le aguardaba, se llenó de sombras. De momento, sin embargo, duró algún tiempo el primer agradable vértigo en que le había sumido la eficaz previsión y el interés que mostraba tanta gente por su vida y su porvenir.

Ante él se extendía el amplio campo del saber. La aplicación con que él iba a trabajar, el máximo aprovechamiento de cada hora en sus futuros estudios, era su único pensamiento a lo largo del día, y también el deleite que le procuraría todo aquello, y los sorprendentes progresos que haría entonces y que le aportarían gloria y fama. Se levantaba y se acostaba con

esas agradables ideas, sin saber que lo opresivo y humillante de su situación exterior le amargaría extraordinariamente el placer que sentía. El estar bien alimentado y bien vestido es elemento indispensable cuando un joven tiene que perseverar animosamente en el estudio. Ambas cosas no existían en el caso de Reiser. Querían ahorrar para él y durante ese tiempo le hicieron vivir realmente en la miseria.

Por fin se marcharon sus padres y él se trasladó con sus pocos efectos a casa del oboísta Filter, cuya esposa ya se había ocupado mucho de él desde que era pequeño. En casa de aquel matrimonio, que no tenía hijos, reinaba el mayor orden imaginable en cuanto a la forma de vivir. No había nada, ni cepillo, ni tijera, que no tuviese desde hacía años el lugar fijo que le correspondía. No amanecía día en que no se desayunara a las ocho y no se leyera la bendición matutina a las nueve; esto último era siempre de rodillas, leyendo en voz alta la señora Filter el Benjamin Schmolke, y teniendo que arrodillarse también Reiser. Por la noche se leía también la bendición vespertina del Schmolke, arrodillado cada uno delante de su silla, y luego se acostaban todos. Tal era el religioso orden observado por aquel matrimonio desde hacía casi veinte años, durante los cuales también habían vivido siempre en la misma habitación. Y seguramente eran así muy felices, pero aquel género de vida no debía sufrir absolutamente ninguna alteración, para que no se resintiera al mismo tiempo aquella satisfacción interior suya, basada sobre todo en ese orden religioso. En eso no habían pensado bien cuando decidieron aumentar el grupo reunido en aquella habitación con una persona que no podía en absoluto adaptarse de pronto y por entero a aquel orden establecido desde hacía veinte años y que se había convertido en una segunda naturaleza.

Así que no pudo menos de ocurrir que pronto comenzaran a arrepentirse de haber tomado sobre sí una carga que les resultaba más dura de lo que habían pensado. Como sólo tenían una habitación de estar y una pequeña alcoba, Reiser dormía en la habitación, que todas las mañanas, cuando ellos entraban, les ofrecía un sorprendente espectáculo de desorden, al que no estaban acostumbrados y que les sacaba indudablemente de su tranquilidad habitual. Anton notó aquello ya pronto y la idea de ser molesto le resultaba tan angustiosa y tan desagradable que a menudo no se atrevía apenas a toser

cuando veía en las miradas de sus bienhechores que él, en el fondo, era una carga para ellos. Pues sus pocas cosas las tenía que colocar en algún sitio y dondequiera que las colocaba, trastornaban en cierto modo el orden existente, ya que cada lugar tenía una finalidad precisa. Y por otra parte, le era imposible volver a salir de aquella embarazosa situación. Todo aquello lo sumía muchas veces durante horas enteras en una tristeza inenarrable, que él no sabía explicarse en aquel entonces y que al principio atribuía sólo al hecho de no estar acostumbrado a vivir en otro sitio.

Sin embargo, lo que le abatía de tal modo no era otra cosa que la humillante idea de que él era una carga. Si en casa de sus padres y en la del sombrerero Lobenstein tampoco había vivido muy feliz, sin embargo había tenido un cierto derecho a estar allí. En la de aquéllos, porque eran sus padres, y en la de éste porque trabajaba. Allí, en cambio, la silla en la que estaba sentado, era ya una obra de caridad. Ténganlo en consideración todos aquellos que desean dispensar un favor a alguien, y examínense antes cuidadosamente, para que su comportamiento al hacerlo sea de tal modo que esa decisión tomada con la mejor intención nunca se convierta en una tortura para el menesteroso.

Aunque todos lo consideraban dichoso, el año que Reiser pasó en aquella situación fue, en ciertas horas y ciertos momentos, uno de los más atroces de su vida.

Tal vez hubiese podido paliar su situación si hubiese tenido lo que, en ciertas personas jóvenes, se llama un carácter insinuante. Pero ese carácter insinuante presupone necesariamente una cierta confianza en sí mismo, que a él le había sido arrebatada desde su más tierna infancia. Para ser agradable hay que saber antes que se puede agradar. En Reiser, era necesario que una bondad sin condiciones hiciera surgir esa confianza en sí mismo, antes de que él se atreviese a ganarse el afecto de otros. Y cuando notaba en los demás tan sólo un atisbo de descontento con él, tendía excesivamente a desesperar de que alguna vez le fuera posible ser objeto de su amor o de su respeto. Por eso, tenía ciertamente que hacer un gran esfuerzo para presentarse como objeto de atenciones a unas personas de las que él no sabía cómo iban a tomar sus avances.

Su prima le pronosticaba a menudo que su éxito en la vida iba a sufrir gran menoscabo por no tener esa forma de ser insinuante. Le enseñaba cómo debía hablar con la señora Filter y cómo decirle: «Querida señora Filter, sea usted ahora mi madre, ya que estoy sin padre ni madre; yo quiero amarla como a una madre». Pero cuando Reiser quería decir tales cosas, era como si se le deshiciesen en la boca. Si hubiese querido decir algo así, habría resultado extremadamente torpe. Jamas hubo nadie que, comportándose afable y cariñosamente con él, hubiese conseguido arrancarle de la boca tales expresiones cariñosas. Su lengua no tenía la flexibilidad necesaria. Le fue imposible seguir el consejo de su prima. Cuando le rebosaba el pecho, él buscaba expresiones como podía. Pero, efectivamente, nunca había aprendido el lenguaje de las buenas maneras. Lo que recibe el nombre de forma de ser insinuante habría sido en él la adulación más rastrera.

Había llegado entretanto el tiempo en que Reiser debía recibir la confirmación y pronunciar en la iglesia su profesión de fe: gran estímulo para su vanidad. Se imaginaba la asamblea de los fieles y a sí mismo como al primero de todos sus condiscípulos, atrayendo sobremanera la atención con sus respuestas, por la voz, los ademanes, los gestos. Amaneció el día y Reiser se despertó como pudo despertarse un general romano dispuesto a celebrar ese día su triunfo. Llevaba los cabellos peinados cuidadosamente hacia arriba por su primo, que era peluquero, y una casaca azulada y calzón negro, un atuendo que, hasta cierto punto, era lo más similar a la sotana clerical.

Pero así como el triunfo del mayor general estaba a veces mezclado de amargura debido a inesperadas humillaciones, de forma que sólo podía ser disfrutado a medias, así también le sucedió a Reiser en aquel día de gloria y esplendor. Pues aquel día empezaron las comidas gratuitas. La primera, el almuerzo, era en casa del sacristán, y la cena en casa del pobre zapatero. Y aunque el sacristán tenía un natural extraordinariamente generoso y le contaba a Reiser su vida, cómo él había empezado también de pobre escolar en el coro, y a los diecisiete años había cambiado el abrigo azul por el negro, su esposa en cambio era la encarnación misma de la envidia y de los celos, y cada mirada suya envenenaba a Reiser el bocado que se llevaba a la

boca. Sin embargo aquel primer día ella no se lo hizo notar tanto como después, pero de todos modos con suficiente claridad, de forma que Reiser marchó a la iglesia lleno de abatimiento, sin saber bien por qué, y sólo sintió a medias el gozo que se había prometido en aquel día tan anhelado. Él iba allí para pronunciar como en juramento su profesión de fe. Eso pensaba él, y recordó entonces que su padre había contado hacía algún tiempo en casa que, cuando le tomaron juramento por su cargo, no había sentido sino indiferencia. Y, cuando caminaba hacia la iglesia, a Reiser le parecía que estaba lleno de indiferencia frente al juramento que iba a prestar. Por las clases de religión recibidas tenía un elevadísimo concepto del juramento y consideró reprobable esa indiferencia. Se obligó, pues, a no mostrar indiferencia sino gravedad y emoción al dar ese paso tan importante y estaba descontento consigo mismo por no sentir más emoción; pero fueron las miradas de la mujer del sacristán las que ahuyentaron de su pecho todo sentimiento plácido y agradable.

Y realmente no podía alegrarse de verdad, por no haber nadie allegado a él que participara en su alegría, pues tenía presente que incluso aquel día iba a comer en mesa ajena. Cuando llegó a la iglesia y se acercó al altar y estaba por delante en la fila, todo ello reavivó su fantasía, pero no fue ni mucho menos lo que él se había prometido. Y justamente lo más importante y solemne, la profesión de fe, que pronunciaba uno en nombre de los demás, no le tocó a él, y eso habiendo ensayado él muchos días antes los gestos, ademanes y tono de voz con que iba a hacerlo.

Pensaba Reiser que el pastor Marquard le diría que fuese a su casa por la tarde, pero no fue así; y mientras que sus condiscípulos marcharon a casa donde les esperaba el cariñoso recibimiento de los padres, Reiser paseó por la calle, solo y desamparado, y allí se tropezó con el director del liceo, quien le habló y le preguntó si no era él Reiserus, y al responder Reiser que sí, le estrechó afablemente la mano y le dijo que, por el pastor Marquard, ya había sabido muchas cosas buenas sobre él y que pronto le conocería más directamente.

¡Qué inesperado estímulo para él que aquel hombre, a quien había observado a menudo con profundo respeto, se dignase hablarle por la calle llamándole Reiserus!

El director Ballhorn era verdaderamente una persona capaz de inspirar respeto y amor a todo el que le veía. Vestía elegante pero decorosamente, era de noble porte, bien proporcionado, de rostro extraordinariamente risueño, pero que, si él lo deseaba, podía mostrar la más rigurosa gravedad. Era un pedagogo exactamente como él quería serlo, con el fin de alejar de ese gremio el desprecio que la gente distinguida siente por la pedantería habitual en el oficio.

Dios sabrá por qué el director transformó Reiser en Reiserus, pero eso basta, así le llamó, y Reiser se sintió no poco halagado al ver su nombre por primera vez terminado en us, ya que él siempre había vinculado a ese sufijo de los nombres propios la idea de dignidad y de enorme erudición, y ya se oía llamar en su interior el sabio y célebre Reiserus.

Ese nombre con que le honró de un modo casual el director Ballhorn lo recordaría después Reiser muchas veces, siendo en ocasiones un estímulo para trabajar con más aplicación. Pues con el *us* añadido a su nombre aparecían de pronto todas sus ilusiones de llegar a ser un día un sabio famoso, como Erasmus Roterodamus y otros cuyas vidas él había leído en parte y cuyos retratos había visto grabados en cobre.

Por la noche fue a casa del pobre zapatero y allí, al menos, fue recibido con miradas más amables que las de la esposa del sacristán. El zapatero Heidorn, así se llamaba su bienhechor, había leído los escritos de Taulero y otros similares y hablaba por eso una especie de lenguaje libresco que a veces tenía una cierta semejanza con el de un sermón. Solía citar a un cierto Periandro, cuando afirmaba cosas como la siguiente: «El hombre tiene sólo que entregarse a Dios, dice Periandro». Y así, todo lo que decía el zapatero Heidorn, lo decía también aquel Periandro, que en el fondo no era sino un personaje alegórico que aparece en el *Viaje de un cristiano* de Bunian o en algún otro sitio. Pero a Reiser le sonaba hermosísimo el nombre de Periandro. Se imaginaba algo sublime, misterioso, y le gustaba oír cómo el zapatero Heidorn hablaba de Periandro.

Mas el buen Heidorn le hizo demorarse un poco, y cuando Reiser llegó a casa, su anfitrión y su esposa ya habían leído la bendición vespertina, sin haber podido acostarse acto seguido, lo cual seguramente no había sucedido desde hacía luengos años. Debido a eso Reiser tuvo un recibimiento frío y

hosco, y aquel día, anhelosamente esperado durante tanto tiempo, se acostó lleno de pesadumbre.

Esa semana tuvo que hacer por primera vez todo el turno de comidas, empezando el lunes con el cocinero, en cuyo establecimiento comió junto con las otras personas que pagaban y nadie se ocupó de él. Eso era lo que él deseaba y siempre sentía alivio cuando iba allí.

El martes a mediodía iba a casa del zapatero Schantz, donde habían vivido sus padres, siendo recibido allí con el mayor afecto y cordialidad. Aquella buena gente le había conocido ya de muy pequeño, y la anciana madre del zapatero siempre había dicho que aquel niño llegaría lejos, y ahora se alegraba porque su predicción parecía estar cumpliéndose. Y si Reiser dejó de notar alguna vez que estaba comiendo el pan ajeno, fue en aquella hospitalaria mesa, en la que muchas veces llegó a olvidar sus penas, saliendo de allí con cara risueña, después de haber entrado lleno de aflicción. Pues con el zapatero Schantz siempre se enfrascaba en coloquios filosóficos, hasta que la anciana madre decía: «Bueno, hijos, acabad de una vez y no dejéis que se enfríe la comida». ¡Oh, qué hombre era aquel zapatero Schantz! De él podría decirse con verdad que debía haber formado desde la cátedra los espíritus de las personas a quienes hacía zapatos. Reiser y él, sin nadie que los dirigiese, venían a tratar en sus conversaciones cosas que Reiser oiría después como la más profunda verdad en las lecciones de metafísica, y él ya había hablado de ellas horas y horas con el zapatero Schantz. Pues, por sí solos, habían dado con la génesis de los conceptos de tiempo y espacio, de mundo subjetivo y objetivo, etc., y sin saber la terminología académica, echaban mano, en la medida que podían, del lenguaje de la vida ordinaria, saliendo así cosas harto extrañas. En resumen, en casa del zapatero Schantz, Reiser olvidaba todo lo desagradable de su situación, allí se sentía como transportado al mundo superior del espíritu y como ennoblecido por encontrar a una persona con quien entenderse e intercambiar ideas. Las horas que pasó allí con aquellos amigos de infancia y juventud fueron ciertamente las más agradables de su vida de entonces. Sólo allí se sentía completamente en familia, como en su propia casa.

Los miércoles comía con los dueños de la casa donde se alojaba. Allí, por muy buenas que fuesen las intenciones de aquella gente, lo poco que se

llevaba a la boca se le atragantaba casi sistemáticamente, hasta tal punto que temía ese día casi más que todos los demás. Pues durante esa comida, su benefactora, la señora Filter, solía pasar revista al comportamiento de Reiser, no de un modo directo, sino siempre mediante ciertas insinuaciones cuando hablaba con su marido. Decía que había que mostrarse agradecido con quienes le hacen bien a uno y aludía a personas que se habían acostumbrado a comer muchísimo y que al final no había quien les saciara el hambre. Reiser, que estaba entonces en pleno crecimiento, tenía realmente muy buen apetito, pero cuando oía tales alusiones se metía la comida en la boca temblando. La señora Filter, por otra parte, no hacía esas alusiones por tacañería o mala voluntad, sino por un rigurosísimo sentido del orden, que se rebelaba cuando, en su opinión, alguien comía demasiado. Solía hablar en aquellas ocasiones de los pozos y de los manantiales de la gracia, que se agotan si no se hace uso de ellos con moderación.

La esposa del músico de la corte, que le daba de comer los jueves, era algo brusca en su comportamiento, pero con esa manera de ser no le torturaba tanto, ni mucho menos, como la señora Filter con toda su finura. El viernes Reiser tenía otra vez un día malísimo, pues comía en casa de quienes le hacían sentir, no con alusiones sino de una manera bastante burda, que ellos eran sus bienhechores. También le habían conocido de niño y le llamaban, no con afecto sino con menosprecio, por su nombre de pila, Anton, cuando él ya empezaba a pertenecer al mundo de los adultos. En resumen, aquella gente le trataba de forma que solía pasar el viernes entero lleno de tedio y de tristeza, sin ganas de nada, aunque muchas veces no sabía por qué. Sin embargo, la razón era que durante el almuerzo sufría el trato humillante de aquella gente, cuya buena obra él se veía obligado a aceptar si no quería que lo interpretaran como un orgullo completamente imperdonable. El sábado comía en casa de su primo, el peluquero, donde pagaba una insignificancia y comía con el corazón alegre, y el domingo otra vez en casa del sacristán.

Esta lista de las comidas gratuitas de Reiser y de las personas que se las ofrecían, no es tan poco importante como tal vez les pueda parecer a algunos a primera vista. En esos detalles en apariencia pequeños consiste precisamente la vida y ellos son los que influyen enormemente en el estado

de ánimo de una persona. Para la aplicación personal de Reiser y para los progresos que debía realizar en un día determinado era muy importante lo que le aguardaba al día siguiente: o sea, si tenía que comer con Schantz, el zapatero, o con la señora Filter o con el sacristán. Esa situación cotidiana es la que explicará en gran parte su comportamiento posterior, que con mucha frecuencia pareció estar en contradicción con su carácter.

Para Reiser habría sido una gran ventaja que el pastor Marquard le hubiese permitido comer en su casa una vez por semana. Pero en lugar de eso, éste le daba un llamado «dinero-comida», y lo mismo hacía el bordador de seda; con esas pocas monedas, Reiser tenía que costear el desayuno y la cena de la semana. Así lo había dispuesto la señora Filter. Pues la pensión del príncipe había que ahorrársela entera. Su desayuno consistía, pues, en un poco de té y un trozo de pan, y su cena en un poco de pan y mantequilla y sal. La señora Filter solía decirle que lo principal era la comida fuerte del mediodía, pero al mismo tiempo le daba a entender que no debía comer en exceso.

Así pues, tal era la organización económica de Reiser en lo concerniente a su sustento. Pero tampoco para la ropa que tenía que ponerse echaban mano del dinero que le daba el príncipe. Le compraron un viejo y tosco uniforme de soldado, de color rojo, y se lo arreglaron para que asistiera así a las clases del colegio, en el que el más pobre de los estudiantes estaba mejor vestido que él; una circunstancia que contribuyó no poco a abatirle el ánimo ya desde el principio.

A ello vino a añadirse que el pan de contrata que recibía el oboísta, tenía que irlo a buscar él y llevarlo en los brazos por toda la ciudad. En la medida de lo posible, él hacía aquello a la luz del crepúsculo, pero sin que se notara en absoluto que se avergonzaba, pues en ese caso lo tomarían por un orgullo imperdonable. Pues cada semana, por muy poco dinero, le daban a él una de esas hogazas que era su alimento en desayunos y cenas.

Reiser no podía rebelarse en absoluto contra ninguna de esas medidas, porque el pastor Marquard tenía ilimitada confianza en la competencia de la señora Filter para todo lo relativo a la educación de Reiser y a la organización de su vida. Aquella misma semana les hizo una visita y les dio las gracias por haber tomado a su cargo la tutela de Reiser, a quien dejaba

ahora totalmente en sus manos. Durante la visita, Reiser permaneció sentado junto a la estufa, bastante triste, aunque no le gustaba ser desagradecido con las medidas de previsión del pastor Marquard. Pero el caso es que a partir de aquel momento él dependía totalmente de personas con las que había pasado aquellos pocos días en una situación tan desagradable. Aunque aparentemente se mostraban muy bondadosos, él no podía sentirse realmente a gusto, sino que estaba siempre receloso y apocado, porque todo signo de descontento por parte de ellos, hasta el más insignificante, era doblemente ofensivo para él, ya que se daba cuenta de que hasta el mismo sitio donde vivía, aquel techo que le acogía, dependía únicamente de la bondad de personas tan susceptibles y propensas a sentirse ofendidas como lo eran Filter y mucho más aún su mujer.

No obstante, se animaba al pensar que la semana siguiente iba a empezar a asistir a la llamada Escuela Superior. Ése había sido durante mucho tiempo su deseo más ferviente. ¡Cuántas veces no había observado él con veneración, cuando atravesaba el cementerio de la iglesia de la plaza, el gran edificio escolar con la elevada escalera de piedra delante de la fachada! Horas enteras pasaba él, apostado allí, por si acaso conseguía ver por las ventanas algo de lo que sucedía en el interior. Y entonces distinguía casualmente, a través de la ventana, una parte de la elevada cátedra de las clases superiores: ¡cómo se la representaba su imaginación! ¡Cuántas veces soñaba él por la noche con aquella cátedra y con largas filas de bancos, donde se sentaban aquellos seres felices entregados a los estudios y en cuyo círculo iba a ser acogido él ya pronto!

Así, desde su niñez, sus diversiones estaban basadas sobre todo en la capacidad imaginativa, y eso le resarció en cierto modo de la falta de los placeres juveniles auténticos que otros disfrutan plenamente.

Junto a la escuela, dos largos pasadizos llevaban a los seminarios, construidos uno al lado del otro. Éstos constituían para él un espectáculo tan venerable que su imagen, unida a la del edificio escolar, era la que predominaba en su espíritu día y noche. Y además, el nombre de «escuela superior», que era usual entre el vulgo, y la expresión «alumnos de escuela superior», que él también había oído muchas veces, hacían que el destino

que le había sido deparado de asistir a esa escuela, le pareciese cada vez más grande e importante.

Llegó la fecha en que iban a realizarse sus deseos y Reiser, latiéndole el corazón, esperaba el momento en que el director, Ballhorn, le introduciría en una de esas aulas del saber. Fue examinado por el director, que le encontró preparado para empezar en el penúltimo grado. La afabilidad, acompañada de una dignidad natural, con que empezó aquel hombre llamándole «mi querido Reiser», le llegó al alma y le infundió hondísima confianza unida a un infinito respeto al director. ¡Oh, cuánto poder tiene un pedagogo sobre los corazones juveniles, si sabe encontrar el modo adecuado de comportarse, como el director Ballhorn, que suavizaba la dignidad con la afabilidad en el trato!

El domingo siguiente a la confirmación, Reiser recibió por primera vez la comunión y trató de poner en práctica lo más escrupulosamente posible las enseñanzas que había anotado al respecto y aprendido de memoria, como el examen previo de conciencia siguiendo el catálogo de pecados y de actos de contrición y luego el acercamiento al altar con gozoso temblor. Intentaba por todos los medios ponerse en tal estado de gozoso temblor, pero no acertaba a conseguirlo y se hacía los más amargos reproches por su dureza de corazón. Finalmente empezó a temblar de frío y eso le procuró una cierta tranquilidad.

Sin embargo, no sintió en absoluto el celestial sentimiento y la dichosa enajenación que tenía que haberle infundido aquel manjar espiritual, pero él lo atribuía únicamente a su dureza de corazón y sufría muchísimo por el estado de indiferencia en que se hallaba.

Lo que más le dolía era que no lograra ver la miseria en que estaba sumido por causa de sus pecados, siendo eso tan necesario para el orden de la salvación. El día anterior, en una confesión aprendida de memoria, había recitado en el confesionario que, por desgracia, él había pecado gravemente y en múltiples ocasiones con el pensamiento, palabra y obras, omitiendo hacer el bien y haciendo el mal.

Pero los pecados de los que se sentía culpable eran sobre todo pecados de omisión. No oraba con suficiente recogimiento, no amaba a Dios con suficiente celo, no sentía suficiente gratitud para con sus bienhechores y no

sentía un gozoso temblor cuando iba a la comunión. A él bien le pesaba todo aquello, pero no podía remediarlo por la fuerza, por eso fue grande su gratitud cuando el pastor Marquard le impartió la absolución de esas faltas.

Sin embargo, estaba siempre descontento de sí mismo, pues, en su opinión, para ser santo y piadoso tenía sobre todo que prestar atención a cada uno de sus pasos, de sus movimientos, a cada sonrisa y cada gesto, a cada palabra que hablaba y a cada pensamiento que pensaba. Esa atención, lógicamente, se interrumpía muchas veces y no podía mantenerse bien más de una hora seguida: tan pronto como Reiser notaba su distracción, estaba descontento de sí mismo y al final le parecía casi imposible llevar una vida santa y piadosa.

El día en que Reiser tomó la comunión, la señora Filter le soltó una larga plática sobre los apetitos y bajas pasiones que suelen aparecer a esa edad y que él tenía que combatir a partir de entonces. Por suerte, Reiser no comprendió lo que ella quería decir y tampoco se atrevió a hacerle preguntas concretas al respecto, tan sólo decidió firmemente que cuando surgieran en él las bajas pasiones, cualesquiera y comoquiera que fuesen, lucharía valerosamente contra ellas.

En las clases de religión del seminario, él ya había oído hablar de muchos pecados de los que no se hacía una idea muy clara, como la sodomía, los pecados silenciosos y el vicio de la autopolución, todos los cuales eran nombrados expresamente cuando se estudiaba el sexto mandamiento y él hasta había anotado sus nombres. Pero los nombres eran todo lo que él sabía de ellos. Pues afortunadamente, el inspector los había pintado con tan horribles colores que Reiser hasta tenía miedo de imaginarse esos monstruosos pecados y no se atrevía a penetrar en la oscuridad que los rodeaba. Por lo demás, sus ideas sobre el origen de la vida seguían siendo muy oscuras y confusas, aunque ya no creyese que a los niños los traía la cigüeña. En aquel entonces, ciertamente, sus pensamientos eran puros. Pues una cierta sensación de pudor, que le parecía natural, era la causa de que sus pensamientos no se detuviesen en tales temas ni de que él se atreviese a conversar sobre ellos con las personas que conocía y con sus condiscípulos. También influían en esto sus ideas religiosas sobre el pecado. Para él era ya bastante horrible que hubiese

realmente en el mundo esos vicios que sólo conocía de oídas, y por ello no pensaba ni remotamente en conocerlos más de cerca.

El lunes por la mañana, el director, Ballhorn, le introdujo en la clase del liceo que le correspondía, la «Sekunda», donde daban clase el subdirector y el maestro de coro. El subdirector era al mismo tiempo pastor y Reiser le había oído predicar muchas veces. Era el que le gustaba tanto a Reiser por sus ademanes cuando iba en hábitos sacerdotales, de forma que él trataba a veces de imitarle subiendo y bajando la barbilla, con un gesto especial. El pastor Grupen —así se llamaba—, era un hombre muy joven; el maestro de coro, por el contrario, era viejo y algo hipocondríaco.

En la clase había jóvenes ya casi en edad adulta y Reiser no estaba poco ufano de ser un alumno de «Sekunda».

Empezaron las clases: el subdirector enseñaba teología, historia, estilística latina y el Nuevo Testamento griego. El maestro de coro, catecismo, geografía y la gramática latina. Las clases de la mañana empezaban a las siete y terminaban a las diez, y por la tarde volvían a comenzar a la una y terminaban a las cuatro. Así pues, en esa época Reiser tuvo que pasar una gran parte de su vida en aquel establecimiento, junto con otros veinte o treinta jóvenes. Por tanto, no es un detalle sin importancia el modo como estaban organizadas las clases.

A primera hora de la mañana, se leía un capítulo de la Biblia, en el orden prescrito, cada vez el que tocaba, sin tener en cuenta si el capítulo era largo o corto. A continuación, conforme a un cierto orden soteriológico, se enseñaba una especie de teología, con las *opera ad extra* y las *opera ad intra*, que había que aprender perfectamente. Las primeras comprendían las obras en que participaban las tres Personas de la Trinidad, como la Creación, la Redención, etc., aunque en cada una interviniese más específicamente una Persona; y las segundas comprendían aquello por lo que se distinguía una Persona de la otra, y lo que le pertenecía exclusivamente a ella, como la procreación del Hijo por el Padre, la procedencia del Espíritu Santo del Padre y el Hijo, etc. Aunque Reiser ya había aprendido esas distinciones en el seminario, se alegraba mucho de saberlas ahora por su nombre latino. De las enseñanzas teológicas, las *opera*

ad extra y las *opera ad intra* fueron las que se le quedaron más firmemente grabadas en la memoria.

Dos horas a la semana, el subdirector daba una lección de Historia Universal siguiendo la *Synopsis historiae universalis* de Holberg, y el maestro de coro enseñaba la geografía conforme a la *Geografía general de los cuatro continentes* de Hübner. Ésa era toda la enseñanza no literaria. El resto del tiempo estaba dedicado a aprender la lengua latina, que era también la única materia con la que se podía conseguir fama y aplauso. Pues el único criterio para fijar el orden de los puestos era manejar bien el latín.

El método del maestro de coro consistía en hacer un pequeño dictado semanal, relativo a un número de reglas de la gran *Grammatica latina Marchica*, que había que traducir al latín. En ese dictado, las expresiones estaban elegidas de tal modo que cada vez podían aplicarse las correspondientes reglas gramaticales. Quien mejor había atendido a la explicación de éstas, sabía también hacer mejor el llamado «exercitium», pudiendo así ascender a un puesto más elevado.

Por curiosas que pareciesen a veces las expresiones alemanas allí reunidas por causa del latín, aquel ejercicio era en el fondo muy útil y animaba mucho a la emulación. Pues al cabo de un año, Reiser había hecho tales progresos que escribía en latín sin una sola falta de gramática, expresándose en esa lengua más correctamente que en lengua alemana. Pues en latín sabía dónde tenía que poner el dativo y el acusativo. Sin embargo, en alemán nunca había pensado, por ejemplo, que *mich* (me) era el acusativo y *mir* (me) el dativo, y que había que declinar y conjugar la propia lengua igual que la lengua latina. No obstante, fue asimilando insensiblemente algunos conceptos generales que después pudo aplicar a su lengua materna. Poco a poco empezó a tener una idea clara de lo que se denominaba substantivo y verbo, que él seguía confundiendo con frecuencia, cuando estaban muy cerca el uno del otro, como por ejemplo «ir» y «el ir». Pero como de esos errores solía resultar una falta en la composición latina, Reiser prestaba cada vez más atención y aprendió a reconocer casi sin darse cuenta las distinciones más sutiles entre las partes de la oración y sus modificaciones, de tal manera que al cabo de algún

tiempo se asombraba él mismo a veces de cómo había podido cometer poco antes unos errores tan manifiestos.

Al pie de todas las composiciones latinas, y después de haber indicado con rayas rojas en cada página el número de faltas, el maestro de coro solía poner su *vidi* (he visto). Cuando Reiser vio ese *vidi* al pie de su primer ejercicio, creyó que era una palabra que él tenía que escribir siempre al final de la composición y cuya omisión el maestro de coro le había contado como falta. Así pues, al final del segundo ejercicio él escribió de su puño y letra *vidi*, y entonces el maestro de coro y su hijo, que estaba presente, se echaron a reír y le explicaron lo que significaba. Reiser vio al instante su error y no pudo comprender por qué no había dado él solo con la explicación adecuada del *vidi*, puesto que sabía bien lo que significaba *vidi*.

Fue como si se despertara avergonzado de una especie de necedad en que había incurrido. Y durante unos momentos estuvo casi tan abatido como cuando el inspector del seminario le dijera antaño: «Qué mozo más lerdo», creyendo que ni siquiera sabía deletrear. Esa especie de necedad, real o aparente, en determinadas circunstancias, provenía en parte de su falta de seguridad, en parte de una cierta timidez o también de indolencia, que durante algún tiempo obstaculizó el libre desarrollo de su capacidad intelectual.

Una lección importante eran también las biografías de los generales griegos, de Cornelio Nepote, y había que recitar de memoria cada semana un capítulo de la vida de algún general. Esos ejercicios memorísticos eran muy fáciles para Reiser, porque él no trataba de aprender las palabras sino las cosas, lo que hacía siempre por la noche antes de acostarse, y por la mañana, al despertarse, volvía a encontrar en su memoria las ideas más claras y mejor ordenadas que la noche anterior, como si su mente hubiese seguido trabajando durante el sueño, y, mientras descansaba el cuerpo, hubiese llevado tranquilamente a término la obra iniciada.

Todo lo que Reiser confiaba a la memoria, solía aprenderlo con ese método.

En aquella época empezó a interesarse también por la poesía, como ya había hecho de niño, y por lo general sus versos trataban de la hermosura de la naturaleza, de la vida del campo y cosas semejantes. Pues sus paseos

solitarios y la visión de los verdes prados, cuando alguna vez salía fuera de las murallas, eran realmente lo único que, en su situación, podía procurarle una emoción poética.

Cuando era un niño de diez años, redactó unas estrofas que empezaban así:

En la belleza de los prados en flor
puede admirarse la bondad del Señor, etc.

y su padre les puso música. La poesía que resultó se llamó *Invitación al campo*, y en ella, al menos las palabras, no estaban mal elegidas. Reiser le dio ese pequeño poema al joven Marquard, por conducto del cual llegó a manos del pastor Marquard y del director, quienes expresaron su aprobación, de forma que Reiser casi empezó a considerarse poeta. Pero el maestro de coro le sacó enseguida de ese error, repasando con él verso por verso aquella poesía y llamándole la atención tanto sobre los errores de métrica como sobre lo imperfecto del estilo y la deficiencia en la ilación de las ideas.

Esa severa crítica del maestro de coro fue verdaderamente beneficiosa para Reiser, quien nunca se lo agradecería lo bastante. De no haber sido así, el aplauso que recibió tan inmerecidamente aquel primer producto de su musa habría tenido consecuencias negativas toda la vida.

No obstante, le atacaba de vez en cuando el *furor poeticus*, y como lo que más le apasionaba en aquel entonces era el placer del estudio, se aventuró a escribir una nueva poesía, en loor de las ciencias, que empezaba de forma bastante cómica:

De vosotras quede embargada,
hermosas ciencias, toda mi alma, etc.

El maestro de coro enseñaba también a hacer versos latinos, y explicaba las reglas prosódicas, que luego aplicaba a los dísticos de Catón,[1] al medirlos. A Reiser, aquel ejercicio le causaba hondo placer, por parecerle de gran erudición el medir versos latinos y el saber por qué una sílaba tenía que pronunciarse como breve y la otra como larga. Al medir, el maestro de coro

daba palmadas para marcar el compás. El ver aquel espectáculo y el participar en él era para Reiser un verdadero goce intelectual. Y cuando al final el maestro de coro dictó una serie de palabras latinas que en realidad eran versos, pero mezcladas sin orden ni concierto, con el fin de que fuesen reordenadas conforme a la métrica, qué alegría para Reiser cuando, con pocas faltas, acertó a sacar varios hexámetros bien hechos, recibiendo del maestro de coro como premio un viejo ejemplar de la *Historia de Alejandro Magno* de Quinto Curcio.

La enseñanza que allí se impartía era, sin duda, puramente rutinaria, pero no obstante Reiser hizo tales progresos en el transcurso de un año que sabía escribir latín sin una sola falta de gramática y medir versos latinos. El sencillísimo método para conseguirlo era repetir muchas veces lo antiguo junto con lo nuevo, cosa que los pedagogos de hoy deberían tener en cuenta. Por muy bien que se recite una cosa, si no se la repite muchas veces, no se queda grabada en absoluto en la mente juvenil. No en vano afirmaban los antiguos que la repetición es la madre del estudio.

De diez a once, el subdirector impartía además una clase particular de declamación alemana y de estilística alemana, que Reiser esperaba siempre con más afán e impaciencia que todas las demás, pues tenía la posibilidad de destacar con sus trabajos y de hablar en público desde la cátedra. Además, eso guardaba una cierta semejanza con la oratoria sagrada, que seguía siendo la más elevada meta de todos sus deseos.

Aparte de él había otro estudiante, llamado Iffland,[2] a quien también gustaban mucho esas prácticas de declamación. El tal Iffland fue después uno de nuestros primeros actores y más populares dramaturgos. Y la trayectoria de Reiser tuvo mucha semejanza con la suya hasta un determinado momento. Iffland y Reiser eran quienes más sobresalían en los ejercicios de declamación. Iffland superaba con mucho a Reiser cuando se trataba de dar más vida a la expresión de lo que sentía; Reiser, por su parte, sentía con más intensidad. Iffland pensaba con más rapidez y por eso tenía ingenio y presencia de espíritu, pero carecía de paciencia para quedarse mucho tiempo en un tema. Por esa razón, Reiser, ya muy pronto, fue superior a él en todo lo demás. Siempre perdía frente a Iffland si lo importante era el ingenio y la vivacidad, pero le ganaba siempre que se

trataba de aplicar a algún objeto la auténtica fuerza del pensamiento. Iffland podía sentir intensa emoción ante alguna cosa, pero la impresión no era nunca duradera. Podía comprender fácilmente y casi al vuelo, pero solía volvérsele a olvidar con la misma celeridad. Iffland había nacido para actor. Ya de muchacho, a los doce años, tenía un dominio completo de todos sus gestos y movimientos, y sabía parodiar toda suerte de ridiculeces, imitando del modo más perfecto. No había pastor en Hannover cuyos sermones no imitase él con la mayor naturalidad. Lo hacía por lo general durante el recreo que había antes de que el subdirector viniese a dar la clase particular. Así que todos temían a Iffland porque, a voluntad, sabía poner en ridículo a cualquiera. Sin embargo, Reiser le tenía afecto y le hubiese gustado entablar relaciones más estrechas con él si las condiciones de vida tan diferentes no se lo hubiesen impedido. Los padres de Iffland eran gente acomodada y distinguida, y Reiser era un pobre muchacho que vivía de la caridad de otros, pero que sin embargo odiaba a muerte la idea de arrimarse de una manera u otra a los ricos. No obstante, sus condiscípulos, más ricos y mejor vestidos, le respetaban mucho más de lo que él hubiese esperado, lo cual se debía seguramente, al menos en parte, al hecho de que ellos sabían que el príncipe le costeaba los estudios, y por eso le miraban con ojos muy distintos de lo que le habrían mirado normalmente. Eso también le atrajo algo más la atención y consideración de los profesores.

Aunque en aquella clase ya había jóvenes de diecisiete y dieciocho años, todavía imperaban en ella los más humillantes castigos. Tanto el subdirector como el maestro de coro repartían bofetadas y, cuando castigaban con más severidad, se servían del látigo que siempre estaba encima de la cátedra. Y quienes habían cometido alguna falta, también tenían que arrodillarse a veces junto a la cátedra para recibir el castigo.

Reiser no podía soportar ni siquiera la idea de que le castigaran de ese modo unos hombres a quienes él, por ser sus maestros, profesaba el mayor amor y veneración, no deseando nada con mayor afán que verse a su vez amado y respetado por ellos. Por eso, ¡qué conmoción no fue para él, cuando en una ocasión, antes de que se diera cuenta y sin la menor culpa propia, se vio compartiendo la suerte de algunos de sus condiscípulos, a quienes el subdirector castigó con el látigo por haber alborotado! «Dios los

cría y ellos se juntan», dijo el subdirector cuando le llegó el turno a él, y no atendió a disculpas, antes bien le amenazó con denunciarle al pastor Marquard. El sentimiento de su inocencia infundía a Reiser una noble obstinación, así que amenazó a su vez al subdirector con acusarle ante el pastor Marquard por tratarle de forma tan humillante siendo inocente.

Reiser dijo eso con la voz de la inocencia oprimida y el subdirector no le respondió palabra. Pero desde aquel instante, todo sentimiento de respeto y amor hacia el subdirector desaparecieron de su corazón como si se los hubiera llevado el viento. Y como el subdirector continuaba repartiendo castigos indistintamente, Reiser daba a una bofetada o a un latigazo suyos la misma importancia que a la embestida de un animal falto de raciocinio. Y como veía que no servía de nada que él tratase o no de ganarse la estima de aquel maestro, siguió sus inclinaciones y ya no atendía en clase por sentimiento del deber sino sólo cuando le interesaba el tema. De modo que a menudo solía charlar horas enteras con su amigo Iffland, y por tanto, a veces tenía que arrodillarse con él, en amor y compaña, al pie de la cátedra. Iffland encontró también en ello materia para su ingenio, y comparaba la cátedra en la que apoyaba los codos el subdirector, con el escudo de armas de Mecklenburg y a sí mismo y a Reiser con los dos escuderos. El travieso carácter de Iffland no se dejaba achantar por ningún castigo, excepto en una ocasión en que tuvo que estar de pie una hora entera con el rostro vuelto hacia la estufa, sin poder hacer ningún chiste ni ninguna pantomima. Ese castigo le hizo derramar lágrimas por primera vez, y se puso en actitud de súplica, cosa que nunca hacía. Así era la disciplina del subdirector. En cierta ocasión, uno había metido en el bolso su gorro de dormir, en lugar del libro, y por eso le tuvo arrodillado delante de toda la clase una hora entera con el gorro puesto, lo cual indujo a Iffland a hacer un montón de bromas, por lo que sus vecinos, que no podían contener la risa por sus pantomimas y divertidísimas ocurrencias, se ganaron más de una bofetada.

La propia conciencia del subdirector decidirá sobre cuál haya sido el efecto de esa disciplina en el espíritu y el carácter de quienes dependían de él, qué gloriosa memoria haya quedado de ella en la mente de sus discípulos y qué especie de corona le hizo ganar. Cuando se había conducido muchas veces como un héroe, solía decir: «Yo no soy un blandengue como otros»,

aludiendo así, de forma que todos lo notaran, a su colega, el maestro de coro, que, a pesar de su humor hipocondríaco y de una cierta pedantería propia suya, era mucho mejor persona que el subdirector.

El maestro de coro jamás propinó un golpe a Reiser aunque no escatimaba precisamente las bofetadas y aunque era bastante generoso con el látigo. Pero veía que Reiser ponía todo su interés en evitar que lo castigaran y por eso no repartía golpes a ciegas. Con él también aprendió Reiser más que con el subdirector, porque atendía por sentimiento del deber, aunque no le interesara el tema. Y cuando consiguió avanzar al primer puesto, por los ejercicios de latín, ¡qué ánimos le infundieron las alabanzas del maestro de coro y cómo se le grabó en el corazón su consejo de que tratase de afincarse en aquel puesto! El maestro de coro otorgaba al primero de la clase el cargo de *censor*, o de supervisor del comportamiento de los demás, y como Reiser se afincó para siempre en el primer puesto, el maestro de coro le concedió el honroso título de *censor perpetuus*. Reiser ejercía el cargo con la mayor escrupulosidad y objetividad y muchas veces veía con tristeza cómo los muchachos irritaban al bueno del maestro, que sin duda tampoco sabía mantener la disciplina como era debido, y cómo le amargaban la vida, de forma que muchas veces exclamaba con el corazón contristado: *quem Dii odere, paedagogum fecere* (Los dioses, cuando odian a alguien, lo hacen maestro). Reiser hubiera hecho cualquier cosa por el maestro de coro, porque nunca fue injusto con él, aunque no siempre se comportara con excesiva amabilidad. Qué pena sentía muchas veces Reiser, cuando en la clase de catecismo había en torno a él un ruido y un alboroto indescriptibles, y el maestro de coro daba un fuerte golpe en el libro y decía: «¡Es la palabra de Dios la que os traigo!». Lástima que aquel hombre excelente trajera a colación con excesiva frecuencia esas expresiones que, empleadas en el momento oportuno, no dejan de hacer su efecto, y que a cada instante tuviese en la boca ciertos lugares comunes, por ejemplo, «La necedad es propia de los muchachos» y cosas parecidas, por lo que al final se tenía tal costumbre de oírlas que ya nadie prestaba atención, y de ahí venía el perpetuo desorden que había en sus clases. El subdirector hablaba menos cuando castigaba, por eso reinaba más orden y silencio.

Cuando Reiser llevaba poco tiempo en el colegio, se le ocurrió que podría entrar en el coro; no tanto por ganar dinero, sino más bien para pertenecer a un nuevo y honorable grupo social, del que, ya en Braunschweig, cuando era aprendiz de sombrerero, siempre había tenido un altísimo concepto.

Su imaginación pudo volar entonces libremente. ¡Era para él tan celestial, tan solemne, entonar públicamente cánticos de alabanza en honor de Dios! El nombre mismo de «coro» tenía un sonido sumamente agradable. Cantar las alabanzas divinas «con todos los coros» era una expresión que siempre le resonaba en los oídos. Apenas podía esperar el momento de ser recibido en aquella espléndida agrupación.

Uno de sus condiscípulos, que ya llevaba cantando mucho tiempo en el coro, le aseguró que estaba tan harto y aburrido que le gustaría verse libre de él lo antes posible. Reiser no podía concebir en absoluto tal cosa. Él asistía con mucha aplicación a la clase en que el maestro de coro enseñaba a cantar y sentía envidia de todo el que tenía mejor voz que él. No lejos de Hannover hay una ruidosa caída de aguas donde, siguiendo los consejos del maestro de coro, Reiser permanecía muchas veces horas enteras para gritar con todas sus fuerzas y educar así la voz. Pero en lo del canto no avanzaba gran cosa, porque carecía de lo que se llama oído musical. Pero las someras clases teóricas que impartía el maestro de coro le gustaban muchísimo a Reiser y con la atención que ponía le procuraban gran contento.

Reiser sentía ahora verdadero afecto por el maestro de coro y dondequiera que estaba se hacía lenguas de él, y el otro por su parte le alababa también a él en presencia de los demás. Ocurrió en una ocasión que Reiser le dio las gracias al maestro por el buen testimonio que había dado de él ante uno de sus bienhechores, y él respondió que Reiser también había dado buen testimonio de él, pues se había enterado de que lo alababa por dondequiera que iba. La alegría de aquel instante, Reiser no la hubiera dado por nada en el mundo, tanto le agradó que su maestro supiese ahora el afecto que le tenía. Si alguien le hubiese dicho eso la primera vez que lo vio, él no se hubiese creído que el maestro de coro llegaría a ser tan amigo suyo. Porque al principio, su preferido era el subdirector. Le sedujeron el rostro risueño y agradable de éste y su frente lisa, mientras que el rostro

sombrío del maestro de coro y la frente surcada de arrugas le producían aversión. «¡Oh, qué persona tan gentil y agradable es el subdirector frente al viejo y malhumorado maestro de coro!», solía decir él en los primeros tiempos. Pero cuando los conoció mejor, cambió pronto de opinión.

Reiser trataba por todos los medios de consolidar cada vez más su buen nombre ante el maestro de coro. Llegó la cosa a tal extremo que, en un paseo público que aquél solía frecuentar, él caminaba de un lado a otro con un libro abierto en la mano para atraer las miradas de su maestro, que le tendría por un modelo de aplicación, puesto que estudiaba incluso paseando. Aunque Reiser disfrutaba realmente leyendo el libro, sin embargo era mucho mayor el placer de ser visto por el maestro en tal actitud, y ese rasgo muestra su tendencia a la vanidad. Le importaba más la apariencia que la cosa en sí, aunque la cosa no dejase de ser importante para él.

Todos tenían un altísimo concepto de su aplicación y solían aconsejarle que se cuidase la salud. Eso era sumamente lisonjero para él y dejaba a la gente en esa creencia, por más que su aplicación no era en absoluto tan grande como hubiese podido ser si lo angustioso de su situación en lo relativo a alojamiento y comida no le hubiesen causado muchas veces apatía y tristeza.

Porque el trato indigno de que era objeto en muchas ocasiones le hacía perder con frecuencia una gran parte del respeto de sí mismo que es condición indispensable para trabajar con aplicación. Muchas veces iba a la escuela contristado, pero una vez que estaba allí, olvidaba sus penas, y las horas escolares fueron en el fondo sus horas más felices.

Pero cuando regresaba a casa y a veces le daban a entender indirectamente cuán grande era el hastío que causaba su presencia, permanecía sentado horas y horas y apenas osaba respirar; se hallaba entonces en un estado de ánimo lamentable. En modo alguno habría sido capaz de trabajar, pues ese trato le laceraba el corazón.

Asimismo las miradas de la mujer del sacristán, cuando había almorzado allí, podían dejarle abatido durante algunos días y privarle de los bríos necesarios para concentrarse en el estudio.

Reiser habría estado ciertamente más satisfecho, habría sido más feliz y sin duda más aplicado de lo que era si con la pensión del príncipe le hubiesen dejado comprar lo necesario para su sustento, en lugar de obligarle a comer el pan de mesas ajenas.

Fue abominable la situación en que se halló una vez en que la mujer del sacristán empezó a hablar en la mesa de los malos tiempos que corrían y del invierno tan duro, y después, de la escasez de leña, rompiendo finalmente a llorar por la preocupación que le causaba el no saber cómo y dónde conseguir pan en los últimos tiempos. Y cuando Reiser, turbado por tales palabras, dejó caer de repente al suelo un trozo de pan, le miró con ojos de arpía, pero sin decir nada. Como Reiser no pudo contener las lágrimas ante ese trato indigno, estalló en improperios contra él, le llenó de reproches por su falta de urbanidad y torpe comportamiento y le dio a entender que las personas que le envenenaban la comida que se llevaba a la boca, no eran bien recibidas en su mesa. El buen sacristán, que sentía honda pena por Reiser pero que no mandaba en casa, se compadeció de él y le dijo al punto que se marchara. Abochornado, confuso y humillado, Reiser se marchó de allí y apenas osó dejar entrever en casa que había perdido una mesa franca.

Cuando el sacristán le veía después de vez en cuando por la calle, le ponía en la mano medio florín, para desagraviarle por el rechazo y la tacañería de su mujer.

Había otra clase de personas que, cuando le daban un almuerzo, solían decir a cada instante que se lo daban de todo corazón y que le hiciera buen provecho, pues al fin y al cabo ellos se gastaban el dinero en una comida completa para él, y cosas por el estilo que a Reiser le causaban no menos sonrojo, de tal manera que la comida, en lugar del placer que suele causar, generalmente era para él un verdadero tormento. ¡Qué feliz se sintió cuando, el primer domingo en que ya no almorzó en casa del sacristán, y no habiendo querido decirlo todavía en casa, se comió un pan de dos centavos mientras daba un paseo en torno a la muralla!

Parecía como si todos se hubiesen confabulado para hacer que Reiser se ejercitara en la humildad. Fue una suerte que no perdiese la dignidad por ello: en ese caso, habría estado contento y más satisfecho, pero ese noble

orgullo, que eleva al hombre por encima de la fiera, que sólo pretende saciar el hambre, se habría extinguido en él.

La situación del más humilde aprendiz de artesano es más honorable que la de un joven que, para poder estudiar, vive de la caridad, si se le dispensa esa caridad de una forma degradante.

Si ese joven se siente feliz, corre peligro de adoptar una actitud servil, y si no tiene una tendencia natural al servilismo, le ocurrirá como a Reiser; se volverá huraño y misantrópico, como se volvió Reiser, quien ya entonces empezó a tomarle afición a la soledad.

En una ocasión, la señora Filter hasta le hizo ir a casa del príncipe con una gran pieza de tela de lino, para enseñársela allí a la gente y venderla. Toda resistencia habría sido inútil, ya que el pastor Marquard había otorgado a aquella mujer un poder ilimitado sobre Reiser, y toda negativa habría sido interpretada como imperdonable orgullo. La señora Filter acostumbraba a decir en aquellos casos que por eso no se le iban a caer los anillos. Reiser tampoco podía negarse a ir a por el pan que le daban al oboísta en su regimiento, y aunque lo hacía siempre a la hora del crepúsculo y buscaba las calles más retiradas, para que no pudiese verle ninguno de sus condiscípulos, en una ocasión, con gran susto por su parte, lo descubrió uno de ellos, pero afortunadamente fue tan comprensivo que le prometió guardar absoluto silencio al respecto, y así lo cumplió, aunque a veces, cuando se enfadaba en clase con él, amenazaba con hacerlo público.

Por fin, sin embargo, le compraron con el dinero del príncipe un traje nuevo, pues su viejo uniforme rojo ya no daba más de sí. Pero al mismo tiempo, como si lo hiciesen cabalmente con ánimo de humillarle, la tela que eligieron para el traje fue el paño gris que se emplea para la servidumbre, por lo que, comparado con sus compañeros, Reiser tenía un aspecto casi tan extraño como cuando llevaba el viejo uniforme militar. Y por otra parte, al principio sólo podía ponerse el traje en ocasiones solemnes, como cuando había exámenes en el colegio o iba a tomar la comunión.

Pero de todas las humillaciones que sufrió, la que más le ofendió y nunca pudo perdonarle a la señora Filter fue una acusación injusta que le dolió en el alma y de la que nunca pudo verse libre por carecer de pruebas.

La señora Filter tenía en casa a una niña pequeña, de tres o cuatro años, hija de una parienta suya. Por Navidad pensaba dar a esa niña una alegre sorpresa y a tal fin había preparado un árbol, adornándolo con luces y colgando de él pasas y almendras. Reiser se quedó solo en la habitación, mientras la señora Filter iba a la alcoba a buscar a la niña. Sucedió entonces que, al entrar ella de nuevo, el árbol, seguramente por el movimiento de la puerta, se balanceó con todas aquellas luces, y Reiser se precipitó hacia él para sujetarlo. Pero como no lo consiguió, retiró al punto la mano, lo que pudo hacer el efecto de que había estado todo el tiempo hurgando en el árbol y, asustado al entrar la señora Filter, lo había soltado y dejado caer.

Para la señora Filter era un hecho inconcuso que Reiser había querido picar de las golosinas del árbol, privándoles así a la niña y a ella de un inocente placer. Esa infamante sospecha se la dio a entender a Reiser con claras palabras ¿y cómo iba a refutarla él? Testigos no tenía. Y las apariencias hablaban en contra. La misma posibilidad de que sospechasen tal cosa de él, lo envilecía ante sí mismo. Se hallaba en ese estado en que uno desea que se lo trague la tierra o quedar al punto aniquilado para siempre.

Un estado que llega a causar una especie de embotamiento psíquico que después no desaparece tan fácilmente. En un momento así uno se siente como anonadado y daría cualquier cosa por volverse invisible para el mundo entero. La confianza en sí mismo, que para la actividad moral es tan importante como lo es para la actividad física el respirar, recibe un golpe tan fuerte que resulta difícil sobreponerse a él.

Desde entonces, siempre que Reiser se hallaba presente en algún sitio donde buscaban cualquier cosa sin importancia, de la que se pensaba que alguien se la había llevado, no podía evitar llenarse de vergüenza y confusión, sólo porque imaginaba vivamente la posibilidad de que, sin que lo diesen a entender con claridad, le tuviesen a él por el ladrón. Una prueba de cómo se puede estar equivocado cuando muchas veces se interpreta el bochorno y la confusión de un acusado como confesión tácita del delito. Mediante mil humillaciones inmerecidas, una persona puede llegar a verse a sí misma como objeto del desprecio general y a no atreverse a abrir los ojos delante de nadie. Así, con el alma completamente libre de culpa, puede

presentar todos los síntomas de quien no tiene la conciencia limpia, y ¡ay de esa persona si cae en manos de uno de tantos que se tienen por buenos psicólogos y que nada más verle la cara, saca conclusiones sobre su carácter!

Entre todas las sensaciones, una de las más lacerantes es el alto grado de confusión en que puede incurrir una persona. Reiser tuvo esa sensación más de una vez en su vida, más de una vez pasó por momentos en que, por así decir, vivió su propio anonadamiento: cuando, por ejemplo, había puesto en relación con su persona un saludo, una alabanza, una invitación o algo parecido, siendo así que todo ello iba dirigido a otro. El bochorno y la confusión que podía acarrearle un malentendido de esa índole eran indescriptibles.

Produce, en efecto, una sensación muy peculiar el hecho de atribuirse a sí mismo, por equivocación, un cumplido que va dirigido a otro. Es precisamente esa idea de que se puede estar excesivamente pagado de sí mismo, la que contiene algo extraordinariamente humillante. A ello se añade el ridículo que uno piensa estar haciendo. En resumen: Reiser no sintió en toda su vida nada más horrible que ese bochorno en que podía sumirle muchas veces una pequeñez. Nada hostigaba tanto como eso su más íntima naturaleza, su ser más auténtico. Y también sentía la más intensa compasión cuando era testigo de ese género de sufrimiento. Él habría hecho más por evitarle a otro ese sentimiento de vergüenza que por salvar a nadie de una desgracia real, pues consideraba la vergüenza como la mayor desgracia que pueda sobrevenirle a nadie.

Estaba en una ocasión en casa de un comerciante de Hannover que solía mirar a otra persona, en lugar de a aquella con la que hablaba. Aquel hombre invitó a comer, mirando a Reiser, a otro que estaba en la habitación, y cuando Reiser, dándose por aludido, declinó cortésmente, dijo el comerciante con un gesto desabrido: «¡No me he dirigido a usted!». Ese «¡No me he dirigido a usted!», con el gesto desabrido, le causó tal impacto a Reiser que deseó que lo tragara la tierra. Ese «¡No me he dirigido a usted!» lo perseguía después por dondequiera que iba o que estaba, y se le mudaba o le temblaba la voz siempre que tenía que hablar con gente de un

rango superior al suyo. Su orgullo jamás logró sobreponerse del todo a aquello.

«¿Cómo puedes creer que a ti te inviten a comer?». Así interpretaba Reiser aquel «¡No me he dirigido a usted!», y en aquel instante se tuvo a sí mismo por tan insignificante, por tan despreciable, tan nulo, que su rostro, sus manos, todo su ser, se convirtieron para él en una carga, y, tal y como estaba allí, parecía el ser más tonto y necio, mientras que por otra parte, él percibía esa tontería y esa necedad de su comportamiento con más fuerza e intensidad que ninguna otra persona.

Si Reiser hubiese tenido a alguien que se interesara verdaderamente por él y por su vida, quizás no le hubiesen mortificado tanto los incidentes de ese género. Pero así, su sino estaba ligado al sincero interés de otras personas, mas con ligaduras tan endebles que si una de ellas parecía desatarse, él temía de pronto que se rompiesen todas las demás y se veía entonces a sí mismo en el estado de quien ya no atrae la atención de nadie, teniéndose por un ser que todos han dejado de tomar en consideración. La vergüenza es un afecto como cualquier otro y es extraño que sus secuelas no sean a veces mortales.

En Reiser, el temor a hacer el ridículo era a veces tan horrible que habría sacrificado cualquier cosa, hasta la vida misma, para evitarlo. Nadie ha sentido aquello de *infelix paupertas, quia ridiculos miseros facit*[3] (triste pobreza, que a los desgraciados vuelve ridículos) con tanta intensidad como él, que consideraba el ridículo como la mayor desdicha del mundo. Hay un género de ridículo que le resultaba más soportable: cuando las gentes se ríen de las rarezas que ellos no se atreven a imitar, sin que por eso las tengan por algo despreciable.

Cuando por ejemplo se enteraba de que decían de él: «Ese Reiser es desde luego un bicho raro, por la noche, en plena oscuridad, da tres paseos en torno a la muralla y no habla más que consigo mismo, repitiendo en voz alta la lección del día» etc., no le resultaba desagradable oírlo, antes bien, para él tenía algo lisonjero el adquirir de esa manera una cierta fama de raro. Pero cuando Iffland ridiculizó sus versos

De vosotras quede embargada,

hermosas ciencias, toda mi alma,

eso le ofendió y le llenó de vergüenza, y habría dado cualquier cosa por no haberlos escrito.

Después de haber asistido tres meses a las clases de canto del maestro de coro, Reiser logró la dicha, tan ardientemente deseada, de ingresar en el coro, donde cantaba con voz de contralto.

La alegría que le causaba su nuevo estado de miembro del coro duró unas semanas, mientras hizo buen tiempo. Gozaba muchísimo oyendo las arias y los motetes que cantaban todos, y conversando amigablemente con sus condiscípulos, mientras iban de casa en casa y de calle en calle.

Un coro así tiene mucha semejanza con una compañía de teatro ambulante, en la que en cierto modo se comparten penas y alegrías, buen tiempo y mal tiempo, etc., lo cual siempre suele estrechar los vínculos entre unos y otros.

Lo que más contento causaba a Reiser era la capa azul que iba a lucir en lo sucesivo. Pues esa capa se parecía ya un poco al ropaje sacerdotal. Pero también se le frustró aquella ilusión: para ahorrarle gastos, la señora Filter mandó hacerle una capa con unos delantales azules viejos, de modo que su figura no resultaba precisamente muy lucida en medio de sus compañeros de coro.

Entre los jóvenes coristas, a Reiser le llamó la atención desde el primer día uno que era claramente distinto de los demás. Se le notaba enseguida que era de fuera, aunque no se le hubiese oído hablar. Pues todos sus gestos y ademanes denotaban más viveza y soltura que el porte exterior de los torpes y tiesos hannoveranos. Reiser no se cansaba nunca de mirarle. Y cuando le oyó hablar, no pudo menos de admirar su elegante dicción de la Alta Sajonia. En cambio, todo lo que decían los hannoveranos le parecía torpe e insípido.

Sucedió que el prefecto del coro era un viejo bebedor, con quien aquel forastero siempre andaba a la gresca, dándole por lo general respuestas muy exactas y mordaces cuando el prefecto quería arrogarse una especie de supremacía sobre él. Y cuando en una ocasión le dijo el prefecto, entre otras cosas, que él era ya mucho tiempo prefecto como para permitir que un

mocoso como él le soltase impertinencias, el forastero respondió que desde luego no era un honor tan grande ser tan mayor y no haber pasado de prefecto. Ese aventajado ingenio con que el forastero puso de golpe fuera de juego al prefecto hizo que Reiser se interesara aún más por él y cuando preguntó por su nombre le dijeron que se llamaba Reiser y que era natural de Erfurt.

A Reiser le sorprendió mucho que aquel joven, a quien ya había tomado afecto, tuviese el mismo apellido que él, aunque por la lejanía de su lugar de nacimiento era muy difícil que fuese pariente suyo. Le habría gustado tomar contacto con él, pero aún no se atrevía porque su tocayo estaba ya en el grado superior y él todavía no. También tenía miedo de la agudeza de su ingenio, que él sería incapaz de afrontar caso de que alguna vez lo emplease en contra suya. Sin embargo, se conocieron de un modo espontáneo, ya que Philipp Reiser se interesaba cada vez más por el carácter silencioso y ensimismado de Anton Reiser, lo mismo que éste por el carácter abierto y vivaz de aquél, y pese a tales diferencias de temperamento pronto se encontraron en medio de la masa y se hicieron amigos.

Philipp Reiser poseía un extraordinario talento que, sin embargo, por las circunstancias que le había deparado el destino, tampoco había podido desarrollar. Además de una fina sensibilidad tenía mucho ingenio y humor, verdadero talento para la música y al mismo tiempo grandes dotes para la mecánica. Pero era pobre y sobremanera orgulloso: antes de aceptar la caridad de otros, habría pasado hambre, como en efecto sucedió muchas veces. Pero cuando tenía dinero, era dadivoso y espléndido como un rey y entonces le gustaba disfrutar lo que era suyo compartiéndolo generosamente con los demás. Sin embargo, no había aprendido muy bien a calcular ingresos y gastos, y por eso muchísimas veces tuvo ocasión de ejercitarse en el arte de renunciar voluntariamente a lo que a uno le gustaría tener. Sin haber recibido nunca instrucción al respecto, confeccionaba muy buenos clavicordios y pianofortes, lo cual le reportaba a veces considerables ingresos, que por otra parte, dada su generosidad, no le sacaban de penas. Al mismo tiempo, tenía la cabeza perpetuamente llena de ideas novelescas y siempre andaba perdidamente enamorado de alguna mujer. Cuando tocaba ese tema, era siempre como si se estuviese escuchando a un enamorado de

los tiempos de la caballería andante. Su fidelidad en la amistad, su afán por ayudar a los necesitados, e incluso su desprendimiento provenían de ese rasgo suyo y se basaban en parte en las ideas novelescas que nutrían su fantasía, aunque la verdadera razón de todo ello era su buen corazón. Porque sólo en un buen corazón pueden germinar y echar raíces ideas tan sumamente romanescas. En un alma egoísta y en un corazón atrofiado nunca se producirá ese efecto aunque se lea un sinnúmero de novelas. Es fácil de ver por qué Philipp y Anton Reiser se encontraron a mitad de camino y por qué, al tratarse más, parecían estar hechos el uno para el otro. El primero tenía casi veinte años cuando le conoció Reiser. Así, la diferencia de edad le convirtió hasta cierto punto en su guía y consejero, sólo era de lamentar que en el punto principal, en lo concerniente a la organización de la vida, Reiser no hallase mejor guía y consejero. No obstante, había encontrado ahora el primer amigo de su juventud, cuyo trato y conversación le hicieron relativamente soportables las horas que tenía que dedicar al coro.

Pues ahora, había pasado el buen tiempo e hicieron su aparición la lluvia, la nieve y el frío, pese a lo cual, el coro tenía que seguir cantando por las calles las horas que habían sido concertadas. ¡Oh, cómo contaba ahora Reiser, aterido de frío, los minutos que faltaban para terminar con aquella música torturante que antes pareciera a sus oídos cántico celestial!

El cantar en el coro le tomaba toda la tarde del miércoles y del sábado y el domingo entero, porque todos los domingos por la mañana los miembros del coro tenían que estar en la iglesia para, desde lo alto de la tribuna, cantar el amén. También el sábado por la tarde, durante la preparación del servicio religioso, los más jóvenes tenían que cantar un himno con el maestro de coro y uno de ellos leía un salmo desde la tribuna, lo cual fue la gran ocasión para Reiser: esa lectura pública de un salmo le resarcía de las penalidades de cantar en el coro. Ya se veía a sí mismo, en pie como el pastor Paulmann, y hablando con voz vibrante a los fieles.

Por lo demás, el cantar en el coro se convirtió pronto para él en la cosa más desagradable del mundo. Le quitaba todas las horas de descanso que aún le quedaban y hacía que en toda la semana no pudiese contar con un solo día de reposo. ¡Cómo desaparecieron sus sueños dorados! ¡Y cómo le

hubiese gustado deshacerse de aquella servidumbre, de haber sido posible! Pero el dinero del coro era ya una parte de sus ingresos fijos y no podía ni pensar en renunciar a él.

Sus compañeros de esclavitud, se encontraban en su mayoría tan mal como él, estaban igual de hartos de aquella vida. Y en verdad, la vida de un corista, que tiene que ganarse el pan cantando de puerta en puerta, es una vida tristísima. Es raro que no se pierda totalmente el ánimo. La mayoría acaba teniendo una actitud servil, y una vez que la tienen, nunca la pierden del todo.

El cantar en el coro durante el Año Nuevo fue una experiencia curiosa e interesante para Reiser. Ese «cantar el Año Nuevo» dura tres días seguidos, y por las muy variadas escenas que se suceden durante ese tiempo, tiene mucha semejanza con una salida en busca de aventuras. En medio de la nieve y el frío, muy apretados unos contra otros, espera un puñado de cantores a que llegue de vez en cuando un mensajero con la noticia de que hay que cantar en alguna casa. Entran entonces en esa casa y, por lo general, pasan hasta la sala de estar, donde se canta un aria o un motete acorde con la época del año. Luego muchos señores suelen tener el detalle de invitar a los miembros del coro a vino o a café y bizcochos. El ser acogidos en una habitación caldeada, después de haber pasado a menudo frío durante mucho tiempo, y los refrigerios que le ofrecían a uno, todo ello era algo tan reconfortante, y la variedad de objetos —pues se visitaban en un día veinte o más casas diferentes, con las familias reunidas en la sala común— dejaban una impresión tan agradable que, durante esos tres días, se vivía en una especie de mundo encantado, a la espera constante de nuevas escenas, y uno aceptaba gustoso los rigores del clima. Se cantaba hasta entrada la noche y la iluminación nocturna prestaba más solemnidad a la escena. Entre otros lugares, se cantó también el Año Nuevo en un asilo de ancianas, y allí los coristas tuvieron que sentarse en corro con las viejecitas y cantar con las manos juntas: «Hasta aquí me ha traído Dios», etc. Durante aquellos días en que se «cantaba el Año Nuevo», todos parecían ser más amables unos con otros. No se tenía en cuenta como otras veces el orden jerárquico, los de los cursos superiores hablaban con los más jóvenes, y todos los corazones rebosaban una alegría fuera de lo corriente.

Aquel Año Nuevo acometió también a Reiser una rara manía de hacer versos. Escribió versos para felicitar el Año Nuevo a sus padres, a su hermano, a la señora Filter y quién sabe a cuántos más, y hablaba en ellos de riachuelos plateados que serpentean por entre las flores, y de suaves céfiros y días dorados, que era cosa de admirar. A su padre le pareció precioso lo del riachuelo plateado. Pero su madre se extrañó de que él llamara a su padre «el mejor de los padres», siendo así que sólo tenía uno.

Por aquel entonces, sus lecturas poéticas no consistían en otra cosa que en los escritos breves de Lessing,[4] que le había prestado Philipp Reiser, y que él casi se sabía de memoria de tanto leerlos. Por lo demás, se comprende fácilmente que desde que cantaba en el coro no le quedara mucho tiempo para trabajar en cosas propias, que dependían de él. Sin embargo, tenía muchos y grandes proyectos. El estilo de Cornelio Nepote no le parecía en parte lo bastante sublime, y se propuso dar una forma muy distinta a la historia de los generales. Aproximadamente, como estaba escrito el *Daniel en el foso de los leones*. Esto último tenía que convertirse también en una especie de epopeya.

En una clase particular con el maestro de coro se leyeron las comedias de Terencio, y sólo pensar que ese autor contaba entre los más difíciles hacía que él lo estudiara con más afán que, por ejemplo, a Fedro o a Eutropio, y que inmediatamente tradujese en casa cada comedia que se leía en el colegio.

Cuando hubo hecho de esa manera grandes progresos en muy poco tiempo, fue a ver otra vez al anciano sordo, que ya tenía más de cien años y había chocheado algún tiempo, pero que, para asombro de todos, un año antes de su muerte recobró completamente el juicio. Reiser conocía su aposento, al final del largo y tenebroso pasillo, y sintió un pequeño escalofrío cuando oyó venir a lo lejos al viejo, arrastrando los pies. Nada más entrar él, le dio la bienvenida y, con un gesto de la mano, le invitó a que le escribiese alguna cosa.

Lleno de contento, Reiser le escribió que ahora estaba estudiando y que ya traducía a Terencio y el Nuevo Testamento griego.

El anciano condescendió a participar de la alegría infantil de Reiser, y se asombró de que ya comprendiese a Terencio, para lo cual se necesita

disponer de un vasto vocabulario. Al final, Reiser, para hacer completo alarde de erudición, le escribió algo en caracteres griegos, y el viejo le animó a seguir siendo tan aplicado y le exhortó a que no dejara la oración, dicho lo cual se puso con él de rodillas y, exactamente igual que cinco años atrás, cuando Reiser lo vio por primera vez, oró de nuevo con él.

Reiser regresó muy conmovido a casa y se propuso entregarse otra vez del todo a Dios, lo que en su caso significaba pensar incesantemente en Dios. Recordaba con nostalgia el estado en que se había encontrado de muchacho, cuando conversaba con Dios y estaba siempre en ansiosa espera de las grandes cosas que iban a sucederle. Aquellos recuerdos tenían una extraordinaria dulzura, porque la novela que la piadosa imaginación de los creyentes crea en torno al ser supremo, de quien se creen, ora abandonados, ora acogidos de nuevo, y ora sienten un deseo ardiente y una sed de él, ora se hallan en un estado de sequedad y vacío interior, tiene realmente algo sublime y grandioso y mantiene en perpetua actividad las facultades anímicas. Así, hasta los sueños nocturnos versan sobre cosas sobrenaturales, como cuando una vez soñó Reiser que había sido acogido entre los bienaventurados, que se bañaban en cristalinos ríos. Un sueño que desde entonces ha cautivado repetidas veces su imaginación.

Reiser volvió a pedir prestado al viejo carpintero los libros de madame Guyon y, al leerlos, sus recuerdos se remontaron a aquellos tiempos felices en que, a su parecer, había empezado a marchar por el camino de perfección. Cuando ahora estaba a veces triste y malhumorado debido a las circunstancias de su vida, y no se complacía en lectura alguna, la Biblia y los cánticos de madame Guyon, por lo atrayente de la obscuridad que en ellos imperaba, eran su único refugio. A través del velo de aquel lenguaje enigmático veía una luz desconocida que reanimaba su atrofiada imaginación; sin embargo, en la piedad propiamente dicha o en lo de pensar constantemente en Dios no acababa de hacer verdaderos progresos. En los ambientes en que él estaba ahora, ya nadie se preocupaba del estado de su alma, y en el colegio y en el coro tenía demasiada distracción como para seguir siendo fiel, siquiera una semana, a su tendencia natural a ensimismarse.

Sin embargo, fue a ver al viejo varias veces antes de que muriese, hasta que una vez quiso ir a verle de nuevo y se enteró de que había muerto y ya lo habían enterrado. Sus últimas palabras habían sido: «¡Todo! ¡Todo! ¡Todo!». Reiser recordaba haberle oído repetir mucho esas palabras, en una especie de éxtasis, en medio de la oración o después de hacer una pausa. Parecía a veces como si con tales palabras quisiera exhalar su espíritu, preparado ya para la eternidad, y despojarse al punto de su envoltura mortal. Por eso Reiser quedó muy impresionado cuando supo que el viejo había muerto diciendo esas palabras, y por otra parte, tenía la sensación de que no había muerto, hasta tal extremo había parecido siempre que aquel piadoso anciano vivía en otro mundo. La muerte y la eternidad habían sido casi su único pensamiento las últimas veces que Reiser habló con él. Aquella vez, a Reiser le pareció que el viejo sólo se había mudado de casa cuando él quiso hacerle una visita, y eso no era en modo alguno indiferencia por su parte sino una íntima familiaridad con la idea de la muerte de aquel hombre.

Por otra parte, Reiser había perdido en aquel anciano un amigo de su infancia, que muchas veces le había dado la alegría de interesarse por su vida y su persona. Y en muchos momentos, sin saber por qué, se sentía más desvalido que nunca. La señora Filter también estaba cada vez más harta de la carga que suponía para ella el que Reiser viviera en su casa, y, después de haber tenido paciencia durante nueve meses, acabó diciéndole que se marchara, dándole el amistoso consejo de que se buscara otro alojamiento. Entretanto, se había marchado el rector del liceo, y el nuevo rector, Sextroh, elegido como sucesor, era un buen amigo del pastor Marquard, quien tuvo entonces la idea de alojar a Reiser en casa de aquel hombre, haciéndole ver de antemano las grandes ventajas que le esperaban si tuviese la suerte de que el rector le acogiera bajo su techo. Es decir, Reiser iba a trasladarse a vivir a casa del rector: ¡cómo halagaba aquello su vanidad! Porque, eso pensaba él, si lograse hacerse querer del rector, ¡qué magnífico porvenir le esperaba! Porque además el rector sería su profesor, cuando él, terminado su primer año de estudios, pasara al grado superior en el que sólo daban clase el rector y el director.

En el fondo le agradó muchísimo que la señora Filter le despidiese, porque él jamás se habría atrevido a insinuar ni remotamente que quería marcharse de allí. A ello se añadía la estupenda perspectiva de vivir en la casa del rector, su futuro maestro. Pero por aquellos días, había empezado a ocupar su mente una nueva manía que tuvo gran influencia en su vida posterior.

Ya he mencionado los ejercicios de declamación que organizaba en clase el subdirector. Para Iffland y para él, aquello tenía tal fuerza de atracción que todo lo demás quedaba en la sombra, y Reiser no deseaba otra cosa que tener oportunidad de hacer teatro alguna vez con varios condiscípulos, para que le oyeran declamar. Aquello le atraía tan poderosamente que durante algún tiempo le dio vueltas a esa idea día y noche, empezando a redactar él mismo una obra de teatro en la que dos amigos iban a ser separados uno del otro y estaban inconsolables por ello, etc. También encontró en la *Pequeña biblioteca selecta* de Leyding, que alguien le había prestado, una pieza conmovedora en verso: *El ermitaño*,[5] que él quería representar con Iffland. Lo que deseaba era un papel emotivo, en que pudiese hablar con mucha vehemencia e identificarse con una serie de sentimientos que tanto le gustaban y que no tenían cabida en su mundo real, donde todo era tan pobre, tan mezquino. Aquel deseo era en Reiser completamente natural: sabía sentir la amistad, la gratitud, la magnanimidad y la hidalguía, todo lo cual estaba escondido inútilmente en él; pues debido a su situación exterior, su corazón se iba atrofiando. ¿Quién puede extrañarse entonces de que éste tratara de dilatarse otra vez y de abandonarse a sus sentimientos naturales en un mundo ideal?

Parecía como si Reiser se volviese a encontrar a sí mismo en las obras de teatro, después de haber estado casi perdido en su mundo real. Por eso, su amistad con Philipp Reiser se convirtió desde entonces en una amistad casi teatral, que a veces los llevaba al extremo de estar dispuestos a morir el uno por el otro. La obsesión por el teatro llegó a ser tan fuerte en él que casi relegó a un segundo plano la pasión por la oratoria sagrada: pues en el teatro su imaginación encontraba un radio de acción mucho mayor, y también mucha más vida, más interés, que en los eternos monólogos del predicador. Cuando repasaba las escenas de alguna obra teatral, que había

leído o que él ya tenía pergeñada, Reiser era realmente todo lo que iba representando, ora generoso, ora agradecido, ora triste y resignado, ora apasionado y dispuesto a enfrentarse valerosamente con quien le atacase.

Por todo ello, la perspectiva de pasar al grado superior era para él extraordinariamente atractiva: porque los alumnos de grado superior del liceo de Hannover tenían tantas y tan evidentes ventajas como en muy pocos centros. Por Año Nuevo desfilaban en público con música y antorchas, ante una gran masa de espectadores, lanzando vivas al rector y al director. En la noche siguiente entregaban, un año al rector y otro año al director, un regalo comprado con sus propios donativos voluntarios y que solía costar más de cien táleros. Y quien lo entregaba pronunciaba un breve discurso en latín. Después eran obsequiados con vino y bizcochos y se tomaban la libertad de lanzar un «¡Viva!» atronador a su maestro en la propia casa de éste.

Casi tres meses antes se hablaba ya de la organización de ese desfile.

Todos los veranos, en la canícula, los alumnos de grado superior representaban comedias ante el público, y ellos solos se encargaban de elegir las obras y de organizarlo todo. Eso los tenía ocupados casi la totalidad del verano. Después, en enero, venía la fiesta de cumpleaños de la reina, y en mayo la fiesta de cumpleaños del rey, celebrándose con gran solemnidad un acto público al que asistían el príncipe, los ministros y casi todos los notables de la ciudad. La organización de todo aquello llevaba cada vez muchísimo tiempo. Además, había dos exámenes públicos anuales, que también iban seguidos de vacaciones. Con todo ello, como es natural, se perdía mucho tiempo. Sin embargo, todas esas cosas eran tan estupendas para un joven con ambiciones, que reavivaban el atractivo de los años escolares cada vez que éste empezaba a decaer.

Ser alguna vez uno de los que encabezaban el desfile de antorchas, o pronunciar el discurso en latín al entregar el regalo, o recibir un papel de protagonista en una de las obras teatrales, o incluso pronunciar un discurso en el aniversario del rey o de la reina, tales eran los deseos y esperanzas de un alumno de grado superior del liceo de Hannover. A ello se sumaba la elegante aula destinada a los cursos superiores, con la doble cátedra, finamente trabajada, en madera de nogal abrillantada por la cera, y las

cortinas verdes de las ventanas: todo concurría para que la imaginación de Reiser estuviese continuamente repleta de excitantes imágenes de su futura situación y para que fuesen mucho mayores las esperanzas que había concebido sobre su porvenir. Ascender al grado superior nada más terminar su primer año escolar era una dicha que nunca hubiese soñado.

Lleno de tales esperanzas y perspectivas, viajó en las vacaciones de Semana Santa, con unos carreteros que hacían el mismo trayecto, a casa de sus padres para anunciarles su buena suerte. Como en aquel viaje el camino avanzaba en gran parte a través de bosques y matorrales, su fantasía, previamente excitada, levantó el vuelo: imaginó epopeyas, tragedias, novelas y quién sabe cuántas cosas más. A veces le venía la idea de escribir su vida; pero el comienzo que le venía a la mente siempre acababa siendo semejante al de los Robinsones que él había leído, o sea, que había nacido en tal y tal año en Hannover, de padres pobres pero honrados, y así sucesivamente.

Desde entonces, siempre que viajaba a casa de sus padres, ya fuese en coche o a pie, durante el trayecto su imaginación estaba en mayor actividad que nunca: un período completo de su vida pasada estaba ante él desde el punto y momento en que perdía de vista las cuatro torres de Hannover, y el horizonte de su espíritu se iba ensanchando al mismo ritmo que se ensanchaba el horizonte que veían sus ojos. Se sentía transportado, del limitado entorno de su vida, al amplio y dilatado mundo, donde eran posibles todos los maravillosos sucesos que él había leído en las novelas: por ejemplo, su padre y su madre, de pronto, a lo lejos, desde lo alto de aquella colina, podrían salirle al encuentro, y él correría gozoso hacia ellos. Ya creía oír el sonido de las voces de sus padres. Y la primera vez que hizo aquel viaje, sintió realmente una honda alegría mientras esperaba anhelosamente el momento de verlos, pues ¡cuántas y qué grandes cosas no tenía que contarles!

Cuando llegó al día siguiente, a mediodía, sus padres y sus dos hermanos le dieron cariñosa y alegremente la bienvenida en su domicilio rural. Tenían detrás de la casa un pequeño jardín y estaban muy bien instalados. Pero en cuanto a la armonía doméstica, como pronto pudo comprobar Reiser, todo seguía por desgracia igual que antes. Por otra parte,

oyó a su padre otra vez tocar la cítara mientras cantaba los himnos de madame Guyon. Hablaban también de la doctrina de madame Guyon, y Reiser, que ya había elaborado mentalmente una especie de metafísica, muy próxima a las teorías de Spinoza, coincidía muchas veces a maravilla con su padre, cuando hablaban, como enseñaba madame Guyon, del todo de la divinidad y de la nada de la criatura. Creían entenderse mutuamente, y Reiser disfrutaba muchísimo conversando con su padre, pues le halagaba que el padre, que siempre pareció tenerle por un necio, conversara ahora con él sobre temas tan elevados. Fueron después a ver al párroco y a los notables del lugar, y Reiser siempre fue admitido en la conversación y, como esa manera de tratarle le infundía confianza en sí mismo, también se comportó él bastante bien. Los vecinos de sus padres, y todos los que llegaban, se interesaban por el hijo del escribano, que estudiaba en Hannover gracias a la protección del príncipe. El gozo puro y sereno de aquellos pocos días, unido a las tareas tan agradables que le esperaban, resarció a Reiser ampliamente de las penalidades y de las inmerecidas humillaciones sufridas durante un año entero.

Pero nadie en el mundo se interesaba por su persona como su madre: siempre que él se acostaba por la noche, ella le rezaba la oración vespertina y le hacía en la frente la señal de la cruz, como antaño, para que durmiera tranquilo, y no pasaba mañana ni noche en que no le incluyera en su propia oración, aunque él estuviese ausente. Reiser se despidió apesadumbrado de sus padres y cuando divisó otra vez las torres de Hannover, tristes presentimientos le oprimieron el pecho.

El día después de su regreso, Reiser fue examinado por el director para pasar a la clase siguiente, y cuando iba a traducir algo del latín al alemán, del libro *Sobre los deberes* de Cicerón, sucedió que en el ejemplar que le entregó el director, Reiser pasó la hoja tan torpemente y con tan poca fortuna que casi la rasgó de arriba abajo. La sensibilidad del director, que siempre hacía todo con la mayor exquisitez, podía sufrir un duro golpe con algo así. Reiser perdió muchísimo a sus ojos debido a ese rasgo de aparente falta de sensibilidad y de finura en los modales. El director le amonestó muy severamente por su torpeza, de manera que la confianza de Reiser en el director, debido a la vergüenza en que éste le puso con su severa

reprimenda, recibió un durísimo golpe, del cual no se repondría jamás. La timidez con que se condujo Reiser delante del director por esta causa a partir de entonces, contribuyó a degradarle aún más a sus ojos. En resumen: de una sola hoja, pasada con excesiva rapidez, del ejemplar del director del libro de Cicerón *Sobre los deberes*, se derivaron casi todos los sufrimientos que le aguardaban a Reiser en el colegio desde aquel día, sufrimientos originados sobre todo por la falta de aprecio del director, cuyo valimiento, para él tan importante, había perdido al pasar una hoja con excesiva premura.

A ello se añadió que la señora Filter, aunque él se había marchado de su casa, guardaba bajo llave su traje nuevo y Reiser tenía que asistir a la clase superior, en la que estaba rodeado casi únicamente de jóvenes bien ataviados, vestido con una vieja chupa que le había dado el sombrerero Lobenstein. Esa prenda le daba un aspecto ridículo porque se le había quedado corta. Él mismo lo notaba y tal circunstancia contribuyó sobremanera a la timidez de carácter que se hizo más patente que nunca en las clases superiores. Además, el maestro de coro y el subdirector estaban muy enfadados con él por no haberles dicho nada sobre su acceso al grado superior y por haber dado ese paso sin pedirles consejo. Reiser se disculpó lo mejor que pudo diciendo que no lo había hecho con intención. Y el maestro de coro le perdonó pronto, en efecto, pero el subdirector no se lo perdonó jamás sino que se lo hizo pagar durante mucho tiempo: pues pidió a Reiser una elevada suma por las clases particulares que le había dado y de las que todos pensaban que habían sido gratuitas. Ese dinero se lo fue descontando a Reiser del dinero que ganaba en el coro, aunque él lo necesitaba muchas veces con urgencia. Una circunstancia que lo dejó también muy abatido.

En casa del rector, le fueron asignadas a Reiser una salita y una alcoba, pero nada más, pues el propio rector tampoco estaba instalado del todo. Reiser tenía una manta de lana de sus padres, y además, para ahorrar lo más posible, le habían alquilado un cubrecolchón y una almohada; cuando hacía frío por la noche, tenía que echar mano de su ropa, para taparse bien. Un viejo clavicordio que él tenía, hacía de mesa, había además una banqueta de la sala de reuniones del rector, arriba de la cama una pequeña repisa para

libros, colgada de un clavo, y en la alcoba un viejo cofre con algunas prendas de vestir muy usadas: ése era todo su mobiliario, y sin embargo se sentía bastante más feliz que en la sala de la señora Filter en la que había muchas más comodidades.

Cuando estaba solo en su habitación, se hallaba muy a gusto, pero con el rector no conseguía tener ninguna familiaridad. Aunque le veía en batín y con el gorro de dormir, parecía como si en torno a él hubiese un nimbo de gravedad y dignidad que mantenía a Reiser a una gran distancia. Tenía que ayudarle a ordenar su biblioteca; cuando, al entregarle los libros, estaba a veces tan cerca de él que podía oír su respiración, a menudo sentía como un deseo de acercarse a él, pero un momento después habían vuelto la timidez y la inseguridad. No obstante, él amaba al rector y su cabeza repleta de ideas novelescas le hacía a veces desear estar con él en alguna isla desierta en la que, nivelados por el destino, podrían tener un trato mutuo amigable y familiar.

El rector hacía todo lo posible por infundirle a Reiser ánimo y confianza; varias veces le invitó a su mesa, a él solo, y conversó con él. Ya en aquel entonces, Reiser hacía proyectos de escribir: quería mejorar el estilo de la vieja *Acerra philologica* y el rector tuvo la bondad de animarle a seguir forjando esos planes para el futuro y a hacer esos trabajos de redacción.

Cuando Reiser conversaba así con el rector, siempre le faltaba la expresión adecuada que quería emplear y eso hacía que sus períodos fuesen muy discontinuos. Porque él prefería guardar silencio a elegir la palabra no adecuada al pensamiento que quería expresar. Entonces, el rector le ayudaba con gran indulgencia a seguir adelante. En ocasiones también le llamaba a su aposento por la noche y le pedía que le leyera algo en voz alta. En tales casos, Reiser tenía a veces la osadía de hacerle preguntas: por ejemplo, en qué sentido se podía dar el nombre de individuo a una silla, puesto que siempre se la podía seguir dividiendo, una duda que le había asaltado durante las clases de lógica que daba el director. Y el rector, afablemente, le resolvía la duda, elogiándole por reflexionar sobre tales temas. En ocasiones hasta bromeaba con él y cuando le decía que buscara un libro o cualquier otra cosa, nunca era en tono de ordeno y mando sino

pidiéndoselo por favor. Así pues, todo marchaba bastante bien, pero no cabe duda que el pasar hojas parecía traerle desgracia a Reiser. En cierta ocasión, a petición del rector, tuvo que abrir unos libros cuyas hojas estaban sin separar y lo hizo con tan poca habilidad que dio con el cortaplumas unos cortes muy grandes en las hojas, por lo que algunos libros quedaron casi inservibles. El rector se enfadó mucho y le echó secamente en cara que había hecho aquellos cortes en las hojas intencionadamente, para no seguir trabajando. Eso no era cierto, por supuesto; el reproche le dolió a Reiser y contribuyó sobremanera a que perdiera de nuevo la seguridad que había ido ganando poco a poco.

Sin embargo, otra vez logró sobreponerse, pues el rector le llevó a hacer un pequeño viaje a una ciudad católica vecina[6] para que presenciara la fiesta del Corpus Christi. El rector, el subdirector, el maestro de coro y algunos estudiantes de teología viajaron en un coche que llevaba correo especial, en el que también le fue reservado un asiento a Reiser. Y entonces oyó cómo aquellos respetables señores, que al estar en continuo contacto, como suele ocurrir cuando se viaja en grupos pequeños, intimaron mucho unos con otros, bromeaban entre ellos muy animados. Y eso le hizo un efecto muy extraño a Reiser. El nimbo en torno a sus cabezas desapareció gradualmente y por primera vez los vio como personas normales. Pues nunca había visto a un grupo de clérigos hablando espontáneamente unos con otros y despojándose durante algún tiempo de todo lo envarado y todo lo ceremonioso que suele ser inherente a su condición. Sólo el bueno del maestro de coro siguió manteniendo un cierto envaramiento, y cuando por el camino se cruzó con el carruaje una gran muchedumbre de mendigos que entonaban cánticos religiosos, todos embromaron al maestro de coro con motivo de esa escena, compadeciéndole sinceramente por las horribles disarmonías que le torturaban los oídos. Era la primera vez que Reiser veía a esos hombres respetables embromándose unos a otros como los demás mortales. Y esa experiencia que hizo le fue muy útil, pues desde entonces siempre que veía a un sacerdote, que para él seguía siendo hasta cierto punto una especie de ser sobrenatural, lo situaba mentalmente, por ejemplo, en el círculo de sus compañeros de viaje y así, en su imaginación lo despojaba fácilmente del nimbo que antes lo envolvía.

Sin embargo, volvió a notar de un modo clarísimo qué ser tan insignificante era él en medio de aquel cenáculo. Cuando visitaron todas las curiosidades de los conventos y otras cosas de aquella ciudad católica, para lo cual se les unió un grupo de personas ajenas a ellos, Reiser notó hasta qué punto se sobreentendía que él era el último en todo, y que además tenía que considerar aquello como un gran honor que le estaban haciendo. Al darse cuenta de ello, el comportamiento de Reiser era el de una persona encogida, atolondrada y necia, y él notaba ese encogimiento y esa necedad quizás mucho más que los demás. Por eso, durante todo aquel tiempo en que hubo tantas cosas nuevas que ver y que oír, no fue en absoluto feliz y deseó estar de nuevo en su pequeña habitación solitaria, con el banco y el viejo clavicordio y con la repisa colgada de un clavo arriba de la cama.

Pero lo que empezó entonces a amargarle la vida, fue sobre todo una humillación inmerecida, causada por la situación en que se hallaba y que él, por otra parte, no podía cambiar.

En aquellos primeros días de la clase de grado superior, Reiser oía a veces susurrar detrás de él: «¡Mira, ése es el fámulo del rector!». Un nombre al que Reiser vinculaba el más bajo de los conceptos; pues todavía no sabía nada de la condición de fámulo en la universidad. Para él, un fámulo era inferior, si cabe, al criado que le limpia los zapatos a su amo. Y le parecía como si sus condiscípulos lo mirasen con una suerte de menosprecio. Luego se imaginaba a sí mismo con su chupa rabicorta, que incluso a él le parecía que le daba un aspecto ridículo. En la clase anterior, a pesar de lo mal vestido que iba, sus compañeros todavía lo estimaban por el respeto que les infundía el hecho de que estudiara por voluntad del príncipe. En la clase superior también se sabía eso hasta cierto punto, pero la idea de que era fámulo en casa del rector, le parecía que lo rebajaba ante los ojos de todos. Ahora bien, en la clase superior era importantísimo el puesto que uno tenía: los puestos más elevados sólo se conseguían con una aplicación prolongada y continua. Por lo general sólo se ascendía un banco por semestre. Los cuatro primeros bancos constituían el grupo inferior, y los tres últimos el más avanzado. El quedar retrasado en los cambios semestrales constituía una de las mayores humillaciones.

Ya el tercer día, mientras que un alumno leía una oración desde el pupitre inferior, Reiser había esbozado una amplia sonrisa al decirle algo un compañero, y cuando vio que el director lo había notado, trató de poner instantáneamente un rostro serio. Y la impresión que había dejado en él la escena de la hoja rota del libro hizo que aquel súbito cambio de expresión no sucediese en absoluto de una manera noble sino, al revés, de un modo que dejaba adivinar un miedo receloso, bajo y servil, y que el director, con una mirada iracunda y despreciativa que dirigió a Reiser durante la oración, pareció atribuir a una actitud rastrera. Una mirada así del director ya era de por sí algo que solía llamar la atención de todos. Pero una vez concluida la oración, le dijo unas palabras a Reiser sobre la vileza que había reflejado su rostro, palabras que le acarrearon a Reiser el desprecio de todos los condiscípulos, que escuchaban las palabras del director como quien escucha un oráculo.

Desde entonces, Reiser ya no se atrevió a levantar la vista delante del director, y en las clases de éste tuvo por fuerza que considerarse como un ser al que no se tenía en absoluto en cuenta, pues el director jamás le preguntaba nada. Unos jóvenes que llegaron a la clase después de Reiser recibieron un puesto superior al suyo, y él siguió siendo el último de todos durante varios meses. El joven Rehberg, que tenía una gran cabeza y que después fue un pintor famoso, estaba sentado junto a Reiser y pareció quererse solidarizar con él; una sola mirada que le dirigió el director cuando hablaba una vez con Reiser, cortó todo inicio de interés que pudiera sentir por su compañero e hizo que su corazón se apartara de él. El modo como se comportaba el director con Reiser era una consecuencia del carácter tímido y receloso de éste, un carácter que parecía denotar bajeza de espíritu; pero el director no tenía en cuenta que ese carácter tímido y receloso era a su vez consecuencia del modo como él se comportó con Reiser la primera vez.

El caso es que Reiser había perdido la estima de sus condiscípulos y todos se permitían ahora mirarle de arriba abajo, todos querían tomarle el pelo y si él se enzarzaba con alguno, había enseguida otros veinte que porfiaban entre ellos para hacerle objeto de sus burlas. Hasta su coraje, cuando a veces se daba de palos con quienes iban demasiado lejos, cosa que a cualquier otro quizás le hubiese hecho recobrar el respeto de los demás,

les parecía ridículo. Ya no se decían con un cuchicheo al oído: «¡Ése es el fámulo del rector!», sino que en cuanto él aparecía por la mañana, se oía: «¡Ahí viene el fámulo!». Y ese título honorífico lo percibía Reiser dondequiera que estuviese. Era como si todos se hubiesen confabulado para tratarle despreciativamente y ponerle en ridículo.

Esa situación se convirtió en un infierno. Reiser sollozaba y se enfurecía hasta el paroxismo, y también de eso se reían. Al final, sólo había en él una especie de insensibilidad emocional en lugar de aquel orgullo herido que lo llevaba a la furia y al paroxismo: Reiser ya no oía ni veía lo que sucedía en derredor, y dejaba que hicieran con él lo que les viniera en gana, de forma que, en tal estado, parecía merecer verdaderamente aquella burla y aquel escarnio.

¿Qué hubiera tenido de extraño que al final, tratado así de continuo, se hubiese convertido realmente en un ser carente de dignidad? Pero por dentro seguía sintiendo fuerza suficiente para, en ciertos momentos, abandonar por completo el mundo real. Eso era lo que todavía le hacía mantenerse erguido. Cuando su espíritu había quedado rebajado en el mundo real mediante mil humillaciones, él practicaba de nuevo las nobles virtudes de la magnanimidad, la energía, la abnegación y la constancia, siempre que leía o imaginaba alguna novela o drama heroico. De esa manera, cuando muchas veces cantaba aterido en el coro, imaginaba que había dejado las penalidades de este mundo y que vivía escenas alegres y risueñas. Pasaba así muchas de aquellas horas en su mundo imaginario, ayudándole con frecuencia a transplantarse a él ciertas melodías que oía o cantaba en el coro. Por ejemplo, nada le parecía más conmovedor y sublime que oír al prefecto cuando éste empezaba a cantar:

> Belahai, oh sol hermoso,
> la hermosura de tus rayos
> con el manto tenebroso…

Aquel «Belahai» le transportaba por sí solo a regiones superiores y prestaba alas a su imaginación, pues él pensaba que se trataba de alguna expresión oriental que no comprendía y a la que por eso podía darle un sentido tan

sublime como él quisiera; hasta que una vez, entre las partituras, encontró la letra y vio que decía:

Vela, ay, oh sol hermoso, etc.

El prefecto siempre cantaba aquellas palabras con su acento de Turingia: «Vela, ay, oh sol hermoso». Y así, de pronto había desaparecido todo el encanto que había procurado a Reiser tan gratos momentos. También se emocionaba mucho cuando cantaban: «Tú las escondes en las tiendas» o: «Estando por ti protegido, duermo seguro y tranquilo».

A menudo, vivía tan intensamente la dulce sensación de estar bajo la protección de un ser superior, que olvidaba la lluvia y el frío y la nieve, y le parecía descansar en el aire que le envolvía como en un suave lecho.

Pero allá fuera, todo parecía confabularse para postrarle y humillarle.

Cuando llegó el verano, el rector se fue de viaje unas semanas, y él se quedó ese tiempo solo en la casa. Fueron unas semanas muy felices las que pasó entonces. Tomaba libros de la biblioteca del rector para leerlos y entre ellos encontró las obras de Moses Mendelssohn[7] y las *Cartas sobre literatura* de Lessing, de todo lo cual tomó apuntes entonces por primera vez.

Anotó muy en especial todo lo que se refería al teatro, pues ésa era ya la idea predominante en él, y, por así decir, el germen de todas sus futuras adversidades. Esa idea había surgido impetuosamente en él con las clases de declamación del curso anterior, desterrando poco a poco de su mente la obsesión por la predicación. El diálogo teatral le atraía más que el eterno monólogo del púlpito. Y además, él podía ser en el teatro todo lo que nunca tenía ocasión de ser en el mundo real, aunque tantas veces había deseado serlo: generoso, caritativo, noble, constante, elevado por encima de todo lo humillante y rebajante. ¡Cómo anhelaba darles realidad en su persona, mediante un breve e ilusorio juego de la imaginación, a esos sentimientos que le parecían tan naturales y que nunca encontraba en la realidad! Eso era más o menos lo que ya entonces le hacía considerar tan cautivadora la idea del teatro. En el teatro se volvía a encontrar a sí mismo con todas sus convicciones y todos sus sentimientos, que no tenían cabida en el mundo

real. El teatro se le figuraba un mundo más natural y más en consonancia con él que el mundo real que le rodeaba.

Se aproximaban ya las vacaciones de verano y los alumnos de grado superior, tal y como solían hacer todos los años, representaban en público diversas obras. Debido al desprecio general de que era objeto en su calidad de «fámulo del rector», Reiser no abrigaba la menor esperanza de que le dieran un papel. Peor aún, ni siquiera pudo recibir de ninguno de sus compañeros un billete para ir al espectáculo. Eso le deprimió más que todo lo anterior, hasta que tuvo la idea de organizar, con dos o tres compañeros que tampoco tenían papel, una especie de grupo de frustrados y representar una comedia en la sala de estar de aquéllos ante un pequeño número de espectadores.

A ese objeto se eligió el *Filotas,*[8] para lo cual Reiser le compró el papel a otro que lo interpretaba mal, logrando así por fin representarlo él.

Ahora estaba en su elemento. Durante toda una velada pudo ser magnánimo, constante y noble; las horas en que ensayaba ese papel y la tarde en que lo representó cuentan entre las más felices de su vida, aunque el teatro era sólo una pobre habitación con paredes blancas y el parterre una alcoba contigua en la que, en el hueco de la puerta, una vez desmontada ésta, había colgada una manta de lana que hacía las veces de telón. Y además, todo el auditorio constaba del dueño de la casa, que era alfarero, de su mujer y sus oficiales, y toda la iluminación consistió en candelas de un penique que ardían sobre pequeños trozos de cola húmeda pegados a la pared.

Como epílogo se dio —tomado de las *Descripciones histórico-morales* de Miller— el *Sócrates moribundo,* en donde Reiser sólo hizo de amigo de Sócrates y uno de sus condiscípulos llamado G…, de Sócrates, que bebió limpiamente de un trago la copa de veneno y finalmente murió entre espasmos sobre una cama que había sido instalada en la habitación.

Ese epílogo fue lo que, a partir de entonces, amargaría a Reiser casi toda su época escolar. Pues los otros compañeros, al enterarse de que quienes no recibieron ningún papel habían representado por su cuenta otra obra distinta de las suyas, lo tomaron como una intromisión en sus atribuciones y pensaron que lo habían hecho por desprecio a ellos y por obstinación.

Los compañeros intentaron por todos los medios vengar esa ofensa que consideraban imperdonable y a partir de entonces ninguno de los cuatro que habían representado el *Filotas* y el *Sócrates moribundo* pudo salir tranquilo por la noche a la calle. Esos cuatro fueron desde entonces objeto de odio, desprecio y escarnio, siendo Reiser el más afectado; pues los otros asistían raras veces a clase. Ya antes, a Reiser sólo le habían dado muestras de desprecio, que podía ser debido no sólo a una inexplicable antipatía general, sino sobre todo a su situación ignominiosa —o en cualquier caso considerada ignominiosa—, a su actitud recelosa y a su levita corta. A ese menosprecio vino a sumarse ahora una irritación general que trataba de hacer lo más hirientes posibles las burlas con que lo abrumaban.

Y aunque no fue él sino G… quien tuvo el papel del Sócrates moribundo en el epílogo, desde entonces todos le llamaron «Sócrates moribundo», apodo del que no se liberó hasta que toda aquella generación fue dejando poco a poco el colegio. El año anterior a su marcha del colegio, Reiser estuvo mucho tiempo delicado de salud y no salió de casa; cuando después quiso ver una pieza de teatro que representaban los alumnos del último curso, le dejaron entrar, pero le miraron con ojos despreciativos y burlones y dijeron: «Aquí viene el Sócrates moribundo», de forma que Reiser se dio al punto media vuelta y regresó a casa lleno de pesadumbre.

Normalmente suele reinar entre los hombres una cierta bondad, que les impulsa a hacer objeto de sus burlas solamente a quien, en cierto modo, no se siente ofendido por ellas. Pero si ven que con tales burlas hieren y ofenden de verdad a una persona, no continúan con ellas indefinidamente, sino que la compasión acaba prevaleciendo sobre el afán de burla.

Pero no fue así con Reiser; su deterioro físico iba en aumento, ya era sólo una sombra que caminaba vacilante. Casi todo le daba igual; su ánimo estaba abatido; siempre que podía buscaba la soledad. Pero nada de ello despertaba la menor compasión, tanto era el odio y el desprecio que sentían por él.

Además de Reiser, había un tal T… que también era objeto de burlas, causadas en parte por su tartamudez. Pero en ése rebotaban las burlas como rebotan los golpes en la piel insensible de un animal. Al burlarse de él, se justificaban a sí mismos diciendo que las burlas no le ofendían. Con Reiser

no guardaban esos miramientos. Eso acabó por llenar de amargura su corazón y hacer de él un misántropo.

¿Dónde iba a encontrar Reiser el entusiasmo para competir con los demás, deseoso de gloria como estaba? ¿De dónde iba a sacar aplicación y gusto por los estudios? A él lo habían excluido de la comunidad, estaba solo y abandonado de todos, y no buscaba sino aquello con lo que pudiese aislarse y retraerse todavía más. Todo lo que él estudiaba a solas en su cuarto, lo que leía y pensaba, le resultaba agradable, pero cuando tenía que hacer algún trabajo en común en la clase, se mostraba negligente y perezoso. Siempre tenía la sensación de estar de más.

Tal fue la bella realización de aquellos sueños suyos, con largas filas de bancos en los que estaban sentados los jóvenes deseosos de estudiar y saber, entre los que él se imaginaba, ilusionado, a sí mismo, y con los que antaño había esperado competir por alcanzar la palma.

El rector en cuya casa vivía Reiser volvió por fin de su viaje acompañado de su madre, que se proponía instalar la casa con todo detalle. Llegó el invierno y nadie pensaba en temperar de algún modo la habitación de Reiser, que soportaba el frío más riguroso creyendo que por fin pensarían en él, hasta que le dijeron que durante el día tendría que estar en el cuarto de la servidumbre.

Empezó entonces a no preocuparse ya en absoluto de las circunstancias exteriores de su vida. Despreciado y postergado por maestros y condiscípulos y no estimado de nadie por su constante malhumor y su carácter huraño, perdió toda esperanza en lo relativo a su trato con los hombres y, finalmente, trató de recluirse completamente en sí mismo.

Fue a una librería de lance y buscó una novela tras otra y una pieza de teatro tras otra, empezando a leer con una especie de furia. Todo el dinero que ahorraba en comida, lo empleaba en tomar prestados libros para leer; y como el librero ya le conocía al cabo de algún tiempo y le prestaba libros sin que él tuviera que pagarle cada vez, en un abrir y cerrar de ojos se había llenado de deudas con sus lecturas, unas deudas que, por pequeñas que fuesen en sí, en aquel entonces eran exorbitantes para él.

Reiser intentó saldar en parte esas deudas vendiendo los libros de texto que había comprado y que el librero le compró a él por un precio irrisorio,

dándole a cambio más libros para leer, hasta que volvió a contraer deudas y otra vez tuvo que empezar a pensar angustiado en el modo de saldarlas.

Así, la lectura se había convertido de pronto para él en una necesidad como pueda serlo para los orientales el opio con que adormecen deleitablemente los sentidos. Cuando precisaba algún libro, habría cambiado su levita por la chambra de un mendigo, con tal de conseguirlo. Bien sabía aprovechar esa avidez el librero, que le fue sacando poco a poco todos sus libros para, muchas veces en presencia suya, venderlos por seis veces el precio que le había pagado a él.

Siendo así las cosas, es muy comprensible que Reiser adquiriese fama de joven licencioso y depravado, que vendía sus libros de texto y que en lugar de ampliar su saber y aprovechar las enseñanzas de sus maestros no leía más que novelas y comedias, descuidando enteramente al mismo tiempo su aspecto físico. Pues era muy natural que Reiser no tuviera ganas de ocuparse de su cuerpo, puesto que no agradaba a nadie en el mundo, y por eso todo el dinero destinado a la lavandera y al sastre también terminaba en manos del librero, ya que la necesidad de leer era en él superior a la de comer, beber y vestirse. Una noche, en efecto, leyó *Ugolino*,[9] después de no haber probado bocado durante todo el día, pues la lectura le había hecho olvidar el almuerzo gratuito, y con el dinero destinado a la cena había tomado prestado *Ugolino* y comprado una candela, junto a la cual pasó la mitad de la noche envuelto en una manta en su fría habitación y viviendo intensamente las escenas de hambre del libro.

Y sin embargo, esas horas, que él arrancaba por así decir al caos de las otras, eran las más felices: su mente estaba como enajenada, y se olvidaba de sí mismo y del mundo entero.

De esa manera leyó, uno tras otro, los doce o catorce volúmenes del *Teatro alemán*[10] publicados hasta entonces, y como había leído dos o tres veces con gran fruición los *Viajes sentimentales de Yorik*,[11] tomó prestado en la librería de lance los *Viajes sentimentales por Alemania* de Schummel.

Ahora bien, en aquella época Reiser ya había empezado a anotar en un cuaderno destinado a ese fin los títulos de los libros que había leído, escribiendo al mismo tiempo su juicio sobre ellos, que en varias ocasiones resultó ser bastante adecuado. Por ejemplo, en los *Viajes sentimentales por*

Alemania[12] de Schummel escribió lo siguiente: «*Un exercitium extemporaneum*, por haber confesado el propio autor que había escrito todas esas cosas en aquel grueso volumen para que se pudiese opinar sobre cuál era el género literario más adecuado». El autor de esos *Viajes sentimentales* se ha resarcido de sobra, con su relato *Spitzbart*, de aquel «exercitium extemporaneum».

Pero pocas veces le ha pesado tanto a Reiser el tiempo empleado en la lectura de un libro como cuando leyó aquellos *Viajes sentimentales*.

Así aprendió poco a poco, insensiblemente, a distinguir cada vez mejor lo bueno de lo malo.

Pero en todo lo que leía, la idea del teatro era siempre la que predominaba en él. Vivía inmerso en el mundo del teatro; muchas veces derramó lágrimas mientras leía, pasando alternativamente del apasionamiento violento y agitado, de la cólera, la furia y la venganza, a los suaves sentimientos del perdón generoso, la benevolencia triunfante y las oleadas de compasión.

Detestaba hasta tal punto su situación material y sus condiciones de vida en el mundo real que procuraba cerrar los ojos para no verlas. En casa, el rector le llamaba por su nombre de pila, como se llama a un criado. Y en una ocasión tuvo que pedir a un condiscípulo suyo, que era hijo de un amigo del rector, que fuera a comer a casa de éste. Y mientras que aquél cenaba en casa del rector, Reiser iba a buscar el vino y permanecía en la habitación de servicio, que estaba junto a la sala donde tenía lugar la cena y desde donde podía oír cómo su condiscípulo conversaba con el rector, mientras que él estaba en el otro cuarto con la sirvienta.

El rector impartía varias clases particulares. Y cuando no podía dar alguna de ellas, era Reiser quien tenía que buscar a cada uno de los compañeros, con los que él asistía también a esos cursos, y decirles que no había clase, lo cual aumentaba más aún la arrogancia con que le trataban.

Ese trato humillante era debido a su comportamiento: no se interesaba por nada de lo que sucedía fuera de él y era apático y negligente para cualquier actividad que le sacara del mundo de su imaginación. Si él no se interesaba por nada, ¿qué tiene de extraño que tampoco se interesaran por él, sino que le despreciaran, le arrinconaran y olvidaran?

Sin embargo, nadie tenía en cuenta que esa conducta suya por la cual le despreciaban era a su vez consecuencia de un desprecio anterior. Ese desprecio, causado por una serie de coincidencias fortuitas, era el origen de su conducta y no, como todos creían, su conducta el origen del desprecio.

Ojalá contribuya esto a que todos los maestros y pedagogos sean más cuidadosos y prudentes al enjuiciar la evolución del carácter de los jóvenes, de modo que tengan en cuenta la influencia de innumerables circunstancias fortuitas y procuren informarse con todo detalle al respecto antes de atreverse a decidir con su dictamen sobre el destino de una persona que tal vez sólo necesitaría una mirada de aliento para cambiar inmediatamente, ya que su manifiesta mala conducta no proviene de una disposición natural sino de una fatal serie de circunstancias.

El sino de Reiser parecía ser, por desgracia, tener que aceptar obras de caridad que se convertían en una tortura. Fue una obra de caridad el hecho de que la señora Filter lo acogiera en su casa durante un año, ¡y en qué situación penosa y opresiva pasó aquel año! Fue una obra de caridad el que pudiese vivir en casa del rector, pero ¡qué sinnúmero de humillaciones y cuánto desprecio de sus condiscípulos no le deparó esa estancia que le habían pintado con colores tan risueños!

A juzgar por las apariencias, nadie podía pensar sino mal de él. El propio rector había hecho saber al pastor Marquard que Reiser llegaría a ser todo lo más maestro de pueblo. A continuación, el pastor Marquard se lo soltó en la cara a Reiser, y éste quedó aún más abatido por la opinión que el rector tenía de él y a la que él no podía contraponer en aquel entonces mucha seguridad en sí mismo.

Como el rector parecía estar seguro de que Reiser nunca llegaría a nada en la vida, lo utilizaba para lo que todavía se le podía utilizar, o sea para toda clase de pequeños servicios que le mandaba hacer en la casa y fuera de ella: en el fondo, Reiser era considerado como un doméstico y nada más, aunque oficialmente era alumno de grado superior.

Pero al menos una vez gozó de sus privilegios de alumno avanzado, cuando, del dinero que ganaba en el coro, entregó su contribución al regalo de Año Nuevo para el rector, y también participó en el desfile de antorchas,

durante el cual, conforme a la tradición de Año Nuevo, se ofreció una serenata al director y al rector y se lanzaron vivas en su honor.

Aunque en aquel desfile él era el último o uno de los últimos, sin embargo fue para él un gran estímulo el hecho de que a pesar de las numerosas humillaciones y ofensas que había recibido estuviese allí otra vez en formación con los demás, llevase una espada y una antorcha y pudiese lanzar vivas.

La música, el público, la luz de las antorchas, los guías del cortejo, con sombreros de plumas y las espadas desenvainadas: todo eso le dio nuevos ánimos, puesto que él formaba parte de aquel brillante desfile.

Y cuando al día siguiente se halló entre los demás estudiantes y, una vez pronunciado un discurso en latín, le fue entregado al rector en bandeja de plata el regalo de Año Nuevo, al que Reiser también había contribuido, por una vez volvió a sentirse medianamente a gusto en el mundo real. Allí no se vio completamente excluido y arrinconado. ¡Pero cómo le amargaron esa pequeña alegría el odio y la arrogancia de sus condiscípulos!

El rector obsequió con vino y bizcochos a los estudiantes que le habían llevado el regalo. Todos bebieron repetidas veces a su salud, de modo que al final, habiéndoseles subido el vino a la cabeza, empezaron a alborotar. Reiser bebió unos vasos de vino sin recelar posibles malas consecuencias, pero la absoluta falta de costumbre de beber hizo que ya unos vasos le embriagaran un poco. Y entonces sus condiscípulos, llenos de nobles sentimientos, se propusieron emborracharle del todo, lo que consiguieron, en parte con artimañas, en parte con amenazas, de manera que Reiser dijo toda clase de insensateces y tuvieron que llevarle a la cama.

Si ya antes Reiser había perdido gran parte de la confianza y el respeto de todos los que le conocían, aquel incidente asestó el golpe mortal a su buen nombre. Antes ya era un ser negligente, desaliñado y desaplicado, ahora era también un desconsiderado y una mala persona, porque en la misma casa de su maestro, que era al mismo tiempo su bienhechor, había dado pruebas, con su indecorosa conducta, de la más odiosa ingratitud.

Reiser barruntaba oscuramente todas esas consecuencias, cuando se despertó a la mañana siguiente, y mientras se vestía ya se preparaba interiormente a pedir disculpas al rector por su conducta de la víspera.

Había preparado bastante bien lo que iba a decir y, entre otras cosas, aseguró que procuraría por todos los medios borrar aquella mancha, a lo cual le respondió el rector, con palabras no muy consoladoras, que cuando se difundiera el incidente, sus desagradables consecuencias serían muy difíciles de evitar.

El rector tuvo razón con sus palabras, pues pronto se supo lo que había pasado y todos decían: «¡Cómo! Ese joven vive de la caridad, incluso el príncipe gasta sus dineros en él, y cuando está siendo obsequiado amablemente en casa de su maestro, de su bienhechor, de quien le acoge bajo su techo, ése es su comportamiento: ¡qué bajeza, qué ingratitud!».

Aunque Reiser presentía todas esas consecuencias y estaba muy contristado por ello, sin embargo cuando al día siguiente llegó al coro y sus compañeros se rieron de su aspecto pálido y desaliñado, causado por la embriaguez de la víspera, sintió una especie de extraño orgullo, como si con la borrachera de la víspera hubiese dado muestras de una cierta osadía, de forma que hasta fingió que aún duraba la embriaguez para atraer así la atención sobre su persona.

Porque la atención que los demás ponían en él, una atención que esta vez iba unida a una especie de respeto y no a la burla habitual, le halagaba. Los otros también le miraban como se suele mirar a quien está en la misma situación en que uno ya ha estado alguna vez, y por lo que toca al prefecto, siempre estaba borracho. Ese secreto placer que sentía Reiser cuando le parecía que conseguía hacerse valer por algo malo, es seguramente el más peligroso escollo que lleva consigo la tentación, y debido a él suelen malograrse la mayoría de los jóvenes.

Sin embargo, la petulancia de Reiser disminuyó muy pronto al notar con más rapidez de lo que hubiese querido las desagradables consecuencias que le había augurado el rector. Adonde quiera que iba, le recibían con miradas frías y despreciativas. Por eso fue dejando él por propia voluntad, una tras otra, casi todas las comidas gratuitas y prefirió pasar hambre o comer sal y pan: todo antes que exponerse a aquellas miradas. Únicamente seguía complaciéndose en ir a casa del zapatero, pues allí le recibían amablemente, como siempre, y no le hacían pagar caro su adverso destino.

Reiser estaba en aquel entonces muy lejos de disculparse a sí mismo interiormente. Antes bien, la opinión que tenían de él tantas personas le merecía más crédito que su propia opinión; a menudo se recriminaba a sí mismo y se hacía los más duros reproches por su negligencia en los estudios, por sus lecturas y por las deudas que contraía con el librero. Porque en aquel entonces él no era capaz de explicar todo aquello como natural consecuencia de la angustiosa situación en que vivía. En tal disposición de ánimo, enojado consigo mismo y excitada su imaginación por una tragedia que acababa de leer, escribió una carta desesperada a su padre, en la que se acusaba de ser el mayor delincuente, una carta interrumpida por numerosos guiones, de manera que su padre no supo qué pensar de ella y empezó a dudar en serio del sano juicio del autor. En el fondo, la carta entera fue un papel que representó Reiser. Éste hallaba un gran placer en pintarse a sí mismo con los más negros colores, como hacen a veces los héroes del teatro, y en enfurecerse luego trágicamente consigo mismo.

Como no tenía a nadie en el mundo y ni siquiera él se amaba a sí mismo, ¿a qué otra cosa podía aspirar que a olvidarse lo más frecuente y definitivamente posible de su persona?

Por eso la librería de lance siguió siendo su constante refugio, y sin ella Reiser no habría podido soportar su situación. Con ella, sin embargo, le resultó soportable y en ciertos momentos incluso agradable, por ejemplo cuando, en casa de su primo el peluquero, reunía a su alrededor un pequeño y sin duda no muy lucido auditorio, al que leía con toda la fuerza de expresión y de declamación de que era capaz alguna de sus tragedias favoritas, como *Emilia Galotti*,[13] *Ugolino* o cualquier otra cosa de mucho llorar, como *La muerte de Abel* de Gessner. Y al leer, sentía un gozo indescriptible cuando veía en torno a él todos los ojos llenos de lágrimas, entendiendo que ésa era la prueba de que había alcanzado su objetivo, a saber, conmover los ánimos con lo que leía en público.

En conjunto, las horas más agradables de su vida de entonces las pasó, o bien a solas consigo mismo, o bien en aquellas reuniones en casa de su primo el peluquero, donde podía como adueñarse de los espíritus y convertirse en el centro de la atención: pues allí se le escuchaba, allí podía

leer, recitar, contar y enseñar. Y en efecto, en ocasiones se ponía a discutir con los oficiales artesanos que allí se reunían sobre importantísimas materias, como la naturaleza del alma, el origen de las cosas, el espíritu universal y temas semejantes, con lo que les aturdía la cabeza, pues encauzaba la atención de aquellas gentes hacia problemas en los que no habían pensado en su vida.

Con un oficial de sastre, en especial, que empezó a tomarle gusto a sus cavilaciones, conversaba, muchas veces horas y horas, sobre la posibilidad de que surgiera un mundo de la nada; al final dieron con el sistema de la emanación y con las doctrinas de Spinoza: Dios y el mundo formaban una unidad. Cuando tales materias no van envueltas en la terminología escolar ordinaria, son fácilmente comprensibles para cualquier persona, incluso para los niños.

Durante tales conversaciones, Reiser solía olvidarse de todas sus penas e inquietudes. Pues lo que le agobiaba era demasiado insignificante como para ocupar su atención. Se sentía transportado fuera de todo aquel conjunto de cosas que le rodeaban y con las que tenía que convivir en este mundo, y gozaba de los privilegios del mundo del espíritu. Si en tales momentos se tropezaba con alguien, procuraba entablar diálogos filosóficos y ejercitar la mente.

Por otra parte, a pesar del poco estímulo que recibía en el colegio y de las muchas humillaciones que soportaba, no desaprovechaba demasiado las horas que allí pasaba. En las clases del director, tomaba apuntes de historia moderna, de dogmática y de lógica y en las del rector, de geografía, y hacía asimismo algunas traducciones de autores latinos, cogiendo así siempre al vuelo, paralelamente a sus lecturas de novelas y piezas de teatro, algunos conocimientos científicos y, sin habérselo propuesto, hizo también ciertos progresos en latín.

Mas todo ello era como por casualidad; muchas veces faltaba a clase y muchas otras, mientras traducían a Tito Livio o a algún otro autor latino, él leía disimuladamente una novela, pues sabía bien que el director nunca se dignaría preguntarle.

Pues, si en aquellas clases Reiser estaba en un grupo de sesenta a setenta personas, entre las que casi no tenía un amigo y para la mayoría de

las cuales él sólo era objeto de irrisión y desprecio, era natural que aquello fuese constantemente para él una situación angustiosa, en la que casi no deseaba otra cosa que trasladarse con la imaginación a otro mundo donde estuviese mejor.

Pero ni siquiera le permitieron esa escapatoria: cuando en una ocasión, antes de que empezase la clase, estaba leyendo un volumen del *Teatro alemán*, le quitaron el libro, en el momento que entraba el rector, se lo pusieron a éste sobre la cátedra, y al preguntar él de quién era aquel libro, le dijeron que Reiser acostumbraba a leerlo en clase. Una mirada a Reiser llena de desdeñoso desprecio fue la respuesta del rector a aquella acusación.

En cuanto a Reiser, aquella mirada le costó una parte de la poca confianza en sí mismo que aún le quedaba; pues lejos de justificarse a sus propios ojos, creyó que merecía realmente ese desprecio y en aquel momento se tuvo por un ser tan despreciable y vil como el rector pensaba que era.

Aquel incidente hizo que el rector le despreciara más aún. Su apariencia exterior empeoraba de día en día. Y habiendo olvidado una vez transmitir un recado que una persona de fuera le había dado para el rector, éste empleó por primera vez la dura expresión, dirigida a Reiser, de que el haber omitido llevar a cabo un encargo que le habían dado era una «verdadera estupidez».

Aquella expresión le produjo durante algún tiempo una especie de auténtica parálisis psíquica. Jamás pudo olvidarla, como tampoco el «qué mozo más lerdo» del inspector del seminario ni el «no me he dirigido a usted» del comerciante S… Todo ello quedó almacenado en su memoria y con frecuencia, aún después de mucho tiempo, le hacía perder la presencia de espíritu, justo en los momentos en que más la necesitaba.

Un amigo del rector, que se había alojado durante unas semanas en su casa y para el que Reiser también tuvo que hacer algunos encargos, les dio a él y a la moza de servicio una propina de despedida. Reiser tuvo una extraña sensación cuando aceptó el dinero; fue como si le hubiesen dado una punzada cuyo primer dolor desapareció al instante, pues pensó en el librero y al momento quedó olvidado todo lo demás. A cambio de aquel dinero podía leer más de veinte libros; su orgullo herido se había sublevado una última vez y ahora estaba doblegado. A partir de aquel instante, Reiser

no se preocupó más de sí mismo y se dejó ir por completo en lo relativo al mundo exterior.

Su indumentaria, cada vez peor y más desaliñada, había dejado de preocuparle. En el colegio, en el coro y cuando iba por la calle, pensaba estar solo en medio de tanta gente; pues no había nadie que pusiera atención o interés en él. Su vida exterior le resultaba por eso tan despreciable, tan insignificante y vil que no se ocupaba en absoluto de su persona; en cambio, la vida de Miss Sara Sampson[14], de Julieta y Romeo[15], despertaban su más vivo interés, y a menudo pensaba en ellos el día entero.

Nada le resultaba más insoportable que, al terminar las clases, salir y hallarse entre una nube de compañeros, todos mejor vestidos, alegres y animados, entre los que ya no había nadie que se dignase ir a su lado. ¡Cuántas veces deseó en tales momentos quedar por fin liberado de la carga del cuerpo y con una muerte súbita verse arrancado de aquel torturante entorno! Así, cuando alguna vez iba por una calle en la que no había nadie fuera de él y podía substraerse a las miradas de sus condiscípulos ¡qué alegre corría entonces a los parajes más solitarios y apartados de la ciudad, para, sin ser molestado, sumirse algún tiempo en sus melancólicos pensamientos!

El estudiante más tonto de todos, que también era objeto de general menosprecio, se le acercaba a veces y Reiser aceptaba contento su compañía. Pues, en cualquier caso, quien se arrimaba a él era un ser humano. Cuando iban juntos, oía de vez en cuando cómo uno de sus condiscípulos decía a otro: «*¡Par nobile fratrum!*» (¡Noble pareja de hermanos!). Le ponían, pues, al mismo nivel que aquel auténtico idiota.

Como el rector había dicho que él llegaría a ser, si acaso, maestro rural, todo coincidía para quitarle completamente a Reiser la seguridad en sí mismo, de suerte que ahora perdió casi por entero la confianza en su capacidad intelectual y muchas veces empezó seriamente a tenerse por el sandio que todos pensaban que era. Pero al mismo tiempo, esa idea degeneraba en una especie de amargura contra el orden general de las cosas. En esos momentos maldecía del mundo y de sí mismo por creer que había sido creado como un ser perfectamente despreciable con el fin de que el mundo se mofara de él.

Como prueba de hasta qué punto sus condiscípulos tenían prejuicios contra él y estaban convencidos de su necedad innata, sirva lo siguiente:

El rector le había permitido asistir a las clases particulares que impartía en su casa. Entre otras, el rector daba una clase de inglés. Reiser no tenía el libro que estaban leyendo, por eso no podía practicar en casa y tenía que leer en el libro de otro. Y a pesar de ello, en el espacio de pocas semanas comprendió, simplemente escuchando, casi todas las reglas. Y cuando una vez, por casualidad, el rector le pidió que leyera, él leyó mejor y con mucha más naturalidad que todos los otros que tenían el libro y que habían practicado en casa.

Así pues, una vez oyó cómo en el cuarto contiguo decían de él que ese Reiser no debía ser tan tonto pues había comprendido muy deprisa la difícil pronunciación inglesa. Pero al momento, para no dejar que allí se formara una opinión favorable sobre él, uno afirmó sin más que el padre de Reiser era de origen inglés y que él sólo necesitaba recordar la pronunciación inglesa aprendida en la infancia. Los demás estaban más que dispuestos a creer tal cosa: y de ese modo, para sus condiscípulos, Reiser volvió a caer tan bajo como antes.

Se ve por todo esto que la estima que un joven goza entre sus condiscípulos es algo extraordinariamente importante para su educación y formación, un hecho al que hasta hoy no se ha prestado mucha atención en los centros públicos de enseñanza.

Lo que en aquella época hubiese podido sacar a Reiser de su estado y hacer de él un joven formal y trabajador, habría sido un único y bien empleado esfuerzo de sus maestros para hacerle recobrar la estima de sus condiscípulos. Y lo hubiesen conseguido fácilmente si hubiesen examinado más a fondo sus aptitudes y le hubiesen dedicado un poco más de atención.

Así, aquel invierno transcurrió para él en la más honda tristeza; su pequeña economía doméstica estaba completamente arruinada; con su desastrosa indumentaria no se había atrevido a ir a recoger la pensión mensual del príncipe. Al librero le debía gran parte de sus ingresos, y con las pocas monedas que ganaba semanalmente y con lo que le daban en el coro tampoco había podido subvenir a las necesidades más urgentes de ropa y zapatos, pues todo el dinero que tenía acababa en manos del librero.

En tal situación viajó en las vacaciones de Semana Santa a casa de sus padres, donde se ciñó la espada con la que se había dado muerte en el *Filotas*, y todos los días volvió a representar aquel papel para sus hermanos. Tampoco dejó bajo ningún concepto que se notara allí el desamparo en que vivía y el desprecio que le profesaban sus compañeros; antes bien, trataba de rememorar por todos los medios lo agradable y honroso que podía contar sobre su persona: que el rector lo había llevado con él de viaje y le había dado clases particulares de inglés, que había participado en un desfile con antorchas y música, y también contaba cómo había sido ese desfile, etc.

También frente a sí mismo procuraba desterrar de sus ideas, en lo posible, todo lo desagradable y agobiante, pues quería que allí lo vieran por el lado honroso y favorable, por poco envidiable que fuese su situación.

En aquel agradable autoengaño pasó allí unos días muy placenteros. Sin embargo, si había sentido esta vez un gran alivio al dejar atrás las puertas de Hannover y perder gradualmente de vista las cuatro torres de la ciudad, igual de grande fue su congoja cuando se acercó de nuevo a esas puertas y vio ante él las cuatro torres, que le parecieron como los cuatro postes que delimitaban el escenario de sus múltiples sufrimientos.

Cuando vio, en especial, la torre del mercado, alta, angulosa y rematada por una pequeña aguja, fue horror lo que sintió: el colegio estaba junto a aquella torre y con ella aparecieron de pronto en su ánimo las burlas, las risas y los silbidos de sus condiscípulos. La esfera del reloj de aquella torre solía ser su punto de mira, siempre que iba al colegio, para ver si llegaba tarde. Aquella torre, de estilo gótico igual que la iglesia del mercado, había sido edificada en ladrillos rojos, que, por la antigüedad, ya parecían negros.

En esa misma zona era donde a los malhechores les era leída la sentencia de muerte: en resumen, aquella torre de la iglesia del mercado congregó en la imaginación de Reiser todo lo que contribuía a abatirle de golpe el ánimo y a llenarle de honda melancolía.

En efecto, Reiser no habría podido estar más contristado de lo que ya estaba, aunque hubiese adivinado lo que iba a acontecerle a partir de entonces en aquella ciudad donde habitaba. Si ya un año antes, cuando volvió de casa de sus padres a Hannover, su tristeza no carecía de

explicación, mucha más explicación tenía ahora, puesto que le esperaba una de las etapas más horribles de su vida.

Pero sin que se le atribuya una capacidad adivinatoria, su melancolía se explicaba de modo muy natural, si se tiene en cuenta que su imaginación recorría velozmente cada uno de los estrechos círculos de su existencia real, a los que volvía a trasladarse ahora: el colegio, el coro, la casa del rector… En esos círculos, cada uno de los cuales le constreñía más que el otro paralizando toda su iniciativa, tenía que moverse ahora otra vez. ¡Cómo le hubiese gustado en aquel instante cambiar toda la estancia en Hannover por el más oscuro calabozo, que indudablemente sería para él menos terrible y temeroso que todas esas angustiosas situaciones!

Cuando caminaba hundido en tan tristes pensamientos y ya se acercaba a la puerta de la ciudad, de pronto atravesó su mente, como un relámpago, una idea que lo iluminó todo y que le hizo ver las cosas de otro color más agradable: recordó haber oído decir, ya en casa de sus padres, que había llegado a Hannover una compañía teatral que actuaría allí todo el verano. Era la compañía de Ackermann, que reunía casi todas las glorias, hoy dispersas acá y allá, de todos los escenarios de Alemania.

Reiser se acercó a paso ligero a la ciudad, antes tan odiada y ahora de pronto otra vez la más querida de todas. Sin ir antes a casa (era todavía por la mañana, porque había pasado la noche en un pueblo del camino, desde donde sólo le quedaban unas millas hasta Hannover), se fue corriendo al palacio, donde sabía que estaba puesto el anuncio de las funciones con el reparto de papeles y leyó que aquella misma tarde representarían *Emilia Galotti*.

El corazón le daba saltos de alegría cuando leyó que esa obra, justamente esa obra con la que él ya había derramado lágrimas y tantas veces se había estremecido en lo más íntimo de su ser, esa obra que hasta entonces sólo había sido representada en su imaginación, iba a verla en un escenario, con todos los efectos ópticos.

No se habría quedado aquella velada sin ver la función, por mucho que hubiese costado, y he aquí que cuando llegó a casa, estaban encalando el aposento donde él dormía e instalando en él algo que lo hacía totalmente inhabitable. Ese panorama desconsolador de su alojamiento le sacó más aún

del mundo real que le rodeaba, y sólo anhelaba que llegase la hora en que empezaría el espectáculo.

Adondequiera que iba, no podía ocultar su alegría; cuando entró en la sala de estar de la señora Filter, sus primeras palabras fueron sobre el espectáculo, cosa que ella le seguiría reprochando mucho tiempo después; y lo mismo fue cuando llegó a casa de su primo, el peluquero, donde durmió varias noche en el suelo, mientras hacían de nuevo habitable el cuarto de la casa del rector.

El siguiente reparto puede dar una idea aproximada del efecto que *Emilia Galotti*, la primera obra teatral que vio Reiser en ese estado de ánimo, tuvo que causar en él.

Charlotte Ackermann —ya fallecida— hacía de Emilia, su hermana, de Orsina, y la Reinecken, de Claudia, Borchers de Odoardo, Brockmann tenía el papel del príncipe, Reineck el de Appiani y Dauer el de Conti. ¿Dónde habrá jamás una representación semejante de *Emilia Galotti*? ¡Con qué intensidad vivió Reiser aquella obra, puesto que en cierto modo hallaba convertido en realidad su mundo imaginario! A partir de entonces no tuvo otro pensamiento que el teatro y todas las esperanzas y perspectivas que tenía en la vida parecieron perdidas para siempre.

Todo el dinero que conseguía reunir de un modo u otro, aunque tuviera que quitárselo de la boca, lo gastaba en el teatro, al que no podía dejar de ir una sola noche. Por causa del teatro, muchas veces no tomaba en todo el día otra cosa que algo de pan y de sal, a no ser que la anciana madre del rector le enviase comida a su cuarto, lo cual hacía a veces por compasión. Y como era verano, tuvo también el placer y la alegría de estar otra vez solo en su habitación, lo cual tenía para él más valor que los más exquisitos manjares que le dieran de comer.

La perspectiva de la velada teatral le consolaba cuando se despertaba por la mañana a la espera de un triste día, que era como se despertaba siempre. Pues el desprecio y las burlas de sus condiscípulos y el sentimiento de la propia indignidad que todo ello hacía surgir en él y nunca le abandonaba, aún seguían existiendo y le amargaban la vida. Y todo lo que hacía para liberarse, en el fondo sólo adormecía el dolor interior pero no lo eliminaba; el dolor reaparecía día tras día, y mientras que su fantasía le

hacía ver durante algún tiempo imágenes ilusorias, en el fondo él maldecía de su existencia.

Las frecuentes lágrimas que derramaba a menudo leyendo el libro o viendo el espectáculo, se debían en realidad, tanto a su propio destino como al destino de los personajes con los que se compenetraba. Siempre se reconocía a sí mismo, de manera más o menos cercana, en el oprimido sin culpa, en quien estaba descontento consigo mismo y con el mundo, en el desconsolado, en quien se odiaba a sí mismo.

El agobiante calor del verano le hacía salir muchas veces de su cuarto y bajar a la cocina o al patio, donde se sentaba sobre una pila de leña y leía, teniendo que ocultar muchas veces el rostro cuando alguien entraba y él tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

Era otra vez el «joy of grief», el placer de las lágrimas que le había sido deparado, y en gran medida, desde la infancia, aunque se hubiese visto privado de todos los demás deleites de la vida.

Aquello llegó a tal extremo que incluso en las piezas cómicas, si tenían alguna escena emocionante, por ejemplo en *La caza*,[16] lloraba más que reía. Pero el efecto que tuvo que hacer a la sazón una obra así, puede deducirse otra vez del reparto de papeles: Charlotte Ackermann hacía de Rösschen, su hermana de Hannchen, la Reinecken de madre, Schröder de Töffel, Reineck de padre y Dauer de Christel.

Si alguna circunstancia exterior es adecuada para inculcar en alguien un gusto declarado por el teatro, esa circunstancia fue, aparte de la afición natural de Reiser y de su situación personal, el azar que en aquella época reunió en una compañía a actores tan excelentes.

Se puede imaginar muy bien cómo fueron las representaciones de *Romeo y Julieta*, de *La venganza* de Young, de la ópera *Clarisa*, de *Eugenia*, obras todas ellas[17] que dejaron honda huella en Reiser.

Aquello acaparaba hasta tal punto sus pensamientos que cada mañana devoraba, por así decir, el anuncio de la comedia leyendo cuidadosamente hasta el último detalle, o sea también lo siguiente: «La función dará comienzo a las cinco y media en punto, en el teatro del Palacio Real», y si casualmente veía por la calle a uno de aquellos maravillosos actores, sentía por él casi tanta reverencia como sintiera antaño en Braunschweig por el

pastor Paulmann. Todo lo que tenía que ver con el teatro le inspiraba respeto y hubiese dado cualquier cosa por tener trato aunque fuese con el encargado de limpiar las lámparas.

Dos años atrás ya había visto representar *Hércules en el Oeta, El Conde de Olsbach* y *Pamela*,[18] teniendo en ellas los papeles principales Ekhof, Böck, Günther, Hensel, Brandes, su mujer y Sophie Seiler, y ya desde aquella época le venían a la memoria las escenas más emotivas de esas obras, recordando casi una vez al día, alternativamente, a Günther en el papel de Hércules, a Böck en el de Olsbach y a la señora Brandes en el de Pamela. Y antes de que llegara la compañía de Ackermann, él ya había representado mentalmente, con esos mismos actores, la mayor parte de las obras teatrales que leía.

En su caso especial se dio, pues, la casualidad de que, reunidos los dos grupos, él había visto actuar a los mejores actores alemanes que ahora están dispersos por todo el país.

Todo ello hizo surgir en él un ideal del arte dramático que después no consiguió ver realizado en ningún sitio y que sin embargo no le dejó descansar ni de día ni de noche, haciéndole caminar incesantemente a la deriva y llevar una vida errante e inestable.

Como en tiempos había visto actuar a Böck y ahora a Brockman en los papeles en que más se llora, ellos eran sus actores favoritos, en ellos solía pensar más que en otros.

Sin embargo, en medio de todas aquellas radiantes escenas del mundo del teatro que volvían continuamente a su imaginación, las condiciones materiales de su existencia empeoraban de día en día. Cada vez le tenían menos respeto, cada vez era mayor su desaliño, su ropa exterior e interior estaba cada vez más deteriorada, hasta el punto que acabó teniendo miedo de que lo viera la gente. Ésa era la razón de que faltara a clase y al coro todo lo que podía y prefiriera pasar hambre a presentarse en las casas donde le seguían dando el almuerzo gratuito, a excepción de la del zapatero Schantz, en la que, aun en aquella situación precaria, siempre eran hospitalarios con él y le daban cariñosamente de comer.

Y como, finalmente, el rector no pudo soportar más el incorregible desaliño de Reiser y en especial el hecho de que siempre regresara tarde del

teatro, le pidió que se marchara de su casa.

Cuando el rector le anunció que debía marcharse para San Juan y que fuese buscando otro alojamiento, Reiser escuchó sus palabras completamente impasible y silencioso, y cuando se halló solo otra vez, no vertió una sola lágrima por lo que le estaba ocurriendo. Pues había llegado a desentenderse tanto de su persona y le quedaba ya tan poca estima y tan poco respeto y tan poca compasión de sí mismo que, si su respeto y compasión y todos los sentimientos de que su alma estaba llena no hubiesen recaído en personajes de un mundo ficticio, se hubiesen vuelto forzosamente contra él mismo destruyendo su propia personalidad.

Como el rector le había puesto en la calle, Reiser sacó la segura conclusión de que el pastor Marquard ya no volvería a interesarse por él, desapareciendo así de golpe todas sus perspectivas y todas sus esperanzas. Las semanas que todavía vivió en casa del rector las pasó del modo acostumbrado. Después se trasladó a casa de un cepillero, donde pasó los tres meses más horribles y pavorosos de toda su vida, llegando a estar muchas veces al borde de la desesperación.

Cuando se mudó a aquella casa, se sintió de pronto excluido de todas las relaciones que antaño había buscado angustiosamente, y excluido —de eso estaba convencido— por propia culpa. El príncipe, el pastor Marquard, el rector, todas las personas de que dependía su porvenir, ya no querían protegerle, y de ese modo todas sus esperanzas se habían venido por tierra.

Qué tiene de extrañar que, estando así las cosas, su mente imaginara una nueva ficción en la que desde entonces buscaba consuelo, que llevaba dentro día y noche, y que le salvó de la desesperación absoluta.

Entre otras piezas, había visto él por aquel entonces la opereta *Clarisa o la sirvienta desconocida* y, dada su situación, muy pocas obras habrían podido interesarle más que ésa.

La circunstancia principal que despertó en él tan gran interés fue que, en aquella pieza, un joven noble había decidido hacerse labrador y puesto en práctica su decisión. Reiser no tomó en consideración el motivo de esa decisión, o sea el hecho de que el joven amara a la desconocida sirvienta, etc., sino que lo que a él le atraía era que un joven culto decidiera hacerse

labrador y fuese entonces un labrador tan fino, tan educado y de buenos modales que destacaba entre todos los demás.

En el estado social al que ahora pertenecía Reiser, él, desgraciadamente, estaba abajo del todo y consideraba imposible volver a ascender dentro de él. Sin embargo, para un labrador, había recibido mucha más formación de la que se necesita en ese estado: como campesino, estaba por encima de su condición; como un joven que se dedica a estudiar y que quiere progresar en la vida, se encontraba muy por debajo de su condición. La idea de convertirse en labrador, fue la que predominó en él desde entonces y la que eliminó durante algún tiempo todas las demás.

Ocurrió que en aquella época asistía al colegio el hijo de un labrador, llamado M…, a quien él había dado a veces clases de latín. Reiser le comunicó su determinación de hacerse labrador, y el otro le explicó a su vez detalladamente las faenas concretas de un mozo de labranza, que le habrían hecho renunciar a sus hermosos sueños si su fantasía no hubiese intervenido enérgicamente presentándole sólo imágenes agradables.

Por otra parte, ya en la propia opereta *Clarisa* hay un pasaje en que un campesino quiere disuadir al joven noble de su propósito de comprarle una pequeña finca, y al final canta un aria muy expresiva cuando el noble está en las faenas del campo y viene de pronto una tormenta:

Caen los rayos
retumba el trueno
y el labriego vuelve abatido
abatido a casa.

Especialmente el «abatido» estaba tan bien expresado por la música que toda la ilusión de la fantasía habría podido quedar destruida sólo con esa palabra, que es, por así decir, el antídoto de todo sentimentalismo y exaltación, lo cual es compatible con lo que causa dolor, horror, agobio, furia, pero no con lo que causa desaliento.

Mas ese antídoto no sirvió en el caso de Reiser: durante días vagaba solo con sus pensamientos, reflexionando sobre cómo hacer para ser labrador, pero sin dar en la práctica un solo paso en esa dirección. Antes

bien, otra vez empezó a complacerse en aquellas agradables ilusiones. Cuando se imaginaba a sí mismo de labrador, pensaba que merecía algo mejor y su triste suerte le hacía sentir una especie de consoladora compasión de sí mismo.

Mientras que duró aquella quimera, sólo estaba melancólico y triste, pero no verdaderamente abatido por su situación. Incluso el hecho de carecer de las cosas más necesarias le producía una especie de placer, por llegar casi a creer que estaba pagando muy caro sus faltas, con lo que podía seguir sintiendo una dulce compasión de sí mismo.

Pero finalmente, después de haber pasado por primera vez tres días sin comer y haberse mantenido el día entero a base de té, le atacó furiosamente el hambre y el hermoso edificio de su fantasía se derrumbó estrepitosamente: daba de cabezadas contra la pared, estaba loco de furia y al borde de la desesperación, cuando su amigo Philipp Reiser, de quien no se había ocupado durante mucho tiempo, entró a verle y compartió con él su pobreza, que por supuesto no consistía sino en unas pocas monedas.

Pero aquello fue sólo un pequeño paliativo, pues Philipp Reiser no se hallaba entonces en mejores circunstancias que Anton Reiser.

Éste cayó ahora realmente en un estado horrible, que no cesaba, muy próximo a la desesperación. En la medida en que su cuerpo iba recibiendo menos alimento, iba decayendo gradualmente aquella actividad imaginativa que solía animarle y su autocompasión se transformó en amargura y en odio a sí mismo. Antes que dar un solo paso para mejorar su estado y dirigirse a quienquiera que fuese pidiendo la cosa más insignificante, prefería sufrir voluntariamente, con una testarudez sin precedentes, aquella miseria atroz.

Pues durante varias semanas comió verdaderamente una sola vez por semana, cuando iba a casa del zapatero, y los demás días ayunaba y se mantenía a base de té o agua caliente, lo único que seguía recibiendo gratis. Con una especie de horrible deleite veía el deterioro progresivo de su cuerpo con la misma indiferencia con que veía el de su indumentaria.

Cuando iba por la calle y la gente le señalaba con el dedo y sus condiscípulos le zaherían y cuchicheaban detrás de él y los chicuelos de la calle hacían comentarios, Reiser apretaba los dientes y se unía a las risas burlonas que oía a sus espaldas.

Pero cuando iba de nuevo a casa del zapatero Schantz, volvía a olvidarse de todo. Allí encontraba seres humanos, allí se le ablandaba el corazón unos momentos. Al saciarse el cuerpo, el intelecto y la imaginación cobraban nuevas fuerzas, y otra vez entablaba una conversación filosófica con el zapatero que en ocasiones duraba horas y hacía que Reiser volviera a respirar y recobrara aliento. Entonces, con el acaloramiento de la discusión, hablaba a menudo tan alegre y despreocupadamente de un tema como si nada en el mundo le produjese agobio. Ni con la menor alusión dejaba traslucir su estado.

Ni siquiera se quejaba delante de su primo, el peluquero, cuando iba a su casa, y se marchaba en cuanto veía que iban a comer. Pero sí que empleó un truco con el que logró salvarse de la muerte por inanición: le pidió a su primo, para un perro que fingió tener en casa, la costra dura de la masa en la que recocían los cabellos destinados a las pelucas, y esa costra, junto con la comida gratis en casa del zapatero y con el agua caliente que bebía, era lo que le hacía mantenerse en pie.

Cuando su cuerpo había recibido un poco de alimento, volvía a cobrar a veces algo de ánimo. Seguía teniendo una vieja edición de Virgilio, que el librero no había querido comprarle; allí empezó a leer las *Églogas*. En una publicación semanal, las *Abendstunden* (Horas vespertinas) que le había prestado Philipp Reiser, empezó a aprender de memoria una poesía, *El ateo*, que le gustó muchísimo, y algunos ensayos en prosa. Pero con la falta de alimento, que pronto volvía a hacerse sentir, se extinguía otra vez ese rescoldo de energía, y la actividad de su espíritu estaba como paralizada. Para evitar llegar a un estado de mortal extinción de toda actividad, tuvo que refugiarse de nuevo en juegos infantiles, en la medida en que éstos tenían por objeto destruir algo.

Reunía, por ejemplo, una gran cantidad de huesos de ciruelas y de cerezas, se sentaba con ellos en el suelo y los ponía unos frente a otros en orden de batalla. Los mejores de todos los marcaba a tinta con letras y figuras, para distinguirlos de los demás y los convertía en jefes del ejército. Tomaba luego un martillo y, con los ojos cerrados, representaba al hado ciego, dejando caer el martillo, ora acá, ora allá. Cuando abría los ojos, veía con secreta satisfacción el horrible estrago, cómo había caído aquí un héroe,

allá otro, en medio del poco honroso montón, y yacía destrozado. Luego comparaba la suerte que habían corrido ambos ejércitos y contaba los supervivientes.

De ese modo andaba ocupado muchas veces la mitad del día, y su infantil e impotente venganza contra el destino que le destruía a él, creaba así un mundo que él, a su vez, podía destruir a voluntad. Por infantil y ridículo que ese juego le hubiese podido parecer a cualquiera que lo viese, era en el fondo el terrible resultado de la mayor desesperación que quizá haya causado en ningún mortal un simple encadenamiento de circunstancias.

Pero también se ve con esto qué cerca estaba entonces de la demencia. Y por otra parte volvió a encontrarse en un estado de ánimo más soportable en cuanto pudo interesarse otra vez por sus huesos de cerezas y de ciruelas. Pero antes de poder hacer eso, se sentaba y pintarrajeaba un papel o hacía garabatos con el cuchillo en la mesa. Ésos fueron los momentos más horribles. Su existencia le pesaba como una carga insoportable, no causándole dolor ni tristeza sino hastío, y a menudo le sobrevenía un horrible escalofrío e intentaba liberarse de ella.

Su amistad con Philipp Reiser no le servía entonces porque éste tampoco se hallaba en mejor situación. Y semejante a la situación de dos caminantes que marchan juntos por un árido desierto y corren peligro de morir de sed, y mientras avanzan con rapidez son incapaces de hablar mucho y de darse consuelo mutuo, así era entonces la situación de Anton Reiser y Philipp Reiser.

Pero fue justamente G…, el que hiciera antaño el papel de Sócrates moribundo —apodo que seguía llevando Reiser— quien decidió irse a vivir con él, pues por aquella época se hallaba en la misma situación que Reiser, mas con la diferencia de que él había terminado así por auténtica mala vida. En él encontró, pues, Reiser un digno compañero de habitación.

Al cabo de no mucho tiempo, el estudiante hijo de campesinos, llamado M…, que vivía asimismo en parejas circunstancias, se fue a vivir con ellos dos. Así vinieron a compartir el mismo cuarto tres de las personas más pobres que tal vez hayan estado encerradas jamás entre cuatro paredes.

Había muchos días en que los tres se mantenían a base de agua hervida y un poco de pan. Pero G… y M… seguían teniendo algunas casas donde les daban de comer.

G… era en el fondo un joven inteligente que hablaba muy bien y al que Reiser siempre había tenido en mucha estima. Una vez tuvieron ambos un ataque de aplicación y empezaron a leer juntos églogas de Virgilio, sintiendo verdadero placer cuando, con mucho esfuerzo, lograron entender ellos solos una égloga y cada uno escribió su propia traducción. Pero, dadas las circunstancias, aquello, lógicamente, no pudo durar mucho tiempo. En cuanto volvieron a tomar clara conciencia de su situación, desaparecieron los bríos y las ganas de estudiar.

Por lo que respecta a la indumentaria, la de G… y M… era tan mala como la de Reiser. Por eso, cuando salían a la calle, formaban un conjunto que parecía la verdadera estampa de la negligencia y el desaliño, hasta el punto de que les señalaban con el dedo, cuando iban de paseo, por lo que siempre procuraban salir de la ciudad dando rodeos por callejuelas estrechas.

Aquellas tres personas llevaban una vida completamente acorde con su estado; muchas veces se quedaban el día entero en la cama; muchas veces estaban sentados los tres juntos, con la cabeza apoyada en la mano, y meditaban sobre su suerte; muchas veces se separaban y cada uno de ellos hacía lo que le venía en gana. Reiser se echaba al suelo y pasaba revista a sus huesos de cereza. M… iba a buscar su gran hogaza de pan, que tenía cuidadosamente guardada bajo llave en un baúl. Y G… se tumbaba en la cama y hacía proyectos que no eran los más recomendables, como se vería más tarde. Reiser, que no tenía en aquella época más que dos libros, los leyó varias veces de un cabo a otro, sentado en el suelo entre sus huesos de cereza. Eran las *Obras del filósofo de Sanssouci*[19] y las *Obras de Pope* en la traducción de Dusch, prestadas ambas por el zapatero Schantz.

Un día, los tres jóvenes daban un paseo por un hermoso paraje de Hannover, a orillas del río, en el que había una pequeña isla repleta de cerezos. Para nuestros tres aventureros, aquellos cerezos, cargados todos de magníficas cerezas, tenían un aspecto tan seductor que no pudieron reprimir

el deseo de trasladarse a la isla para saciarse a voluntad de tan hermosos frutos.

Dio la casualidad de que venía flotando río abajo una gran cantidad de balsas, que en parte se quedaban atrancadas en el estrechamiento que había entre la isla y la orilla, formando una especie de puente con la isla.

Capitaneados por G…, que parecía tener experiencia en la ejecución de tales proyectos, acometieron una arriesgada empresa que casi les hubiese costado la vida a los tres. Y fue que, en el lugar donde se habían quedado detenidas las maderas, empezaron a sacar del agua un tronco tras otro y los llevaron todos a un sitio donde, por ser más angosto el lecho del río, pensaban poder pasar a la isla. Y entonces fueron construyendo delante de ellos el puente por el que querían caminar, echando al agua una madera tras otra, para poder poner el pie encima. Lógicamente, aquel puente empezó a hundirse debajo de ellos y antes de haber hecho ni la mitad del peligroso recorrido estaban casi hundidos en el agua. Finalmente, aunque con peligro de sus vidas, llegaron a la isla.

Y entonces les acometió a los tres tal avidez y tal ansia depredadora que cada uno de ellos se lanzó sobre un cerezo y lo saqueó con una especie de furia.

Era como si hubiesen tomado por asalto una fortaleza; querían una indemnización y una recompensa por el peligro en que se habían metido por propia culpa y que ya habían superado.

Una vez saciada el hambre, llenaron de cerezas todas las bolsas, todos los pañuelos de bolsillo y del cuello, los sombreros, y todo lo que podía ofrecer la más pequeña cabida, y al atardecer emprendieron el camino de regreso por el peligroso puente, una parte del cual ya se había marchado río abajo, y a pesar del botín que llevaban encima los aventureros, más por casualidad que por pericia o prudencia, llegaron sin novedad. La actitud de Reiser frente a tales expediciones no era de rechazo, a él aquello no le parecía robo sino sólo incursión en territorio enemigo, y, dado el arrojo que suponía, era sin duda una cosa honorable.

Y quién sabe cuántas audaces empresas de ese género no hubiese acometido Reiser bajo el caudillaje de G…, si hubiese seguido viviendo con él.

Pero aquel G… tenía en el fondo más de taimado que de valiente: pues fue lo suficientemente innoble como para robarles a sus dos amigos y compañeros de habitación, Reiser y M…, unos libros y otras cosas que todavía les quedaban, y venderlo todo secretamente, como se vio después.

En suma: aquel G…, con quien Reiser vivía en tan estrecha vecindad, era en el fondo un pícaro y un bribón que, cuando pasaba el día tendido en la cama meditando, no pensaba sino en cometer bellaquerías, y que, sin embargo, sabía hablar de virtud y de moral como un libro, por lo que al principio le inspiró a Reiser enorme respeto.

Porque, en cuanto a la virtud, Reiser se había formado en aquella época un extraño ideal que tenía cautiva su imaginación hasta tal punto que muchas veces ya el mismo nombre de virtud le conmovía hasta las lágrimas.

Pero bajo ese nombre sólo se representaba algo muy general y ese algo tan general se lo imaginaba tan difuso y tan poco aplicable a casos concretos que jamás hubiese logrado poner en práctica la más sincera resolución de ser virtuoso, porque nunca se ponía a pensar por dónde había que empezar a serlo.

En una ocasión, llegó a casa en un hermoso atardecer, de vuelta de un paseo solitario, y con la visión de la naturaleza su corazón se había suavizado, de tal modo que derramó muchas lágrimas y determinó que desde aquel momento sería eternamente fiel a la virtud. Y cuando hubo tomado aquella firme resolución, sintió un placer tan celestial por su determinación que casi le pareció imposible que algún día se desviara de aquella venturosa resolución. Con esos pensamientos se quedó dormido, y cuando se despertó al día siguiente, su corazón estaba de nuevo completamente vacío, el día se presentaba monótono y gris. Su existencia exterior estaba destruida irremediablemente; un invencible hastío de la vida sustituyó a los sentimientos con que se había dormido la noche anterior. Trató de salvarse de sí mismo y empezó a ir por la senda de la virtud tirándose al suelo y causando un estrago entre los huesos de cerezas colocados en orden de batalla.

Si hubiese dejado de hacer tal cosa y leído en su lugar una égloga de Virgilio en el viejo volumen que aún poseía, habría empezado a iniciarse

realmente en el ejercicio de la virtud, pero, al tomar su heroica resolución, no había pensado en una cosa aparentemente tan banal.

Si se quisiera examinar el concepto de virtud de la gente, la mayoría tendría quizás unas ideas igual de oscuras y confusas, y se ve por ello cuán poco aprovecha predicar sobre la virtud de un modo general y sin aplicarla a casos muy concretos y a menudo aparentemente baladíes.

Reiser se asombraba ya entonces muchas veces de que su súbito ataque de entusiasmo por la virtud se hubiese desvanecido tan pronto sin dejar rastro alguno. Mas no tenía en cuenta que la propia estima, que en aquel entonces no podía tener para él más fundamento que la estima en que le tenían los otros, es la base de la virtud, y que sin ésta muy pronto tendría que derrumbarse el más hermoso edificio de la imaginación.

Siempre que tenía la posibilidad de reunir unas monedas, mientras estuvo en aquella situación, las gastaba en el teatro. Pero cuando la compañía de teatro se marchó, mediado el verano, la meta de sus paseos y casi su vivienda habitual, fue un prado que había más allá de la Puerta Nueva. Allí ponía sus reales en un lugar soleado, muchas veces durante todo el día, y daba paseos a lo largo del río y se llenaba de contento cuando, en las horas cálidas del mediodía, no veía un alma en todo lo que abarcaba la vista.

Mientras pasaba allí días enteros hundido en sus melancólicos pensamientos, su espíritu se nutría insensiblemente de imágenes sublimes que sólo un año después empezarían a desarrollarse poco a poco.

Pero su hastío de la vida alcanzó entonces el punto álgido: muchas veces, durante aquellos paseos por la orilla del Leine, se inclinaba sobre la impetuosa corriente, pero el admirable anhelo de respirar luchaba con la desesperación y hacía retroceder de nuevo, con enorme ímpetu, el cuerpo doblado hacia delante.

OceanofPDF.com

Parte tercera

OceanofPDF.com

Prefacio

(1786)

Al final de esta parte comienzan los viajes de Anton Reiser y con ellos la novela propiamente dicha de su vida. Lo que contiene esta parte es una fiel relación de las escenas de sus años de juventud, que quizás puedan servir de lección y de advertencia a quienes todavía no han salido de esa inestimable edad. Tal vez contenga este relato alguna sugerencia, no inútil del todo, para maestros y educadores, que les haga tratar con más moderación a determinados discípulos y ser más justos y equitativos en su modo de enjuiciarlos.

OceanofPDF.com

Así pasó Reiser doce horribles semanas de su vida, hasta que finalmente el pastor Marquard le hizo saber por conducto de terceros que volvería a tomarle bajo su protección en cuanto accediera a disculparse formalmente y a arrepentirse de su comportamiento.

Eso ablandó por fin su corazón. Además, estaba cansado de su terquedad y de la inacabable miseria que resultaba de ella. Se sentó y escribió una larga carta al pastor Marquard, en la que, enojado consigo mismo, se humillaba y se describía como la persona más indigna sobre la que jamás haya brillado el sol, y no se auguraba mejor porvenir que el de morir un día, sin techo ni cobijo, en la miseria y la pobreza.

En resumen, la carta estaba concebida en los términos de autodesprecio y autorrebajamiento más exaltados que pueda imaginarse, y sin embargo no había en ella hipocresía ninguna.

En aquella época, Reiser se consideraba verdaderamente un monstruo de maldad y de ingratitud y redactó aquella carta al pastor Marquard con una furia contra sí mismo como apenas pueda concebirse en nadie; no pensaba en disculparse sino en acusarse más y más.

Él veía, indudablemente, que la furia de leer novelas y de asistir al teatro era la causa inmediata de aquella situación. Pero su intelecto aún no tenía por aquella época la capacidad necesaria para retroceder hasta las causas de esa necesidad absoluta de leer novelas y comedias, o sea, las humillaciones y el desprecio sufridos, que ya desde la infancia le habían obligado a trocar el mundo real por otro mundo ideal, y por eso los reproches que él se hacía eran tal vez más injustos que los que le hubiera hecho otra persona. Había momentos en que no sólo se despreciaba sino que se odiaba y se aborrecía a sí mismo.

Así pues, la confesión que hizo al pastor Marquard en la carta que le dirigió fue horrible y única en su género, hasta tal punto que el pastor Marquard se llenó de asombro al leerla, pues posiblemente nadie se había confesado antes así con él.

Una vez entregada la carta, Reiser sólo esperaba el momento de ser recibido por el pastor Marquard. Y le fue indicado un día que él veía acercarse con extraños y contradictorios sentimientos de temor y esperanza y de resignada desesperación.

Durante la espera, Reiser había preparado una escena muy teatral que, sin embargo, fue un completo fracaso. Lo que él quería era echarse a los pies del pastor Marquard y pedirle que descargara su cólera sobre él. Ya había esbozado mentalmente todo el discurso que le iba a dirigir, y pensaba constantemente en ello dondequiera que se hallaba, hasta el mismo día en que iba a ser recibido por el pastor Marquard.

Pero durante ese tiempo ocurrió un hecho sumamente penoso para él. Su padre se había enterado de la situación en que estaba, y había viajado a Hannover para interceder en favor suyo, cosa muy desagradable para Reiser que creía no necesitar intercesión de nadie, antes bien se consideraba a sí mismo con capacidad suficiente para ablandar el corazón del pastor Marquard con el emotivo discurso que ya había aprendido de memoria.

Por fin vio amanecer el importante día en que hablaría con el pastor Marquard. Su imaginación estaba repleta de sublimes escenas: cómo se arrojaría, lleno de arrepentimiento y desesperación, a los pies del pastor y cómo éste le levantaría conmovido y le perdonaría.

Y cuando llegó por fin a la casa del pastor Marquard y se aproximaba, tembloroso y anhelante, a la escena tan minuciosamente preparada, y mientras esperaba fuera a que le llamaran, salió por fin un sirviente y le dijo que entrase, que su padre ya estaba con el pastor Marquard.

Aquella noticia fue como el estallido de un trueno. Durante un rato, Reiser permaneció inmóvil, estupefacto; su plan se había venido repentinamente por tierra. Él quería hablar con el pastor Marquard sin testigos, pues solamente sin testigos se sentía capaz de representar toda la escena, de hincarse de rodillas ante él y pronunciar su emotivo y patético

discurso. Arrodillarse ante el pastor Marquard en presencia de un tercero y muy especialmente en presencia de su padre le resultaba imposible.

Envió adentro otra vez al criado con el recado de que tenía que hablar sin falta a solas con el pastor Marquard. Tal conversación le fue denegada y en lugar de representar la grandiosa y conmovedora escena que tenía pensada, se vio obligado a entrar en la sala como un malhechor, sin poder decir una sola palabra del discurso preparado hacía tanto tiempo, y humillado y rebajado por la presencia de su padre.

Tuvo entonces una sensación que no había conocido en toda su vida: ver a su padre de pie junto a él, en actitud de súplica ante el pastor Marquard, le resultaba insoportable. Habría dado cualquier cosa por que su padre estuviese en aquel momento a cien millas de él. Se sentía doblemente humillado y avergonzado en la persona de su padre, y a ello se añadía la frustración por no haber podido caer de rodillas y haberse malogrado toda la escena. ¡Todo era ahora tan frío, tan vulgar, tan banal! El papel de Reiser era ahora tan poco brillante como el de un vulgar delincuente, a quien se le hacen los merecidos reproches por su comportamiento; y él quería presentarse a sí mismo como un gran malhechor y pedir que se le castigara con la mayor severidad por su delito.

Sin embargo, tal vez no hubo otro hecho fortuito en su vida que redundara más en provecho suyo que éste. Si en aquella ocasión hubiese conseguido llevar a cabo la escena preparada, quién sabe lo que hubiese llegado a hacer después y qué papeles hubiese representado. Quizás fue ése el instante crucial en que se decidía su porvenir: si se convertiría en un pícaro y un hipócrita o si continuaría siendo una persona sincera y honrada.

En el fondo, lo de caer de rodillas no habría sido una escena abiertamente hipócrita y falsa, pero sí muy afectada, y ¡qué fácil es el paso de la afectación a la hipocresía y el fingimiento!

Fue sin duda un verdadero beneficio el que le hizo a Reiser el pastor Marquard cuando no prestó la menor atención a las exaltadas expresiones de su carta y, en lugar de conmoverse por ellas, las tachó de ridículas y las consideró producto inmaduro de una fantasía excitada por lecturas de novelas y dramas, añadiendo que si Reiser fuese en realidad un ser tan malvado como se había descrito a sí mismo en la carta, él nunca volvería a

prestarle la menor atención sino que le aborrecería como al monstruo que era.

Y en lugar de ponerse a declarar que le perdonaría su conducta pasada si en adelante se comportaba de otra manera y cosas por el estilo, el pastor Marquard, de una manera muy poco sentimental, empezó a hablar inmediatamente de las medias y los zapatos destrozados de Reiser y de las deudas que había contraído y del modo de saldarlas y de recomponer sus prendas de vestir hechas jirones. Ni siquiera dejó que Reiser hiciera solemnes promesas de enmienda ni que empezara con sentimentalismos. Aunque volvió a tomarle bajo su protección, la manera que tuvo de comportarse con él fue dura y severa, pero justamente esa dureza y severidad fue lo que sacó a Reiser de su apatía y lo trasladó de aquel ideal novelesco y teatral al mundo real, sobre todo porque la novela que Reiser pensaba representar con el pastor Marquard se había ido a pique y él tenía que salir ahora de su horrible situación, no con fantasías absurdas —convertirse en labrador y cosas semejantes— sino de un modo real.

Con aquel cambio de fortuna volvieron a surgir en su alma un sinnúmero de buenos propósitos y resoluciones. Le seguía pesando no haber podido hincarse de rodillas y representar la escena tan bien preparada, pero acabó reconciliándose con el destino y así comenzó una nueva época de su vida. Dejó la casa del cepillero y se fue de inquilino a casa de un sastre, donde tenía que vivir en la habitación de estar común y dormir en el desván. La señora Filter y el músico de la corte, que vivían en la misma casa, se hicieron cargo de él otra vez y le dieron de comer una vez por semana. La señora Filter le pidió que enseñara a escribir y diera clases de catecismo a la niña que vivía con ella. Reiser volvía a asistir regularmente a clase, otra vez se concebían esperanzas en relación con su persona, y hasta el príncipe le concedió una audiencia y habló con él en presencia del pastor Marquard, quien recibió del príncipe el dinero con que éste ayudaba a Reiser y pagó sus deudas.

De ese modo se enderezaron otra vez las cosas y Reiser empezó a aplicarse de nuevo, aunque su situación exterior tampoco favorecía demasiado el estudiar, pues en la habitación del sastre sólo disponía de un pequeño rincón donde estaba el clavicordio que le servía al mismo tiempo

de mesa y bajo el cual, en una pequeña repisa, había colocado toda su biblioteca. Cuando leía y trabajaba no podía pedir que todos los que le rodeaban guardaran silencio; y mientras duró el invierno, no tuvo otro remedio que permanecer en la habitación del dueño. En el verano se trasladó con el clavicordio y los libros al desván donde dormía y donde estaba solo y nadie le molestaba.

Cuando apenas hacía unas semanas que había dejado el alojamiento anterior y a sus antiguos compañeros de cuarto, G… y M…, ocurrió un hecho horrible que le hizo percibir con la mayor intensidad las dimensiones y la proximidad del peligro corrido. Y fue que G…, cuando cantaba un día en el coro, fue detenido en plena calle y llevado al punto a uno de los más lóbregos calabozos en la Puerta de …, destinado sólo a los más peligrosos malhechores.

Reiser se llenó de espanto y temblor cuando vio cómo se lo llevaban, y, lo más curioso de todo: la idea de que pudiesen considerarle a él cómplice de aquel delito —que aún no conocía— de su antiguo compañero de habitación, hizo que aparecieran en él justamente los mismos síntomas de vergüenza y confusión que tiene el verdadero cómplice, de tal manera que su miedo fue casi tan grande como si hubiese cometido realmente un delito. Eso era consecuencia natural de la represión que había sufrido desde la infancia su sentimiento de la propia dignidad, que no era entonces lo bastante fuerte como para prescindir de las opiniones que otros tenían de él; si todos le hubieran tenido por un delincuente notorio, él también habría acabado por creérselo.

Finalmente salió a la luz que G…, su antiguo compañero de habitación, había cometido un robo sacrílego en una iglesia: durante la noche había despojado los paños de altar de sus galones dorados e incluso saltado las cerraduras de las sillas para apoderarse de los devocionarios con broches de plata que allí se guardaban.

Tales eran los proyectos sobre los que había estado cavilando y meditando días enteros tumbado en la cama.

Pero el robo lo había cometido después de que Reiser se marchara de su lado, aunque ya antes se había hecho culpable de diversos hurtos.

Su delito estaba penado con la horca, y a Reiser le asaltaba el temor de que a él le sucediera algo parecido siempre que pensaba qué cerca había estado de aquel hombre y qué fácilmente le habría podido inducir poco a poco a embarcarse en empresas cada vez más atrevidas, después del heroico comienzo que había sido la expedición a la isla de las cerezas. En el saqueo nocturno de la iglesia, Reiser habría visto más heroísmo que infamia, y puede que no hubiera sido más difícil para G… convencerle de que participara en tal empresa que llevarle a la expedición de la isla de las cerezas.

Quién sabe si tales reflexiones o esa difusa convicción no contribuía también a que Reiser se turbara cada vez que hablaban de G…: entre él y el delito que habrían podido inducirle a cometer, le parecía haber una distancia tan pequeña que se encontraba como quien siente vértigo ante un precipicio del que todavía está lo bastante alejado como para no caer en él, pero por otra parte, llevado de ese mismo temor, se siente atraído irresistiblemente hacia él y ya cree estar cayendo en el vacío.

Como Reiser era consciente de lo fácil que habría sido para él participar en el delito de G…, casi tenía la sensación de haber participado realmente en él, lo que explica muy bien su miedo y su turbación.

Por otra parte, G… no llegó a morir en la horca, sino que después de haber estado unos meses en prisión le fue conmutada la sentencia, siendo llevado más allá de la frontera y expulsado del país. Desde entonces, Reiser perdió todo rastro de él. Tal fue el final del auténtico Sócrates moribundo, apodo que Reiser llevó tanto tiempo, sin haber tenido él ese papel de Sócrates moribundo sino sólo el de un amigo sin importancia que no hacía mucho más que estar en un rincón y llorar, mientras que el Sócrates moribundo se bebía la copa de veneno ante la emoción de todos los espectadores, apareciendo como una figura luminosa hasta en el lecho de muerte.

Para entonces, hacía más de un año que Reiser había empezado a llevar un diario en el que escribía todo lo que le iba aconteciendo. Ese diario resultaba ser bastante curioso, porque Reiser no dejaba de anotar en él ninguna circunstancia de su vida ni ninguno de los sucesos del día por irrelevante que fuese. Como sólo escribía lo que ocurría realmente y no las

fantasías que se le iban ocurriendo a lo largo del día, el relato de los sucesos cotidianos tenía que ser tan escueto y banal y tan desprovisto de interés como los sucesos mismos. En el fondo, Reiser siempre vivía una vida doble, una exterior y otra interior, muy diferente una de otra, y su diario contaba precisamente la parte exterior, que no valía la pena de ser escrita. En aquel entonces, Reiser aún no sabía observar la influencia de los sucesos exteriores y reales sobre su estado anímico. La atención que uno se dedica a sí mismo aún no había tomado en él la orientación adecuada.

No obstante, su diario mejoró con el tiempo, cuando empezó a consignar no sólo lo que le iba ocurriendo sino lo que se proponía y las decisiones que tomaba, para ver al cabo de algún tiempo lo que había realizado de todo ello. Ya entonces promulgaba sus propias leyes, que transcribía en el diario para cumplirlas. También se hacía a veces solemnes promesas a sí mismo, como levantarse temprano, emplear bien y según un orden preciso las horas del día y cosas parecidas.

Pero era extraño: justamente las resoluciones más solemnes que tomaba, eran, por lo general, las que cumplía más tarde y con menos entusiasmo. Cuando llegaba el momento de ponerlas en práctica con detalle, se había apagado el fuego de la fantasía con que había imaginado la cosa en su totalidad y acompañada de todas sus agradables consecuencias. En cambio, cuando se proponía las cosas escuetamente, sin fastos ni solemnidades, muchas veces las cumplía mejor y más rápidamente.

Su capacidad de hacer buenos propósitos era inagotable. Pero eso le llevaba a estar perpetuamente descontento de sí mismo, porque eran demasiadas buenas intenciones como para que estuviese alguna vez satisfecho de los resultados.

Cuando en una ocasión estuvo durante tres días seguidos satisfecho de sí mismo, lo anotó en su diario como algo rarísimo en su vida, y así era efectivamente para él. Pues, casi desde que sabía pensar, aquellos tres días fueron únicos en su género. Pero precisamente esos tres días se dieron una serie de felices coincidencias, buen tiempo, temperamento equilibrado, rostros risueños en las personas con que estuvo, y quién sabe cuántas cosas más, todo lo cual facilitó sensiblemente la realización de sus buenos propósitos.

Por lo demás, recurría a toda clase de métodos para comportarse piadosa y virtuosamente. En especial, procuraba tener cada mañana pensamientos nobles y buenos recitando la *Plegaria universal* de Pope,[1] que él había escrito en inglés y aprendido de memoria, y en efecto, cada vez que la decía, se emocionaba y renovaba sus buenas intenciones y resoluciones. Aparte de eso, había copiado de un libro una serie de reglas de conducta, que leía a determinadas horas del día; y también cantaba con mucho celo, a una hora precisa del día, diversas corales cuyo contenido movía extraordinariamente a la virtud y a la piedad.

Si sus circunstancias exteriores hubieran sido un poco más favorables y estimulantes, Reiser, con unos propósitos e intenciones que en un joven de su edad (tenía entonces poco más de dieciséis años) son muy poco frecuentes, hubiera llegado a ser un dechado de virtud.

Pero eso era lo que le hacía perder los ánimos una y otra vez: la reputación que tenía, que él no podía cambiar por la fuerza y que no acababa de dar un giro a su favor, por mucho que él procurase mejorar. Por lo visto, era tan grande su deterioro y había frustrado hasta tal punto las esperanzas de todos que no lograba recobrar la estima y el afecto que le profesaban antes.

En especial había recaído sobre él una sospecha muy inmerecida, la sospecha de que llevaba una vida licenciosa, por el hecho de haber vivido con una persona tan licenciosa como G… Reiser estaba tan lejos de eso que tres años después, habiendo caído casualmente en sus manos un libro de anatomía, se le abrieron los ojos en cuanto a ciertas cosas de las que en aquel entonces aún tenía una idea muy oscura y confusa.

Pero sus lecturas en la librería de lance y el hecho de ir al teatro era lo que les parecía peor y lo que seguían considerando como un delito imperdonable.

Vino a ocurrir en aquella época que llegó a Hannover una compañía de acróbatas y como la entrada costaba muy poco, Reiser fue allí una sola tarde para ver aquellos peligrosísimos saltos. Le descubrieron, y como también se trataba de una especie de teatro, empezaron a decir que había vuelto a sus antiguos hábitos y que ninguna tarde dejaba de ir a la función

de los acróbatas. Que allí era donde iban a parar sus dineros, y que ya se veía por ello que nunca llegaría a nada en la vida.

Su voz era demasiado débil para elevarse contra quienes declaraban que le habían visto todas las tardes en el espectáculo de los acróbatas. En resumen: la única tarde que estuvo allí le hizo retroceder en la opinión de los demás en mayor medida que le había hecho avanzar toda su aplicación y todo su buen comportamiento anterior.

A ello se añadieron algunas cosas que le desanimaron mucho. Se aproximaba otra vez el Año Nuevo y le complacía pensar que, pese a todo, volvería a disfrutar de los privilegios de su estado desfilando con antorchas y música, marcando el paso con los demás y no siendo ya, como la última vez, uno de los últimos de la formación.

Para poder pagar la antorcha y su contribución a la música y a los otros gastos, contaba con el dinero del coro, que había ganado cantando con penas y fatigas, en medio de la lluvia y el frío, y cuando fue al director para que se lo diera, el subdirector había decidido apropiarse de él por las clases particulares que le había dado a Reiser en el curso anterior y que éste no le había pagado. Reiser fue al subdirector y le suplicó que le entregara siquiera la mitad del dinero del coro. Pero el subdirector fue inexorable. Y cuando Reiser fue otra vez al director, éste le hizo los más duros reproches, por haber asistido otra vez a un espectáculo —el de los acróbatas— y por haberse comprado incluso pan y miel en el mercado, delante del colegio, comiéndoselo después en plena calle. Un hecho que Reiser consideraba muy inocente y nada ignominioso, pero que ahora se le echaba en cara como algo infamante, llamándole el director malvado y miserable, persona sin honor ni vergüenza con la que él ya no quería tener ninguna relación.

No es fácil que Reiser haya estado en toda su vida más triste y desalentado que cuando dejó al director y volvió a su casa. No prestó atención al viento, a la nevisca, sino que, durante cosa de hora y media, erró de un lado a otro por la ciudad y por la muralla y se abandonó a su aflicción y a sus lamentos.

Porque, de pronto, todo le había salido mal. Sus esfuerzos por congraciarse otra vez con el director mediante su comportamiento. Su esperanza de que le dieran una buena suma de dinero por cantar en el coro,

siendo como era habitual que por Año Nuevo les pagaran más que nunca. Y su ardiente deseo de participar al día siguiente en el desfile, con antorchas y música, y de marchar en formación ante el público.

Pero lo que más le dolía era, en el fondo, lo último. Lo cual era muy natural, pues mediante su participación en el desfile se sentía otra vez, por así decir, en posesión de todos esos privilegios de su condición que tan escasamente había disfrutado. El que le excluyeran de ese desfile se le antojaba una de las mayores desgracias que podían ocurrirle. Ésa era también la razón por la que había pedido tan encarecidamente al subdirector que le dejara la mitad del dinero del coro, cosa a la que él normalmente nunca se hubiera rebajado.

Todos sus esfuerzos y afanes por conseguir dinero no sirvieron de nada. No pudo comprarse una antorcha y la noche del día siguiente, mientras que todos sus compañeros desfilaban con gran pompa por la calle, ante una masa de espectadores, él estaba en casa lleno de tristeza, sentado ante su clavicordio. Trataba de consolarse lo mejor que podía. Pero cuando oyó a lo lejos la música, le hizo un efecto extraño. Se imaginaba vivamente el brillo de las antorchas, la muchedumbre, el tumulto, y a sus compañeros como protagonistas de aquel brillante espectáculo, mientras que él quedaba excluido, solo y abandonado de todos. Eso le puso en un estado de melancolía muy semejante al de antaño, cuando sus padres le dejaron solo arriba en el cuarto mientras ellos estaban invitados abajo, en la casa de los dueños, de donde subían hasta él las alegres carcajadas y el ruido de las copas, y también se sentía solo y desamparado y se consolaba con los cánticos de madame Guyon.

Esas circunstancias le empujaban a huir del mundo y a buscar la soledad: nunca se hallaba más a gusto que cuando podía estar solo ante su clavicordio y leer y trabajar a sus anchas, y nada anhelaba tanto como que llegara el verano para poder pasar todo el día solo en la bohardilla donde estaba su cama.

Y cuando llegó el tan anhelado verano, la primera alegría fue el placer de poder estudiar a solas. Desde hacía algún tiempo, había vuelto a tomar prestados libros en la librería de lance, pero ahora sus preferencias iban

exclusivamente por los libros de estudio. Desde aquella horrible época de su vida, había dejado definitivamente de leer novelas y obras de teatro.

Tan pronto empezó a estar más templado el ambiente, corrió a su desván y allí, leyendo y estudiando, pasó las horas más agradables de su vida.

Entre otras cosas, había tomado prestada en la librería la *Filosofía*[2] de Gottsched, y por muy ligeramente que estén tratadas allí las materias, fue ese libro el que le dio a su capacidad de reflexión como el impulso inicial. En cualquier caso, así tuvo una visión de conjunto de todas las disciplinas filosóficas, con lo que las ideas se le ordenaron en la mente. Tan pronto como Reiser lo notó, su afán por dominar pronto la materia aumentó de día en día. Veía que si se limitaba a leer no progresaba, por eso empezó a elaborar, en pequeñas hojas de papel, resúmenes escritos en los que siempre subordinaba debidamente el detalle a la totalidad, procurando así aclarar las ideas.

El mero hecho de hacer un extracto del contenido ya le hacía sentir un interés especial por el tema: pues mientras leía el libro, se colocaba delante la hoja en la que había copiado las materias contenidas en él, y eso tenía la ventaja de que, en lo particular, nunca perdía de vista la totalidad, lo cual es siempre exigencia fundamental del pensamiento filosófico y constituye también su mayor dificultad.

Todo aquello sobre lo que aún no había reflexionado bien estaba ante él como una especie de mapa de un país desconocido, que él sentía ardientes deseos de conocer mejor.

Las líneas generales, el entramado, ya estaban trazadas en su espíritu mediante la visión de conjunto, ahora aspiraba a rellenar uno tras otro los huecos que sólo entonces empezaba a notar. Y lo que primero no fueron para él sino nombres sin contenido, se convirtieron poco a poco en conceptos claros y plenos de sentido, y cuando volvía a leer o a pensar ese nombre y de pronto le resultaba tan clarísimo y transparente todo lo que antes fuera confuso y oscuro, le invadía una agradable sensación que nunca había tenido antes: empezaba a sentir el placer de pensar.

El intenso y constante deseo de tener pronto la visión de la totalidad le hizo avanzar a través de todas las dificultades de lo particular. En su intelecto tenía lugar una nueva Creación. Era como si en su entendimiento

reinasen las tinieblas y poco a poco despuntara el día y él no se cansara de contemplar aquella luz vivificante.

Con todo ello olvidó comida y bebida y todo lo que le rodeaba, y pretextando no encontrarse bien, casi no bajó de su desván durante seis semanas. Todo aquel tiempo, de la mañana a la noche, lo pasó sentado delante de su libro con la pluma en la mano y no descansó hasta haberlo leído desde el principio hasta el fin.

Lo que no permitió que su aplicación disminuyera durante la lectura fue, como se ha dicho, el tener constantemente ante la vista los extractos del contenido, y el subordinar y clasificar incesantemente los temas, tanto en su mente como en el papel.

Así pues, aquel verano fue bastante agradable para Reiser, aunque sus condiciones de vida no hubieran mejorado mucho.

En cualquier caso, las horas solitarias que pasó en aquella bohardilla figuran entre las más felices de su vida. Además, a partir de entonces fue menos desdichado porque su intelecto había empezado a desarrollarse. Ahora, dondequiera que iba o que estaba, reflexionaba en lugar de limitarse a dejar volar la imaginación, y sus pensamientos se ocupaban en los temas más nobles: los conceptos de tiempo y espacio, de la más alta capacidad de representación, etc.

Pero, cuando se había entregado algún tiempo a sus reflexiones, ya entonces le parecía como si de pronto chocara con algo que le frenaba y que, como un tabique de madera o un techo imposible de atravesar, le impidiese súbitamente mirar más lejos. En aquellos momentos tenía la impresión de que no había pensado otra cosa que palabras.

Reiser chocaba allí con la pared, imposible de atravesar, que hace distinto el pensar humano del pensar de seres superiores, o sea, con la necesidad insoslayable del lenguaje, sin el cual el intelecto humano no puede tomar impulso propio. Por otra parte, ese lenguaje no es sino un recurso artificial mediante el cual se produce algo parecido al pensar puro que tal vez lleguemos a alcanzar un día.

El lenguaje le parecía atravesársele en el camino cuando pensaba y, por otra parte, sin lenguaje tampoco podía pensar.

A veces se afanaba durante horas enteras tratando de saber si era posible pensar sin palabras. Y así dio con el concepto de «existencia» como límite del pensar humano, y todo le pareció oscuro y árido, y entonces veía a veces la breve duración de su existencia, y la idea, o más bien la no-idea, del no-ser estremecía su espíritu. No podía explicarse que él existiera ahora realmente y que alguna vez no hubiera existido: así, sin apoyo ni guía, vagaba errante por los abismos de la metafísica.

A veces, cuando cantaba en el coro y, en lugar de charlar con sus compañeros, iba solo por delante ensimismado en sus cavilaciones y ellos decían a sus espaldas: «¡Por ahí va el melancólico!», Reiser meditaba sobre la naturaleza del sonido tratando de averiguar lo que en tal sonido no era susceptible de ser expresado con palabras. Eso fue lo que siguió a sus antiguos sueños románticos, con los que había dulcificado sus horas sombrías, cuando cantaba en el coro en tristes jornadas invernales, en medio de la lluvia y la nieve.

También tomó prestada en la librería la *Metafísica* de Wolff,[3] y, con el método en que ya estaba iniciado, la leyó también entera. Y cuando iba a casa del zapatero Schantz, la materia para dialogar sobre filosofía era mucho más amplia que antes, y ambos encontraban por sí solos los distintos sistemas filosóficos expuestos por los sabios universales de tiempos antiguos y modernos y repetidos mecánicamente por un sinnúmero de personas.

Durante ese tiempo, el director Ballhorn, sobre cuya amistad Reiser había concebido tan grandes esperanzas que luego se vieron tan cruelmente frustradas, había sido trasladado, con el cargo de superintendente eclesiástico, a un pueblo no lejos de Hannover, viniendo en su lugar otro director llamado Schumann.

Ese cambio no le interesó gran cosa a Reiser, que en aquella época no pensaba en otra cosa que en su metafísica. El nuevo director era un hombre de edad avanzada pero de gran saber y de mucho gusto, y estaba bastante desprovisto de pedantería, lo cual se da pocas veces entre quienes llevan muchos años dedicados a la enseñanza.

Durante aquella transición dejaron de impartirse muchas clases, evidentemente. Así que no se notó mucho que Reiser faltara tanto. Y si

alguien ha empleado bien alguna vez las horas que dejó de asistir a clase, ese alguien fue Reiser: en el espacio de pocos meses hizo más y enriqueció su entendimiento con más conceptos que durante todos sus años de universidad.

En cualquier caso, nunca tuvo un curso completo de filosofía tan extenso y detallado como el que se elaboró él solo entonces. Y por lo que toca a las otras disciplinas, dogmática, historia, etc., tampoco las estudió en la universidad de un modo tan completo como estudió muchas de ellas en el colegio de Hannover.

De niño no le habían enseñado otra cosa que a escribir y a hacer cuentas, lo cual ahora resultaba casi inútil, porque no había tenido ocasión de practicar la aritmética y se había estropeado la mano de tanto copiar. Sucedió que le dieron algunas clases de escribir, que no le sirvieron de nada o de casi nada, pero que le hicieron mover bastante la mano. Cuando empezó otra vez a hacer los deberes del colegio y le llevó al director los ejercicios, éste se asombró mucho de la mejoría de la mano y le encargó al punto que copiara algunas cosas, pero tenía que ser en su casa, de manera que así Reiser volvió a entrar en casa del rector. Eso le hizo concebir ciertas esperanzas de recobrar su buena fama, pero tales esperanzas se vinieron por tierra cuando su padre llegó un día a Hannover y todo el consuelo que le dio el pastor Marquard fue decirle que su hijo era un haragán y un tunante y que nunca llegaría a nada en la vida.

Cuando su padre se marchó otra vez, Reiser le acompañó hasta más allá de las murallas y allí fue donde aquél le puso al corriente de las consoladoras palabras del pastor Marquard y donde le echó amargamente en cara lo mal que agradecía los beneficios que le habían hecho, señalando al mismo tiempo el traje que llevaba y presentándolo como inmerecido regalo de sus bienhechores. Esto último llenó de indignación a Reiser; pues él siempre había detestado aquel traje, que era de tosco paño gris y le daba todo el aspecto de un sirviente, y por eso le contestó a su padre que aquella vestimenta propia de criados, que a él le irritaba tanto tener que llevar, no podía hacer surgir en él grandes sentimientos de gratitud.

Su padre, para quien la humildad y la aniquilación de todo orgullo y toda vanidad eran principios sagrados, conforme a los escritos de madame

Guyon, tuvo como un arrebato de cólera: se apartó al momento de él y le dio su maldición por toda despedida. Aquello puso a Reiser en un estado completamente desconocido hasta entonces: de pronto tuvo clara conciencia de todo lo que su adverso destino le había hecho padecer y soportar hasta aquel momento, y del hecho de que ahora hasta su padre se apartaba de él y le maldecía.

Mientras regresaba a la ciudad, blasfemaba a gritos y estaba al borde de la desesperación. Deseaba de verdad que lo tragase la tierra, y le parecía que la maldición de su padre le perseguía implacablemente.

Aquello reprimió durante algún tiempo todos sus buenos propósitos y la constancia y aplicación con que había trabajado voluntariamente hasta entonces.

El verano tocó a su fin, y ahora fue un dolor físico continuo lo que muchas veces le abatía el ánimo. Desde entonces, y durante un año entero, le dolió constantemente la cabeza, y en todo ese tiempo casi no hubo día ni hora en que se sintiese liberado de aquel persistente dolor.

El sastre en cuya casa ya llevaba viviendo un año le dijo también que no podía alojarlo más tiempo y Reiser se trasladó a una calle retirada, a la casa de un carnicero donde vivían algunos otros estudiantes y varios soldados rasos.

Allí también tenía que estar en la sala común del piso bajo, donde puso como siempre el clavicordio y la repisa para libros, pero en lugar de la bohardilla le dieron arriba una pequeña alcoba donde dormía con un compañero del coro, y en verano, cuando hacía calor, cada uno de ellos podía estar allí a solas.

El contacto con el carnicero dueño de su casa, con los dos soldados allí alojados y con unos disolutos miembros del coro que vivían allí con él, no es que contribuyera mucho a educarle y a refinarle las costumbres. En invierno todos se reunían en la sala común, y como él no podía trabajar con ese ruido y ese bullicio, prefería unirse al grupo divirtiéndose lo mejor que podía con aquellas gentes que, al fin y al cabo, constituían su entorno más próximo.

A pesar de sus constantes dolores de cabeza, trabajaba a solas en cuanto encontraba un poco de calma, y así en el espacio de pocas semanas

aprendió francés tomando prestado un texto de Terencio con traducción francesa y dándose a sí mismo una lección cada día; con ese método avanzó lo suficiente como para comprender bastante bien, a partir de entonces, cualquier libro francés.

Pero como su situación exterior no mejoraba y además el dolor físico le torturaba constantemente, cayó en un estado de ánimo en el que los *Pensamientos nocturnos* de Young,[4] que por azar le llegaron a las manos en aquel entonces, fueron una lectura muy oportuna. Le parecía como si volviera a encontrar allí sus ideas anteriores acerca de la caducidad de la vida y la vanidad de todas las cosas humanas. No se cansaba de leer aquel libro y aprendió casi de memoria las ideas y los sentimientos que contenía.

Lo único que le aliviaba los dolores de cabeza era tenderse de espaldas en la cama. Por eso, permanecía muchas veces días enteros en esa posición, leyendo: éste era el único placer que le quedaba en la vida, un placer al que se aferraba, pues de lo contrario un tedio mortal le habría hecho insoportable aquella vida miserable que seguía arrastrando.

Para librarse a veces del ruido que le rodeaba, no retrocedía ante la lluvia y la nieve, sino que a la hora del crepúsculo, cuando ya oscurecía y él estaba seguro de que nadie le vería y de que ninguna persona le dirigiría la palabra, daba un paseo por la muralla que circundaba la ciudad. Y durante aquellos paseos era cuando su espíritu recuperaba algo de fuerzas y en su corazón volvía a anidar una tenue esperanza, la esperanza de que tal vez pudiese salir un día de su horrible situación.

Cuando veía entonces que habían encendido luces en las casas de las calles contiguas a la muralla y cuando pensaba que en cada aposento iluminado, de los que con frecuencia había muchos en una casa, vivía una familia o un grupo de personas o un solo individuo, y que un aposento así contenía en aquel instante los destinos y la vida y los pensamientos de tal persona o de tal grupo de personas, y que él, acabado el paseo, volvería otra vez a un aposento así en el que estaba como retenido y que era el lugar que le había sido destinado para vivir, todo ello le producía al principio una extraña y humillante sensación, como si su vida se perdiera entre esa masa confusa e infinita de vidas humanas entrelazadas unas con otras y se volviese así mezquina e insignificante. Pero luego, aquellas luces de los

distintos aposentos de las casas contiguas a la muralla elevaban a veces su espíritu, cuando él sacaba una visión general de la totalidad y se imaginaba a sí mismo fuera de su pequeña y angustiosa esfera, en la que se perdía en medio de todos aquellos habitantes de la tierra, que pasaban por la vida sin pena ni gloria, y se auguraba a sí mismo un porvenir excelente, en el que se veía avanzando hacia adelante a grandes pasos, y esa agradable visión le infundía nuevos ánimos y nuevas esperanzas.

Desde entonces, siempre que veía una serie de habitaciones iluminadas, en una casa ajena y desconocida, y se imaginaba que en ellas habitaban diversas familias de cuya vida y andanzas él sabía tan poco como ellas de las suyas, le venían extrañas sensaciones: tomaba conciencia de la limitación del individuo humano.

Percibía la verdad: entre tantos millares que son y que han sido, se es sólo uno.

Su deseo era a menudo saber adentrarse mentalmente en todo el ser, en toda la esencia de otro. Cuando a veces caminaba por la calle muy al lado de una persona completamente extraña, pensaba tan vivamente en lo ajeno de aquella persona, en la total ignorancia que uno tenía del nombre y de la vida del otro, que se apretaba contra ella todo lo que permitía la buena educación, para llegar un momento a su atmósfera y ver si podía traspasar la pared divisoria que separaba su propia memoria y sus pensamientos de los de aquel hombre desconocido.

Quizás no sea impropio referirse aquí a otra sensación de sus años infantiles: en aquellos tiempos, a veces se imaginaba a sí mismo con otros padres diferentes y sin que los suyos propios tuviesen nada que ver con él, antes bien, le eran completamente indiferentes. Esa idea muchas veces le hizo derramar lágrimas infantiles: fuesen como fuesen sus padres, para él eran los mejores y no los hubiese cambiado por los más distinguidos y bondadosos. Pero al mismo tiempo, ya entonces le acometía la extraña sensación de estar perdido en medio de la masa, y de que, además de sus padres, había una cantidad innumerable de padres con hijos, y entre esos padres se perdían los suyos propios.

Siempre que, desde entonces, se encontraba en medio de un gentío, le acometía esa sensación de pequeñez, de anonadamiento y de insignificancia

comparable a la nada. ¡Cuánta materia igual que la mía hay aquí! ¡Qué enorme cantidad de esa masa humana con la que se construyen estados y ejércitos, del mismo modo que de troncos de árboles se construyen casas y torres!

Ésos eran más o menos los pensamientos que en aquel entonces le producían una sensación confusa, por no saber traducirlos en palabras ni explicárselos a sí mismo con claridad.

En una ocasión en que fueron decapitados cuatro malhechores en Rabenstein, cerca de Hannover, Reiser salió de la ciudad con toda la masa humana viendo entre ella a cuatro que iban a ser eliminados del resto de la masa y descuartizados. Siendo tanta la masa humana que le rodeaba, aquel hecho le pareció tan banal y tan insignificante como si hubiese que abatir un árbol del bosque, o un buey. Y cuando los trozos de los que habían sido ejecutados fueron puestos en la rueda y él se imaginó a sí mismo y a las personas que le rodeaban como unos seres igual de descuartizables, el hombre le pareció tan carente de valor, tan insignificante, que su propia vida, y todo, quedó recubierta por aquella idea de que todo lo animal es descuartizable. Y hasta regresó a casa con un cierto buen humor, comiéndose por el camino la masa de las pelucas. Pues corría aquel horrible trimestre, en que muchos días sólo vivió de aquella masa. El alimento y el vestido le daban igual, como la vida y la muerte: ¡qué importaba que marchara o no por el mundo una masa móvil de carne, como hay tantísimas! Después, no pudo menos de ponerse siempre en el lugar de aquellos malhechores que habían sido ejecutados, descuartizados y atados en trozos a la rueda, pensando al mismo tiempo lo que ya pensara Salomón: «El hombre es como ganado; como muere el ganado, así muere él».[5]

Desde entonces, siempre que veía matar a un animal, se comparaba mentalmente con él. Y como tenía ocasión de ver eso tantas veces en casa del carnicero, durante algún tiempo todos sus pensamientos no tenían otra meta que averiguar en qué se distinguía él de un animal como aquel que estaban matando. A menudo pasaba horas enteras de pie observando a una ternera, dotada de cabeza, ojos, oídos, boca y nariz. Y al igual que hacía con personas desconocidas, se arrimaba lo más posible a ella, muchas veces con la absurda fantasía de que tal vez le fuera posible adentrarse poco a poco en

la naturaleza de aquel animal. Quería saber a toda costa la diferencia que había entre él y el animal, y de tanto mirarle, a veces se olvidaba de sí mismo hasta tal punto que realmente creía haber tenido conciencia por un instante del género de existencia de tal criatura. En resumen: ya desde la infancia reflexionaba sobre cómo estaría él si fuese por ejemplo un perro que vive entre los hombres, u otro animal. Y como ya había comprendido la diferencia entre cuerpo y espíritu, nada le importaba tanto como encontrar al mismo tiempo alguna diferencia esencial entre el animal y él, porque, de no ser así, no podía convencerse a sí mismo de que el animal, que en su constitución física se parecía tanto a él, no estaba dotado de espíritu como él.

¿Y dónde iba a parar el espíritu después de la destrucción y desmembramiento del cuerpo? Todos los pensamientos de tantos millares de personas, que antes estaban separados unos de otros por la pared divisoria del cuerpo de cada uno y que sólo eran comunicados a los demás por el movimiento de algunas partes de esa pared, le parecían confluir todos ellos después de la muerte de las personas: ya no había nada que los distinguiese y separase unos de otros. Reiser se imaginaba el entendimiento de una persona, como ya desprovisto de vinculación, flotando en el aire y perdiendo pronto su capacidad de representación.

Y luego le parecía que de aquella inmensa masa humana volvía a surgir una inmensa e informe masa espiritual, no pudiendo comprender nunca por qué había justamente esa cantidad y no otra mayor o menor, y puesto que el número parecía continuar hasta el infinito, por qué el individuo terminaba siendo tan insignificante como la nada.

Esa irrelevancia, ese perderse entre la masa era sobre todo lo que le hacía tan insoportable la existencia.

He aquí que una vez, avanzada la tarde, caminaba por la calle triste y malhumorado. Caía ya la noche pero aún no estaba tan oscuro que no pudiesen verle ciertas personas que él no soportaba, pues creía que se burlaban de él y que lo despreciaban.

El aire era húmedo y frío, caía una especie de aguanieve, tenía toda la ropa calada, y de pronto le invadió la sensación de que no podía huir de sí mismo.

Y nada más venirle esa idea, fue como si tuviese una montaña encima de él. Se esforzaba por buscar un camino hacia arriba, pero era como si lo aplastase el peso de la existencia.

¡Tener que levantarse, que acostarse consigo mismo, un día tras otro! ¡Tener que arrastrar consigo, con cada paso que daba, su odioso yo!

Su conciencia de sí mismo, con aquella sensación de que lo despreciaban y rechazaban, le resultó tan opresiva como su cuerpo, con aquella sensación de humedad y de frío. Y en aquel mismo instante, con que sólo le hubiese sonreído una deseada muerte, él se hubiera despojado de ese cuerpo con tanto gusto y de tan buen grado como se hubiese despojado de la ropa húmeda.

¡Tener que ser invariablemente él mismo y ningún otro! ¡Estar encajonado y encarcelado dentro de sí mismo! Eso le puso poco a poco en un grado de desesperación que lo llevó hasta la orilla del río, que corría por una parte de la ciudad donde no había parapeto.

Allí permaneció de pie, entre el más horrible hastío de la vida y el inexplicable e instintivo deseo de respirar, y luchó durante media hora hasta que por fin, agotado, se sentó sobre un tronco de árbol, no lejos de la orilla. Allí, como si se empeñara en oponerse a la naturaleza, dejó que la lluvia lo mojara un rato hasta que una sensación de frío y de fiebre y el castañeteo de los dientes le hicieron volver en sí, y le vino casualmente a la memoria que aquella noche el dueño de su casa, el carnicero, iba a darle de cenar embutidos recién hechos… y que la habitación estaría bien caldeada. Esas imágenes tan concretas y animálicas renovaron en él las ganas de vivir. Se olvidó por completo de sí mismo en su calidad de hombre, tal como le sucediera después de la ejecución de los malhechores, y regresó a casa con las sensaciones y los sentimientos de un animal.

En tanto que animal, deseaba seguir viviendo; en tanto que hombre, le había sido insoportable continuar viviendo un solo instante.

Pero, al igual que el mundo de los libros lo había salvado tantas veces de su mundo real, cuando la situación había llegado al límite, esta vez sucedió también que justamente había tomado prestada en la librería de lance las obras de Shakespeare en la traducción de Wieland: ¡y qué nuevo mundo se abrió de golpe a su intelecto y a su sensibilidad!

Allí había más que todo lo que había pensado, leído y sentido hasta entonces. Leyó *Macbeth, Hamlet, El rey Lear*, sintiendo que su espíritu se remontaba irresistiblemente a las alturas; cada hora de vida que pasaba leyendo a Shakespeare era para él de un valor inestimable. En Shakespeare vivía, pensaba y soñaba en todo momento y su mayor deseo era poder decir a otros todo lo que sentía al leerlo. Y el primero a quien pudo decírselo y que tenía la sensibilidad necesaria, fue su amigo Philipp Reiser, que vivía en un barrio lejano y apartado, donde había instalado otro taller, y allí construía clavicordios. Al mismo tiempo seguía cantando en el coro, pero no en el grupo de Reiser. Así, a pesar de la intimidad que tuvieron al principio, las circunstancias exteriores los habían separado durante largo tiempo.

Ahora bien, como a Anton Reiser le era imposible disfrutar a solas de su amado Shakespeare, no halló otro mejor a quien dirigirse que su romántico amigo.

El leerle a éste una obra entera de Shakespeare, notando complacido al hacerlo todo lo que el otro sentía y decía, fue el mayor placer que Reiser había sentido en toda su vida.

Consagraban noches enteras a esa lectura. Philipp Reiser actuaba de anfitrión, haciendo café a media noche y echando leña a la estufa. Luego se sentaban ambos ante una mesita, a la débil luz de la lámpara, y Philipp Reiser estiraba el cuello hacia el libro según leía Anton Reiser y, con el creciente interés del drama, aumentaba y se intensificaba la tensión interior.

Aquellas noches shakespearianas figuran entre los recuerdos más agradables de la vida de Reiser. Y por otra parte, si algo ha formado su espíritu, fue aquella lectura, en comparación con la cual todos los otros dramas que Reiser había leído perdían completamente el brillo y se eclipsaban. Aprendió incluso a pasar por alto, con una mayor magnanimidad, sus condiciones de vida, su imaginación remontaba más el vuelo incluso en su melancólico estado.

Shakespeare lo había llevado a través del mundo de las pasiones humanas. El ámbito limitado y estrecho de su existencia ideal se había dilatado. Ya no vivía en el aislamiento y la oscuridad, ya no se perdía entre

la masa, pues al leer a Shakespeare había sentido lo mismo que sentían millares de personas.

Después de haber leído —y de aquella manera— a Shakespeare, ya no era un hombre vulgar y corriente. Y en efecto, no mucho tiempo después, en medio de aquella vida angustiosa, entre toda aquella burla y desprecio que antes lo anonadaban, su espíritu se elevaría a las alturas, como hará ver la prosecución de esta historia.

Los monólogos de Hamlet le hicieron fijar la atención por primera vez en la totalidad de la vida humana; ya no pensaba que estaba solo cuando se sentía atormentado, agobiado, maniatado. Reiser empezó a ver en ello el destino general de la humanidad.

Por eso sus quejas eran ahora más nobles que antes. La lectura de los *Pensamientos nocturnos* de Young había tenido hasta cierto punto el mismo efecto, pero con Shakespeare los *Pensamientos nocturnos* quedaron desbancados. Shakespeare estrechó con fuerza los casi deshechos lazos de la amistad que habían unido a Philipp Reiser y a Anton Reiser. Anton Reiser necesitaba a alguien a quien comunicar todo lo que pensaba, todo lo que sentía, ¿y sobre quién iba a recaer la elección sino sobre quien había vivido y sentido con él a su adorado Shakespeare?

La necesidad de comunicar sus reflexiones y sentimientos le hizo concebir la idea de llevar otra vez una especie de diario, en el que, sin embargo, ya no quería retener las pequeñas cosas exteriores que le acontecían, como antes, sino su historia interior, y lo allí consignado entregárselo a su amigo en forma de carta.

Éste, a su vez, le escribiría a él, y aquello se convertiría para ambos en recíproco ejercicio de estilo. Tal ejercicio fue lo primero que convirtió a Anton Reiser en escritor; comenzó a sentir un gozo inenarrable cuando, para comunicar a su amigo sus solitarios pensamientos, los revestía de las palabras adecuadas. Así salió de sus manos una serie de pequeños ensayos de los que no tuvo por qué avergonzarse, ni siquiera en sus años de madurez.

El ejercicio era unilateral, porque Philipp Reiser le iba a la zaga con sus propios ensayos, pero Anton Reiser tenía ahora a una persona dotada, en su

opinión, de sensibilidad y gusto, cuya aprobación o censura no le era indiferente, y en quien podía pensar siempre que escribía algo.

Pero cosa curiosa: al principio, siempre que quería escribir algo, le venían a la pluma las siguientes palabras: «¿Qué es mi existencia, qué es mi vida?». Por eso, se podían leer aquellas palabras en varios trochos de papel que él había desechado, al no ser posible seguir escribiendo en ellos como hubiese querido.

Lo primero que siempre le venía a la mente era aquella obscura idea de vida y de existencia que estaba ante él como un abismo. Sentía la necesidad de aclarar primero aquel importante punto de sus dudas y preocupaciones antes de empezar a pensar en otra cosa. Era por tanto bien natural que, sin quererlo, le vinieran a la pluma aquellas palabras, siempre que hacía el esfuerzo de escribir lo que pensaba.

Por fin, la palabra se abrió camino a través de los pensamientos, y lo primero que logró redactar de un modo bastante acertado fue algo metafísico sobre la individualidad y la conciencia de sí mismo.

Porque como quería seguir pensando y seguir escribiendo lo que pensaba, nada era más natural y lógico para él que el deseo de tener, por así decir, claridad respecto a sí mismo antes de pasar a otra cosa.

Así que empezó a observar el concepto de individuo, que ya desde hacía unos años, cuando oyó hablar de lógica por primera vez, le había parecido importantísimo. Y cuando encontró por fin el máximo grado de determinación de uno mismo por todas partes y de perfecta igualdad consigo mismo, le pareció, después de reflexionar un poco, que él había como desaparecido de su propio ser y que tenía que buscarse otra vez a sí mismo en la serie de recuerdos del pasado. Sentía que la existencia sólo se mantenía gracias a aquella cadena ininterrumpida de recuerdos.

La verdadera existencia le parecía estar limitada al propio individuo, y él no podía concebir ningún individuo fuera de aquel ser eternamente invariable que todo lo abarcaba con una sola mirada.

Cuando hubo terminado con sus análisis, la propia existencia le pareció un engaño, una idea abstracta, una síntesis de las semejanzas que tenía cada momento siguiente de su vida con el momento que ya había pasado. Mediante esos conceptos de la propia limitación se ennoblecieron sus

conceptos de la divinidad; ahora comenzó a sentir dentro de ese gran concepto su propia existencia, que en cualquier caso le parecía como si se le escapara de las manos, como si careciera de finalidad, y estuviese rota y fragmentada.

De esas reflexiones salió el primer ensayo que redactó y que concibió como una carta a su amigo, con quien solía conversar sobre aquella materia y que, al menos, siempre parecía comprenderle. Empero, continuaban los dolores de cabeza, pero se acostumbró tanto a ellos que su estado le parecía seriamente peligroso y antinatural cuando algún día no le dolía la cabeza.

Con Philipp Reiser se veía cada vez más a menudo; y, sin esperarlo, encontró además otro amigo: el hijo del maestro de coro, que se llamaba Winter, y era un compañero de estudios cuyo aspecto y cuyas facciones casi siempre le inspiraron una suerte de antipatía, aunque él, por su parte, también había creído que el otro le despreciaba.

Aquel joven sabía por su padre que en otro tiempo Anton Reiser había escrito versos, y como él había prometido a cierta persona una poesía de cumpleaños, fue a ver a Reiser y le pidió que le hiciera esa poesía que él no tenía ganas ni tiempo de escribir. Con ese motivo, Reiser retornó a la poesía, que tenía completamente abandonada. El pequeño poema no le salió nada mal. Desde entonces, Winter fue a verle varias veces y un día le prometió que le presentaría a un hombre interesante, que por lo demás vivía muy modestamente y era un simple vinagrero. Reiser tenía grandes deseos de conocer a aquel hombre, pero el día se iba retrasando.

Los versos que había logrado hacerle a Winter habían despertado de nuevo su adormecida afición a la poesía, pero su indolencia le hizo volver a la prosa llena de armonía a que su oído se había acostumbrado con la lectura de la magnífica traducción de Ebert de los *Pensamientos nocturnos* de Young. Y lo que ahora faltaba era sólo el motivo exterior que diera un impulso no usual a su imaginación.

Esa ocasión se presentó una tarde triste y lluviosa de domingo en que Reiser cantaba en el coro. Antes había estado conversando con Winter y, entre otras cosas, éste le había preguntado por sus lecturas, expresándole su asombro porque siempre lo encontraba leyendo. Reiser le respondió que

aquél era el único recurso de que disponía para contrarrestar hasta cierto punto el desprecio que todos sentían por él en el colegio y en el coro.

Aquella conversación con Winter, que le hizo reflexionar brevemente sobre su situación, puso su sensibilidad a flor de piel. Y sucedió justamente entonces que un tal Verclas, aquel con quien él representara antaño el *Sócrates moribundo*, le hizo blanco de sus pesadas bromas y con toda clase de alusiones trató una vez más de ponerle en ridículo ante sus compañeros, que pronto se unieron a él, de forma que durante media hora Reiser fue objeto de sus divertidas ocurrencias.

Reiser no dijo una sola palabra durante todo el tiempo y, mientras se apartaba silenciosamente, en su interior se sentía mortificado por aquella situación. Y aunque se esforzaba por transformar su mortificación en desprecio, no acababa de conseguirlo, hasta que, finalmente, sus cavilaciones le llevaron sin darse cuenta a sentir odio contra los hombres, un odio que sólo se aplacó recordando a su amigo Philipp Reiser. Y como el propósito de escribir a éste todo lo que sentía y pensaba era lo predominante, también esta vez triunfó ese propósito sobre su hastío y su irritación. Esa irritación que había sentido y que aún seguía sintiendo, procuró expresarla con palabras, para podérsela representar mentalmente de forma más viva. Y antes de que el coro terminara de cantar, en medio de todo aquel alboroto y aquellos sarcasmos y risas burlonas, ya estaba perfectamente elaborado el ensayo que quería escribir en casa. Y el gozo que sintió por ello lo elevó hasta cierto punto por encima de sí mismo y de su propia tristeza. Tan pronto llegó a casa, con una extraña y melancólica sensación, mezcla de dolor por su estado, y de alegría por haber conseguido trazar con el lenguaje una imagen viva de su situación, escribió las siguientes palabras:

¡A Reiser!

¡Qué triste es la existencia de los hombres! Y esa vana existencia, nosotros nos la hacemos insoportable unos a otros, en lugar de, con trato familiar y amistoso, aliviarnos mutuamente la carga en este desierto de la vida.

¿No es ya suficiente que vaguemos como en un país encantado, en perpetuo engaño, en perpetuo error?

¿Tiene que haber monstruos que nos griten? ¿Tiene que traspasarnos el alma un sátiro maligno con sus risas burlonas?

¡Qué yermo, qué triste es todo lo que me rodea! Y yo, solo y desamparado, tengo que andar errante: sin apoyo, sin guía.

Pero ¿qué cosa buena me está ocurriendo? Allí diviso un grupo. Gentes como yo, que también caminan por este desierto.

«¡Oh, acogedme, amigos, acogedme, que yo atraviese con vosotros el desierto, y éste se convertirá para mí en verde prado!».

Me acogen: ¡Qué alegría!

¡Ay de mí! ¿Qué veo? ¿Siguen siendo esos hombres mis hermanos?

¡Ay, la máscara ha caído, y son demonios, y el desierto se convierte para mí en un infierno!

Huyo, y sus risas burlonas resuenan a mis espaldas.

¿Así me habéis engañado, máscaras humanas? ¡Ay, que no me engañe otra vez máscara alguna! Y ahora, noche, soledad, negra melancolía: ¡os doy la bienvenida! Y vosotras, bromas burlonas, y vosotras, ruidosas alegrías, máscaras de la muerte: ¡apartáos de mí por toda la eternidad!

Así pensaba yo mientras caminaba, y una negra tristeza inundaba mi alma, cuando de pronto apareció un joven delante de mí. Sus ojos denotaban amistad. Su dulce mirada expresaba sensibilidad. Quise salir corriendo. Pero él cogió mi mano amistosamente, y yo me detuve. Él me abrazó, yo le abracé: nuestras almas se confundieron.

Y en torno a nosotros era el Elíseo.[6]

Reiser, en efecto, no hubiese podido trazar una imagen de su estado de entonces más verdadera que ésta. En todo lo que decía no había exageración, pues los hombres con los que al principio caminaba por la vida se convirtieron para él realmente en verdadero tormento. Y entre los monstruos que le vociferaban destacaba Verclas, cuyas bromas groseras y al mismo tiempo malignas en aquella tarde de domingo habían ofendido a Reiser hasta el fondo de su alma, ya que el tal Verclas siempre había querido ser amigo suyo. En cualquier caso, él y G…, el que fue expulsado

del país, fueron los únicos que habían seguido tratándose con Reiser después de la función de teatro, por compartir con él un mismo sino: el de sufrir el odio y el desprecio de todos sus condiscípulos. Y ese mismo Verclas se unía ahora a quienes hacían de Reiser el blanco de sus burlas, llegando incluso a ser quien, con sus vulgares bromas, inducía a tales burlas y se divertía a costa de él. Todo eso coincidió en aquella ocasión para ponerle en el estado misantrópico en que redactó el escrito anterior. Pero recordando a Philipp Reiser y pensando en el hijo del maestro de coro, su antiguo enemigo, que había empezado a ser amigo suyo, la amargura se dulcificó hasta tal punto que al final del ensayo fue más conciliante y en su corazón tuvieron cabida sentimientos más suaves.

De ese modo había redactado ya en su diario diversos pequeños ensayos dirigidos a su amigo, cuando llegó la primavera y por Semana Santa tuvieron lugar otra vez los habituales exámenes públicos, a los que también se presentaba él.

¡Pero qué grande fue su desaliento cuando se comparó con los demás y vio que era sin duda alguna el peor vestido de todos! Estaba sentado allí como perdido. Nadie se fijó en él, nadie le hizo una sola pregunta.

La mañana todavía la pudo soportar. Pero cuando acudió otra vez por la tarde y otra vez se vio como perdido entre la masa que le rodeaba, no pudo aguantar más y se marchó antes de que empezase el examen.

Y entonces se puso a correr en dirección a la puerta de la ciudad. Había un cielo gris y nuboso y él se dirigió hacia un bosquecillo que no estaba lejos de Hannover.

Tan pronto hubo salido del barullo de la ciudad y dejado atrás las torres de Hannover, le asaltaron mil sensaciones cambiantes. Todo se le presentó de pronto desde otra perspectiva. Se sintió liberado de la estrechez que le confinaba en aquella ciudad de las cuatro torres, que le atormentaba y le angustiaba, y transportado de golpe a la naturaleza grande y abierta. Su orgullo, su sentimiento de la propia dignidad, se abrieron paso. Su mirada observó atentamente lo que había dejado tras de sí y lo redujo considerablemente de tamaño.

Vio allí a los clérigos subiendo la escalera con sus sotanas negras y sus golas, y a los condiscípulos reunidos y repartiéndose los premios, y luego

vio cómo cada uno se marchaba a casa y cómo todo giraba en redondo. Y en el interior de la ciudad, que ahora había dejado atrás y de la que se iba alejando cada vez más, veía el hervidero de gente. Le pareció que todo era tan denso, que todas las cosas estaban tan imbricadas unas con otras como el montón de casas apiñadas que él veía a lo lejos. Y luego se vio a sí mismo en aquel silencio en pleno campo y pensó que nadie le podía ver, nadie le hacía un gesto burlón, y recordó el ir y venir, el ruido, el chirriar de los carruajes, a los que había que ceder el paso, las miradas de la gente, que le infundían miedo: su imaginación se representaba todo aquello detalladamente, haciendo surgir en él una maravillosa sensación, como cuando al caer el día la luz se separa de la sombra y una mitad del cielo aún está iluminada por el arrebol vespertino mientras que la otra ya está sumida en las tinieblas.

Notó en su interior una fuerza inusitada que le impulsaba a superar todo lo que le oprimía: pues ¡qué pequeño era el contorno de todo aquel laberinto en que estaban enredadas sus angustias y sus penas, y delante de él se abría el ancho mundo!

Pero luego retornó la sensación de melancolía: ¿dónde iba a echar raíces él en aquel mundo ancho y yermo, si se veía excluido de todas las relaciones humanas? ¡Allí, en aquel pequeño lugar de la tierra, donde confluyen los destinos humanos, él no era nada, absolutamente nada!

Dio en pensar entonces que, desde la infancia, su destino había sido quedar excluido; cuando deseaba mirar cualquier cosa con los demás, y para eso había que meterse entre la gente, cualquier otro tenía más osadía que él y se le ponía delante. Reiser creía que alguna vez habría un hueco por donde, sin tener que empujar a nadie, pudiese meterse él, pero no se formaba ese hueco y él se retiraba por propia voluntad y, solitario, contemplaba desde lejos la masa humana.

Y entonces, cuando estaba allí solo, el pensar que estaba mirando tranquilamente aquella aglomeración, sin meterse en ella, le resarcía un poco de haberse quedado sin ver lo que había querido: en su soledad se sentía más noble y distinguido que en medio de aquella muchedumbre. Su orgullo se abría paso y triunfaba sobre el disgusto que había sentido al

principio. El hecho de no haber podido sumarse a la multitud le hacía retornar a sí mismo y ennoblecía y elevaba sus ideas y sentimientos.

Eso fue lo que sucedió durante el paseo solitario de aquella tarde triste y lluviosa en que, huyendo de las miradas malevolentes de los compañeros y del abandono en que le dejaban y de aquel insoportable pasar inadvertido que le esperaba, salió por la puerta de Hannover y corrió a la soledad del bosque.

Aquel paseo solitario desarrolló de golpe más emociones en su alma y contribuyó a la auténtica formación de su intelecto en mayor medida que la totalidad de las clases que le habían sido impartidas.

Aquel paseo solitario fue el que aumentó en Reiser el sentimiento de la propia dignidad, el que dilató su horizonte y le dio una idea clara y concreta de su propia, verdadera y aislada existencia, que durante algún tiempo no estaba ya ligada a ninguna situación material concreta sino que tenía su propia entidad, en sí misma y por sí misma.

Al echar una ojeada a la totalidad de la vida humana, aprendió a distinguir lo grande de la vida y los pormenores.

Todo lo que le había ofendido le pareció pequeño, insignificante e indigno de reflexionar sobre ello.

Pero entonces se hicieron patentes en su espíritu otras dudas, otras preocupaciones —que ya abrigaba largo tiempo en su interior— sobre el origen, envuelto en impenetrable oscuridad, y la finalidad de su existencia, sobre su principio y su fin, sobre el punto de partida y la meta de su peregrinaje por la vida, ese peregrinaje que, sin saber por qué, le resultaba tan fatigoso, y sobre lo que iba a resultar finalmente de todo aquello.

Eso le produjo una honda melancolía. Cuando caminaba trabajosamente, antes de llegar al bosque, por el árido terreno esteposo, pisando la amarilla arena, el cielo se fue volviendo más y más gris, una fina llovizna calaba su ropa, y cuando llegó al bosque, tomó como bastón una rama de espino y continuó caminando. Llegó así a una aldea y cuando con la imaginación veía tiernas escenas sobre la paz y el silencio que reinaban en aquellas cabañas rurales, oyó cómo en una de las casas se peleaban unas personas, que seguramente eran marido y mujer, y lloraba un niño.

Así que donde hay hombres hay enfado y descontento y malhumor, pensó, y siguió caminando con su bastón.

El más solitario desierto le pareció deseable, y cuando también allí acabó atormentándole el más mortal aburrimiento, sólo le quedó la tumba como último deseo; y como no comprendía por qué durante los años que llevaba en el mundo había tenido que dejarse oprimir, empujar y arrinconar por todas partes, acabó poniendo en duda que su existencia tuviese una razón de ser. Su existencia le pareció obra de un azar ciego y atroz.

Como el cielo estaba cubierto, obscurecía antes de lo normal, y empezó a llover con más fuerza. Y cuando llegó a casa, ya era noche cerrada. Reiser se sentó junto a su lámpara y escribió a Philipp Reiser:

«Calado por la lluvia y aterido de frío retorno a ti, y si no a ti, a la muerte, pues desde esta tarde la carga de la vida, a la que no veo razón de ser, me resulta insoportable. Tu amistad es el sostén en que me apoyo todavía para no hundirme fatalmente en el deseo cada vez mayor de aniquilar el propio ser».

Y de pronto apuntó en él la idea de hacerse admirar por su amigo expresando sus sentimientos. Eso era como el nuevo asidero al que se aferraban sus deseos de vivir. Y como por la tarde sus sensaciones habían sido tan extraordinariamente fuertes y vivas, no le resultó difícil recordarlas. Así pues, empezó de la siguiente manera:

A ti, amigo, mi dolor quiero contar.
Si hubiera palabras para decírtelo,
yo sé que sentirías mi sufrir.
No sufro por amor sin esperanza
no sufre por deseo insatisfecho
de oro y de honor mi corazón.

Este comienzo se refería en parte a las penas de amor con que Philipp Reiser le importunaba a menudo, contándole los progresos graduales que iba haciendo en el favor de su amada, y sus esperanzas y perspectivas, que siempre se limitaban a conseguir que ella le correspondiese. Reiser no sentía el menor interés por todo aquello, pues nunca se había propuesto

conquistar el amor de una muchacha, ya que le parecía completamente imposible que, dado su mal atuendo y el desprecio que todos sentían por él, tuviera éxito en una empresa de ese género.

Pues así como pensaba que el desprecio de que era objeto su espíritu era en cierto modo una parte integrante de sí mismo, así también pensaba que su pobre vestimenta era parte integrante de su cuerpo, el cual le resultaba tan poco amable como poco estimable le parecía su espíritu. En resumen, que una mujer llegara a sentir amor por él le parecía la idea más disparatada del mundo. Pues los héroes que las mujeres amaban en las novelas y obras de teatro que leía, él los había idealizado hasta tal punto que, en su opinión, jamás podría competir con ellos. Por eso las historias de amor propiamente dichas le parecían aburridísimas, y lo más aburrido de todo eran las aventuras amorosas que le contaba su amigo Philipp Reiser y que él escuchaba muchas veces sólo por complacerle.

Hay que decir que los relatos de su amigo tendían siempre a lo novelesco. Todo el proceso, desde el primer amistoso apretón de manos hasta la mutua declaración de amor, con todas las incertidumbres, angustias y lentos progresos que mediaban entre ambos actos, seguía el curso prescrito en las novelas, y lo que Anton Reiser había pasado totalmente por alto en las novelas o sólo había leído por encima, ahora tenía que oírselo contar prolijamente a su amigo.

Por eso, la idea de que él no sufría por un amor sin esperanza sino por cosas muy distintas, era el comienzo más natural en una poesía dirigida a Philipp Reiser. Lo que le agobiaba eran sus incertidumbres y temores relativos a su angustiosa e inútil existencia, y así, continuó:

Este tormento que en el alma siento
que mi pecho desgarra hasta la muerte
de mí aleja cualquier otra tortura.
¿Quién me ha inspirado el ansia delirante
de mirar en la hondura del abismo
para crear mi propia desventura?

Sin fondo es el abismo, a la mirada

sólo ofrece el terror de las tinieblas:
en ellas reina la melancolía,
que en mi alma en su trono de hierro
ahora habita convocando a su séquito.

Llega después el séquito: las preocupaciones, la tristeza:

Al final, con la muerte en la mirada,
irrumpe torva la desesperanza:
tensa el arco y sus flechas me dispara.

Ahora, la melodía de la serie de sentimientos desciende y se transforma en suave compasión de sí mismo:

Ya está ausente de mí el menor placer
no hay flores para mí en la primavera, etc.

Desde aquí, el curso de las ideas se eleva en una meditación general sobre la vida, que al final, sin embargo, termina en las mismas horribles incertidumbres con que había empezado la melodía:

Avanzo por desiertos, por estepas,
entre burlas los goces me abandonan,
sólo dejan hastío y repugnancia.
Voy de camino, pero ¿adónde voy?
¿De dónde vengo? El sabio lo dirá.
Él conoce, mejor que yo conozco,
mi destino, que apenas iniciado
el tiempo lo consume y tembloroso
se dirige angustiado hacia su meta.

¿Quién quiso concederme esta existencia?
¿Quién le puso estos límites estrechos?
¿De qué profundo caos ha surgido?
¿En qué noches atroces se sumerge,

cuando la fuerte mano del destino
llama, férrea, a la puerta de la muerte?

Esta poesía brotó por así decir de su alma. No le resultaron difíciles las rimas[7] ni las medidas de los versos y la escribió en menos de una hora. Poco después empezó a hacer poesías, sólo por hacerlas, pero nunca con tan buen resultado. Sin embargo, la primavera y el verano del año 1775 transcurrieron para Reiser bajo el signo de la poesía. Las agradables veladas invernales con Philipp Reiser, consagradas a Shakespeare, cedieron el puesto a paseos matinales aún más agradables.

No lejos de Hannover, donde el río forma una cascada artificial, hay un bosquecillo como apenas se puede encontrar otro más agradable y acogedor.

Allí organizaron peregrinajes antes del amanecer: ambos caminantes se llevaban el desayuno y una vez llegados al bosque, con el musgo que quitaban a una buena cantidad de troncos de árboles se preparaban un blando asiento, en el que se acomodaban y allí, terminado el desayuno, se leían textos alternativamente el uno al otro. Eligieron para este fin sobre todo poesías de Kleist,[8] que así aprendieron casi de memoria.

Cuando volvían allí al día siguiente, lo primero era buscar en todo el bosquecillo el sitio de la víspera y, en plena naturaleza se sentían como en casa, lo que para ellos era una sensación especialmente sublime. Todo lo que había en su entorno en aquel vasto espacio pertenecía a sus ojos, a sus oídos, a sus sentimientos: el verde jugoso de los árboles, el trinar de los pájaros y el fresco perfume de la mañana.

Cuando retornaban a casa, Philipp Reiser marchaba a su taller y hacía clavicordios, Anton Reiser, por su parte, asistía a las clases del colegio, donde la mayoría de los compañeros pertenecían ya a otra generación, de forma que incluso a aquel lugar podía dirigirse con más alivio.

A ciertas horas, Anton Reiser buscaba otra vez su amada soledad, aunque ahora tuviese un amigo. Y cuando hacía buen tiempo iba por las tardes al prado que había junto al río, a las afueras de Hannover, y buscaba un sitio donde, entre guijarros, corría un claro arroyo que acababa vertiendo sus aguas en el río que por allí pasaba. Como se dirigía allí tantas veces, aquel sitio se había convertido para él en una especie de hogar en plena

naturaleza. Y se sentía, en efecto, como en casa, cuando se sentaba allí y no estaba constreñido por paredes ni muros, sino que disfrutaba sin fin de todo lo que le rodeaba. A ese lugar no se dirigía nunca sin tener su Horacio o su Virgilio en el bolsillo. Allí leyó la Fuente Bandusia, y cómo la corriente de agua

Obliquo laborat trepidare rivo,[9]

Desde allí veía ponerse el sol y observaba cómo se alargaban las sombras de los árboles. Junto a aquel riachuelo soñó despierto no pocas horas felices de su vida. Y allí, en ocasiones, la musa fue a su encuentro, o más bien, él fue al encuentro de la musa. Pues ahora trataba de elaborar un gran poema, y como sólo quería hacer versos por el gusto de hacerlos, no le salían como antes. Esta vez, el deseo de hacer una poesía era en él más fuerte que el tema que quería tratar en la poesía, y de ello, por lo general, no suele salir nada bueno.

Ahora las ideas eran afectadas o comunes; se veía que lo que escribía estaba destinado a ser poesía. No obstante, incluso a través de aquellos versos malos, se traslucía perfectamente su humor melancólico; toda imagen risueña y agradable estaba como vestida de luto. Las hojas se teñían de verde fresco para volverse a marchitar. El cielo sólo estaba despejado para volverse a nublar.

Philipp Reiser no dio su aprobación a aquella poesía; y sin embargo, a cada rima que iba consiguiendo trabajosamente, Anton Reiser había contado con su aprobación. Pero su amigo era un juez severo e imparcial que no dejaba impune un pensamiento insípido, una rima forzada o un ripio. Se burló sobre todo de un pasaje de la poesía de Anton Reiser, que decía:

Así alternan en la vida el dolor y la alegría
y la vida siempre acaba en la tumba negra y fría.

Philipp Reiser no se cansaba de hacer chistes sobre aquel pasaje, que declamaba con un tono lleno de comicidad. Llamaba a su amigo «mi querido Hans Sachs»,[10] y le hacía otras alabanzas de ese género, que no eran demasiado estimulantes. Pero no dejó que Reiser quedara

completamente abatido, sino que entresacó de la poesía algunos pasajes aceptables a los que no negó del todo su aprobación.

Con aquella mutua comunicación y fecunda crítica, los lazos que unían a ambos amigos se hicieron cada vez más estrechos, y lo que Anton Reiser perseguía incesantemente, ya escribiera versos o prosa, era el aplauso de su amigo.

En aquella época sucedió una cosa que no parece hacer mucho honor a la sensibilidad de Anton Reiser, aunque tenga su origen en la naturaleza del alma humana.

El hijo del pastor Marquard, que había ingresado por aquel tiempo en la universidad y volvió enfermo de tuberculosis, fue desahuciado por los médicos, quienes, después de haber aplicado inútilmente todos los remedios, dieron su muerte por segura para la primavera siguiente. Y cuando Reiser se enteró, lo primero que se le ocurrió fue hacer una poesía sobre ese tema que le procurase otra vez elogios y fama y tal vez el afecto del pastor Marquard. Para resumir: la poesía estaba terminada ocho días antes de que muriese el joven Marquard.

En lugar de hacer la poesía por la aflicción que le había causado aquel hecho, procuró, al contrario, estar afligido para poder hacer una poesía sobre aquel suceso. Esta vez, en verdad, el arte poética le convirtió en un hipócrita.

Por otra parte, el joven Marquard no se había ocupado gran cosa de Reiser en los últimos tiempos ni lo había protegido contra las burlas y ofensas de sus condiscípulos; antes bien, como sucedía en ocasiones, se había unido al coro general. Por tanto no tenía nada de extraño que para Reiser fuera más importante su poesía sobre el joven Marquard que el propio Marquard, aunque por otro lado era inadmisible que fingiera sentimientos que no tenía. Y tampoco estaba él muy de acuerdo consigo mismo, antes bien, su conciencia le hacía frecuentes reproches, que él procuraba acallar tratando de persuadirse a sí mismo de que sentía realmente ese desconsuelo por la prematura muerte del joven Marquard, privado violentamente, en la flor de la edad, de todas las esperanzas y promesas del porvenir.

Y como, en el fondo, la poesía estaba llena de hipocresía, tampoco le salió bien y no recibió elogios del amigo, que encontró motivos de crítica casi en cada verso, y tampoco el pastor Marquard, a quien Reiser hizo llegar la poesía, le prestó especial atención, de modo que Reiser no logró en absoluto su propósito.

Pero poco después ocurrió un hecho que le dio ocasión de sentir entusiasmo poético con menos afectación. Y fue que, a comienzos del verano, un joven de diecinueve años, que poseía una considerable fortuna y tenía mucha amistad con Philipp Reiser, se ahogó bañándose en el río.

Philipp Reiser le pidió con ese motivo a su amigo que hiciese, lo mejor que pudiera, una poesía sobre aquel suceso. Le dijo que quería darla a la imprenta, y que, aunque no la imprimiesen, siempre sería considerada, caso de que saliera bien, como un producto del ingenio humano.

Aquel encargo de su amigo puso en actividad todo el amor propio de Anton Reiser. Trató de representarse el hecho lo más vivamente posible, y después de haber comparado durante un día y medio unas expresiones con otras y de haber hecho un gran esfuerzo mental para merecer las alabanzas de su amigo, al final le salieron las siguientes estrofas:

Cuando un piadoso anciano suspirando
por los años que pesan
entrega a Dios el alma, la tristeza
invade nuestro pecho.
Mas si veloz la muerte se aproxima
y acaba con un joven
que apenas la vida conociera
la tristeza es dolor.
Una hermosa mañana de verano
a la noche sucede;
tranquilo late el corazón del joven
cuando despunta el sol;
un suave sueño muy lejos destierra
inquietudes y penas;
amanece: para un día radiante

aurora le despierta.

Alegre el joven ve nacer el día:
y mil alegres días
poseído de fuerte confianza
de la vida esperaba.
No siente angustias ni premoniciones
que le digan su muerte;
nada en tal día atormenta su pecho,
que sólo habla de goces.

Brilla radiante en el cielo sereno
un sol libre de nubes
que al joven la verdura de los prados
invita a disfrutar.
Contempla en torno a él, resplandeciente,
sublime en su silencio,
grave y solemne, la naturaleza,
en todo su esplendor.

Mas ¿qué sombra entre la bruma dorada
tiembla en el horizonte?
¿Tiembla más y más cerca? ¡Oh joven, huye!
¡Tu osado pie retira!
¡Ya es tarde, ay! ¡Oh Dios, esos gemidos!
Al joven ha abatido
una suerte fatal, un triste sino.

En el seno de las aguas tranquilas
le acechaba la muerte
que se acerca con clamor orgulloso
abatiendo a su presa.
Los amigos del joven lo están viendo,
sangran sus corazones,
han perdido al amigo, están llorando,

escuchad su lamento.

Mas ¡qué gozosa, qué bella es la muerte
si fluyen tales lágrimas,
si el llanto anega unos ojos serenos
en los que ríe el cielo!
En el día que se cierren mis ojos,
qué grande mi ventura,
si en torno a mí los amigos reunidos
lloran mi triste suerte.

Los últimos versos se referían al hecho de que una bella muchacha, que era pariente cercana del ahogado y cuyo hermano había estado bañándose con él, salió corriendo de la ciudad al oír la noticia del desgraciado accidente y, en medio de la multitud que estaba junto al río, no pudo contener las lágrimas, lo que Anton Reiser percibió con emoción, hasta tal punto que casi tuvo envidia de aquel muerto, que hacía verter tales lágrimas.

El propio Reiser también había ido al río con la intención de bañarse y cuando llegó allí, acababa de ahogarse el joven, cuyo compañero ni siquiera se había acabado de vestir aún. Vio después cómo los espectadores, indiferentes y faltos de interés, se congregaban poco a poco, vio sacar del agua el cuerpo del joven, que él había conocido muy bien a través de Philipp Reiser, y vio aplicar sin éxito todos los medios para reanimarlo: todo ello le impresionó tanto que la poesía que escribió sobre lo sucedido contenía una cierta verdad en la expresión, distinguiéndose muy claramente por ello de la poesía a la muerte del joven Marquard.

Esa poesía, salvo algunas asperezas, halló el beneplácito de Philipp Reiser, lo cual fue tal estímulo para Anton Reiser que desde entonces, ya sin motivo especial, trató de ganarse las alabanzas del amigo escribiendo composiciones propias en prosa y en verso.

Pero los ensayos y las poesías sin un motivo propiamente dicho nunca acababan de resultarle bien: durante quince días trabajó denodadamente sobre un tema que se había propuesto tratar poéticamente; era una comparación entre el hombre mundano, cuya esperanza acaba en esta vida

terrenal, y el cristiano, que espera con alegría una vida futura más allá de la tumba. Tal idea provenía de su lectura de los *Pensamientos Nocturnos* de Young, y como no le interesaba el tema de los versos y no tenía otro motivo para escribir poesías que su afición y el deseo de que su amigo le alabara, lo primero que le vino a la mente fue el resultado de su lectura de los *Pensamientos Nocturnos* de Young, al que dio un giro bastante razonable al hacer disfrutar a su hombre cristiano de todos los placeres lícitos del hombre mundano, pero dándole al mismo tiempo, como ventaja, la alegre perspectiva de la eternidad, y así, comparado con el hombre mundano, el cristiano salía ganando en todos los aspectos. De esa idea, buena en sí pero afectada y rebuscada, salió la siguiente poesía, que no fue del agrado de Philipp Reiser y con la que él tampoco llegó a estar contento nunca, pese al trabajo que le había costado:

EL HOMBRE MUNDANO Y EL CRISTIANO

Caminando por prados florecientes
marchaban un cristiano y un mundano.
Donde fluyen arroyos placenteros
gozaban ambos de dulces placeres.

Cuerdo y prudente gozaba el mundano
la vida, por eterna la tenía.
No llegaba su espíritu a elevarse
sobre el yo, sobre el mundo y sobre el tiempo.

Sensato disfrutaba las delicias
de una naturaleza generosa:
los prados le sonríen y sus flores,
temprana para él la aurora brilla.

Aquellos nobles goces terrenales
el cristiano tampoco rechazó;
y no siendo el dolor su único anhelo,

disfrutó los placeres del mundano.

Mas con esta pequeña diferencia:
para él los placeres comenzaban
cuando el otro de su breve placer
el final espantoso aguardaba.

Así pues, aquel verano fue para Anton Reiser un verano poético. Sus lecturas, junto con la impresión que le causaba entonces la hermosura de la naturaleza, producían un maravilloso efecto en su alma: por dondequiera que iba, todo le parecía tener un aspecto mágico y romántico.

Por otra parte, a pesar de su intensa relación con Reiser, amaba por encima de todo los paseos solitarios. Y más allá de la Puerta Nueva de Hannover, el paseo por el prado a lo largo del río en dirección a la cascada era especialmente propicio para sus ideas románticas.

El silencio solemne que reinaba a la hora del mediodía en aquel prado; las altas encinas, aisladas y dispersas aquí y allá, que, tal como allí estaban, a pleno sol, proyectaban su sombra sobre la hierba del prado; un bosquecillo bajo, en el que se oía, invisible, el rumor de la cercana cascada; en la otra orilla del río el ameno bosque por el que había paseado con Reiser al amanecer. A lo lejos, rebaños que pacían; y la ciudad con sus cuatro torres y la muralla circundante, plantada de árboles, como una imagen panorámica. El conjunto de todo aquello le ponía en ese estado de ánimo, maravillado, que se tiene cuando se vive la intensa experiencia de estar en ese momento preciso en ese lugar y en ningún otro, de ser éste nuestro mundo real, en el que tantas veces pensamos como en una cosa solamente ideal.

Y a uno le viene la idea de que, cuando se leen novelas, las imágenes que se tienen de las regiones y lugares donde ocurren los hechos, se nos antojan tanto más fantásticas y maravillosas, cuanto más lejos las imaginamos. Y entonces nos vemos a nosotros mismos con todas las cosas grandes y pequeñas que nos rodean, en la imaginación —por ejemplo— de un habitante de Pekín, a quien todo lo nuestro le debe parecer igual de extraño y maravilloso, y el mundo real que nos rodea recibe mediante esa

idea un brillo inusitado que le da una apariencia tan extraña y maravillosa como si en ese instante hubiésemos viajado miles de millas para poderlo ver. La sensación de dilatación y limitación de nuestro ser queda reducida a un solo momento, y del sentimiento contradictorio que ello crea, surge ese extraño género de melancolía que se apodera de nosotros en tales instantes.

Reiser ya empezó por aquella época a meditar sobre esos fenómenos que le ocurrían, y a investigar cómo los objetos podían producir en él tales reacciones. Pero esas reacciones eran demasiado intensas como para reflexionar fríamente sobre ellas. Su intelecto tampoco estaba tan ejercitado ni tenía la pujanza suficiente como para clasificar debidamente las imágenes que iba creando la fantasía. A ello se añadía una cierta inercia y un dejarse llevar por lo agradable del placer, cosa que le impedía asimismo reflexionar.

A pesar de ello, desde el semestre anterior tenía la intención de escribir una composición sobre la afición a lo novelesco con la intención de que lo publicaran en el *Hannoversche Magazin*. A ese efecto, reunía ideas sin cesar, y tenía muchas ocasiones de hacerlo porque su propia experiencia se las proporcionaba a diario. Pero no conseguía escribir un artículo completo.

Tampoco llegaba a comprender entonces por qué aquellos altos árboles, que aislados y dispersos aquí y allá por el prado, proyectaban su sombra con el sol del mediodía, le hacían un efecto tan extraño y maravilloso. No caía en la cuenta de que era precisamente el hecho de que esos árboles estuviesen solos, a intervalos grandes e irregulares, lo que daba a aquel paraje el aspecto solemne y mayestático que siempre le causaba tan honda emoción. Cuando él paseaba bajo esos árboles solitarios, su propia soledad adquiría un carácter en cierto modo sagrado y venerable. Siempre que caminaba bajo aquellos árboles, volaba con el pensamiento a temas sublimes, moderaba el paso, inclinaba la cabeza, y todo su ser era más grave y solemne. Luego se perdía en el bosquecillo vecino y se sentaba a la sombra de un arbusto, donde, con el ruido de la cercana cascada, se entregaba a agradables fantasías o leía.

De este modo casi no pasaba día en que su fantasía no se alimentara con nuevas imágenes, del mundo real y del mundo ideal.

A todo ello vino a añadirse que aquel año se publicaron *Las desventuras del joven Werther*,[11] que influyeron en buena parte en todos sus sentimientos e ideas de entonces sobre la soledad, el gozo de la naturaleza, la vida patriarcal, sobre el hecho de que la vida es sueño, etc.

Le procuró el libro Philipp Reiser, a principios del verano, y a partir de entonces fue su lectura constante y no salió de su bolsillo. Todos los sentimientos que él había tenido aquella tarde gris, durante su paseo solitario, y que fueron el origen de la poesía a Philipp Reiser, volvió a vivirlos intensamente. Allí volvió a encontrar sus ideas de lo cercano y lo lejano, que quería incluir en su artículo sobre el amor a lo novelesco. Encontró allí la continuación de sus meditaciones sobre la vida y la existencia. «¿Quién puede decir "Eso existe", si todo pasa con la velocidad del rayo?». Ése era justamente el pensamiento que ya desde hacía tiempo le venía presentando su propia existencia como ilusión, sueño y artificio.

Pero los sufrimientos propiamente dichos de Werther, él no podía comprenderlos. Le costaba bastante esfuerzo identificarse con las penas de amor: tenía que violentarse para ponerse en esa situación y sentir emoción. Pues quien amaba y era amado se le antojaba un ser extraño, completamente distinto de él, puesto que a él le parecía imposible verse a sí mismo en ningún momento como objeto del amor de una mujer. Cuando Werther hablaba de su amor, era casi igual que cuando Philipp Reiser le hablaba, a veces durante horas enteras, de los lentos progresos que había hecho en el corazón de su amada.

Pero lo que conquistó el corazón de Reiser fueron las reflexiones generales sobre la vida y la existencia, sobre lo engañoso de las aspiraciones humanas, sobre lo estéril de los afanes de este mundo, las descripciones, tan vivas y auténticas, de diversas escenas de la naturaleza y las consideraciones sobre la vida y el destino del hombre.

El pasaje en que Werther compara la vida con un teatro de marionetas en que los muñecos se mueven llevados por unos hilos, y él también se mueve así o, mejor dicho, es movido así, y, al coger a su vecino por la mano de madera, retrocede espantado, le hizo recordar a Reiser una sensación parecida que él había tenido muchas veces cuando daba la mano a alguien. Al ser una práctica diaria, al final se olvida que se tiene un cuerpo sometido

a las leyes de la destrucción del mundo material, como cualquier trozo de madera que cortemos con la sierra o con el hacha, y que ese cuerpo se mueve obedeciendo a unas leyes, como cualquier otra máquina material construida por los hombres. Esa condición de destructibilidad y materialidad de nuestro cuerpo sólo se nos hace evidente en ciertas ocasiones y nos lleva a asustarnos de nosotros mismos, al notar que creíamos ser algo que no somos realmente y que en lugar de eso somos algo que nos horroriza ser. Al dar a otro la mano y ver y tocar solamente su cuerpo, sin tener idea alguna de sus pensamientos, percibimos el concepto de materialidad con más nitidez que cuando observamos nuestro propio cuerpo; pues éste no podemos separarlo tan fácilmente de los pensamientos con los que lo imaginamos y que hacen que nos olvidemos de él.

Pero nada vivió Reiser con más intensidad que cuando Werther cuenta que su existencia al lado de Lotte, fría y desprovista de alegría, lo mantenía atrapado con atroz frialdad. Eso mismo fue lo que sintió Reiser cuando, yendo una vez por la calle, deseó escapar de sí mismo y no pudo, y sintió repentinamente toda la carga de la existencia, con la que hay que levantarse y acostarse un día y todos los días. Esa idea también le resultó entonces insoportable y le llevó inmediatamente hasta el río en el que quiso arrojar la carga insoportable de esta desdichada existencia, y en el que todavía no se había parado su reloj.

En resumen: en el *Werther*, salvo en el tema del amor, Reiser creyó encontrarse a sí mismo con todas sus ideas y todos sus sentimientos. «Que este librito sea tu amigo, si tú, por fatalidad o por propia culpa, no encuentras otro más cercano». En esas palabras pensaba siempre que sacaba el libro del bolsillo: en su opinión, le iban a él como anillo al dedo. Pues creía que, en su caso particular, el hecho de que estuviese tan solo en el mundo se debía, en parte a la fatalidad y en parte a la propia culpa; y de la manera que hablaba con aquel libro, él no podía hablar ni siquiera con su amigo.

Bajo un cielo sereno y con su *Werther* en el bolsillo, paseaba casi a diario a la orilla del río, por el prado de los árboles solitarios, en dirección al bosquecillo en el que se encontraba como en casa, y se sentaba bajo un arbusto verde que formaba sobre él una especie de cenador. Como iba tantas

veces a aquel lugar, acabó tomándole tanto cariño como al lugar situado junto al riachuelo. Y de esa manera, si hacía buen tiempo, vivía más en plena naturaleza que en casa, pues pasaba casi todo el día leyendo el *Werther* bajo el arbusto verde y después, junto al riachuelo, a Virgilio o a Horacio.

Por otra parte, la lectura del *Werther*, tantas veces repetida, le hizo retroceder mucho en cuanto a estilo y rendimiento intelectual, porque a fuerza de releerlos, los giros e incluso las ideas de aquel escritor acabaron siéndole tan familiares que muchas veces los tomaba por suyos e incluso varios años más tarde, en los ensayos que escribía, tenía que luchar con reminiscencias del *Werther*, lo que también les sucedió a diversos escritores jóvenes que se formaron a partir de entonces. No obstante, con la lectura del *Werther* le sucedía como con la lectura de Shakespeare: que siempre que lo leía se sentía elevado por encima de su situación material. El intenso sentimiento de su existencia aislada, al considerarse un ser en el que se reflejan, como en un espejo, el cielo y la tierra, ya no le permitía verse, orgulloso de su condición humana, como esa criatura insignificante y despreciada por la que se tenía a los ojos de otros hombres. ¿Qué tiene, pues, de extraño que su alma entera deseara ardientemente una lectura que, siempre que la saboreaba, le devolvía a sí mismo su propio ser?

En aquella época surgió la nueva generación de poetas, en la que Bürger, Hölty, Voss, los Stollberg, etc., iniciaron la publicación de sus poesías en los almanaques literarios que habían empezado por aquel entonces. El *Almanaque de las musas* de aquel año contenía sobre todo excelentes poesías de Bürger, Hölty, Voss, etc.

Las dos baladas, *Lenore* de Bürger y *Adelstan*,[12] de Hölty, Reiser las aprendió de memoria nada más leerlas, y esas dos baladas aprendidas de memoria le fueron después de gran utilidad, en sus muchos viajes a pie. Ya en aquel entonces, reunía hacia el anochecer un grupo de gente en torno a él, o bien en la casa donde vivía, o en casa de su primo el peluquero, y recitaba *Lenore* o *Adelstan y Röschen*, y de esa manera compartía con los autores el placer de disfrutar los aplausos que recibían las obras de aquéllos; pues su buena disposición le hacía oír con ellos esos aplausos y deseaba que estuvieran en aquel mismo cenáculo. Pero la veneración que profesaba a los

autores de obras como *Las desventuras del joven Werther* o de algunas poesías del *Almanaque de las musas*, también empezó a desbordarse: mentalmente idolatraba a esas personas, y le habría parecido una gran ventura el verlos siquiera una vez con sus propios ojos. Y he aquí que Hölty vivía entonces en Hannover y un hermano suyo era condiscípulo de Reiser y le habría sido fácil ponerle en contacto con el poeta. Pero Reiser se conocía entonces tan mal a sí mismo que ni siquiera se atrevió a manifestarle ese deseo al hermano de Hölty y con una especie de amarga obstinación se negó esa felicidad que tenía tan cerca y tanto deseaba. Sin embargo, buscaba siempre la ocasión de hablar con el hermano de Hölty, y cualquier insignificancia que éste le contaba sobre el poeta, era importante para él: ¡y cuántas veces no envidió a aquel joven por ser el hermano de aquel a quien Reiser casi incluía entre los seres de una esfera superior, por poderle tratar familiarmente, siempre que quisiera, y conversar con él y hablarle de tú!

Esa exagerada veneración que Reiser sentía por poetas y escritores aumentó más que disminuyó con los años. No podía imaginarse dicha mayor que poder acceder algún día a aquellos círculos. Pues sólo en sueños se atrevía a concebir una dicha así.

Sus paseos se iban haciendo cada vez más interesantes. Salía con ideas que había sacado de la lectura y retornaba con ideas nuevas nacidas de la contemplación de la naturaleza. También volvió a hacer algunos intentos en el campo de la poesía, que sin embargo, giraban siempre en torno a conceptos generales y acusaban esa tendencia suya a la especulación, que seguía siendo su ocupación preferida.

Así, un día caminaba por el prado donde estaban los árboles dispersos acá y allá, y, en una especie de escala musical, sus ideas se elevaron hasta el concepto del infinito. De esa manera su especulación se transformó en una suerte de entusiasmo poético, al que se unió su ardiente deseo de conseguir la aprobación del amigo. Imaginaba el ideal de un sabio, de un hombre que tiene todas las ideas que tienen cabida en un mortal, y que sin embargo siempre siente en él un vacío que sólo puede llenar con la idea del infinito, y así compuso, violentándose un poco en el estilo, la siguiente poesía:

El alma del sabio

El alma del sabio en su vuelo
más allá de las nubes se eleva
siguiendo un impulso interior
que con fuerza la empuja hacia el cielo.
Aspira a llenar el vacío,
que hastiada ve dentro de sí,
sin tregua la verdad busca
que siempre se escapa, se escapa.

Medita, reflexiona,
contempla osada las legiones celestes,
la bóveda infinita del mundo,
mas todo es vacío, frustración.

Quien tanto de sí misma huyó,
se atreve a pensarse a sí misma,
se atreve a contemplar su ser,
y ve que no le satisface.

Entonces con vuelo de águila
el alma del sabio se eleva
a ti, el amado de todos,
y a ti te pensó, a su Dios, Jehová.

Y ahora siente cómo el amplio vacío
se ha llenado de felicidad,
y flota en un mar de alegría,
porque ahora descansa en su Dios.

Del mismo modo que había introducido forzadamente en una poesía el concepto de Dios, trató también de poner en verso el concepto de mundo.

Así, toda su poesía acababa refiriéndose a conceptos generales. A lo que nunca le llevaba su afición era a describir detalladamente la naturaleza, dentro y fuera del hombre. Ahora, su fuerza imaginativa se empeñaba constantemente en revestir de imágenes poéticas los grandes conceptos de mundo, Dios, vida, existencia, etc., que ya había tratado de abarcar con el entendimiento. Y tales imágenes poéticas eran siempre el espectáculo grandioso de la naturaleza, como las nubes, el mar, el sol, las estrellas, etc.

La poesía sobre el mundo era mucho más especulación que poesía y por eso se convirtió en lo más forzado que pueda imaginarse. Empezaba así:

El hombre procede del polvo
y su mundo con él.
De la tumba es el hombre la presa
y su mundo con él.

Philipp Reiser criticó toda esa poesía, a excepción de los siguientes versos que le parecieron aceptables:

Oro amontona aquél, tal es su mundo,
y aquel otro laureles;
y todos tienen el mayor placer
en el juego que inventaron.

La imaginación de Reiser porfiaba ahora con su intelecto; quería invadir siempre el terreno de éste y envolver en imágenes los conceptos más abstractos. Para Reiser, aquello era a menudo un estado angustioso y torturante. Y en un estado así había escrito la poesía sobre el mundo, que no era ni especulación propiamente dicha ni poesía sino un malogrado producto híbrido de ambas.

Cuando el tiempo se metió en lluvia durante una temporada, no por ello renunció Reiser a su vida solitaria y poética. Se encerraba en su pequeña habitación, donde arregló para él, lo mejor que pudo, un clavicordio viejo y ruinoso, y lo afinó con muchísimo trabajo. Y desde entonces pasaba casi todo el día sentado ante el instrumento y, como sabía leer la notación musical, aprendió a cantar y a tocar él solo casi todas las arias de *La caza*,

de *La muerte de Abel*, etc. Alternando con eso leyó varias veces de un cabo a otro el *Tom Jones* de Fielding y las *Poesías*[13] de Haller y pasó unas semanas casi tan placenteras en aquella soledad como las que pasó estudiando filosofía en el desván de su casa anterior. Las poesías de Haller se las sabía casi de memoria.

Allí fue a verle una tarde Philipp Reiser y le pidió que escribiera la letra de una coral, que él pondría después en música. Ese encargo era para Reiser tan honroso y halagüeño que, nada más quedarse solo, puso manos a la obra, y, marcando siempre en el clavicordio un acorde en los intervalos, hizo en menos de una hora los siguientes versos:

Grande es el Señor: ¡Desciende y adora
y envía, poderosa, excelsos cantos
al ser que te creó, naturaleza!
¡Al Creador del mundo alabad, oh vientos,
anunciadlo, silenciosos abismos,
los campos perfumad, flores del prado!

¡Resuene el trueno, oh nubes, en Su honor!
¡Levantad vuestra voz para alabarle,
cuevas y grutas, riscos y peñascos,
y que suenen los cantos de alabanza
para gloria de Dios, vuestro Creador!

Que todo lo que vive, lo que piensa,
cante un himno de amor, de gratitud
y alabe a Dios con voces de alegría.
Al Creador del hombre y de las cosas
un cántico incesante ha de elevar
lo que Él mismo eligió para existir.

Philipp Reiser, en efecto, puso música a estos versos que fueron cantados realmente en el coro sin que nadie supiese el nombre del autor. Esa nueva composición tuvo mucho éxito y a todos les gustaba mucho, sobre todo la letra. No halagaba poco a Anton Reiser oír cómo sus compañeros, que tanto

le despreciaban, cantaban un texto escrito por él, y cómo lo alababan. Pero no dijo a nadie que los versos eran suyos, sino que prefirió disfrutar a solas el callado triunfo que le procuraba aquel aplauso no buscado. Pues eran sus propios pensamientos los que ahora, cada una de las muchas veces que se cantaba la nueva composición, ocupaban la atención de la serie de personas que cantaban, y de otras que escuchaban: si hay una cosa capaz de dar pábulo a la vanidad de alguien que hace versos es el hecho de que sus pensamientos y su lenguaje se consideren dignos de ser puestos en música. Cada palabra parece entonces como si adquiriese un valor superior. Y la sensación que asaltaba a Anton Reiser cuando oía cantar sus arias puede que ya la haya experimentado en el interior de su alma todo aquel que haya oído ejecutar con todas las voces y ante un número considerable de espectadores su propia composición. Se tienen ejemplos actuales de enormes explosiones de vanidad que tales éxitos han producido en ciertas personas.

El triunfo de Anton Reiser no duró mucho tiempo; pues tan pronto se supo quién era el autor de los versos, empezaron a sacar a éstos toda clase de faltas, y algunos de los alumnos del coro que habían leído poesías de Kleist, llegaron a afirmar que estaban copiados de Kleist. Puede, en efecto, que hubiera ciertas reminiscencias, pero el último pensamiento sobre lo que Dios ha elegido para existir, giraba otra vez en torno a las especulaciones metafísicas de Reiser sobre en qué medida sólo se puede atribuir existencia propiamente dicha a las criaturas dotadas de vida y raciocinio. A Philipp Reiser le pareció bien la poesía, a excepción de lo de la naturaleza que ha de arrodillarse ante Dios como una dama: imagen que censuró por demasiado atrevida.

Así que mientras Philipp Reiser hacía clavicordios para poder vivir, Anton Reiser se dedicaba a hacer versos, sobre los que su amigo tenía que dar un juicio crítico, pues como nunca había intentado versificar tampoco podía verle como un rival, al contrario, a veces le daba un tema para tratarlo poéticamente, como cuando en una ocasión le pidió que, en su nombre, cantara el estado de Philipp Reiser, sus penas de amor, su trabajosa ascensión y su caída. Y sin que entonces se dirigieran a la luna tantos

suspiros y quejas de enamorado como más tarde, en *Siegwart*,[14] y en numerosos poemas, Reiser empezó así su canto:

¿Qué me miras con ojos compasivos
luna suave y callada, desde el cielo?
¿Tal vez sabes las penas de mi alma
que mi voz puede apenas expresar?, etc.

Y luego, en uno de los versos siguientes, refiriéndose al estado de Reiser:

Quisiera muchas veces levantarme
y vuelvo sin más fuerzas a caer,
sintiendo tembloroso y dolorido
mi triste sino, mi angustiosa suerte.

En medio de toda esta actividad, Reiser no dejaba de asistir a las clases del colegio, donde el nuevo director, que, como ya se ha dicho, pese a una cierta pedantería, era en el fondo una persona de gusto y de gran saber, organizaba ejercicios de declamación que fomentaban el amor propio de Reiser.

Pero quien quería recitar en público, tenía que poseer cuando menos una buena prenda de vestir, y Reiser no tenía ninguna, pues aparte del traje confeccionado con el paño gris que usan los sirvientes, sólo tenía una vieja casaca, y no se atrevía a presentarse en público con ninguna de ambas prendas. Su pobre atuendo fue, pues, el que de nuevo se le atravesó en el camino y le quitó el valor.

Pero por fin, también desapareció ese obstáculo cuando el príncipe le concedió otra vez dinero en cantidad suficiente para que le compraran un buen traje.

Y a partir de entonces todos sus pensamientos, todos sus esfuerzos tenían una sola meta: escribir una poesía que le pareciera digna de ser recitada en público.

Sin embargo, no era en absoluto habitual que se recitaran poesías de creación propia, sino que cada uno copiaba un poema del libro que fuese y al recitarlo tenía el papel delante o se lo daba al director, que lo iba leyendo.

Pero Reiser se había propuesto componer la primera poesía que recitase. Mas no acababa de encontrar un tema apropiado. Lo que deseaba ante todo era trabajar sobre un tema que le permitiese lucirse en la declamación.

Y he aquí que, paseando una hermosa noche por la muralla a la clara luz de la luna, sumido en sus reflexiones sobre ese asunto, le vino a la mente una poesía contra los ateos, que unos años antes, debido al estilo declamatorio que en ella imperaba, había aprendido casi de memoria, pero que ahora le pareció muy insípida en lo conceptual. No obstante, en aquel momento vio el tema con tal claridad que dio una vuelta más a la muralla y al acabar el paseo tenía en la cabeza, ya terminada, la poesía sobre *El ateo*.

Sus pensamientos habían tomado un rumbo propio, muy distinto de la trivialidad de la poesía que él sabía de memoria. Se imaginaba al ateo como esclavo del vendaval, del trueno, de los elementos desencadenados, de la enfermedad y la putrefacción, es decir, como esclavo de todos los seres inanimados desprovistos de razón, que son más fuertes que él y que le dominan porque no quiere venerar al Espíritu lleno de eterna clemencia. En aquella ocasión, cuando Reiser sólo estaba tratando de componer y de recitar una poesía, la necesidad de creer en un Dios apareció en su alma con tal intensidad que sintió una especie de justa indignación contra quien quería privarle de ese consuelo, y pudo mantenerse en aquel estado de inspiración hasta haber concluido su poesía, la cual empezaba y terminaba con el alegre convencimiento de la existencia de una causa razonable de todas las cosas que son y que suceden. Y pese a todas sus asperezas y a la expresión muchas veces afectada, la poesía expresaba un conjunto de sentimientos que Reiser no había conseguido poner por escrito hasta entonces. Por eso no será superfluo transcribir esa poesía en esta mirada retrospectiva, aunque por sí misma no merezca ser conservada:

EL ATEO

Existe un Dios: ¡Qué dicha! Al padre de mis días,
le debo mi destino: Él me asigna las penas
y las alegrías; Él sabe los dolores

que aquí voy a sufrir: ¡no llores, corazón!

Cuando nace la aurora de la oscura noche,
suene alegre tu canto a su eterno Creador;
cuando ruge el trueno en la oquedad de las nubes
suene alegre tu canto a su eterno Creador.

Día y noche, alma mía, alégrate en tu Dios;
alaba a tu Señor; pensar en Él es dicha,
y tormento infernal, vivir y pensar sin Dios;
y mirar en tu alma causa eterno dolor.

Tú que dudas de si habita un dios en el cielo,
aparta de tu pecho, insensato, la duda
que sólo mil tormentos te aporta, y el infierno:
y creyendo en Dios ¡siente gozo celestial!

¿No puedes, no quieres ver en ese Dios que es bueno,
que te da la gracia eterna, a tu Señor?
¡Sea! Serán entonces las penas que te angustian,
la furia de los elementos, tus señores.

Cuando brama en el cielo la negra tormenta,
cuando allá ruge el mar, acá la tumba abierta,
¡prostérnate, impío, pues ésos son los dioses
que tú, que te crees sabio, creaste en tu locura!

Y cuando surja, atroz, la Enfermedad, para helar
tu corazón, y muestre risueña la Muerte
la atrocidad de la tumba, cae de rodillas
y adórala: es tu Dios, la corrupción.

Desciende después a la tumba, uniendo al polvo
el alma, que en ti mismo tu delirio ya enterró,
y así en poder quedas de la nada eterna,

tú, a quien Dios como criatura pensante creó.

Sin conocer a Dios, el mundo es un infierno,
el hombre es sólo un sueño, todo el resto delirio,
pero si crees en Dios, la claridad te inunda
y tu alma, poderosa, hasta el cielo se eleva.

Su alma estaba realmente estremecida con las emociones tan diversas que sintió durante el tiempo que tardó en componer esta poesía: lleno de espanto y horror retrocedía tembloroso ante el horrible abismo del ciego azar, al borde del cual ya se encontraba, y, con toda su mente y todo su corazón, se identificaba con la consoladora idea de que existía un ser bondadoso que todo lo gobernaba y dirigía.

Como esta poesía también encontró la completa aprobación de su amigo, se la aprendió de memoria y se propuso recitarla el primer día de la semana en que hubiese ejercicio de declamación.

Apareció en aquella ocasión con su traje recién comprado, que le sentaba muy bien y era el primer traje elegante que llevaba en su vida, lo cual no era circunstancia poco relevante para él. El traje nuevo, con el que se veía por fin al nivel de sus compañeros, de los que tanto tiempo se distinguiera por su pobre vestimenta, le hizo cobrar ánimos y confianza en sí mismo. Y lo que era más curioso, le pareció que también así se ganaba el respeto de otras personas que ahora hablaban con él por primera vez, porque antes no le habían prestado la menor atención.

Y cuando por fin apareció en la misma sala en que había sido tanto tiempo objeto del menosprecio general, y se instaló ante la cátedra frente a sus compañeros para recitar la poesía compuesta por él, su ánimo abatido se enderezó por primera vez y otra vez concibió su pecho esperanzas y perspectivas de futuro.

Había dado al director una copia de la poesía, para que la leyera, y aquél se la devolvió sin que Reiser cayese en la tentación de decirle que él era el autor. Le bastaba con saberlo él, en su fuero interno, y le gustó que sus condiscípulos le preguntasen de dónde era la poesía que había recitado, dándoles él entonces el nombre de un poeta del que dijo haberla copiado.

Reiser le pidió al director que le permitiese hacer otra recitación a la semana siguiente y, habiéndoselo concedido el director, cambió un poco la poesía dirigida a Philipp Reiser:

A ti, amigo, quiero contar mi dolor

y le dio el título de *La melancolía*. Ahora, la poesía empezaba así:

De mi alma quiero contar el dolor:
¡Si pudieseis, palabras, expresarlo!
¡Oh, sí, decidlo, y calmad mi tormento!

La última estrofa

¿A quién le debo esta existencia mía?
¿Quién le pone esos estrechos límites?
¿De qué profundo caos ha emergido?
¿En qué noches atroces se sumerge
cuando la mano fuerte del destino
me llama, férrea, a la puerta de la muerte?

la declamó con apasionado énfasis, expresado en la voz y en los ademanes, y, cuando hubo acabado, permaneció un momento inmóvil con el brazo en alto, como una imagen de su horrible, perpetua y no resuelta duda.

Cuando el director le devolvió el texto de la poesía, le dio a entender que estaba satisfecho con su declamación y le dijo al mismo tiempo que las dos poesías que había recitado estaban muy bien elegidas.

Eso ya fue demasiado para que Reiser siguiese resistiendo a la tentación de revelarle al director que las poesías eran suyas y de recibir por su trabajo el aplauso que hasta ahora sólo iba dirigido a la buena selección que había hecho.

Sin embargo, siguió guardando silencio y esperó unos días hasta que tuvo que ir de todos modos al director para entregarle una composición latina que tenía que escribir todas las semanas, al igual que sus compañeros,

para mejorar el estilo. Y aprovechando la ocasión le entregó al director una copia de las dos poesías que había recitado diciéndole que él era su autor.

El semblante del director, que le había estado mirando antes con bastante indiferencia, se iluminó visiblemente al oírle decir eso, y desde aquel instante aquel hombre pareció ser amigo suyo: se puso a conversar con él sobre el arte de versificar, le preguntó por sus lecturas, y Reiser regresó a casa con el corazón alegre por lo bien que habían sido acogidas sus poesías.

Al día siguiente le comunicó a Philipp Reiser su buena fortuna, y éste se alegró sinceramente de que por fin dejasen de ser tan ciegos con él y de que tal vez le esperasen días más felices.

Sucedió que el lunes siguiente por la mañana Reiser llegó un poco tarde a la primera clase que impartía el director, en la que éste, sin decir nombres, solía dar públicamente un juicio crítico sobre las composiciones latinas. Y cuando entraba en el aula, oyó cómo el director, que estaba sentado ante la cátedra, leía el comienzo de su poesía, *El ateo*, y hacía una crítica de ella verso por verso. Reiser no daba crédito a sus oídos cuando lo oyó; nada más entrar, todos los ojos se dirigieron a él, pues esa crítica pública era la primera en su género.

El director unió a su crítica tanta alabanza y tantas palabras estimulantes y en su conjunto se mostró tan complacido con las dos poesías recitadas por Reiser que éste se ganó desde aquel día el respeto de sus condiscípulos, que tanto tiempo se habían mofado de él, y así empezó una nueva época de su vida.

Su fama de poeta pronto se propagó por la ciudad. De todas partes le llegaban encargos de escribir poesías para determinadas ocasiones, y todos sus compañeros querían que les diera lecciones de poesía y que les enseñara el secreto de cómo se hacen versos. Y también le llevaron al director tantos versos a su casa que acabó prohibiéndolo; tampoco volvió nunca a dar su juicio en público sobre versos de nadie.

Lo que más alegraba a Reiser de todo aquello era el progreso evidente que creía haber hecho en la educación del gusto, puesto que un año atrás la poesía sobre los ateos, que ahora le parecía tan insípida, todavía le gustó tanto que le pareció que valía la pena aprenderla de memoria. Pero aquel

año, la lectura de Shakespeare, del *Werther* y de las numerosas y excelentes poesías de los nuevos *Almanaques de las musas* se habían unido en él a la filosofía de Wolff, añadiéndose también la soledad y el goce callado y tranquilo de la naturaleza, con lo que a veces su espíritu se refinaba más en un día que antes en un año. Otra vez empezó a destacar, y quienes habían creído que nunca llegaría a nada, empezaron a pensar que acaso podría llegar lejos en la vida.

Aunque ahora su vida había tomado un giro más favorable, Reiser siguió teniendo aquel humor melancólico suyo en el que se complacía de modo especial; e incluso el mismo día en que recibió el inesperado honor de que sus poesías fuesen comentadas en público, paseó por la tarde, solo y melancólico, con un tiempo lluvioso y gris, en torno a la muralla. Y al caer la noche quiso ir a casa de Philipp Reiser para participarle su buena suerte. Cuando llegó, no le encontró en casa, y todo le parecía tan desierto, tan desprovisto de vida. Su buena suerte, el hecho de haberse ganado hasta cierto punto el respeto de las personas de su entorno inmediato, no le producía verdadera alegría porque no le podía contar nada de ello a su amigo.

Y cuando regresaba a casa lleno de tristeza, iba reflexionando sobre la idea del no-encontrar-en-casa, de tener que regresar lleno de pesadumbre cuando había querido contar sus penas a su amigo, y ello le llevó a concebir la horrible idea de que lo había encontrado muerto y ahora hasta maldecía desesperado de su dicha por haber perdido la mayor dicha de este mundo, un amigo fiel.

Ése fue el origen de los siguientes versos, que escribió cuando llegó a casa:

Fui a buscar a mi amigo
por contarle mis penas,
mas no le hallé.
Regresé contristado,
con el alma apenada
a mi choza.

Fui a buscar a mi amigo
por contarle mi júbilo
mas no le hallé.
Mi tristeza fue tanta
como fuera mi gozo
y en silencio me fui.

Fui a buscar a mi amigo
por contarle mi dicha
y muerto lo hallé.
Maldije de mi dicha
e hice un juramento:
mientras lloren lágrimas mis ojos
lloraré a ese amigo
pues un amigo tenía: y era él.

Por aquel tiempo, a través del hijo de Winter, el maestro de coro, conoció a un personaje muy interesante, al vinagrero-filósofo, que aquél quería presentarle desde hacía ya seis meses, sin haber tenido hasta entonces ocasión de hacerlo.

Así pues, Winter fue a buscarle una tarde, y Reiser se prometía mucho de aquella visita. Por el camino, Winter le explicó cómo tenía que comportarse en presencia del vinagrero: no tenía que decir buenas tardes ni, al marcharse, buenas noches. Llegaron luego a la larga Osterstrasse, jalonada de casas antiguas, pasaron el gran portalón y a través de un largo patio llegaron a la fábrica de vinagre, donde, en la parte de atrás, el vinagrero tenía su zona propia, en la que, en una vasta pieza siempre caldeada, había muchas filas de toneles que formaban una especie de largos pasillos por donde era fácil perderse. Cuando se hablaba en aquel lugar, las palabras tenían un eco apagado. Como no se veía a nadie, Winter empezó a gritar: «*Ubi*?». Y una voz respondió a lo lejos: «*Hic*!». Tras lo cual, pasaron a la fábrica propiamente dicha, contigua a la pieza de los toneles, y el vinagrero, en camisa blanca y delantal azul, con las mangas arremangadas, estaba junto a la ventana escribiendo. Dijo que enseguida terminaba, y

luego le dio a Winter un papel en el que había unos versos latinos que acababa de componer para él.

El vinagrero parecía tener unos treinta años. En cada movimiento de sus músculos, en la centelleante mirada de sus ojos, parecía manifestarse una energía contenida. Nada más verle, Reiser sintió un inmenso respeto por él. Sin embargo, el vinagrero parecía no prestarle la menor atención, sino que conversaba con Winter sobre nuevas publicaciones de música y sobre otros temas, y en todo ello no habló sino en bajo alemán, expresándose sin embargo con tal corrección y elegancia que hasta el dialecto más tosco adquiría en su boca un cierto encanto, por lo cual, cuando hablaba, se estaba pendiente de sus labios con placer y admiración, como Reiser tuvo ocasión de comprobar muchas veces siempre que el vinagrero enseñaba filosofía rodeado de sus toneles.

Como ya hacía bastante frío en aquella tarde de otoño, el vinagrero llevó a sus dos huéspedes a su bien caldeado salón de honor, donde estaban las largas filas de toneles y donde les ofreció una especie de cerveza dulce y muy sabrosa, y la conversación se hizo más general. Y cuando hablaron de un conocido común, un viejo, que era un tipo muy raro y divertido, el vinagrero, con el humor de un Sterne,[15] empezó a describir el carácter de aquel hombre con todos los pormenores. Después de eso, leyó algo del *Tom Jones*, con tal intensidad y con una declamación tan auténtica y perfecta que Reiser apenas hubiese podido encontrar mejor manera de pasar el tiempo y al marcharse, no sabía cómo decirle al joven Winter cuánto le había alegrado conocer a aquel hombre.

A partir de entonces iba a ver al vinagrero casi todas las tardes, o en compañía de Winter o solo, y cuando, sentados en sus taburetes de madera junto a la estufa caliente, leían el *Tom Jones* o describían caracteres a la luz de la lámpara que colgaba entre los toneles, él se sentía tan feliz y contento como nunca lo había estado antes excepto en compañía de Philipp Reiser. El trato con el vinagrero le daba fortaleza y le elevaba el espíritu, siempre que pensaba que una persona de tanto saber y tanta capacidad aceptaba su destino con tal paciencia y entereza, un destino que le mantenía totalmente apartado de todo contacto con los ambientes más refinados y con el alimento espiritual que tal contacto le habría procurado. Y cuando pensaba

que un hombre de esa talla vivía escondido y en la sombra, a Reiser se le hacía más patente su valor: al igual que una luz parece brillar más en la oscuridad que cuando pierde su resplandor entre una profusión de luces.

Como vinagrero, K… —así se llamaba— era realmente un gran hombre; como erudito, también lo hubiera sido tal vez, sólo que en menor medida. Pues sin esa lucha con su destino, no habría podido acendrarse hasta ese punto aquella sublime y paciente fortaleza interior. No existía seguramente una virtud filantrópica, posible de practicar en su situación, que él no hubiese practicado.

De lo que ganaba con el sudor de su frente ahorraba siempre lo bastante para invitar a cenar a su casa a algunos jóvenes, a cuya formación contribuía —eso era el gran placer de su vida— y a dar después a veces un paseo, durante el cual se complacía en pagar todo lo que consumían. También ayudaba a una familia pobre con una moneda diaria de diez peniques, que él se quitaba de lo poco que ganaba, pues en el fondo, él sólo era un mozo en aquella fábrica de vinagre, y el maestro era un primo suyo, un hombre viejo y caduco, para quien trabajaba.

Winter y Philipp Reiser y el vinagrero eran ahora las personas con quienes Reiser prefería tratar, sumándose a ellos un joven que, animado por el ejemplo de Reiser, había tomado la determinación de estudiar, pese a la pobreza de sus padres. El vinagrero también procuró atraerlo a su círculo, para contribuir a su formación. Las conversaciones del vinagrero eran verdaderos coloquios socráticos, que él salpicaba muchas veces de las bromas más sutiles sobre la infantil insensatez o vanidad de sus jóvenes acompañantes.

Cuando se acercaba el invierno, Reiser recibió un estímulo que le infundió más ánimos que todo lo anterior. Y fue que el director le dio el honroso encargo de componer, para el cumpleaños de la reina de Inglaterra, que era en enero, un discurso en lengua alemana que también debía pronunciar durante los actos oficiales.

Ésa era la meta más alta y más brillante a que podía aspirar un alumno de aquel centro y a la que poquísimos llegaban. Pues, por lo general, los discursos en las fiestas de aniversario del rey y de la reina, eran pronunciados por jóvenes de la nobleza. Solían asistir al acto, junto a los

demás notables de la ciudad, el príncipe y los ministros, quienes, una vez concluido el discurso, deseaban buena suerte al joven que consideraban como la esperanza del Estado. Una escena que dejaba abatido a Reiser, cuando pensaba que él jamás en la vida llegaría a tener un papel tan brillante.

Y he aquí que, de pronto, habiendo sido objeto del desprecio y el rechazo general a comienzos de aquel mismo año, ahora, sin proponérselo él en absoluto, le encomendaban una labor tan deseable, a la que se dedicó inmediatamente con el mayor afán.

Se propuso redactar su discurso alemán en hexámetros. El director, por su parte, le había prestado las *Cartas sobre literatura*, recomendándole que las leyera cuidadosamente. Y he aquí que, entre otras cosas, tropezó en aquella obra con la reseña en que, por la mala calidad de los hexámetros, se criticaba la traducción de Zacheriä del *Paraíso perdido* de Milton; también había allí muchas cosas muy útiles sobre la estructura del hexámetro, sobre las cesuras, etc. Reiser lo comprendió bien y procuró a continuación pulir sus hexámetros con el mayor cuidado. Había días en que no avanzaba más de tres o cuatro versos. Luego se iba cada noche a casa de Philipp Reiser y sometía otra vez sus versos a la crítica de éste. También leían juntos todos los volúmenes de las *Cartas sobre literatura* y también reanudaron aquel invierno sus veladas de Shakespeare.

En noviembre, Reiser había terminado aproximadamente la mitad del discurso y se fue con ella al director, para que éste le diera un juicio crítico. El director le expresó su completa aprobación, pero al mismo tiempo le indicó que no podría pronunciar el discurso ante el público porque eso comportaba diversos gastos a los que Reiser no podría hacer frente. No hay trueno que hubiese lanzado por tierra a Reiser como lo hizo aquella noticia. Todas las brillantes perspectivas con que se había ilusionado mientras componía el discurso, acababan de desaparecer otra vez de golpe, y otra vez volvía a caer en la nada en que antes había estado sumido. El director trató de consolarlo, pero él se despidió del director apesadumbrado y pensando lleno de melancolía que estaba destinado a vivir una vida perpetuamente gris, y entonces le vinieron a la memoria los versos que había hecho para Philipp Reiser y que eran aplicables a su estado:

Quisiera muchas veces levantarme
y vuelvo sin más fuerzas a caer,
sintiendo tembloroso y angustiado
mi triste sino, mi penosa suerte.

Y cuando otro día cantó el coro el siguiente texto:

Te esfuerzas en ser más feliz,
y ves que te esfuerzas en vano

él también lo aplicó a su persona y se vio de pronto tan solo, tan despreciable, tan insignificante, que ni siquiera quiso decirle nada de sus nuevas cuitas a Philipp Reiser y prefirió no ir a verlo para no tener que hablar con él de su vida, que ahora empezaba otra vez a parecerle odiosa e indigna de que nadie se esforzara en reflexionar sobre ella.

Cuando se había torturado lo indecible, se puso a pensar si no habría quizás algún medio de conseguir lo que quería, y no había hecho sino empezar a reflexionar cuando dio con la solución. Sólo tuvo que ir a ver al pastor Marquard, que otra vez había empezado a esperanzarse con él, y pedirle que consiguiera del príncipe todo lo necesario para comprar un buen traje y también para costear los gastos que llevaba consigo el pronunciar aquel discurso. El pastor Marquard se mostró de acuerdo y deseó por anticipado mucho éxito a Reiser. Así que, de golpe, los problemas de Reiser estaban resueltos y él pudo terminar lleno de júbilo el ya comenzado discurso para pronunciarlo en el aniversario de la reina.

Pero como había empezado a hacer frío, ya no podía quedarse arriba en la bohardilla, sino que tenía que pasar las veladas abajo, en la sala común, y los soldados allí alojados y los dueños de la casa le instaban a que participara en los juegos con que entretenían las largas veladas invernales. Allí, durante gran parte de la tarde, hasta ya anochecido, apoyaba la cabeza en los azulejos de la estufa y componía su discurso. Había encontrado, además, un buen método para luchar contra la melancolía. Y era que cuando notaba que ésta empezaba a hacer presa de él, salía, ya oscurecido, en medio de la lluvia o de la nieve, y daba una vuelta en torno a la muralla,

y nunca dejó de ocurrir que, tan pronto empezaba a avanzar a paso rápido, le vinieran insensiblemente a la conciencia nuevas perspectivas y esperanzas, de entre las cuales, la más espléndida sin duda alguna estaba ya muy próxima. Durante aquellos paseos en torno a la muralla compuso los mejores pasajes de su discurso, y las dificultades en lo relativo a la estructura del verso, que cuando apoyaba la cabeza en la estufa, muchas veces le parecían insuperables, desaparecían allí por sí solas.

La muralla de Hannover era desde sus días infantiles el lugar preferido de sus fantasías más agradables e ideas más novelescas. Pues desde allí veía la ciudad, con sus edificios muy pegados unos a otros, y el campo abierto, con sus huertos, sembrados y prados, tan contiguos ambos terrenos y sin embargo tan enormemente distintos, que aquel contraste nunca dejaba de hacer un vivo efecto en su imaginación. Luego, le venían a la conciencia, vinculados al entorno de aquel lugar, que, por así decir, abarcaba dentro de su perímetro casi todo lo que le había sucedido en la vida, mil oscuros recuerdos del pasado, que al compararlos con su situación actual aportaban como más interés a su vida. Y sobre todo por la noche, cuando veía las luces dispersas aquí y allá en las habitaciones de las casas vecinas a la muralla, se producía en él ese efecto ya descrito.

Desde que había recitado las poesías, gozaba del respeto de casi todos sus condiscípulos. Eso era para él algo completamente inusitado, nunca le había ocurrido algo así: es más, apenas le parecía posible que pudiesen sentir estima por él. Después de todas las experiencias por las que había pasado se imaginaba que en él debía haber algo, inherente a su persona o a sus gestos y ademanes, que, mientras viviese, haría de él un ser ridículo y el blanco de todas las burlas. El tener conciencia de que le estimaban y respetaban aumentó su seguridad en sí mismo e hizo de él un ser diferente. Su mirada, su expresión, se transformaron. Podía fijar la vista con más osadía y cuando alguien quería reírse de él, le miraba directamente a los ojos hasta que le hacía perder el dominio de sí mismo.

De pronto, también cambió su situación material. Por recomendación del rector y del pastor Marquard, que ahora habían puesto en él grandes esperanzas, pronto pudo impartir tantas clases que de ellas le resultaron unos ingresos mensuales bastante considerables para sus necesidades de

entonces, aunque, siendo algo inusitado para él, no sabía administrarlos convenientemente.

Ninguno de sus compañeros ricos y considerados se avergonzaba ahora de tratarse con él y de irle a ver a su pobre alojamiento. Reiser también se vio editado aquel año, al escribir varias pequeñas felicitaciones de Año Nuevo en verso para un editor que imprimía y vendía ese género de saludos. Aunque no aparecía su nombre y nadie sabía que los versos eran suyos, sin embargo, siempre que miraba aquellas primeras rimas impresas salidas de su mano, sentía un placer inenarrable. Y cuando unos días antes de pronunciar el discurso vio, en un cartel escrito en latín, su nombre impreso al lado de los nombres de dos compañeros de familias muy distinguidas, y en ese cartel él se llamaba, efectivamente «Reiserus», el mismo nombre que le diera una vez el director anterior; y cuando le vino nítidamente a la conciencia el tiempo que había transcurrido entre la versión oral e impresa del nombre de «Reiserus», con todo lo que él, con culpa o sin ella, había sufrido, lloró lágrimas de gozo y de melancolía: pues un año antes, medio año antes, él no habría pensado ni en sueños que su vida iba a cambiar tan súbitamente de rumbo. Aquel cartel escrito en latín, con su nombre, estaba ahora expuesto públicamente en el tablón de anuncios que había delante del colegio y en las puertas de las iglesias, de forma que la gente que pasaba se paraba a leerlo.

Era costumbre que los jóvenes que pronunciaban discursos en tales ocasiones, invitasen unos días antes personalmente a los notables de la ciudad a asistir al acto. ¡Qué cambio tan grande había sucedido! Reiser, a quien hasta entonces sus propios condiscípulos, debido a su pobre vestimenta, ni siquiera se habían dignado hablar o acompañar por la calle, ahora, con el sombrero bajo el brazo y la espada al costado, se presentaba oficialmente ante el Príncipe y le invitaba a la celebración del cumpleaños de su hermana, la reina de Inglaterra. Y cuando hacía aquellas invitaciones, podía presentarse ante las más destacadas personalidades de la ciudad y todos le acogían con una gentileza que le elevaba el espíritu. Así pues, en un abrir y cerrar de ojos, y cuando ya había renunciado completamente a ello, Reiser había llegado a la meta más honrosa a que podía aspirar un estudiante de Hannover y a la que muy pocos llegaban.

Esa costumbre de dejar las invitaciones a cargo de los propios jóvenes tenía verdaderamente algo muy estimulante y es digna de imitación, en muchos aspectos. Gracias a aquellas invitaciones, durante un período de pocos días Reiser tuvo acceso a un mundo que hasta entonces era completamente desconocido para él. Habló cara a cara con ministros, consejeros, párrocos, sabios, en resumen, con personas de diversos estamentos a las que hasta entonces él sólo había mirado y admirado de lejos. Y todas esas personas se dignaron hablarle con mucha cortesía y le decían cosas agradables y alentadoras hasta tal punto que Reiser adquirió más seguridad en sí mismo en aquellos pocos días que antes a lo largo de años. También invitó al acto al poeta Hölty, aunque su contacto con él fue muy somero en aquella ocasión. Pues la timidez de Reiser sólo desaparecía si le daban pie a ello tratándole con cierta familiaridad, y ése no era el caso de Hölty, quien cuando hablaba por primera vez con un desconocido, siempre estaba un poco azorado. Ese azoramiento, Reiser lo interpretó como desprecio, un desprecio que le hirió tanto más cuanto mayor era la estima en que él tenía a Hölty, y por eso no se atrevió a volver a su casa.

Cuando terminaba su brillante actuación diurna, iba por la noche a casa del vinagrero, donde ya estaban Philipp Reiser y Winter y el otro joven a quien él había animado con su ejemplo a estudiar. Todos le recibían con los brazos abiertos, y él les hablaba de sus visitas y de los personajes que había conocido, compartiendo así con ellos la alegría que le causaba su situación actual.

La señora Filter y el primo peluquero y todas las personas que le habían ofrecido comida semanal, porfiaban ahora en mostrarle su alegría y su interés por él. Sus padres, que hacía tiempo que no tenían noticias suyas y ya le daban por un caso perdido, se alegraron mucho cuando se enteraron de aquel súbito cambio de fortuna y cuando recibieron el cartel en latín en el que estaba impreso en grandes caracteres el nombre de su hijo.

En medio de todo aquel éxito exterior, Reiser seguía viviendo en la misma casa, donde le hacían compañía en la sala común el carnicero dueño de la casa, su mujer, la sirvienta y unos soldados que también se alojaban allí.

Cuando, a pesar de su pobre alojamiento, iba a verle ahora alguno de los condiscípulos ricos y de buenas familias, él sentía un íntimo placer: pues como no tenía una vivienda acogedora ni ninguna otra ventaja exterior, era él mismo, su propia persona, la causa de aquellas visitas. Eso hacía que a veces estuviese orgullosísimo de su pobre morada.

Llegó por fin el día triunfal, el día en que recibiría, de la forma más llamativa dada su situación, el aplauso y el honor del público. Pero precisamente eso le producía una extraña melancolía. Aquélla había sido, hasta entonces, la meta de todos sus anhelos y afanes. Un gran número de personas tenía puesta la atención en él hasta aquel momento. Y cuando todo hubiese pasado, aquello se acabaría, y retornarían las escenas comunes de su vida de todos los días. Cuando pensaba en eso, a Reiser le venía muchas veces el deseo, curioso pero perfectamente sincero, de caer al suelo y morir al acabar el discurso. Sucedió que, justamente el día en que iba a pronunciar el discurso, hizo un frío extraordinario, por lo que algunos dejaron de ir, de forma que el número de oyentes fue más reducido de lo normal, pero a pesar de todo el público fue muy selecto. A Reiser, sin embargo, todo le parecía aquel día como muerto, como inanimado. La fantasía tenía que ceder el paso a la realidad, y precisamente el hecho de que aquello con lo que había soñado tanto tiempo ya fuese realidad y nada más que eso, le ponía triste y meditabundo. Pues con ese módulo medía él ahora la totalidad de su porvenir. Le parecía que todo acontecía como en un sueño, como en una difusa lejanía, no podía verlo claramente con los ojos. Sumido en melancólicos pensamientos subió al estrado y mientras sonaba la música, pensaba, antes de empezar a hablar, en cosas muy distintas a su triunfo de aquel momento. Pensaba y sentía la vanidad de la vida. La agradable imagen de su situación real de aquel instante sólo la percibía débilmente, como a través de un velo oscuro.

Para que quede constancia de los progresos que había hecho en lo relativo a la expresión de sus ideas, quizás no sea inadecuado entresacar algunos pasajes del discurso que pronunció. Empezaba así:

¿Qué incienso asciende suave de campos de delicia
por el éter al trono del Todopoderoso?

Son plegarias de pueblos, que felices te nombran
Carlota, ante el Eterno. Y flamean…
etc.

… ¡Jorge! ¡Suenen
arpas, suenen himnos alegres de naciones
felices! ¡Y que cese mi canción! Pues en vano
entonas la alabanza de Jorge. Con frecuencia
el águila se atreve a elevarse hasta el sol,
planea sobre montes, sobre rocas y nubes,
se cree cerca del astro y no nota que en su vuelo
permanece en la tierra. ¿Qué palabras serán
tan potentes, tan llenas de armonía que imiten
siquiera débilmente la divina armonía
de la excelsa virtud del rey Jorge? etc.

… Jorge se eleva a la cumbre
de su grandeza; piensa en el bien de sus pueblos,
piensa y logra; ante el trueno permanece impasible
como el cedro de Dios. Protectora, su sombra
cubre bestias y aves, en vano el huracán
desciende sobre él: sólo riza sus hojas.
Sereno en las tormentas que estremecen su cima
Jorge está, cuando braman los pueblos. Pero tú,
pueblo fiel a tu rey, tu rostro vela y llora.
No mires a tu hermano que en lejano país
contra su rey se alza, etc.

… Hoy las almas sensibles a Carlota contemplan,
clementes con el joven que a Carlota su canto
elevó. ¡Verso mío, calla! Lejos resuena
ya el júbilo del pueblo, que en honor a su reina
quema incienso y con fuerza grita ¡Viva Carlota!,
y bosques y montañas repiten: ¡Viva! ¡Viva!

Al componer aquel discurso, Reiser había elaborado mentalmente un ideal que realmente le inspiraba, y a eso se añadía el hecho de tener que hablar en público de aquellos temas. Esa idea suplía a la inspiración, por así decir, cuando ésta cesaba o languidecía.

Por otra parte, como sabía poco o nada del tema, procuró hacerse con algunos de los panegíricos del rey y la reina que ya habían sido pronunciados. Los leyó y de ellos extrajo su ideal, aunque no empleó ni una sola expresión de esos discursos. Eso lo evitó con todo cuidado, pues del plagio tenía verdadero miedo, tanto que llegó a avergonzarse de la expresión del final del discurso que decía «que bosques y montañas repiten», sólo porque en *Las desventuras de Werther* aparece la expresión «que bosques y montañas resuenan». Sin duda alguna, a menudo le venían reminiscencias, pero se avergonzaba de ellas en cuanto lo notaba.

Así pues, el día en que pronunció el discurso estaba, como ya he indicado, más abatido de lo normal, pues todo le parecía muerto, vacío, y ahora ya había pasado aquello que había ocupado tanto tiempo su imaginación.

Por la tarde, él y los otros dos que habían pronunciado discursos fueron invitados a un refrigerio por el alcalde mayor, que al mismo tiempo era inspector de enseñanza. Eso fue para él un honor totalmente inusitado, no sabía cómo comportarse, y no recobró el buen humor hasta que se quitó el traje de ceremonia y se marchó por la noche a casa de su vinagrero, donde ya estaban Winter y S… y Philipp Reiser, que se alegraban de verdad por su buena fortuna y cuyo interés y simpatía tenían más valor para él que todo el brillo externo de aquel día.

Reiser tenía ahora más clases particulares, por lo que sus ingresos aumentaron hasta tal punto que pudo alquilar una habitación mejor, invitar a veces a merendar a algunos compañeros y, para un estudiante, vivir con bastante desahogo. Sin embargo, el dinero que cobraba le parecía tanto, comparado con sus otros ingresos y con sus necesidades, que no veía en absoluto por qué era algo tan precioso que había que ahorrar. De esa manera, teniendo ingresos más elevados, fue más pobre que antes; y lo que

era un resultado de su buena fortuna, se convirtió después en la fuente de su desgracia.

Pero como había vuelto a ganarse, de un modo tan súbito e inesperado, el respeto de todos los que le conocían y de las personas de quienes dependía su destino, es lógico que sintiera el noble deseo de merecer cada vez más ese respeto. Así pues, empezó a mostrar más aplicación que nunca en las clases del colegio y, sobre todo, tomaba muchas notas para sacar el mayor provecho de esas enseñanzas.

Continuaban los ejercicios de declamación. Y, a ese fin, Reiser compuso una poesía sobre las imperfecciones de la razón, un tema propuesto por el director para que lo desarrollaran los alumnos. Reiser vertió allí todas las dudas sobre las que él ya llevaba cavilando hacía tiempo. Los conceptos del todo y del ser, en su calidad de conceptos superiores del entendimiento humano, no le bastaban. El que hubiese de cesar con ellos todo el pensar humano le parecía una estrecha y tímida limitación. Le vinieron a la memoria las palabras del viejo Tischer, al morir: «¡Todo, todo, todo!», el hecho de que en el momento en que, por así decir, una nueva existencia se separa de la antigua, él repitiera tantas veces ese concepto-límite superior. Había que perforar de algún modo la pared divisoria. El todo y la existencia tenían que volver a ser conceptos subordinados a otro concepto mucho más amplio y elevado. Todo lo que existe, tiene que tolerar algo a su lado, algo que, junto con todo lo que existe, sea abarcado por algo más elevado, más sublime. ¿Por qué ha de ser nuestro pensar el último límite? Si no sabemos decir nada más elevado que todo lo que existe, ¿no va a poder decir nada más elevado un entendimiento más elevado y el más elevado? Tischer, al morir, quizás quería decir más cuando repitió dos veces aquel «todo», pero le fallaron la lengua o el entendimiento y murió.

Ésas eran las curiosas ideas que Reiser introdujo en su poesía sobre las imperfecciones de la razón, una poesía que contenía, entre otras, las siguientes palabras:

El «todo» que la razón
alcanza en osado vuelo
¡qué lejos está de aquello

que desea el serafín!

La poesía terminaba de una manera muy ortodoxa afirmando que al final había que refugiarse en la luz de la Revelación:

Una luz que ante nosotros
avanza entre oscuras sombras
iluminando el camino:
¡ay de aquél que la rechace!

El director alabó mucho el final; pero el conjunto de la poesía, como era bien natural, lo consideró ininteligible. En otra ocasión Reiser compuso una poesía sobre la satisfacción. Era, en cierto modo, para aleccionarse a sí mismo o para darse una línea de conducta en la vida; pero, cuando había enumerado todos los motivos que tenía para consolarse en medio de las adversidades de la vida y se había como adormecido en un suave silencio, al final despertó otra vez su negra melancolía, y acabó coronando la serie de suaves sensaciones expresadas en aquella poesía con las siguientes y desesperadas palabras:

Pero tormentos sin fin
tu vida en dolor convierten.
Si no encuentras salvador
que de tus males te libre
¡alza la vista! Cual trueno
llega tu muerte: ¡Saluda!

Cuando se abismaba en tales reflexiones, sentía muchas veces una suerte de placer doloroso, si existe pareja sensación.

Esa poesía fue como una especie de retablo donde estaban representados todos sus sentimientos, que, por muy suaves y tranquilos que fuesen al principio, al final solían ser de ese género. Reiser tendía a esos estados de ánimo debido a las innumerables ofensas y humillaciones que había sufrido desde la infancia: ante la perspectiva más alegre y sonriente,

lo negro y melancólico aparecía una y otra vez en el horizonte de su alma, como una nube.

Tan pronto como sus palabras tomaban ese rumbo, su estilo se tornaba auténtico y natural. Así, en una ocasión le encargaron escribir quejas de amor para otra persona. Una situación con la que él, pese a todos sus esfuerzos, no podía identificarse, pues, como no creía en absoluto que ninguna mujer pudiese quererle a él —su apariencia exterior le parecía tan poco atractiva que había renunciado por completo a gustar a nadie— tampoco podía ponerse nunca en la situación de quien se lamenta porque no le quieren. De modo que lo que sabía sobre el tema, era sólo pensado, nunca vivido. Y sin embargo, las quejas de amor que formuló no le salieron mal porque resumió en ellas lo que sabía por las novelas y por las conversaciones con Philipp Reiser. Y al final se imaginó al enamorado en el estado de quien, abatido por el exceso de dolor, se halla próximo a la desesperación, y él, sin tener mayormente en cuenta la causa de tal desesperación, se imaginaba al desesperado y podía así ponerse en su lugar. Por eso, la última estrofa de esas quejas de amor le pareció que le había salido sola:

> En el hondo y negro huerto
> donde nadie a entrar se atreve
> y las aves de la muerte
> cantan en el tronco hueco
> de la encina llorar quiero
> sin consuelo mientras brillen
> las estrellas en el cielo,
> hasta que entre mis sollozos
> despunte la mañana.

A veces, hasta empezó a conseguir pasajes llenos de ternura, cuando ésta iba unida a una cierta y suave melancolía: le hizo, por ejemplo, a cierta persona una poesía para despedirse de la amada, poesía que, tras un amargo lamento por la separación, terminaba así:

> ¿Despedida? Sólo puedo llorar,

de lágrimas rebosa el corazón.
¡Brillen días para ti más alegres!
¡Adiós, amada, amada mía, adiós!

Y en su discurso del aniversario de la reina había el siguiente pasaje que no he citado antes, siendo en realidad el pasaje más auténtico y más sentido:

Ella ahora sonríe y exultan los alegres.
Y en los tristes no brillan las lágrimas en los ojos.
Sus rostros se iluminan, sonríen y bendicen
el día que Carlota les dio como consuelo.

También él se incluyó mentalmente entre los tristes cuya mirada se ilumina alegremente. Y encontró bastante más dulzura en el hecho de hallarse entre los tristes que entre los alegres. Eso era, por otra parte, «*the joy of grief*» (el placer de las lágrimas), que desde la infancia amaba tiernamente en su corazón.

Así, pasó un invierno bastante feliz. Pero como su imaginación estaba tan excitada y su ánimo tan sumamente exaltado por tantos y tan diversos deseos y esperanzas, tuvo forzosamente que empezar a sentir lo monótono de su situación. Había cumplido dieciocho años, iba al colegio desde hacía cinco y aún no sabía cuándo iba a poder entrar en la universidad. Hannover empezó otra vez a volvérsele pequeño, casi como antaño, cuando se aproximaba el viaje a Braunschweig, a casa del sombrerero. Poco a poco, todos sus pensamientos empezaron a volar muy lejos: soñaba con un porvenir de novela.

Y cuando ya estaba muy próxima la primavera, despertó en él de súbito un extraño e imperioso deseo de viajar, como nunca sintiera hasta entonces con esa intensidad.

Bremen está a doce millas de Hannover, y el lugar donde vivían los padres de Reiser se hallaba justamente a mitad de camino. Llegar hasta Bremen y luego, desde allí, bajar por el río Weser hasta el mar: ése era el gran proyecto que Reiser llevaba acariciando ya varias semanas. Y su imaginación le hacía esperar maravillas de aquel viaje.

Contemplar el Weser, los barcos, una rica ciudad comercial, todo ello mantenía ocupada su mente día y noche. Pidió a un condiscípulo que le diese una carta dirigida a un hermano suyo, que trabajaba con un comerciante, y con un ducado en el bolsillo se puso en camino. Ése fue el primer viaje, extraño y aventurero, que hizo Reiser, y desde aquel tiempo empezó a llevar su apellido con una base real.[16] Para ese viaje, se había provisto de un mapa detallado de la Baja Sajonia, un tintero portátil y un cuadernillo de hojas en blanco para poder llevar un auténtico diario de viaje durante el trayecto.

Con cada paso que daba, una vez que dejó atrás las puertas de Hannover, era como si crecieran sus energías y su tensión interior. Y estaba tan entusiasmado con su viaje que, ya a las pocas millas de Hannover, se sentó en una colina al borde del camino real, clavó en tierra su tintero, que estaba provisto de un punzón, y así, medio tumbado en el suelo, empezó a redactar el diario, y las gentes, para quienes un hombre escribiendo en una colina al borde del camino tenía que ser desde luego un espectáculo curioso, sacaban medio cuerpo fuera de la puerta del carruaje para contemplarle. Eso le hizo sentirse un poco incómodo, pero pronto se recuperó del efecto desagradable que le causaba la curiosidad de aquellos mirones pensando que para esas personas que no le conocían él no existía: para esas personas él, en cierto modo, estaba muerto. Por eso, terminó lo que había escrito en su libreta en lo alto de la colina junto al camino real, con las siguientes palabras:

¿Qué me importa el quehacer de las gentes
cuando me encuentre en la tumba?

Y después continuó caminando con su bastón, llegó al anochecer junto a la aldea en que vivían sus padres, preguntó por el pueblo más próximo de la ruta de Bremen, y como sólo estaba a un cuarto de milla llegó hasta allí y pasó la noche en aquel pueblo.

Al día siguiente siguió caminando por la monótona y árida estepa, y se enteraba de la ruta preguntando de pueblo en pueblo, pero no pudo llegar a Bremen sino que tuvo que pasar otra vez la noche en un pueblo que era el

último antes de Bremen, y al tercer día se cumplió su más ardiente deseo: contempló las torres de Bremen, vio realmente ante él aquello que había estado alimentando su fantasía tanto tiempo. Fuera de Hannover y Braunschweig, Reiser no había visto nunca una ciudad importante, y Bremen, ya por el sonido de su nombre, le parecía extrañísima. Mentalmente, le había dado a la ciudad un aspecto negruzco y gris. Ahora sentía enormes deseos de conocer por dentro esa ciudad y se atrevió a presentarse en la gran puerta sin llevar pasaporte; y cuando le preguntaron quién era, se hizo pasar por un habitante de la ciudad, y cuando le hicieron preguntas más precisas, por uno de los criados del principal de aquel empleado de comercio a quien él iba a entregar la carta, tras lo cual le dejaron pasar.

Nada más entrar en la ciudad, paseó una y otra vez por las calles, y luego lo primero fue preguntar si alguno de los grandes navíos anclados en el Weser no iría quizás hasta la desembocadura, hasta Bremerlehe, donde estaban las tropas de Hesse destinadas a América que iban a iniciar el viaje precisamente en aquellos días.

Quiso la casualidad que una de las embarcaciones estuviese a punto de partir y Reiser se embarcó por primera vez en su vida, y en aquel mismo día navegó hasta seis millas más allá de Bremen, donde echaron anclas y pasaron la noche en una aldea.

Ese viaje en barco, aunque el tiempo era borrascoso y llovía, le gustó muchísimo a Reiser, que de pie en la cubierta, con su mapa en la mano, pasaba revista a los lugares de ambas orillas cuyos nombres conocía. Comió y bebió con los marineros y regresó por la noche con ellos a la fonda.

Al día siguiente, quiso seguir navegando desde allí en otro barco hasta el litoral marítimo, ya veía en su fuero interno las masas inmensas de agua, y su imaginación estaba excitada al máximo cuando de pronto cayó en la cuenta de una cosa en la que no había pensado seriamente durante todo el viaje: si sería suficiente el dinero que llevaba. ¡Y qué sobresalto cuando pidió la cuenta al patrón del barco y, una vez que hubo pagado, no le quedaron más que unas pocas monedas de diez peniques!

Por la noche no se atrevió a cenar, sino que fingió tener dolor de cabeza y pidió que le enseñaran su cama: allí estuvo cavilando casi la mitad de la

noche sobre cómo podría salir honrosamente de aquella fonda si la cuenta era superior a las pocas monedas que le quedaban.

Cuando preguntó a la mañana siguiente cuánto tenía que pagar, casualmente bastaron las pocas monedas que le quedaban, pero no le sobró ni un penique y estaba a dieciocho millas de Hannover, a doce del lugar donde vivían sus padres y a seis millas de Bremen. Fingió no poder navegar hasta el litoral marítimo por haberse dado cuenta de que le iba a llevar mucho tiempo, y así, contento de haber salvado el honor, dejó su alojamiento nocturno y emprendió el viaje de regreso por la ruta directa de Hannover.

La carta al empleado de comercio era ahora su única esperanza: sin ella y a doce millas del domicilio de sus padres, no hubiera tenido a quién recurrir.

Se puso en marcha con el estómago vacío y tuvo que hacerse a la idea de que la situación no iba a cambiar en todo el día. El camino, que al principio avanzaba por la orilla del Weser, era arenoso y se andaba mal por él. Sin embargo, Reiser caminó con buen ánimo hasta que hacia el mediodía el calor del sol se hizo abrasador.

Le asaltaron a la vez el hambre, la sed y el cansancio, y también la idea de que en aquel páramo él era un extraño y no tenía ni dinero ni a nadie que le ayudara. Buscó en el bolsillo unas migas de pan y, al hacerlo, encontró dos «Bremergroten», cada uno de los cuales vale unos cuatro peniques.

En aquellas circunstancias, eso le alegró tanto como si hubiese encontrado un tesoro. Hizo acopio de todas sus fuerzas para llegar lo antes posible a la aldea más próxima, donde con una de las monedas compró un poco de cerveza, que fue para él un refrigerio totalmente inesperado, pues ya se había hecho a la idea de recorrer en ayunas las millas que le separaban de Bremen.

El trago de cerveza le devolvió la energía, lo mismo que la moneda de cuatro peniques que le quedaba en el bolsillo. Por otra parte, volvió a atacarle el hambre, pero procuró olvidarla y seguir aguantando. Por el camino se unió a él un pobre aprendiz de artesano que entraba en los pueblos y, mendigando, podía reunir algo. Y a Reiser, esa extraña relación le causaba una especie de placer, el hecho de que aquel pobre menestral

ambulante, que quizás le envidiase a él por estar bien vestido, fuese en el fondo más rico que él.

Por la tarde llegó a Vegesack y, con el estómago vacío, contempló lo que no había visto nunca antes, una serie de barcos de tres mástiles anclados en el pequeño puerto. A pesar de su precaria situación, gozó sobremanera con el espectáculo. Y como él, con su imprudencia, era el causante de aquel estado de cosas, en cierto modo no quería ni confesarse a sí mismo que estaba descontento.

Llegó a Bremen al atardecer. Pero antes de llegar a la ciudad, había tenido que pasar en barco a la otra orilla del Weser, y eso costaba justamente un «Bremergrote»: el hecho de haber conservado precisamente aquella moneda le pareció un feliz azar, pues de lo contrario no habría llegado a la ciudad que en aquellas circunstancias era tan importante para él.

Con la puesta de sol llegó por fin a las puertas de la ciudad y, como estaba correctamente vestido y había tomado la pose del paseante, que a veces se detiene y mira en torno a él como buscando algo, y luego da otra vez unos pasos, le dejaron entrar sin ponerle dificultades.

Así, volvió a encontrarse de pronto en el interior de una ciudad populosa, donde nadie le conocía y donde estaba tan solo y desamparado, mirando tristemente las aguas del Weser por encima del parapeto, como si hubiese llegado a una isla desierta.

Durante un rato fue como si le agradase aquel estado de abandono que tenía algo de extraño, de novelesco. Pero cuando la razón y la sensatez triunfaron sobre la fantasía, su primer cuidado fue, ciertamente, hacer uso de la carta al empleado de comercio.

Mas cuál no fue su espanto cuando, llegado a la casa, preguntó por él y le dijeron que no volvería hasta la noche. Reiser se quedó en la calle, no lejos de la casa. Cayó la noche. Sin dinero no se atrevía a ir a una posada. Habían desaparecido todas las ideas novelescas que antes le hicieron más soportable su situación y sólo veía la cruel necesidad en que se hallaba de pasar aquella noche al sereno, atormentado por el hambre y la fatiga, en medio de una ciudad populosa.

Cuando estaba allí en pie, con aire melancólico, mirando inseguro en todas direcciones, llegó un hombre bien vestido que se le quedó mirando y con rostro compasivo le preguntó si por ventura era forastero. Pero Reiser no pudo decidirse a revelarle a aquel hombre la situación en que se hallaba. Antes bien, había resuelto pasar la noche al sereno, lo cual habría hecho efectivamente si en aquel momento, después de tantas adversidades, no hubiese ocurrido una, para él, feliz casualidad. El empleado de comercio había dejado el grupo de gente con el que estaba, para ir a su casa a buscar algo que le hacía falta, y cuando le dijeron que una persona había querido entregarle una carta de su hermano y después se había ido a pasear por allí cerca a orillas del río, salió corriendo en busca del mensajero, cuyo aspecto exterior le habían descrito. Así encontró a Reiser, a quien reconoció enseguida, cuando éste ya había perdido definitivamente la esperanza de encontrar un cobijo donde pasar la noche.

Tan pronto vio el joven comerciante la letra de su hermano, fue sumamente amable y hospitalario con Reiser y se ofreció al momento a llevarle a una posada. Reiser le puso entonces al corriente de su verdadera situación, aunque inventando algunas cosas: que, contrariamente a sus hábitos, se había dejado arrastrar al juego y había perdido todo lo que llevaba en metálico. Pues le daba vergüenza decir que no se había provisto de suficiente dinero para el viaje, porque pensaba que así perdería la estima de aquel joven, que era en ese momento el único que podía ayudarle.

Pero entonces cambió de pronto su adverso destino: el comerciante se ofreció inmediatamente a adelantarle lo suficiente para que no le faltase nada. Le llevó a una buena fonda, donde Reiser, recomendado por él, fue magníficamente atendido, pasando una velada tan agradable que le hizo olvidar todas las penalidades de aquel día.

Unas copas de vino, que bebió en compañía del empleado de comercio, le reanimaron tanto, después del cansancio y el desfallecimiento de aquella jornada, que entretuvo a todo el grupo que allí solía reunirse por las noches con anécdotas de Hannover y con divertidas ocurrencias, que no eran habituales en él, ganándose la simpatía de todos los de aquel pequeño cenáculo, entre los que también se encontraba el hombre que le había visto en la calle, triste y desamparado, y que, entre todas las gentes que pasaron a

su lado, fue el único a quien una persona totalmente extraña, que estaba allí triste y desamparada, le pareció tan importante como para interesarse por ella y dirigirle la palabra. Por eso, Reiser tomó extraordinario afecto a aquel hombre, pues el hablarle a una persona perfectamente desconocida, que parece estar sola y necesitada de ayuda, el mostrar interés por ella, es realmente amor al prójimo, y es lo que distingue al buen samaritano del sacerdote y del levita que pasan de largo.

No es fácil que Reiser haya pasado en su vida una velada más agradable que aquélla: en una ciudad extraña y en compañía de gentes totalmente extrañas, se vio aceptado, participó en una animada conversación y todos estuvieron pendientes de sus palabras.

El joven comerciante le pidió que se quedase unos días más en Bremen, le enseñó las curiosidades de la ciudad, y precisamente en el mismo lugar en que al principio él era un forastero a quien nadie miraba cuando estaba solo y desvalido en medio de la calle, Reiser encontró muchas personas que le dieron muestras de simpatía, que hablaron y salieron con él, por lo que tomó una especie de cariño a quienes se portaron con tan amable y bondadosa cortesía y le dieron tantas muestras de amistad. Eso le hizo muy difícil separarse para siempre de ellos al cabo de tan poco tiempo.

Al mediodía almorzó con un grupo de comensales, personas respetables que todo el tiempo conversaron con él, un extraño, con exquisita cortesía: un trato al que Reiser no estaba en absoluto acostumbrado. El comerciante le adelantó tanto dinero que no sólo pudo pagar la cuenta de la fonda sino también hacer cómodamente, aunque desde luego a pie, el viaje de regreso a Hannover.

Y como le había salido tan bien aquel plan suyo improvisado, fue germinando en él, al principio sin que se diera apenas cuenta, la idea de que no tenía que seguir esperando, en aquella estrechez en que vivía, a que viniese la suerte a su encuentro, sino que él debía ir en su busca recorriendo ese mundo, vasto y ancho, que se extendía ante él.

En una ciudad extraña había encontrado numerosas personas que se ocuparon de él, se interesaron por él y le hicieron agradabilísima la estancia: cosas, todas ellas, que no le sucedían en Hannover. Había salido con bien de diversas aventuras y en un breve espacio de tiempo había

experimentado un rapidísimo cambio de fortuna: de estar apenas una hora antes solo y desamparado a encontrarse inmediatamente después en medio de un grupo de gentes que le escuchaban y querían conversar con él.

¿Qué tiene, pues, de extraño que concibiera la idea de alternar la triste monotonía de la ciudad en que vivía y de su situación material con distracciones de ese género? A pesar de las molestias que éstas implicaban, él había sentido en su alma emociones nunca experimentadas hasta entonces. Incluso la melancolía que le asaltó cuando desaparecieron de su horizonte las puertas de la ciudad en que, todavía el día anterior, había estado sentado familiarmente a la mesa con un grupo de personas que le querían bien, dejando definitivamente atrás el último y más señalado distintivo de aquel lugar al que había tomado tanto afecto en tan poco tiempo, incluso aquella melancolía tenía un encanto que él no había conocido antes. Y se sintió más importante a sus propios ojos porque por primera vez en su vida, espontáneamente y sin que nadie le hubiese inducido a ello, había emprendido un viaje a una ciudad completamente extraña en la que en el curso de pocos días había encontrado más personas que le acogieron con simpatía que en Hannover durante años enteros.

Empezó a tomar gusto a los viajes a pie. Olvidaba la fatiga imaginando mil cosas agradables. Cuando caía la noche observaba, sin desviar un momento la vista, el camino que serpenteaba ante él como si fuera un fiel amigo que le guiaba. Esto acabó convirtiéndose para él en idea poética, en imagen, en símil, al que vinculaba un sinnúmero de cosas: «Lo mismo que un caminante sigue su camino. Tan fiel como el camino al caminante. Etc.». Practicaba ese juego mental mientras iba caminando, y la monotonía de la comarca en la obscuridad que la envolvía, y del continuo y regular movimiento del pie, iba desapareciendo imperceptiblemente y no le contrariaba.

Era noche cerrada cuando llegó a casa de sus padres, que no dejaron de asombrarse de que la primera vez hubiera pasado de largo, de camino hacia Bremen y sólo en el viaje de regreso hubiese ido a verlos. No obstante, debido a las muchas y agradables noticias suyas que habían tenido, le acogieron esa vez con los brazos abiertos.

Y Reiser disponía ahora de tantos temas de conversación, para mantener coloquios místicos con su padre, que en aquella ocasión se quedaron hablando hasta bien entrada la noche. Lo que Reiser intentaba era explicar desde un punto de vista metafísico todas las ideas místicas sobre «Todo y uno», «consumar en el uno», etc., que su padre había extraído de las obras de Madame Guyon, y lo consiguió con facilidad, pues la mística y la metafísica coinciden en el sentido de que, a través de la imaginación, aquélla descubre muchas veces casualmente lo que en ésta es producto de la razón pensante. El padre de Reiser, que nunca hubiese esperado tal cosa de su hijo, pareció formarse ahora un gran concepto de él y profesarle casi como una especie de respeto.

Sin embargo, en Reiser seguía predominando la tendencia a la melancolía. Estando en la puerta con su madre, pasó el entierro del niño de un vecino, y el padre caminaba detrás, sumido en profundo dolor, con los cabellos sin recoger y los ojos llenos de lágrimas. «Ojalá me llevasen a mí también así», dijo la madre de Reiser, que indudablemente no había tenido muchas alegrías en la vida. Y Reiser, a quien la vida todavía podía reservarle muchas cosas agradables, se unió interiormente de todo corazón a ese deseo, como si le hubiese ocurrido la mayor de las desgracias.

Cuando partió esta vez, se despidió de su madre y sus hermanos con más emoción que de costumbre, y emprendió el camino de regreso a Hannover. Al divisar otra vez las cuatro torres, que ya había vuelto a ver en diversas y muy diferentes circunstancias de su vida, le asaltó de nuevo una sensación de miedo, pues venía de correr mundo para regresar a aquel pequeño recinto donde estaban su vida, sus relaciones. Todo aquello, tan conocido, le parecía extraordinariamente insípido. Pero de pronto se le alegró el alma, cuando, al entrar por la puerta de la ciudad, descubrió, fijado en una esquina, un programa de teatro. Eso le produjo una sorpresa agradabilísima. Lo primero que hizo fue, como tres años antes, dirigirse al palacio donde estaba el teatro y, fijado allí, el programa principal con la lista de los personajes. Representaban *Clavijo*.[17] Brockman hacía de Beaumarchais, Reinecke de Clavijo, la mayor de las hermanas Ackermann (la menor ya había muerto por aquella época) era María, Schröder, Don

Carlos, la señora Reinecken, la hermana de María, Schütz, Buenco, y Böheim, el amigo de Beaumarchais.

Así de extraordinario era el reparto en aquella representación, incluido el más insignificante papel secundario. Reiser conocía a todos aquellos magníficos actores. ¿Era entonces de extrañar que esperase con enorme interés el momento de verlos actuar una vez más en una obra que, si bien él no la había leído aún, sabía que era del autor de *Las desventuras del joven Werther*?

Esa casual circunstancia, unida al recuerdo de las aventuras que había corrido durante su viaje, le hicieron concebir una idea curiosa y romántica que, a partir de entonces y durante varios años, influyó mucho en su vida. El teatro y los viajes se convirtieron poco a poco en las dos ideas imperantes en su imaginación, ideas que explican también la decisión que tomaría posteriormente.

Una vez más, apenas se perdía una velada teatral. Pero eso le llenó hasta tal punto la cabeza de ideas relacionadas con el teatro que su tarea principal, estudiar y enseñar incansablemente —pues daba clases casi durante todo el día— empezó a gustarle menos y no le importaba gran cosa faltar a alguna de las clases que recibía o impartía, diciéndose cada vez que sólo se trataba de una clase.

Por aquel entonces fueron puestos en escena por primera vez *Los mellizos*[18] de Klinger, en una representación con todos los recursos artísticos, haciendo Brockmann de Guelfo, Reinecke del Guelfo anciano, la señora Reinecken de madre, la señora Ackermann de Kamilla, Schröder de Grimaldi y Lambrecht del hermano de Guelfo.

Aquel horrible drama impresionó enormemente a Reiser, pues correspondía, por así decir, a sus sentimientos personales. Guelfo creía que lo habían oprimido desde la cuna: eso pensaba él también de sí mismo, recordando con ese motivo todas las humillaciones y ofensas de que había sido constantemente objeto desde su más tierna infancia, casi desde que sabía pensar. Olvidó al príncipe y todo el estilo de vida propio de un príncipe y se reconoció a sí mismo en el Guelfo oprimido. Cuando Guelfo, desesperado, se ríe amargamente de sí mismo, Reiser sintió honda emoción en su pecho, pues recordaba todos los horrible momentos en que, realmente

al borde de la desesperación, se había burlado de sí mismo de un modo semejante, contemplando con desprecio y asco su propio ser y soltando, con horrible deleite, unas sonoras y burlonas carcajadas.

El hastío que siente Guelfo de su propia persona cuando rompe el espejo en el que se mira después del asesinato y el hecho de que no desee sino dormir, sólo dormir: todo ello le pareció a Reiser tan verdadero, tan sacado de su propio ser, siempre obsesionado con esas negras fantasías, que se identificó totalmente con el papel de Guelfo y durante un tiempo lo vivió con toda su mente y todo su corazón.

Así pues, mientras que la compañía teatral de Schröder actuaba en el Teatro de la Ópera Real, llegaron las vacaciones de verano, en las que los estudiantes de grado superior solían representar anualmente ante el público una obra teatral.

Reiser no dudaba que esta vez le ofrecerían un papel, puesto que, desde que pronunciara el discurso de aniversario de la reina, él era uno de los estudiantes más señalados y por eso no creía que se pusieran a organizar los festejos sin él.

Cuál no fue, pues, su sorpresa cuando supo que habían organizado todo sin él y que ya incluso estaban elegidas las obras que se habían de representar y que a él no le habían asignado un solo papel en ninguna de ellas. Como ahora tenía realmente muchos amigos y muchos condiscípulos que estaban de su parte, al principio no podía comprender por qué habían prescindido de él, hasta que se dio cuenta de que había allí tal envidia mutua por los distintos papeles y tan receloso afán por aventajarse unos a otros que cada uno tenía que preocuparse de sí mismo y que, quien no conseguía introducirse en el grupo teatral por sus propios medios, tampoco debía contar con que le llamaran.

Posteriormente, en muchas ocasiones a lo largo de su vida, Reiser recordó aquella disputa, reflexionando al mismo tiempo sobre cómo, en aquel deseo infantil de una cosa tan insignificante como era entrar en el reparto de una obra que representaban en Hannover unos estudiantes, se desarrollaba todo el juego de las pasiones humanas, y de forma tan completa como si se hubiese tratado del más importante de los asuntos. Y Reiser pensaba que ese aspirar a una cosa a costa de otros, ese desbancar y

ser desbancado, eran, en pequeño, una imagen tan fiel de la vida humana que hasta cierto punto veía como prefiguradas allí todas sus experiencias posteriores.

Por otra parte, aquello sucedía también seguramente porque se dejaba por completo al arbitrio de los estudiantes la organización de las representaciones y el reparto de papeles. Las mentes se hacían, por así decir, republicanas; surgían distintos partidos, se acudía a la astucia y al engaño y se fraguaban intrigas, como sucede cuando hay que elegir a un miembro del parlamento. Pues para los asuntos públicos de ese género, también por ejemplo cuando había que organizar un desfile con música y antorchas, se recogían sistemáticamente votos, para elegir a quien debía ir a la cabeza del desfile o a quien iba a actuar de una manera u otra ante el público.

Así que, cuando menos se lo imaginaba, Reiser se vio de pronto excluido otra vez de aquello que su corazón amaba más que nunca y a causa de lo cual ya había soportado anteriormente tantas penalidades. Procuró consolarse con la idea de que no le conocían bien, de que sus condiscípulos habían cometido una injusticia con él. Pero, a la larga, eso no le bastaba. Le ofendía sobre todo el hecho de que su amigo Winter no le hubiese dicho nada aunque él pertenecía al grupo de actores y sabía cuán grande era su afición al teatro.

Pero Winter creía a su vez que no redundaría en provecho propio el proponer como miembro del grupo a uno en quien nadie había reparado, fuera de él. Por lo demás, Winter no había querido perjudicar a Reiser y seguía siendo amigo suyo, sólo que no hasta ese punto. Una experiencia que algunos quizás hayan tenido ocasión de hacer más de una vez en la vida. Es difícil perseverar en la amistad cuando todo se pone en contra de alguien. Uno empieza a no fiarse ya mucho de la propia opinión, que siempre parece estar necesitada de apoyo exterior, por pequeño que sea. Cuando la cosa se pone en marcha por obra de una sola persona, a uno le gusta ser el segundo que va en esa dirección, pero todos tienen miedo de ser los primeros, y es preciso que la amistad haya alcanzado un grado muy alto para que no sucumba ante una política que va en dirección opuesta.

Por lo demás, Winter era una persona muy sincera. Y cuando Reiser le preguntó qué se traían entre manos él y un grupo de compañeros que

siempre andaban juntos, él le dio a entender en un primer momento, sin más rodeos, que no quería decírselo, hasta que Reiser siguió insistiendo y se enteró por fin de todo. El otro, por su parte, salió del apuro quitándole importancia al asunto y diciendo que se trataba de algo que posiblemente nunca llegaría a realizarse, etc.

Esa experiencia, que Reiser hizo por primera vez en aquella ocasión en relación con su amigo Winter, la vida se la confirmó después con más frecuencia de lo que hubiese deseado.

Aparte de Reiser, Iffland, de quien ya he dicho que fue después uno de los dramaturgos más conocidos, era quien destacaba en Hannover entre aquella generación de bachilleres, debido a su inteligencia. Reiser ya había intentado trabar amistad con él años atrás, pero sus condiciones de vida tan diferentes impidieron entonces el acercamiento mutuo.

Sin embargo, cuando Reiser empezó a destacarse, Iffland empezó a su vez a buscar su amistad, y ambos conversaban a menudo en sus paseos solitarios sobre el porvenir que les tendría asignado el destino. Iffland vivía también en un mundo imaginario y por aquella época tenía formada una idea extraordinariamente placentera de la agradable situación de un párroco rural. Estaba decidido a estudiar teología y pasaba casi todo el tiempo describiéndole a Reiser esa apacible dicha hogareña de que gozaría en el pueblecito, en el seno de su pequeña parroquia en medio de fieles que le amaban. Reiser, que conocía por propia experiencia tales juegos de la imaginación, le profetizó que, para gran bien suyo, nunca realizaría esos planes, pues si llegara a ordenarse, probablemente se convertiría en un perfecto hipócrita: con su entusiasmo y su fervor, con su apasionada oratoria, sólo estaría representando un papel. Una íntima sensación le decía a Reiser que en su propio caso pasaría seguramente lo mismo, por eso supo leerle tan bien la cartilla.

Iffland, en efecto, no llegó a ser orador sagrado. Pero, curiosamente, aquellas ideas relativas a la apacible dicha hogareña, que en aquel entonces le expuso tantas veces a Reiser, no se perdieron del todo, sino que no habiendo podido realizarlas en la vida, tomaron cuerpo en casi todas sus obras dramáticas. Cuando la compañía de teatro volvió de nuevo a Hannover, muy pronto olvidó Iffland todas aquellas deliciosas fantasías

sobre la dicha apacible en la pequeña aldea, y la idea predominante en él, lo mismo que en Reiser, fue otra vez el teatro.

Iffland era también uno de los miembros más destacados del grupo que se había constituido para organizar las representaciones teatrales, pero en ese punto también él pasó por alto a su amigo Reiser.

El hecho de que quienes él consideraba sus mejores amigos hubiesen prescindido de él en un asunto que le importaba tanto, le mortificó muchísimo. Reiser habló de ello con Iffland, quien se disculpó diciendo que él no hubiese pensado que a Reiser le seguía atrayendo tal cosa. Y lo que más mortificó a Reiser fue saber que, cuando se repartieron los papeles en el grupo, no es que hubiese tenido enemigos que quisieran excluirle, sino que ni siquiera pensaron en él, ni siquiera mencionaron su nombre.

Pero cuando explicó que deseaba formar parte del grupo, no le rechazaron, poniendo sólo como condición que se diese por satisfecho con uno de los papeles que aún estaban libres. Reiser tuvo que conformarse y en la primera obra que iba a ser representada, *El desertor por amor filial*,[19] le dieron el papel de Peter, que no le gustaba mucho pero que aceptó a falta de otro mejor.

No se tendrá por irrelevante el relato de estas aparentes menudencias cuando, en lo que sigue, se vea que ellas influyeron mucho en la vida de Reiser y que el reparto de papeles en las obras teatrales que representó con sus compañeros fueron como una imagen de una parte de su vida ulterior.

Reiser no quería violentar a nadie pero tampoco era lo bastante fuerte como para aceptar que prescindieran de él.

El pertenecer al grupo teatral le ocasionó muchos gastos, superiores a sus ingresos, y también tuvo que dejar por ese motivo muchas clases, lo que redujo sus ingresos. A veces tenía que invitar a su casa al grupo, como hacían todos, y, debido a los numerosos ensayos, se vio obligado a cancelar algunas de las clases que daba. Además, otra vez se le llenó la cabeza de ideas fantasiosas, y no estaba en situación de pensar con rigor y perseverancia, ni de estudiar con aplicación.

Su mente empezó a fraguar planes, quería ser escritor y escribir una tragedia, *El juramento en falso*. Ya veía expuesto el programa con su nombre, todo su ser estaba imbuido de esa idea, y muchas veces caminaba

como un loco de un extremo a otro de su cuarto, imaginando y viviendo cada una de las atroces y horribles escenas de su tragedia. El perjuro se arrepentía demasiado tarde de su falso juramento y cuando éste ya había tenido como secuelas el asesinato y el incesto, el perjuro, llevado de su incesante angustia interior, estaba a punto de reparar el juramento en falso sacrificando toda la fortuna que había ganado con él. Y la idea que más le halagaba a Reiser era que, si terminaba la obra en su situación material de entonces, o sea como estudiante de bachillerato, iban a pensar de él que llegaría aún más lejos, todo lo cual aumentaría su fama.

Ya a los ocho años de edad, cuando aprendía a escribir en la escuela, se había propuesto escribir un libro, junto con uno de sus condiscípulos, y ambos se ilusionaban con la idea de que aquello les acarrearía una fama eterna. El niño que junto con él proyectó entonces el libro que contaría la vida de ambos, era muy inteligente, pero su exagerado celo en el trabajo constituyó su pérdida y murió a los diecisiete años.

Ya en aquel entonces jugaba a las comedias con aquel niño, antes de empezar las clases, cuando aún no había llegado el maestro, y siempre gozaba lo indecible con tal género de esparcimientos, aunque en aquella época aún no había visto un espectáculo teatral, y sólo tenía una idea muy vaga de ellos por lo que contaban los demás. Pero lo de escribir el libro ya era entonces para él una idea sublime: un libro era una cosa tan sagrada e importante que ningún mortal le parecía capaz de hacerlo, en cualquier caso ningún mortal aún vivo.

Y lo cierto es que, incluso muchos años después, siempre tenía una sensación rarísima cuando se enteraba de que las personas que habían escrito alguna obra famosa seguían vivas y que por tanto comían, bebían y dormían como él.

Cuando, a los dieciséis años, leyó por primera vez las obras de Moses Mendelssohn, aquel nombre, la vieja cabeza de Homero en la página de títulos, y todo lo demás se unieron para que se diese en él una extraña confusión: como si aquel Moses Mendelssohn fuese algún sabio antiguo que hubiera vivido siglos atrás y cuyos escritos se hubiesen traducido ahora al alemán. Anduvo obcecado mucho tiempo con aquella idea hasta que una vez oyó decir casualmente a su padre que el tal Mendelssohn aún vivía y

que era un judío del que estaba muy orgullosa toda la nación judía. Añadió que él, el padre de Reiser, lo había conocido personalmente en Pyrmont y explicó cómo era físicamente, etc. Aquello produjo un gran cambio en el panorama mental de Reiser: sus ideas acerca de lo antiguo y lo nuevo, de lo actual y lo pasado, se confundieron de un modo curioso. Le costó un gran esfuerzo habituarse a la idea de que tenía que imaginarse vivo a un hombre que su fantasía había situado durante tanto tiempo en siglos pasados. Él se imaginaba a un hombre así como a un dios que camina entre los hombres. Y su mayor deseo era ver alguna vez cara a cara a tales hombres y hablar con ellos.

Y ahora él se había iniciado, de diversas maneras, en la expresión de sus ideas. Reiser empezó a concebir esperanzas de escribir tal vez un día una obra literaria, mediante la cual se abriría camino en aquel brillante cenáculo, adquiriendo el derecho a tratar con unos seres que hasta ahora creyera tan superiores a él. Por eso, cuando escribía, siempre estaba obsesionado por convertirse en escritor, un deseo que ya entonces empezaba a atormentarle día y noche.

Conseguir fama y aplausos, tal había sido siempre su mayor anhelo. Pero en aquella época ese aplauso tenía que estar próximo a él, quería recibirlo de primera mano, por así decir; y, conforme a nuestra tendencia natural a la holgazanería, quería cosechar sin sembrar. Por eso el teatro era lo que más se avenía con sus deseos. En ningún otro sitio se podía esperar ese aplauso de primera mano tan directamente como en el teatro. Contemplaba con una especie de temor reverencial a un Brockmann, a un Reineck, cuando los veía por la calle, y ¿qué más podía desear él sino existir algún día en la mente de otros del mismo modo que ellos existían en la suya? Representar en serie, igual que aquellos actores, todos los sentimientos estremecedores de la cólera, la venganza, la magnanimidad, ante un número tan grande de espectadores como no llega a concentrarse nunca o casi nunca en otros sitios y comunicarse de ese modo a cada fibra nerviosa del espectador: eso le parecía un campo de actividad que, en intensidad, no tenía parangón en el mundo.

Pero lo cierto es que él había llegado tarde al grupo teatral y no le habían dado el papel que él hubiese querido, lo cual le mortificaba

sobremanera. Por otra parte le alegró que le diesen un solo papel, pues en compensación le encargaron escribir un prólogo al *Desertor por amor filial*, que aparecería impreso junto al reparto.

Los estudiantes esperaron a que se marcharan los actores profesionales, para actuar ellos también poco después en el Gran Teatro Real de la Ópera, después de haber pedido licencia para ello, de modo que esta vez, aquellas representaciones teatrales fueron tan brillantes como nunca lo habían sido antes. Toda la organización estaba en manos de los jóvenes estudiantes, y como Reiser formaba ahora parte del grupo, participaba también en todas las deliberaciones y debates públicos, algo a lo que no estaba habituado y que por eso le parecía curioso. Cuando le pedían su opinión era, en verdad, como si aquello no fuera realmente con él.

Y aunque ahora no tenía motivo exterior para ello, seguía amando la soledad, y sus horas más gratas eran cuando por ejemplo salía un trecho fuera de la ciudad y llegaba hasta un molino de viento, en torno al cual alternaban, en un ámbito reducido y con romántica diversidad, colinas y valles, y donde en un cenador del jardín pedía una taza de leche y leía o escribía en su pizarra. Ése era desde hacía varios años uno de sus paseos preferidos y también había ido allí muchas veces con Philipp Reiser.

Cuando se publicaron *Las desventuras del joven Werther* y leyó las deliciosas descripciones de Wahlheim, enseguida pensó en aquel molino de viento y en las horas de soledad tan agradables que había pasado allí.

Había también delante de la Puerta Nueva un bosquecillo artificial muy pequeño, en el que habían sido trazados tantos recodos y tantos senderos serpenteantes que, si se caminaba por ellos, el bosquecillo parecía al menos seis veces mayor de lo que era. Alrededor de él, la vista abarcaba un gran prado, donde en lontananza, tras los altos árboles bajo los que tanto gustaba Reiser de pasear, y detrás de la pequeña floresta donde tantas veces había descansado, relucía el río, con cuyas orillas estaba asimismo familiarizado, por los frecuentes paseos que había dado allí en muy diversas situaciones de su vida. Muchas veces, cuando se sentaba en un banco que había al final del bosquecillo y miraba el vasto panorama, volvían a surgir ante él todas las escenas de su vida pasada, las penas y aflicciones que muchos días había arrastrado consigo hasta allí, en el calor del verano, y esos recuerdos le

hacían sentir una plácida melancolía a la que se abandonaba con delicia. También podía ver en lontananza el puente sobre el riachuelo junto al cual había pasado tantas horas leyendo y escribiendo. Y como el bosquecillo estaba muy cerca de la ciudad, muchas veces Reiser solía ir hasta allí por la noche, a la luz de la luna, y «siegwartizaba» un poco, aunque aún no había leído el *Siegwart* que no se publicó hasta un año después. Cuando cumplió diecinueve años el año anterior, había celebrado allí en una fría noche de septiembre su aniversario, prometiéndose solemnísimamente a sí mismo aprovechar la vida a partir de entonces mejor de lo que había aprovechado la vida pasada.

En esos paseos solitarios elaboró también su prólogo, que comenzaba, igual que su discurso, con un «¿Qué…?», pues le había tomado auténtico amor a aquel «qué», que le parecía abarcar una profusión de ideas y anticipar todo lo que seguía. Reiser no podía imaginarse un mejor inicio y por eso dio comienzo al prólogo de la siguiente manera:

> ¿Qué diosa derrama hondo deleite
> en el alma del hombre sensible?
> ¿Hace, generosa, ante sus ojos
> surgir escenas de apacible gozo
> y conforma sus bellos vergeles
> con suave y triste melancolía?
> Allí viene, es la Imaginación:
> caminando por sendas de flores
> con él hasta el valle silencioso
> le muestra, en las chozas, la inocencia,
> los gozos que Dios para ella guarda, etc.

Ese prólogo, acompañado de la lista de personajes, fue impreso en forma de librito, y en la portada se leía: «Compuesto por Reiser, recitado por Iffland». De modo que Reiser se vio impreso de nuevo, y lo que era más, sus condiscípulos le encargaron que invitase él personalmente al príncipe a asistir a la representación, cosa que hizo con la espada al costado y con el mismo traje de gala que llevó puesto el día del discurso.

La nobleza y los dignatarios de la ciudad eran invitados personalmente por los jóvenes, y, al igual que cuando pronunció el discurso, Reiser tuvo ocasión otra vez de contemplar de cerca una parte del gran mundo que antes sólo había contemplado muy de lejos: y vio que los ministros, los condes y nobles con quienes hablaba ahora cara a cara, no eran seres tan asombrosamente diferentes de él, sino que, lo mismo que la gente común, a veces tenían al hablar algo curioso y ridículo que les hacía perder la aureola que los circundaba tan pronto como se les oía hablar y se conversaba directamente con ellos.

Por magnífica que pareciese la situación de Reiser, cuando marchaba tan ufano por la calle y se presentaba oficialmente en las casas más elegantes de la ciudad, aquella situación podía llamarse propiamente una magnífica miseria, pues debido a la desproporción entre gastos e ingresos, sus condiciones de vida eran cada vez más difíciles, su situación material cada vez más precaria. Aparte de eso, le deprimía la uniformidad de su vida y el hecho de que no viese aún perspectiva alguna de ingresar decorosamente en la universidad. Además, ese aplauso de primera mano que puede cosechar un actor era para él tan grato y tan importante que cada vez sentía más inclinación por el teatro y menos por la universidad.

Era aquélla, en verdad, la época más brillante del teatro alemán, y no es de extrañar que la idea de pertenecer a un mundo tan deslumbrante como el del teatro brotara en la mente de algunos jóvenes y excitara su fantasía. Tal era el caso, en aquel entonces, de los estudiantes que hacían teatro en Hannover; habían visto cómo los actores más destacados, Brockmann, Reineck, Schröder, unidos por el arte y para el arte, cosechaban laureles diarios y no era realmente una idea deshonrosa querer imitar a esos modelos.

Y además, para llegar a esa última meta, no había necesidad de estudiar tres años en la universidad. En el caso de Reiser se añadía a ello el deseo irresistible de viajar, que se había apoderado de él desde la aventura de su peregrinaje a Bremen. Y la idea de alejarse por completo de su vida actual, en la que incluso lo mejor sólo le salía bien a medias, y probar fortuna recorriendo mundo, empezó a ganar terreno y a prevalecer en él. Pero no

era sino un mero juego imaginativo. Reiser todavía no estaba resuelto interiormente a realizar su propósito.

Durante ese tiempo, fue a verle a Hannover su padre, a quien por primera vez pudo recibir y obsequiar en su habitación, que estaba muy bien amueblada y con las paredes bellamente tapizadas.

Reiser procuró presentar la situación a su padre por el lado más agradable y ventajoso y le explicó que su actuación en el grupo teatral, tanto por el prólogo impreso como por haber invitado él personalmente al príncipe, volvería a llamar la atención sobre su persona y él podría estar otra vez en el candelero, igual que cuando pronunció el discurso de aniversario de la reina.

Con ese motivo, el padre de Reiser expuso una idea muy importante y verdadera: que esos casos en que uno tiene ocasión de aparecer ventajosamente en público, como había sucedido con el discurso de aniversario de la reina, debían ser considerados como victorias que hay que aprovechar, pues tales cosas ocurren raras veces en la vida.

Cuando su padre emprendió el viaje de regreso, Reiser atravesó con él la puerta de la ciudad y lo acompañó durante una hora, y cuando llegaron al sitio en que el padre le había dado su maldición, ambos, casualmente, guardaban silencio. Sólo después se dio cuenta Reiser de que era el mismo sitio. Hasta aquel momento habían conversado sobre los temas más importantes y sublimes en que coinciden la mística y la metafísica, y entonces el padre de Reiser hizo un pacto con su hijo, y fue que a partir de entonces ambos aspirarían a acercarse juntos a esa gran meta de la unión con el ser supremo pensante. Tras lo cual, justamente en aquel sitio, le impuso las manos y le impartió su bendición allí donde antaño le diera su maldición.

Reiser regresó a casa de muy buen humor, y continuó con esa disposición de ánimo hasta que un nuevo reparto de papeles en las obras que se iban a representar, aparte de *El desertor por amor filial*, excitó su imaginación y despertó otra vez las ideas romanescas que la razón y la reflexión habían como adormecido.

Las obras que se representaban eran *Clavijo*, *El hombre puntual* y *El joven noble*.[20] En *El desertor por amor filial*, Reiser había tenido que

aceptar un papel insignificante y contaba con que ahora le dieran al menos el papel de Clavijo. Todo lo que deseaba en su alma estaba relacionado con el teatro, pero ese papel era el que deseaba con más ardor. Sin embargo no se lo dieron a él sino a otro que actuó claramente peor de lo que habría actuado él.

Reiser se sintió tan humillado que quedó hundido en una especie de verdadera melancolía. Quien tenga eso por improbable o antinatural, debe tener en cuenta que el intenso deseo que Reiser abrigaba en su pecho desde hacía años estaba ahora a punto de cumplirse o de no cumplirse, a saber, desplegar sus talentos ante un público formado por los habitantes de su ciudad natal y mostrar con cuánta intensidad sentía lo que decía y con qué fuerza de expresión y de voz era capaz de decir lo que tan intensamente sentía. El provocar en miles de personas las profundas emociones que Reineck había provocado en él cuando representó a Clavijo, era para Reiser un pensamiento tan sublime y enorgullecedor, tan vivificante para su alma como quizás nunca haya habido papel en tragedia alguna para ningún mortal. Se habría cumplido entonces en una medida muy superior a sus esperanzas todo aquello que él ya llevaba deseando desde hacía más de cinco años. Pues aquel auditorio era tan brillante y nutrido como tal vez nunca haya habido otro antes. El teatro, que ofrecía cabida para varios miles de personas, estaba tan abarrotado que no quedaba un sitio libre para nadie, y entre los espectadores se hallaba el príncipe, además de toda la nobleza, el clero y los sabios y artistas de la ciudad. Aparecer en público ante tal auditorio y además en una ciudad que era casi su ciudad natal, donde se había educado y donde la fortuna le había sido adversa en no pocas ocasiones, y hacer gala allí de toda la fuerza de sentimientos, de toda la fuerza de expresión que hasta entonces únicamente había podido desplegar a solas: ¿podía haber en su situación algo más deseable?

Pero desde el *Sócrates moribundo*, el genio protector del arte dramático parecía estar enojado con él.

Reiser rogó y porfió para que le dieran el papel de Clavijo pero de nada sirvió todo ello. Su rival salió vencedor.

Aquello fue una herida en la parte más vulnerable, en el punto más débil de su vida y envenenó todo lo demás. Ninguno de los que le hubiesen

cedido el papel de Clavijo habría perdido tanto como él, que no lo recibió. Como lo verdaderamente central en su vida había quedado tan obscurecido, todo lo demás quedó cubierto por una especie de velo negro, todo quedó envuelto en melancolía y tristeza. Reiser buscaba otra vez la soledad siempre que podía y empezó a descuidar su apariencia exterior.

Durante ese tiempo, Philipp Reiser hacía pianos en su habitación y no participaba en todas aquellas intrigas. Anton Reiser iba a verle poco desde que se relacionaba con el grupo de teatro. Pero ahora que tan pocas cosas marchaban conforme a sus deseos, iba más a menudo y allí se entregaba a su humor melancólico, aunque sin decirle la verdadera razón, pues ni siquiera frente a sí mismo quería admitir del todo que su malhumor se debía al hecho de no haber recibido el papel de Clavijo, antes bien, prefería convencerse de que el origen estaba en sus elucubraciones sobre la vida humana.

Sucedió además que desde los días en que no consiguió el papel de Clavijo la vida en Hannover le resultaba insoportable, desde entonces empezó a estar nervioso e inquieto. Su ardiente deseo de tantos años tenía que cumplirse, dondequiera que fuese. En alguna parte tenía que poder realizar todo lo que, con tanta obra de teatro como venía leyendo desde hacía años y con la afición que sentía desde hacía tiempo por la escena, había ido madurando en su imaginación.

Cuando ensayaron el *Clavijo*, Reiser estaba escondido en un palco, y mientras que Iffland se enfurecía en escena en su papel de Beaumarchais, Reiser, tumbado en el suelo del palco, se enfurecía consigo mismo, y su furia adquirió tales proporciones que se hirió el rostro con unos vidrios rotos que había en el suelo y se mesaba los cabellos. Pues en aquel instante todo le vino claramente a la conciencia: la iluminación, las miradas de innumerables espectadores clavadas en él cuando ponía al descubierto los movimientos más recónditos de su alma ante todas esas miradas escrutadoras, transmitiendo la excitación de sus fibras a cada fibra de los espectadores. Y ahora, en cambio, no iba a ser otra cosa que un espectador más en medio de la masa, como lo estaba siendo en aquel momento, mientras que un idiota que hacía de Clavijo atraía toda la atención que le correspondía a él, que estaba dotado de mucha más sensibilidad.

Después de todas las situaciones por las que Reiser había pasado durante años, el papel de Clavijo se había convertido como en la finalidad de su vida, una vida a la que mil situaciones opresivas habían reducido hasta ponerla bajo el solo dominio de la imaginación, la cual quería por fin hacer uso de sus derechos sobre ella. Las cuerdas del violín se habían tensado al máximo y ahora saltaban.

Cuando hubo pasado aquel horrible ensayo, Reiser volvió a encontrarse totalmente solo, sin un amigo, sin nadie que se interesara por él. Pero quería contarle a alguien sus penas y fue a ver a Iffland, quien desde aquel instante intimó con él mucho más que antes: porque lo que impulsaba a Reiser a acercarse a él era lo mismo que él también deseaba imperiosamente.

La imaginación de Iffland estaba también en efervescencia, y, siendo el teatro su afición más sobresaliente, necesitaba a alguien a quien revelar sus más íntimos deseos y sus aflicciones.

Su padre y su hermano mayor tenían miedo, en efecto, y no sin razón, de que su inclinación por el teatro aumentara excesivamente por el gran éxito de sus actuaciones y que al final prevaleciese sobre todo lo demás; por eso le habían prohibido seguir actuando en escena, a lo cual él había hecho todas las objeciones posibles, hallándose a la sazón todavía en tratos con su padre a ese respecto. Y entonces le confió a Reiser su propósito de dedicarse enteramente al teatro, lo mismo que antaño hablara con él sobre su intención de ser párroco rural. El papel que ya había representado Iffland era el del desertor en *El desertor por amor filial y* el del judío en *El Diamante*,[21] que se daba como epílogo de *El desertor*. El papel del judío lo había representado de un modo tan magistral que posteriormente debutaría con ese papel bajo la dirección de Eckhof inaugurando así su carrera teatral. Lo mismo que había dado la mayor comicidad a la figura del judío, también representaba a la perfección el personaje trágico de Beaumarchais, siendo su actuación tan extraordinaria que uno creía estar viendo y oyendo al propio Brockmann. Y ahora querían privarle del placer de representar en público aquel papel. Iffland pidió a Reiser que se quedara esa noche en su habitación, y allí pasaron el tiempo sumidos en deliciosas fantasías sobre la dicha que procura el oficio de actor, hasta que los dos acabaron durmiéndose.

Ambos eran ahora casi inseparables y estaban juntos día y noche. Y cuando salían por la puerta de la ciudad una mañana templada pero gris, Iffland dijo que el tiempo era propicio para marcharse. Y el tiempo parecía en efecto tan apto para viajar, con el cielo tan cerca de la tierra, con los objetos en derredor tan oscuros, que parecía como si sólo se tuviese que fijar la atención en el camino que había que recorrer. La idea cobró tanta fuerza en la mente de ambos que no faltó mucho para que la pusieran en práctica. Pero Iffland no había desistido de representar en Hannover el papel de Beaumarchais, a poco que aún fuera posible, de modo que retornaron a la ciudad. Y por mucho que Iffland intercedió a favor de Reiser, fue imposible que le asignasen el papel de Clavijo. En lugar de ello, el que hacía de Clavijo le pasó el papel de Príncipe en *El joven noble*, y en *El hombre puntual* Reiser recibió el papel de Maese Blasius.

Así pues, Reiser estaba muy afligido por no tener el papel de Clavijo, e Iffland porque ya no le permitían hacer teatro. Pero ambos trataban de convencerse a sí mismos de que lo que tenían era hastío general de la vida y una noche cargaron dos pistolas y pasaron casi toda la noche entretenidos con ellas y recitando el «ser o no ser».

Pero Reiser tenía, en efecto, tal hastío de la vida que no se inmutaba cuando Iffland le apuntaba con la pistola cargada y ponía el dedo en el gatillo para disparar, mientras Reiser hacía lo mismo con él.

Sin embargo, al día siguiente tuvo una escena bastante seria con Philipp Reiser, cuando fue a verlo. No había dormido en toda la noche, la apatía y la estulticia asomaban por sus ojos vacíos, el hastío de la vida campeaba en su frente, sus fuerzas vitales habían desaparecido. Primero dijo «¡Buenos días!» a Philipp Reiser y luego se quedó inmóvil como un palo.

Philipp Reiser, que ya le había visto varias veces —pero nunca hasta ese punto— en aquel estado de abatimiento y que ahora empezaba a temer que aquello no tuviese arreglo, le propuso completamente en serio matarle de un tiro antes de que se convirtiera en un ser malo y depravado, como estaba sucediendo en aquellos momentos. Con Philipp Reiser, cuyas ideas eran también novelescas y exaltadas, no se podían gastar bromas en un caso así. En aquella ocasión, Anton Reiser se negó a aceptar una cura de tal género, y prometió que volvería a recuperarse de su estado de abatimiento.

Pero su situación empezó a empeorar cada vez más: como los gastos causados por sus actividades teatrales eran muy superiores a sus ingresos, e impartía también menos clases, sus deudas iban en aumento y pronto empezó otra vez a carecer de lo más elemental para vivir, por no haber aprendido el arte de vivir a crédito.

Tan sólo el vestuario del príncipe en *El joven noble*, que había tenido que comprarse, lo mismo que todos los demás, fue tan caro que con ese dinero habría podido proveer a sus necesidades de todo un mes. Y sin embargo no pudo siquiera lograr su meta de presentarse al público en un papel trágico sobresaliente, como siempre había sido su deseo.

De las tres obras que se representaron sucesivamente en una sola velada, fue *Clavijo* la primera, *El hombre puntual* la segunda, y *El joven noble* vino en último lugar.

Durante la representación de *Clavijo*, Reiser trataba de aturdir los sentidos todo lo que podía y se tapaba los oídos, en los vestuarios contiguos al escenario. Cualquier ruido del escenario que llegaba hasta él, era como una punzada en el corazón, pues allí era donde realmente se estaba derrumbando el más bello edificio que su imaginación había ido construyendo año tras año, y él se veía obligado a verlo sin poder hacer nada por impedirlo. Trataba de consolarse con los dos papeles que todavía le tocaba representar, y concentrar en ellos toda su atención, pero era inútil. Mientras que otro representaba el papel de Clavijo ante aquel público tan numeroso, él se sentía como quien ve arder irremisiblemente en las llamas todas sus pertenencias: hasta el último día había alimentado la esperanza de recibir aquel papel, costase lo que costase. Y ahora, ya no tenía remedio.

Cuando hubo pasado todo y había terminado la representación de *Clavijo*, Reiser se sintió algo más aliviado. Pero seguía con la espina clavada en el corazón. Después, en *El hombre puntual*, donde Iffland hacía de protagonista, representó con mucho aplauso el papel de Maese Blasius. Pero no era el aplauso que él había deseado. Con sus dotes de actor, no quería hacer reír sino conmover. El príncipe de *El Joven noble* era un papel noble, en efecto, pero demasiado idílico para él; y además la representación en su conjunto fue un cierto fracaso, pues una vez terminados *Clavijo* y *El hombre puntual* se marchó la mayor parte del público, porque ya era tarde,

y no quedó ni una tercera parte para esperar a ver *El joven noble*. Eso y el hecho de que no pudiese dejar de pensar en Clavijo, fueron la causa de que Reiser representase el papel del príncipe de *El joven noble* peor y con mucha más negligencia de lo que hubiese podido hacerlo, y de que, cuando hubo terminado todo, se marchase a casa triste y malhumorado.

Pero al mismo tiempo seguía pensando en que algún día saciaría su ardiente deseo de aparecer en escena con un papel apasionado y trágico, costase lo que costase. El hecho de que se hubiese visto privado de tal placer aquella primera vez, no hacía sino aumentar sus deseos de conseguirlo. ¡Y cómo podía esperar que se cumpliera mejor lo que era su mayor anhelo sino convirtiendo en la tarea principal de su vida aquello que él ya amaba por encima de todo! Por eso la idea de consagrarse al teatro no sólo no perdió intensidad sino que se impuso con mayor fuerza aún.

Sin embargo, lo mismo que uno intenta encontrar los motivos más imperiosos para justificar hasta cierto punto ante uno mismo el propio comportamiento, así también trató Reiser de pensar que el tener que pagar las pequeñas deudas que había contraído era algo tan insoportable, y tan desagradable el hecho de que tal cosa llegase a saberse, que ya por eso no tenía más remedio que marcharse de Hannover. Pero sus verdaderos motivos eran la urgencia de que cambiase su situación y el deseo de presentarse de una manera u otra al público lo antes posible, con el fin de cosechar fama y aplauso. Y para ello, indudablemente, nada podía parecerle más cómodo que el teatro, pues en él ni siquiera puede tenerse por vanidad el querer mostrarse por el lado más ventajoso, sino que, al contrario, el deseo vehemente de aplauso está, por así decir, privilegiado.

Es innegable, por otra parte, que sus pequeñas deudas empezaron a convertirse en una carga, y a ello vinieron a añadirse una serie de humillantes experiencias que le hicieron definitivamente insoportable la idea de continuar viviendo en Hannover.

Una de ellas consistió en que un joven noble a quien él daba clase y con quien a veces solía conversar un poco en su habitación le dijo que tenía el honor de despedirse antes de que se despidiera él. Probablemente creía, en efecto, que Reiser se disponía a marcharse y por tanto sólo se adelantaba un poco al decirle que se fuera, pero precisamente ese anticiparse fue una

sorpresa horrible para Reiser y le causó de golpe tal desaliento que, cuando ya había salido de la casa, permaneció inmóvil un rato con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Aquel anticipatorio «tengo el honor de despedirme de usted» se unió de pronto en su mente a aquel «¡qué mozo más lerdo!» del inspector del seminario, a aquel otro «¡no me refiero a usted!» del comerciante, al «par nobile fratrum» de los estudiantes y al «¡eso es una verdadera tontería!» del rector. Durante unos instantes se sintió como anonadado, todas sus facultades anímicas estaban como paralizadas. La idea de haber sido gravoso, aunque sólo fuese un instante, le pesaba como una montaña. En aquel momento hubiera querido liberarse de aquella existencia, tan molesta para otras personas además de para él.

Marchó luego, pasada la muralla, al cementerio en que estaba enterrado el hijo del pastor Marquard y allí, junto a la tumba, lloró amarguísimas lágrimas de despecho y de hastío de la vida. De pronto, todo le parecía triste y melancólico, sombrío por entero su porvenir, no deseaba sino unirse al polvo que pisaban sus pies, y todo ello solamente porque el otro había querido adelantarse a él con aquel «tengo el honor de despedirme». Esas palabras habían dejado en su pecho una espina que en vano trataba de arrancar, aunque no se lo confesase a sí mismo, sino que achacase su malhumor y su hastío de la vida a consideraciones generales sobre la vanidad de la vida humana y la inanidad de las cosas. Por otra parte, él hacía esas consideraciones generales, pero sin aquella idea predominante sólo habrían ocupado su mente, y no movido su corazón. En el fondo, lo que se adueñaba de él y le hacía odiar la vida era el sentimiento de la humanidad oprimida por las condiciones de vida de la burguesía: él tenía que dar clase a un joven noble, que le pagaba por ello y que, terminada la clase, podía ponerle cortésmente en la calle si le venía en gana. ¿Qué pecado había cometido él antes de nacer para no ser también una persona de la que tiene que ocuparse y a la que tiene que servir otra serie de personas? ¿Por qué le había tocado a él trabajar y a otro pagar? Si las circunstancias de su vida le hubiesen procurado felicidad y contento, él habría visto por doquier una finalidad y un orden, pero ahora todo le parecía contradicción, desorden y confusión.

Cuando iba de camino hacia su casa, ocurrió por primera vez que uno de sus acreedores le reclamó en plena calle el pago de la deuda, y cuando marchaba triste y cabizbajo oyó que detrás de él un chico le decía a otro: «¡Por ahí va Maese Blasius!». Eso le enfureció de tal manera que, en medio de la calle, le dio un par de bofetadas al muchacho, y éste a su vez fue detrás de él lanzándole insultos hasta que Reiser llegó a su casa.

Desde aquel día, a Reiser le horrorizaban las calles de Hannover, y sobre todo le parecía abominable la calle por la que el chicuelo le había insultado y caminado tras él. Siempre que podía, evitaba ir por ella, y cuando no tenía más remedio que hacerlo era como si las casas se le derrumbaran encima. Adondequiera que iba, creía oír tras él las burlas de la plebe o las palabras impacientes de los acreedores.

Esas humillaciones se habían sucedido con demasiada rapidez para poder levantar cabeza y liberarse una vez más del peso que en adelante le hizo detestar el entorno en que vivía. A partir de entonces, la idea de abandonar Hannover y de probar fortuna por el mundo, se convirtió en un propósito fijo, propósito que por otra parte él sólo le reveló a Philipp Reiser. Éste andaba a la sazón muy ocupado con sus propios asuntos, porque otra vez estaba viviendo un romance de amor y concentraba todos sus esfuerzos en agradar a su amada. Por eso la vida de Anton Reiser le importaba algo menos de lo que le hubiese importado en otro momento.

Aunque Anton Reiser quizás iba a abandonar Hannover para siempre pocos días más tarde, su amigo le contaba sus amores con todo detalle, como si él pudiese esperar a ver el resultado final de todo aquello. Eso le irritaba a veces, sin duda, pero Philipp Reiser era su mejor amigo y fuera de él no tenía a nadie a quien poner al corriente de sus planes.

Pero como, para probar fortuna en el mundo, tenía que elegir algún lugar del mundo como meta de sus andanzas, se decidió por Weimar, donde debía encontrarse a la sazón la compañía de Seiler, dirigida por Ekhof. Allí quería convertir en realidad su determinación de consagrarse al teatro.

Y mientras le daba vueltas a aquella idea, sufrió otra humillación que le afirmó en su decisión. Paseaba una tarde por un parque público de las afueras de la ciudad con un grupo de condiscípulos, que pertenecían también al grupo teatral, y las ideas que andaba rumiando le daban

seguramente un aspecto curioso y ausente, lo que le hacía contrastar de modo poco lisonjero con su grupo. Y de pronto, en el momento menos pensado, sus condiscípulos empezaron otra vez a tomarle el pelo tan despiadadamente que no le fue posible decir una sola palabra para defenderse de sus bromas. Y como las burlas encontraron campo abierto, no había modo de que cesaran. Y como, por si fuera poco, había allí cerca unos militares que escuchaban la conversación, Reiser no pudo aguantar más: se alejó a hurtadillas de la mesa, pagó al tabernero su parte y se marchó a todo correr. Y tan pronto estuvo solo, se desató una vez más en improperios contra su vida y su persona. Se escarnecía a sí mismo, por creerse destinado a ser objeto de burlas y vejaciones. ¿Cuál era la razón de que llevase como una señal en la frente para que el mundo se burlase de él? ¿Con qué especie de signo irrisorio estaba marcado, un signo que nada podía borrar y que ahora, cuando ya gozaba de la estima de sus compañeros, lo exponía otra vez en mala hora a sus burlas?

Era aquella inexcusable parálisis psíquica, causada por el rechazo de sus propios padres y que él no había logrado superar desde sus días infantiles. Le era imposible considerar a nadie como igual a él, le parecía que cualquier persona tenía, de un modo u otro, más importancia, mayor relevancia que él en el mundo. Por eso, cuando alguien le declaraba su amistad, siempre le parecía como si el otro se rebajara. Así pues, como creía que podía ser despreciado, era despreciado de verdad. Y él ya tenía muchas veces por desprecio lo que otra persona más segura de sí misma nunca hubiese considerado como tal. Y ésa es, en efecto, la interrelación de las fuerzas anímicas. Cuando una fuerza no encuentra delante otra fuerza contraria, arrasa y destruye, comparable a un río al ceder el dique que lo contiene. Cuando el sentimiento del propio yo es más fuerte, va eliminando de modo irresistible al que es más débil: embromando, despreciando, marcando su objeto con el estigma de la ridiculez. El caer en el ridículo constituye una especie de aniquilación y el poner en ridículo es como matar —matar de un modo que no tiene igual— la seguridad en sí mismo. En cambio, el ser odiado por todos excepto por uno mismo es algo deseable y codiciable. Ese odio general no mataría esa autoseguridad sino que la vivificaría llenándola de una obstinación de la que podría vivir durante

milenios rechinando furia contra este mundo de odio. Pero no tener amigos y ni siquiera enemigos, eso es el verdadero infierno que contiene en sí mismo todos los tormentos de la eliminación percibida por un ser pensante. Y ese tormento infernal era el que sentía Reiser cuando, careciendo de seguridad en sí mismo, se tenía por un ser merecedor de burla y desprecio. Su mayor placer era entonces, estando solo, reírse a carcajadas de sí mismo y, por así decir, llevar a término en su propia persona lo que los seres exteriores a él habían empezado.

> Si esos seres me escarnecen y destruyen,
> siendo fuertes y perfectos más que yo,
> ¿por qué de la compasión oiré las voces?
> ¿Por qué llorar indignamente por mí?

Una vez que hubo escapado del círculo de sus compañeros, y de sus bromas, anduvo errante por aquel solitario paraje alejándose cada vez más de la ciudad, sin tener una meta a la que dirigir sus pasos. Iba siempre a campo través hasta que se hizo de noche y llegó a un camino ancho que llevaba a una aldea, que estaba allí, ante su vista. El cielo se ponía cada vez más oscuro y amenazaba lluvia. Los cuervos empezaron a graznar y dos de ellos, que siempre volaban por encima de su cabeza, parecían darle compañía, hasta que llegó al pequeño y angosto cementerio, que estaba a la entrada del pueblo y rodeado de piedras colocadas en desorden unas sobre otras, queriendo como formar una especie de tapia. Y dentro, la iglesia, con la pequeña torre rematada en punta y cubierta de ripias, en el grueso muro una sola ventanita a cada lado, por la que podía entrar transversalmente la luz. La puerta estaba medio hundida en la tierra y era tan baja que parecía que sólo se podía entrar por ella con el cuerpo inclinado. Y tan pequeño e insignificante como la iglesia, así de pequeño y angosto era el cementerio, con las suaves elevaciones de los túmulos muy pegadas unas a otras y cubiertas de ortigales. El horizonte ya estaba en penumbra. Por doquier, en el nebuloso crepúsculo, el cielo parecía reposar sobre la tierra, el panorama quedaba reducido al pequeño trozo de tierra que se veía alrededor. Lo pequeño y diminuto de la aldea, del cementerio y de la iglesia le hizo a

Reiser un extraño efecto. Le pareció como si allí, en una punta de terreno como aquélla, estuviera el final de todas las cosas. El ataúd, angosto y lóbrego, era lo último, después ya no había nada. Allí estaban los maderos cerrados herméticamente que impedían a los mortales mirar más lejos. La imagen llenó de angustia a Reiser. La idea de terminar en ese trozo de tierra, ese ir pasando a lo angosto, a lo más angosto, a lo cada vez más angosto, tras de lo cual ya no había nada, y luego cesar, lo lanzó con terrible violencia fuera del diminuto cementerio y lo persiguió en la noche oscura, como si quisiera huir del ataúd que amenazaba tragarlo. La aldea con su cementerio fue para él una imagen del horror mientras continuó viéndola a sus espaldas. En el cementerio había tenido un extraño ataque de pánico. Lo que tantas veces deseó, pareció haberle sido concedido, la tumba parecía reclamar su presa y perseguirle todo el tiempo con las fauces abiertas. Sólo cuando llegó a otra aldea se tranquilizó un poco.

Pero lo que en aquel cementerio hizo que le pareciera tan horrible la idea de la muerte, fue la imagen de lo pequeño, que al prevalecer sobre todo lo demás, le produjo un horrible vacío interior que acabó siendo insoportable. Lo pequeño se aproxima a la desaparición, a la aniquilación. La idea de lo pequeño es la que provoca dolor, vacío y tristeza. La tumba es la casa estrecha, el ataúd es una morada silenciosa, fría y pequeña. La pequeñez origina vacío, el vacío origina tristeza. La tristeza es el inicio del aniquilamiento, el vacío infinito es aniquilamiento. En aquel pequeño cementerio Reiser sintió los horrores del aniquilamiento. El paso del ser al no ser se le representó de un modo tan concreto y con tal fuerza y certidumbre que su existencia entera ya sólo pendía como de un hilo que amenazaba romperse a cada instante.

Así pues, de pronto había desaparecido en él todo el hastío de la vida. Procuró que en su espíritu surgiera otra vez un cierto número de ideas, sólo para salvarse de la aniquilación total, por así decir. Y cuando dio casualmente con el camino real que llevaba a Erichshagen, donde vivían sus padres, y vio de pronto que conocía toda aquella comarca, determinó seguir caminando toda la noche y sorprender otra vez a sus padres con una visita inesperada. Estaba ya a una milla de Hannover y tenía que recorrer, por tanto, otras cinco millas.

Pero cuando pensó que no podría hablar en modo alguno a sus padres de la decisión que había tomado, y que tendría que despedirse de ellos con el corazón oprimido, desistió de su propósito, pues además a eso de la medianoche había empezado a llover con fuerza. De modo que se dirigió otra vez a la ciudad, bajo la lluvia y en plena oscuridad, caminando a través de las mieses ya crecidas. Era una cálida noche de verano, y en aquella misantrópica marcha nocturna, la lluvia y las tinieblas eran su más agradable compañía, se sentía grande y libre en la naturaleza que lo rodeaba. Nada le oprimía, nada le ponía trabas, allí se encontraba a gusto en cualquier trozo de tierra sobre el que quisiera recostarse, sin estar expuesto a las miradas de ningún ser humano. Al final sentía verdadero placer en marchar a través de los campos de trigo, sin caminos ni veredas, sin nada que lo constriñera, ni siquiera una meta propiamente dicha que guiara sus pasos. En el silencio de la medianoche se sentía libre como el animal salvaje en el desierto, la inmensidad de la tierra era su lecho, la naturaleza entera su territorio.

Así caminó toda la noche hasta que despuntó el día. Y cuando pudo distinguir otra vez poco a poco los objetos y contemplar la comarca, le pareció que todavía estaba a cosa de media milla de Hannover. Pero de pronto, se dio de manos a boca con una gran tapia de cementerio que nunca había visto en aquellos parajes. Reflexionando intensamente trató de orientarse, pero fue en vano: no pudo relacionar aquella larga tapia de cementerio con las otras cosas. Era y seguía siendo una aparición que durante un tiempo le hizo dudar si estaba despierto o soñando. Se frotó los ojos, pero la larga tapia de cementerio seguía estando allí. Además, debido a aquella extraña caminata nocturna y a la ausencia de la pausa habitual que, conforme a naturaleza, interrumpe las ideas del día, su imaginación estaba trastornada. Empezó a tener miedo de perder el juicio y ya estaba realmente muy cerca de la demencia cuando por fin, a través de la niebla, vio las cuatro torres de Hannover y supo entonces dónde estaba. El crepúsculo matutino le había desorientado, haciéndole tomar esa región por otra situada a media milla de Hannover y muy parecida a aquella otra, que estaba a las puertas de la ciudad. El gran cementerio, en cuyo centro había una capillita, era el cementerio ordinario de Hannover, y de pronto a Reiser

le resultó familiar toda la región. Realmente, se despertaba como de un sueño.

Pero si hay algo capaz de llevar a una persona a las puertas de la locura, eso es sobre todo el desplazamiento de las ideas de tiempo y espacio, de las que tienen que depender todos nuestros otros conceptos. Aquel nuevo día no era para Reiser un nuevo día, porque entre éste y el día precedente su capacidad de representación no había quedado interrumpida. Se dirigió a la ciudad. Era todavía muy de mañana y en las calles reinaba el más profundo silencio. La casa, la habitación en que vivía, todo le pareció distinto, ajeno y extraño. Aquella marcha nocturna había producido un cambio en todo su sistema mental. Desde aquel día no se sintió a gusto en su casa. Las ideas de espacio le daban vueltas en la cabeza, durante todo aquel día tuvo la sensación de estar soñando. Pero con todo, era agradable el recuerdo de la marcha nocturna. El graznido de los dos cuervos que volaban por encima de su cabeza, el pequeño cementerio rural, los campos de trigo que había atravesado, todo se apiñaba en su mente convirtiéndose en un grupo oscuro, en una hermosa escena nocturna con la que muchas veces disfrutaría su imaginación en posteriores horas de soledad. Pero el residir en Hannover se le hizo a partir de entonces aún más aborrecible, si cabe. Y el deseo de viajar le poseía ahora por completo. Ése era también el caso de algunos de los jóvenes que habían hecho teatro con él. Uno que se llamaba Timäus y que antes había sido una persona muy callada, trabajadora y formal, le habló a Reiser en confianza de su descontento con la futura condición de eclesiástico, a la que estaba destinado, y conversaba con él sobre lo feliz que sería como actor profesional, indignándose contra los prejuicios que seguían denigrando inmerecidamente tan honorable oficio.

Esa conversación la tuvieron ambos cuando iban de paseo a un pueblecito cerca de Hannover. Y tan enfrascados estaban en su charla que los sorprendió la noche y se vieron obligados a quedarse en la aldea. Ese hecho insólito de pasar la noche en un lugar extraño acabó de llenarles la cabeza de ideas romanescas. Les parecía como si ya hubiesen salido en busca de aventuras y estuviesen compartiendo alegrías y penas. El atrevido propósito de aquellos dos aventureros, consistente en romper con todos los prejuicios sociales y seguir su propia inclinación o, como ellos decían, su

vocación, no dejó de cumplirse. Reiser tomó la iniciativa, y Timäus le siguió poco después, pero volvieron a traerle sano y salvo. Reiser, por su parte, antes de realizar su propósito, hizo una larga marcha nocturna con Iffland, que una noche, a las once, fue a verle con otro miembro del grupo de teatro y le invitó a dar un paseo al Deister, un monte a tres millas de Hannover. Reiser, para quien tales excursiones nocturnas ya empezaban a convertirse en cosa habitual, aceptó inmediatamente. Era una noche de verano, cálida e iluminada por la luna. Durante el camino, la conversación fue sumamente poética, a veces un poco afectada y luego otra vez auténtica, después de haber decaído. Al pasar por una aldea, aspiraron el agradable perfume del heno recién cortado. Y aquella excursión nocturna fue en verdad una de las más agradables que imaginarse pueda, hasta tal punto que pareció haber sido organizada por el azar para excitar más aún la imaginación de Reiser y dar a sus deseos de viajar, ya libres de trabas, la entera supremacía sobre la razón.

Los tres aventureros llegaron antes del amanecer a una aldea situada casi al pie del monte, donde tomaron un refrigerio y durmieron unas horas. Pero cuando se levantaron por la mañana, todas las bonitas figuras de la farola mágica habían desaparecido. Allí estaba otra vez, presente en su espíritu, la escueta realidad con todos sus inevitables inconvenientes. Durante más de una hora no hicieron otra cosa que bostezar y mirarse unos a otros. Si hay algo que hubiera podido curar a Reiser de sus ilusiones, fue aquella mañana, después de una noche así. Habían perdido las ganas de subir a la cima del monte, se sentían cansados y desfallecidos y regresaron a la ciudad por el camino más corto, que se les hizo bastante pesado por el calor abrasador del sol. Pero mientras caminaban empezaron a improvisar rimas, con lo que se distrajeron un poco de la monotonía del viaje.

No obstante, Reiser seguía completamente decidido a marcharse, independientemente de lo que le tuviese reservado el destino. Prefería cualquier cosa que pudiese acontecerle a la triste uniformidad de su vida, a ese no ser feliz, ni poco ni mucho, en Hannover. Todos sus pensamientos volaban ahora muy lejos. Además, no veía posibilidad ninguna de saldar sus deudas, sin poner otra vez al corriente de la situación al pastor Marquard, en cuyo caso tendría que contar con la pérdida de su respeto y su amistad.

Todavía conservaba en la memoria las diversas humillaciones que había vuelto a sufrir últimamente y que le hacían detestar la vida de Hannover y todo el entorno de aquella ciudad.

A su único confidente, a Philipp Reiser, supo presentarle su propia situación con tan negros colores que el amigo acabó aprobando su decisión de marcharse de Hannover y le explicó el itinerario que tenía que seguir hasta Erfurt, tal y como él mismo lo había hecho, viajando a pie, desde esa ciudad hasta Hannover. Anton Reiser quería continuar después hasta Weimar, para que lo admitieran como actor en la compañía de Seiler, o mejor dicho, de Ekhof. Y si lo conseguía, quería saldar desde allí las deudas de Hannover y tratar de recuperar su buen nombre. Allí quería resucitar, por decirlo así, después de haber muerto aquí como ciudadano. Esto último, en especial, era una de las ideas más agradables que acariciaba.

Así pues, le llevó a Philipp Reiser los pocos libros y papeles que tenía y se los dejó en custodia. Había empeñado parte de su ropa para subvenir a los gastos del teatro, y el resto de sus pocos enseres se los dejó como pago del alquiler al dueño de la casa. Le dijo a éste que su padre estaba gravemente enfermo y que se ausentaba una semana para ir a verlo, caso de que alguien preguntase por él.

Y ahora ya todo estaba preparado, excepto el dinero con que emprender un viaje de más de cuarenta millas. Después de haber reunido todo lo que pudo reunir, su capital ascendía a un solo ducado, con el cual tuvo el valor de ponerse en camino, aunque Philipp Reiser le hizo ver con toda claridad lo imprudente de aquella empresa. Pero su amigo no le podía ayudar con dinero, por la razón importantísima de que habitualmente carecía de él y en aquella ocasión concreta estaba completamente sin blanca.

Así pues, Anton Reiser podía decir en el sentido más literal que llevaba consigo todas sus pertenencias. Su vestuario se reducía al traje bueno con que había pronunciado el discurso de aniversario de la reina, y a una casaca. Llevaba además al costado una espada dorada de fantasía, y zapatos y medias de seda. Todo lo que transportaba en la bolsa era una camisa limpia con otro par de medias de seda, la *Odisea* de Homero en dozavo con la versión latina, y el cartel que anunciaba el discurso que pronunció en el aniversario de la reina y en el que estaba impreso su nombre.

Mediado el invierno, una mañana de domingo, que aún pasó en casa de Philipp Reiser, hizo los últimos preparativos para ponerse en camino a primera hora de la tarde y recorrer tres millas —ya eran largos los días— hasta la primera ciudad del itinerario.

Brillaba un sol sereno. Las gentes, en sus atavíos de domingo, iban de paseo por las calles y en parte salían fuera de las murallas, para retornar ya anochecido a sus casas, y ese mismo día Reiser dejaría Hannover para siempre. Eso le producía una extraña sensación, que no era ni de dolor ni de tristeza sino más bien una especie de aturdimiento. La despedida de Hannover no le causó lágrimas, antes bien, estaba casi tan indiferente y tranquilo como si hubiese pasado por una ciudad extraña, que tenía que dejar atrás para proseguir el viaje. Incluso la despedida de Philipp Reiser fue más bien fría que cariñosa. Philipp Reiser estaba muy atareado con una nueva escarapela de su sombrero, hablándole al amigo que se marchaba, hasta el último momento que pasaron juntos, del romance amoroso de aquellos momentos, como si Anton Reiser hubiese podido aguardar a ver la continuación de la historia. En resumen, conversaron todo el tiempo como si al día siguiente fuesen a verse otra vez y como si todo continuase igual que siempre. Pero lo que más molestó a Anton Reiser fue que su único amigo pasara la última hora de la despedida limpiando con ahínco la escarapela del sombrero. Mucho tiempo después, todavía veía ante él aquella escarapela y siempre que pensaba en ella, el recuerdo le ponía de mal humor. Por otra parte, con la limpieza de la escarapela, su amigo le hizo mucho más llevadera la despedida de Hannover. Hay que decir, sin embargo, que Philipp Reiser le quería bien, pero en aquella ocasión su poquito de vanidad y sus deliquios amorosos fueron superiores a la amistad que le profesaba, y la escarapela del sombrero, con la que posiblemente quería gustar a su amada, se había convertido para él en un objeto de máxima importancia, cosa que Anton Reiser, por su parte, no podía comprender.

«Tan frío, tan rígido, llamar a las férreas puertas de la muerte». Esas palabras de *Las desventuras del joven Werther* las había estado recordando Anton Reiser toda aquella mañana y cuando Philipp Reiser quiso abrirle el gran portón, el lugar donde iban a separarse definitivamente, porque Philipp

Reiser, para no despertar sospechas de que él estaba enterado de su marcha, había decidido no acompañarle, se quedó un rato en la parte de dentro, miró fijamente a Philipp Reiser y en aquel instante le pareció como si estuviese llamando tan frío y rígido a las férreas puertas de la muerte. Le dio la mano a Philipp Reiser, que era incapaz de decir una palabra, cerró de un tirón el portón tras de sí y se apresuró a dar la vuelta a la esquina más próxima para que su amigo, ya separado de él, no pudiese seguir mirándole.

Después se dirigió por el camino de la muralla hacia la Puerta de San Egidio y, mirando hacia un lado, vio una vez más su antiguo alojamiento en la casa del rector, que se podía divisar desde la muralla. Eran las dos de la tarde y las campanas tocaban al servicio religioso. Conforme se acercaba a la puerta, Reiser redoblaba la marcha. Era como si la tumba abriese otra vez sus fauces a espaldas suyas. Pero cuando hubo dejado atrás la ciudad con las murallas cubiertas de verde, y las casas iban quedando más apiñadas según volvía él la vista atrás, sintió un alivio cada vez mayor hasta que las cuatro torres que enmarcaban lo que fuera el escenario de todas sus humillaciones y congojas, desaparecieron por fin del horizonte.

OceanofPDF.com

Parte cuarta

OceanofPDF.com

Prefacio

(1790)

Al igual que las anteriores, esta parte cuarta de la historia de Anton Reiser, viene a tratar la importante cuestión de hasta qué punto un joven es capaz de elegir por sí mismo su vocación.

Contiene una detallada exposición de los diferentes modos de engañarse a sí mismo que tuvo aquel inexperto por su mal entendida inclinación a la poesía y al teatro.

Esta parte contiene también algunos consejos, quizás no inútiles ni carentes de importancia, para maestros y educadores, pero también para jóvenes lo suficientemente juiciosos como para examinarse a sí mismos y ver cuáles son los principales signos que distinguen la falsa vocación artística de la verdadera.

Se ve por esta historia que una inclinación artística mal entendida, basada sólo en la afición y no en la vocación, puede llegar a ser igual de fuerte y a producir los mismos fenómenos que se dan en el verdadero genio artístico, que es capaz de soportarlo todo y de sacrificarlo todo para lograr su meta final.

Las partes anteriores de esta historia muestran claramente que la pasión irresistible de Reiser por el teatro fue en realidad un resultado de su vida y sus cambios de fortuna, que lo sustrajeron al mundo real ya desde la infancia haciéndole vivir, ya que ese mundo carecía de todo atractivo para él, más en la fantasía que en la realidad: el teatro, por excelencia el mundo

de la fantasía, sería el refugio contra todas sus tribulaciones y adversidades. Sólo allí creía respirar más libremente y encontrarse, por así decir, en su elemento.

Y sin embargo seguía teniendo un cierto sentimiento de las cosas reales que le rodeaban en el mundo y a las que no le gustaba renunciar del todo, puesto que, igual que los otros seres humanos, sentía la vida y la existencia.

Eso hacía que estuviese en perpetuo combate consigo mismo. No pensaba con tanta ligereza como para dejarse llevar totalmente por lo que le iba inspirando la imaginación y estar al mismo tiempo satisfecho de sí mismo; y por otra parte no tenía la suficiente energía para perseverar en algún plan real opuesto a su romántica forma de pensar.

En el fondo, luchaban en él, como en tantas otras almas, la verdad con la ilusión, el sueño con la realidad, quedando en suspenso cuál de ambas tendencias saldría victoriosa, lo que basta para explicar los extraños estados de ánimo en que recaía.

Contradicción por dentro y por fuera: eso ha sido hasta ahora su vida. Se trata de saber cómo se resolverán esas contradicciones.

OceanofPDF.com

Cuando Reiser hubo perdido de vista las torres de Hannover y caminaba a paso ligero, respiraba con más libertad, el pecho se le dilataba, el mundo entero se extendía ante él, y mil perspectivas se abrían ante su espíritu.

Imaginaba como cortado el hilo de su vida anterior. De golpe se había liberado de todas las dificultades, pues si hubiese ingresado en la universidad de Gotinga, su destino le habría perseguido hasta allí. Todas las circunstancias que habían configurado su infancia y su juventud hubiesen seguido pesando sobre él, y su coraje se habría ido a pique.

Porque mientras estuvo aprisionado en aquel entorno, no pudo ganar confianza en sí mismo, y si quería recobrar el ánimo, no debía ver durante algún tiempo a las personas que, tal vez sin intención, le habían amargado su juventud.

Ahora había salido completamente de aquel ambiente. Dejaba a sus espaldas el escenario de sus desventuras, el mundo de sus infortunios. Con cada paso que daba se iba alejando más de él y, tal como había organizado las cosas, podía caminar ocho días sin que nadie le echara de menos.

Sentía, en efecto, un placer inenarrable cuando pensaba que fuera de Philipp Reiser, nadie sabía lo que él hacía ni dónde paraba, que incluso aquel único amigo no estuvo demasiado triste durante la despedida; que estaba más allá de toda relación humana y que ninguna persona que encontrara sentiría el menor interés por él.

Si el salir definitivamente de este mundo puede estar prefigurado por alguna circunstancia, tiene que ser ésta. Cuando dejó de apretar el calor, cuando empezó a declinar el sol y se afilaron las sombras de los árboles, Reiser redobló el paso y en una tarde recorrió sin descansar, como si fuese

un paseo, las tres millas que lo separaban de Hildesheim. Y como un paseo lo veía él, pues Hildesheim le era tan familiar como Hannover.

Cuando llegó a las puertas de la ciudad, se sacudió el polvo de los zapatos, se ordenó el peinado, cogió en la mano una varita con la que jugueteaba al andar, y así caminó despacio por el puente, deteniéndose de vez en cuando como si esperase a alguien o estuviese observando alguna cosa. Y como, además, llevaba medias de seda, nadie que le veía con ese atuendo le tomaba por un caminante que está recorriendo cuarenta millas a pie.

Los centinelas no le hicieron preguntas y él atravesó las puertas de Hildesheim con los otros habitantes de la ciudad que también volvían de pasear. Y a él le tranquilizó y le agradó sobremanera la idea de que aquellas gentes no le mirasen como a un forastero, que nadie se volviera para observarlo sino que le tomaran por uno de ellos, sin serlo en realidad.

Como ninguna de esas personas le conocía y nadie se ocupaba de él, tampoco se comparó con nadie. Estaba como separado de sí mismo. Su individualidad, que tantas veces le había atormentado y angustiado, dejó de molestarle; y le hubiese gustado caminar toda su vida de esa guisa, desconocido e invisible, por en medio de los hombres.

Cuando, no lejos de la muralla, buscaba una fonda, la calle le resultó conocida, y se acordó entonces de que hacía cuatro años, cuando vivía en casa del rector, pasó allí la fiesta del Corpus Christi, y otra vez rememoró la situación violenta y angustiosa en que se halló entonces por no ser ajeno al grupo con el que viajaba, pero tampoco pertenecer propiamente a él. Y se le quitó como un gran peso de encima al pensar que todo aquello, definitivamente, formaba parte del pasado.

En la fonda donde entró le recibieron y le trataron conforme a su atuendo, y él no tuvo el valor de decir que no, antes bien, permitió que le preparasen una cena, le asignaran un lecho para dormir y al día siguiente le sirvieran el desayuno. Estaba tomando tranquilamente café, mientras leía a Homero, cuando de pronto salió de una especie de letargo, y vio con toda claridad que con el dinero que llevaba, que era un solo ducado, no sólo tendría que caminar más de cuarenta millas, sino que todavía debería sobrarle algo cuando llegara a su destino.

Pagó enseguida la cuenta, con lo que se le fue ni más ni menos que una sexta parte de su caudal, preguntó por la carretera que llevaba a Seesen, y, preocupado y con el corazón oprimido, atravesó las puertas de Hildesheim.

Era por la mañana temprano. El camino atravesaba una comarca agradable en la que alternaban bosques y sembrados. Reiser oía el trinar de los pájaros, mientras el sol de la mañana brillaba sobre las verdes copas de los árboles.

Pero según caminaba más deprisa, fue sintiendo también cómo se le iba serenando el espíritu; poco a poco volvió a tener ideas placenteras, perspectivas optimistas y osadas esperanzas, y entonces tomó una resolución que le liberó al punto de todas sus preocupaciones y le hizo rico e independiente durante todo el viaje.

Reduciría su alimentación a pan y cerveza, dormiría sobre paja y jamás volvería a pasar la noche en una ciudad, y de esa manera cada jornada del viaje le costaría poco más de diez peniques. Así podría estar más de un mes en camino y al final del recorrido no se hallaría completamente desprovisto de recursos.

Nada más haber tomado esa determinación, que cumplió a rajatabla a partir de aquel día, volvió a sentirse libre y feliz como un rey. Esa renuncia voluntaria a toda comodidad y esa limitación a las necesidades más elementales le puso en un estado incomparable. Se sentía ahora como un ser que se ha elevado por encima de todas las preocupaciones humanas; por eso vivía, libre de trabas, en su mundo ideal y fantástico, hasta tal punto que aquella época, con todas las aparentes incomodidades, fue uno de los sueños más dichosos de su vida.

Pero insensiblemente, fue deslizándose entre los demás un pensamiento que, para que su existencia actual no se convirtiera en puro sueño, la vinculaba con la anterior. Se imaginaba qué maravilloso sería que al cabo de algunos años él renaciese en la memoria de las gentes, donde estaba prácticamente muerto, se presentase ante ellos con una más noble apariencia y el sombrío período de su juventud se esfumara instantáneamente ante el despuntar de un día mejor.

Aquello llegó a convertirse en una idea fija que estaba en el fondo de su alma y a la que no habría podido renunciar por nada del mundo. Era la que

daba solidez a todos los otros sueños y fantasías y les prestaba su encanto. La sola idea de que jamás volvería a ver a las personas que le habían conocido antes, habría quitado todo interés a su vida y a él le habría privado de sus más bellas esperanzas.

Ya cerca del mediodía, entró en una modesta taberna de una aldea donde, aunque hubiese tenido dinero, no le habrían servido otra cosa que cerveza y pan, y por tanto no se dio el caso de que le quisieran tratar mejor y él hubiese tenido que rechazarlo.

Le causaba un placer inenarrable el hecho de que le diesen por pocos peniques un trozo enorme de pan negro, que lo preservaba del hambre durante todo el día. Mojó una parte de él en la cerveza y de esa manera almorzó por primera vez conforme a sus propias y severas reglas, de las que ya no se desvió en todo el viaje.

Pero luego se apresuró a dejar aquel lóbrego figón y a salir al aire libre, donde se sentó bajo un árbol umbrío y, como descanso de mediodía, leyó la *Odisea* de Homero. Esa lectura de Homero podía ser, o no, una reminiscencia de *Las desventuras del joven Werther*, pero en Reiser no era afectación sino fuente de un placer puro y verdadero. Ningún libro, en efecto, era tan adecuado a su situación como aquél, pues en todos sus versos describe al hombre que ha viajado mucho, que ha visto muchas personas, ciudades y modos de vida y que al cabo de luengos años regresa por fin a su país, donde vuelve a encontrar a las mismas gentes que había dejado allí y que nunca creyera volver a ver.

El camino subía y bajaba. El calor era bastante fuerte, y Reiser calmaba la sed siempre que encontraba un claro arroyo, del que no costaba dinero beber.

En la aldea donde pasó la primera noche, la posada estaba llena de labriegos que hablaban a voces, de forma que no pudo leer y se entretuvo pensando, y una mujer viejísima, que estaba sentada en un sillón temblándole la cabeza, atrajo toda su atención.

Aquella mujer se había criado allí, había nacido y envejecido allí, siempre había visto aquellas cuatro paredes, la gran estufa, las mesas, los bancos. Y él se fue identificando poco a poco con las ideas y pensamientos de aquella vieja hasta tal punto que se quedó ensimismado y empezó como

a soñar despierto, como si también él tuviese que quedarse allí y no pudiese abandonar aquel lugar. Un sueño de ese género, dado el cambio súbito de situación, era del todo natural. Y cuando volvió en sí, tornó a sentir con doble intensidad el placer del cambio, del ensanche de horizontes, de la libertad sin límites. Estaba como quien ha soltado las cadenas, y la vieja de la cabeza temblona había vuelto a ser para él un objeto sin interés.

Sin duda alguna, ya desde la infancia tenía él aquel hábito de introducirse en la capacidad representativa de otra persona hasta olvidarse de sí mismo. Uno de sus deseos infantiles era poder ver, siquiera un instante, con los ojos de otra persona que tenía delante y saber así qué apariencia tenían para esa persona los objetos de su entorno.

Cuando se acostó por primera vez en un lecho de paja, sus pensamientos estaban muy lejos de allí; colocó la espada a su lado y se cubrió con su propia ropa. Pero sus pensamientos no le dejaban descansar; ante él, el porvenir se volvía cada vez más brillante y resplandeciente. Ya estaban encendidas las luces, descorrido el telón y todos esperaban: había llegado el momento decisivo.

Por eso no pudo conciliar el sueño hasta pasada la media noche. Y cuando se despertó por la mañana, de pronto el escenario era muy distinto. Aquel triste albergue, las jarras de cerveza, el pan negro y un cansancio agotador: la venganza de sus deliciosas fantasías fue un malhumor y un hastío de la vida que duraron más de una hora.

Apoyó la cabeza en la mesa y en vano trató de adormecerse otra vez, hasta que los vivificantes rayos de sol que entraban por la ventana le llamaron de nuevo a la vida y nada más ponerse en camino y salir de aquella lóbrega posada, desapareció su malhumor y otra vez dio comienzo el excitante juego mental.

Vivía así una especie de doble vida, una en la imaginación y otra en la realidad. La real era hermosa y armonizaba con la imaginaria, excepción hecha de la posada, el bullicio de los campesinos y el lecho de paja. Pero esto último no se avenía muy bien con lo otro, porque la libertad sin límites durante el día iba seguida de una limitación excesiva durante la noche, ya que hasta la mañana siguiente él no podía estar en ningún otro sitio que en aquél.

Indudablemente, los objetos exteriores tenían una influencia permanente en sus elucubraciones interiores. Con el horizonte solían dilatarse también sus ideas, y la visión de una nueva comarca iba seguida por lo general de una nueva visión de la vida.

En una ocasión, después de haber caminado largo tiempo fatigosamente monte arriba, había de pronto ante él una amplia llanura y a lo lejos un pueblecito a orillas de un lago. Aquel panorama renovó de golpe todos sus pensamientos y esperanzas. Reiser no podía desviar los ojos de aquellas aguas lejanas que otra vez le incitaban a buscar parajes lejanos.

A partir de Hildesheim, su itinerario le llevaba a través de Salzdethfurt, Brockenem y Seesen, hasta Duderstadt, desde donde, pasando por Mühlhausen, quería ir derecho a Erfurt, y desde allí a Weimar, que era la meta de sus deseos.

Allí pensaba reunirse con la compañía teatral de Ekhof, y allí empezaría su carrera de actor. Por eso, mientras caminaba, interpretaba mentalmente todos los papeles que le reportarían en su momento gloria y aplauso y que le resarcirían de sus múltiples desventuras.

Reiser creía que no podía fallarle el plan, ya que vivía con gran intensidad cada papel e interiormente sabía representarlo e interpretarlo. No se daba cuenta de que todo aquello sucedía dentro de él y que le faltaba la capacidad de representarlo hacia fuera. Pensaba que la fuerza con que vivía el papel lo arrastraría todo consigo y le haría olvidarse de sí mismo.

Eso es lo que sucedió realmente, pues mientras caminaba, su imaginación se excitaba cada vez más, hasta que por fin, estando en un campo en el que se creía solo, empezó a bramar con Beaumarchais, a enfurecerse con Guelfo.

Antes de marcharse él de Hannover, aquel Guelfo, de *Los Mellizos* de Klinger, se había convertido en uno de sus papeles preferidos. Pues en Guelfo volvía a encontrar, aunque acompañado todo ello de energía, la burla que hacía de sí mismo, su odio a sí mismo, su autodesprecio y afán de autodestrucción. Y el acto en que Guelfo hace añicos el espejo en que se está mirando, después de asesinar a su hermano, era una auténtica fiesta para Reiser. Toda aquella exaltación, aquel horror, le ponía como en un

estado de embriaguez, y así, en aquel delirio, caminaba vacilante por montes y valles, y por dondequiera que iba, su escenario no tenía fronteras.

Clavijo, que tantas lágrimas le había hecho derramar, era ahora demasiado frío, y fue suplantado por Beaumarchais. Luego vinieron *Hamlet, Lear, Otelo*, obras que en aquella época todavía no se representaban en ningún escenario alemán y que él, completamente solo, le había leído a su amigo Philipp Reiser en noches pavorosas, representando y viviendo todos esos papeles.

A ello se unía el arte de versificar. Su verso fluía tan suave y melodioso, y su musa era tan humilde y sin embargo tan llena de noble orgullo que de seguro le haría ganar todos los corazones. Reiser no sabía aún exactamente qué clase de poema iba a ser el suyo, pero en su conjunto era el más bello, el más armonioso que imaginarse pueda, por ser copia fiel de la intensidad de sus sentimientos.

Cuando estaba con sus pensamientos en pleno rapto lírico, muy cerca de Seesen, se metió por un pequeño sendero que se desviaba de la carretera y atravesaba un prado en el que se celebraba una competición de tiro al blanco que estuvo a punto de acabar en un abrir y cerrar de ojos con todo su brillante porvenir: una bala le pasó como una exhalación junto a la cabeza, mientras que todos le gritaban que se marchara de allí. Reiser atravesó Seesen a toda prisa y siguió caminando a paso tranquilo hasta llegar a un pueblo donde pasó la noche.

El segundo día de viaje, Reiser caminó por una parte de la Sierra del Harz y era todavía muy de mañana cuando, sobre un promontorio a la derecha de la carretera, vio los muros de un castillo derruido. No pudo menos de subir a él, y una vez arriba, se comió en las ruinas de aquella vieja fortaleza el trozo de pan negro que llevaba para el desayuno, contemplando la carretera a través del bosque.

El hecho de ser un caminante que se hallaba entre aquellos viejos muros derruidos, comiendo su pan y pensando en los tiempos en que habitaban allí gentes que también contemplaban la carretera a través del bosque, le hizo vivir uno de los momentos más felices. Le parecía como si estuviese oyendo una profecía de aquellos tiempos sobre aquellos muros, que un día

estarían desiertos y en los que descansaría un caminante recordando días remotos.

Allí arriba, su trozo de pan negro le pareció un banquete. Confortado volvió a bajar y siguió caminando alegremente, dejando a la izquierda los parajes más agrestes de la Sierra del Harz.

Le resultaba ya tan fácil caminar que, bajo sus pies, el suelo parecía una ola que lo elevaba o lo hundía, y se sentía como transportado así de un horizonte al otro. Él tenía una actitud pasiva y siempre surgía un nuevo escenario ante sus ojos.

El descanso de mediodía en un desagradable ventorrillo duró poco tiempo y Reiser se halló pronto de nuevo en plena naturaleza. Esas paradas le resultaban molestas y ya pensaba en prescindir de ellas cuando, yendo una vez por unos sembrados, le vinieron a la memoria los discípulos de Cristo, cuando comían espigas en sábado.

Al punto procuró arrancar de las espigas un puñado de granos, mascando después la harina y escupiendo las cáscaras. Pero tal género de alimentación no pasó de ser un pasatiempo y no le sirvió para prescindir de las posadas. Lo agradable de aquel alimento estaba en la cosa como tal, que reforzaba la idea de libertad e independencia.

Así terminó la segunda jornada de viaje, y Reiser entró en un pueblecito, no lejos de Duderstadt, donde no había nadie en la posada.

Era antes del crepúsculo, la puerta de acceso al patio de la posada estaba abierta, y en el patio había un cenador donde se veía una mesa pero sin sillas ni bancos.

Reiser se echó sobre la mesa, para descansar, y como todavía había luz suficiente para leer, leyó el pasaje de *La Odisea* sobre los antropófagos que destruyen las naves de Ulises en el tranquilo puerto y aprisionan y devoran a sus compañeros.

Cuando ya empezaba a oscurecer, se presentó de pronto el posadero y vio a un hombre que leía tumbado sobre la mesa del cenador de su patio.

El posadero se dirigió a Reiser con bastantes malos modos. Pero cuando éste se incorporó y el posadero vio a una persona bien vestida, le preguntó enseguida si era jurista, que es como suelen llamar en aquellas tierras a los

estudiantes, pues los teólogos estudian generalmente en sus conventos y se piensa que ya son clérigos.

Al posadero se le había muerto la mujer y, fuera de él, no había nadie en toda la casa. Pero al hombre le gustaba conversar, y Reiser tomó en su compañía la cena, que consistió como siempre en pan y cerveza.

El hombre le habló de muchos juristas que se habían hospedado en su casa y Reiser le dejó en la creencia de que también él iba a Erfurt a estudiar.

Todas aquellas conversaciones, que en sí carecían de importancia, adquirían en la mente de Reiser un tinte poético debido a la imagen del viajero homérico, siempre presente en él, y hasta las mentiras que contaba tenían algo en común con su modelo literario, a quien Minerva protege y da sonriente su aprobación cuando miente con toda deliberación. Reiser miraba a su posadero no sólo como al dueño de una posada rural sino como a un ser desconocido que él jamás había visto, jamás había conocido antes, y que ahora estaba sentado con él a la misma mesa por el espacio de una hora y conversaba con él.

Lo que las instituciones y relaciones humanas habían sacado, por así decir, del campo de la conciencia, siendo por eso común y banal, volvió a entrar en posesión de sus derechos por obra de la poesía, volvió a adquirir calidad humana y a recobrar su dignidad y nobleza originarias.

El posadero ni siquiera disponía de un camastro de paja, porque era raro que alguien pasara allí la noche, y Reiser durmió en el pajar, que le brindó un agradable lecho.

A la mañana siguiente prosiguió su viaje, y la estancia en aquella casa, a solas con el posadero, fue siempre uno de sus más agradables recuerdos.

Al día siguiente, en su mundo mental reinó extraordinaria animación. Se había aproximado un buen trecho a la meta, y entonces le asaltó la preocupación de lo que haría en el caso de que no se cumplieran sus expectativas de gloria y aplauso inmediatos y de que fracasaran por completo sus proyectos de hacer carrera en el teatro.

Entonces, al punto surgieron los dos extremos: ser campesino o soldado, y ya estaba allí otra vez la inclinación a la poesía y al teatro, pues sus ideas del campesino y del soldado convirtieron a éstos en personajes de teatro que él interpretaba mentalmente.

En tanto que campesino, iba exponiendo gradualmente conceptos cada vez más elevados y así se daba prácticamente a conocer. Los campesinos le escuchaban con atención, las costumbres se refinaban, las personas de su entorno se civilizaban.

En tanto que soldado fascinaba a sus compañeros de infortunio con deliciosos relatos. Aquellos toscos soldados empezaron a escuchar sus consejos. El sentimiento de una humanidad superior iba tomando fuerza en ellos. El puesto de guardia se convertía en aula del saber.

Creyendo, pues, haberse preparado mentalmente a una vida totalmente opuesta a la del teatro, había incurrido una vez más en perspectivas y sueños perfectamente teatrales.

Pero la idea de ser soldado o campesino tenía para él un encanto extraordinario: en tal estado creía aparentar mucho menos de lo que era en realidad.

Mientras le daba vueltas a esas ideas, atravesó la ciudad de Worbes, donde le salieron al encuentro unos frailes franciscanos del convento de aquella ciudad, que le saludaron amablemente.

Cuando pasaba junto al convento, oyó cantar dentro a los frailes, que vivían retirados del mundo, sin cuidados, sin planes ni proyectos y que eran sencillamente todo lo que querían ser.

Eso le causó una cierta impresión, pero no tan fuerte como cuando vio después por primera vez una cartuja, cuyos habitantes, separados completamente del mundo por sus muros, jamás vuelven a poner el pie en los lugares que dejaron atrás.

Pero aquellos franciscanos ambulantes convertían en mezquino y banal el concepto de aislamiento. El caminar deprisa no se avenía con los hábitos, y el conjunto ni siquiera tenía dignidad poética.

Por cierto que a Reiser le agradaba oír el alto alemán que hablaban las gentes de aquellas comarcas, porque eso le hacía comprender cada vez, de un modo que no admitía dudas, que ya se había alejado de la zona del bajo alemán.

Aquel día había hecho muy buen tiempo y Reiser entró por la noche en una aldea llamada Orschla, para proseguir el camino a la mañana siguiente en dirección a la ciudad libre de Mühlhausen.

La aldea es católica, y cuando él llegó a la posada, había mucha gente delante de la puerta, entre ellos el maestro del pueblo que se dirigió a él diciendo: «Esne litteratus?» (¿Eres persona de estudios?).

Reiser contestó afirmativamente en latín y cuando el otro le preguntó adónde iba, dijo que a Erfurt, a estudiar teología, pues eso siempre le parecía lo más seguro.

Durante todo ese tiempo, los campesinos estaban alrededor escuchando cómo su maestro hablaba latín con el estudiante forastero. Llegó también el hijo del maestro, que había estudiado en Hildesheim y que ahora ayudaba a su padre.

Reiser entró en la posada y, para más prueba de que era un «litteratus», puso sobre la mesa su ejemplar de Homero, que también conocía el maestro, el cual explicó en alemán a los campesinos que aquello era el famoso Homero.

Pero con Reiser continuó hablando latín lo mejor posible, aunque al hacerlo ocurrieron muchas cosas curiosas. Como el maestro no dejaba de hablar del alto nivel de sus clases, Reiser le preguntó si también leía con sus alumnos a los Padres de la Iglesia, lo que puso en un cierto apuro al maestro, que sin embargo se repuso enseguida y contestó: «Alternatim» (De vez en cuando).

El maestro se despidió de Reiser, que quería ponerse en camino a la mañana siguiente, encareciéndole que tuviese cuidado con los reclutadores imperiales y prusianos de aquella zona y que no se dejase amedrentar por sus amenazas, si decían por ejemplo que se lo llevaban por la fuerza.

Reiser se acostó tranquilamente en su camastro de paja, pero cuando se despertó a la mañana siguiente, llovía tanto que, tal y como iba vestido, con zapatos y medias de seda, no podía salir de casa, y mucho menos proseguir la marcha, pues aquél era además un suelo muy arcilloso, que con la humedad hacía muy dificultosa la marcha por la carretera.

Reiser no había contado con aquello. Había confiado demasiado en el buen tiempo de aquella estación del año, y no estaba preparado para tal eventualidad, puesto que no iba provisto ni de botas, ni de ropa de lluvia y no tenía más prendas de vestir que el traje que llevaba puesto.

Así pues, no había más remedio que esperar hasta que se despejara el cielo y se secara la tierra. Pero no dejó de llover ni aquel día ni el siguiente.

Y he aquí que, por la mañana temprano, se presentó en la posada un suboficial del ejército imperial, que andaba reclutando soldados por aquella zona, y que se sentó familiarmente junto a Reiser con su jarra de cerveza y empezó a hablarle de la vida militar, al principio muy en general, pero luego cada vez con más insistencia, hasta que vino a asegurarle que, con los reclutadores prusianos e imperiales que había por allí, no pasaría de Mühlhausen, y que por eso más le valía dejarse reclutar enseguida por siete florines como paga y señal. Parecía, pues, como si el soldado imaginado por Reiser pudiese convertirse en realidad antes de lo que él hubiera pensado.

Cuando se marchó el militar, volvió a entrar el maestro, que dio los buenos días a Reiser y le previno contra el reclutador, aunque él personalmente no consideraba tan terrible la vida militar, porque su propio hijo había estado dos años de soldado en Maguncia, añadiendo además que quien carecía de pasaporte tenía grandes dificultades para atravesar la zona.

Reiser le aseguró que él llevaba consigo todo lo necesario para legitimarse. Era el cartel en latín del acto académico de Hannover, cuando pronunció un discurso en el aniversario de la reina de Inglaterra, y en ese cartel su apellido impreso rezaba Reiserus y no Reiser. Llevaba además el prólogo al *Desertor por amor filial*, en el que figuraba su apellido como el del autor del prólogo, además de una poesía de bienvenida a un profesor, con su apellido junto al de otros estudiantes.

Al principio, Reiser no quería enseñar aquellos documentos poco corrientes, hasta que no le dejaron alternativa cuando le dieron a entender con bastante claridad que le tomaban por un vagabundo.

Entonces sacó sus documentos impresos que hicieron mejor efecto de lo que él hubiera creído en un primer momento, porque los fue presentando poco a poco.

Primero desplegó el gran cartel en latín y mostró su apellido, Reiserus. Una vez más, el maestro tuvo ocasión de hacer gala de sus conocimientos de la latinidad, traduciendo el cartel al alemán, y así Reiser ya había ganado mucho a sus ojos.

Después sacó el prólogo y mostró a los presentes su apellido impreso en alemán, que coincidía con el otro, y el maestro aprovechó la ocasión para contar que él también había hecho teatro en el colegio de jesuitas y que también habían dado a la imprenta su apellido. En último lugar, Reiser presentó la poesía, en la que su apellido aparecía impreso junto con el de sus condiscípulos y entonces se disiparon definitivamente las dudas sobre su identidad, si podía enseñar su apellido impreso tantas veces y de tan diferentes maneras. Incluso el reclutador guardó silencio y pareció sentir un cierto respeto por Reiser.

Después de eso le dejaron en paz. Reiser pidió pluma y papel y empezó a traducir en hexámetros alemanes uno de los himnos homéricos. Por la noche llegó otra vez el maestro y conversó con él: así transcurrió aquel día y Reiser se acostó tranquilamente a dormir.

Pero cuando se despertó a la mañana siguiente y vio el cielo tan gris como la víspera y oyó el golpeteo de la lluvia contra la ventana, empezó a desanimarse.

Se levantó del lecho de paja y se sentó contristado a la mesa. Los himnos homéricos no avanzaban. Cuando se había situado junto a la ventana, para ver si aclaraba un poco, volvió a entrar el militar a hacerle la visita matinal.

Mientras Reiser se vestía y se trenzaba el cabello, el oficial empezó otra vez a alabar su estatura y la longitud de su cabello, y a decirle que era una lástima que no quisiera ingresar en el ejército.

Llegó después el maestro. Habían estado reflexionando desde la víspera sobre el hecho de que los documentos presentados no tenían sello, y esa circunstancia, que hablaba en contra de Reiser, era sobre todo lo que les animaba a advertirle que no se libraría de los reclutadores y que más le valía ponerse en manos de quien había sido el primero en quererle enrolar.

Así transcurrió aquella jornada, que para Reiser, que no podía marcharse, fue una de las más tristes, hasta que por la noche mejoró el tiempo y de pronto recobró los bríos.

Hizo acopio de toda su fuerza de persuasión, sirviéndose de las imágenes más expresivas, e intentó convencer a aquella gente de que él tenía realmente la intención de estudiar en Erfurt, y de que por nada del

mundo cambiaría de idea, hasta que por fin pareció que estaban convencidos.

El maestro le dijo en latín que, cuando viajase a la mañana siguiente a Mühlhausen, le saldría al encuentro el dueño de aquella posada, que también hablaba latín y que estaba de viaje para recoger a sus familiares (*suos*).

Pero el militar prometió a Reiser —con gran sobresalto por parte de éste — que le acompañaría a la mañana siguiente y, a través de un bosquecillo, le llevaría hasta la carretera.

Por la mañana temprano ya estaba allí el militar para acompañarle y quiso pagar la cuenta de Reiser, lo que éste no permitió bajo ningún concepto.

Salieron entonces del pueblo de Orschla y remontando una colina, caminaron en dirección a Hähnichen. El militar no decía una palabra, y cuando atravesaban un bosquecillo, Reiser esperaba a cada momento que se decidiera su destino, al que no podría escapar.

De pronto, el soldado se detuvo y le soltó a Reiser un discurso sumamente patético, diciéndole que recapacitara otra vez si estaba seguro de no caer en manos de otros reclutadores, pues lo único que le irritaría sería enterarse de que Reiser había terminado por hacerse soldado, lo cual equivaldría a haberle engañado: pero que si su verdadera intención era estudiar y no ser soldado, le deseaba buena suerte en su empresa y un feliz viaje.

Con esas palabras se marchó, y Reiser no acabó de cobrar confianza hasta que hubo caminado un buen trecho y no descubrió nada que le llamara la atención, fuera de un jorobado que llevaba por delante dos cerdos y que, teniéndole por estudiante, le habló en latín.

Era el posadero de Orschla, de quien le había dicho el maestro que había ido a buscar a sus familiares (*suos*), pero que había ido a buscar unos cerdos (*sues*), palabra que el maestro de Orschla había declinado por la segunda declinación, elevándolos así a la categoría de familiares.

Para Reiser fue una dicha inesperada el estar otra vez en plena naturaleza y no ver a nadie al acecho; pero el peligro que había corrido hizo que reflexionara muy seriamente sobre su porvenir mientras iba caminando.

Consideraba que toda la gente le tenía por una persona honorable siempre que decía que iba a la universidad y que quería estudiar. La idea no le desagradaba tampoco a él. Pero eso sólo duraba hasta que volvía a aparecer en su imaginación el escenario con las luces, y entonces todos los otros proyectos se desvanecían.

Caminó hasta el mediodía con bastante dificultad, porque el suelo aún no estaba seco, comprobando sobresaltado que sus zapatos, que dadas las circunstancias constituían una parte indispensable de sí mismo, empezaban a deteriorarse.

Con cada paso que daba, Reiser iba sintiendo la inminente pérdida, y hacia el mediodía el cielo volvió a cubrirse de nubes que presagiaban otro chubasco, el cual vino en efecto poco después, haciéndole a Reiser interrumpir por segunda vez el viaje.

Afortunadamente llegó pronto a un refugio de caza, que estaba en medio de un campo abierto rodeado de bosque, y allí entró lleno de confianza, siendo acogido y hospedado con cortesía y amabilidad.

Era como si hubiesen estado preparados para recibirle, tan amable fue la acogida que le deparó aquella gente de la casa solitaria.

Era como si para aquellas gentes fuese lo más natural acoger a un caminante cuando hacía mal tiempo. No paró de llover en todo el día y ellos le invitaron a pasar allí la noche.

Cuando le pidieron que cenara con ellos, Reiser rechazó la oferta diciendo que no disponía de dinero suficiente para pagar la comida, y que, teniendo por delante un largo viaje, había de recortar muchísimo los gastos. Pero entonces el cazador, con una especie de irritación, le empujó hacia la mesa.

Para Reiser fue una sensación incomparable el verse tan bien acogido por personas completamente desconocidas.

Allí se sentía como en casa. Para pasar la noche, le dieron una buena cama, la primera que le ofrecían durante aquel viaje.

A la mañana siguiente le despertaron para desayunar y le instaron a que se quedara allí todo el día, porque la lluvia no cejaba.

El hombre se fue al bosque y le enseñó a Reiser su biblioteca, para que entretuviese el tiempo leyendo.

La biblioteca constaba de una gran colección de almanaques antiguos, de *Diálogos de los muertos*,[1] la *Historia de un estudiante de Gotinga* y un semanario de Erfurt, *El burgués y el campesino*, en el que el campesino hablaba en dialecto de Turingia y el burgués respondía en alto alemán.

Reiser se divirtió muchísimo con aquellas cosas, aunque de vez en cuando también se tomaba tiempo para pensar. Pues sus bondadosos anfitriones eran personas poco locuaces y totalmente exentas de curiosidad, no preguntándole ni siquiera adónde iba ni de dónde venía, de manera que él podía concentrarse en sus pensamientos sin que nadie le molestara.

Aquella hospitalaria habitación, con una ventanita por la que se divisaba el bosque a través del campo abierto, mientras que fuera caía la lluvia a torrentes, fue una de las imágenes más agradables que se le quedaron grabadas a Reiser en la memoria.

Por fin, al tercer día, amaneció despejado. Y cuando Reiser se despidió de sus bienhechores, ellos hasta quisieron impedir que les diera las gracias, aceptando como pago por tres días de hospitalidad una cantidad insignificante de dinero y no preguntándole ni siquiera por su nombre cuando se marchó.

El recuerdo de aquella gente le procuró a Reiser no pocas horas alegres mientras caminaba y al mismo tiempo volvió a infundirle aliento y confianza en los hombres, entre los cuales iba a sumergirse ahora como en el océano.

Con la lluvia del día anterior, al principio era difícil caminar, pero como el sol calentaba mucho, el suelo se secó enseguida, y Reiser llegó hacia el mediodía a la ciudad libre de Mühlhausen, que se extendía ante él con sus cuatro torres, en nueva y singular panorámica.

Allí, según las advertencias que le habían hecho, el peligro de los reclutadores era mayor que en ningún sitio. Así que esta vez puso especial cuidado en el arreglo personal, antes de atravesar la puerta de la muralla, y el papel de paseante indolente, que ya había hecho otra vez, le salió tan bien como en Hildesheim, de forma que ningún guardián le hizo preguntas: atravesó la puerta sin novedad y entró en la ciudad.

Recorrió la ciudad a toda prisa, preguntó por la puerta que llevaba a la carretera de Erfurt y, siempre que veía algo semejante a un uniforme militar,

por lejos que estuviese, redoblaba el paso.

¡Con qué alegría se sacudió de los pies el polvo de aquella ciudad cuando atravesó la última barrera, sin descubrir ni a su lado ni a sus espaldas a ningún reclutador prusiano!

Las verdes agujas de las torres fueron la única imagen que se llevó consigo de todo aquel conglomerado de edificios. Todo lo demás quedó borrado. Tan velozmente había resbalado su imaginación por los objetos.

Se iba acercando ahora cada vez más a la meta de su viaje y consideraba el camino recorrido con tranquila satisfacción, procurándole sobre todo un agradable triunfo interior su moderación en los gastos y su austeridad, ahora que ya estaban casi superadas las dificultades. No obstante sentía al mismo tiempo una especie de desasosiego conforme iba reduciéndose el espacio que mediaba entre él y sus inseguros planes.

Pues aquello que no había hallado tropiezo alguno en la imaginación iba a convertirse ahora en realidad y a tropezar con obstáculos que ya se perfilaban por adelantado. A Reiser le parecía mucho más fácil caminar por el mundo con hermosos y agradables planes que realizar esos planes sobre el terreno. Por eso hubiese querido que la meta estuviese más lejos, si él hubiese estado en condiciones de seguir caminando. Pero una triste observación que hizo en sus zapatos, cuya pérdida, dadas las circunstancias en que se hallaba, sería irreparable, frenó de golpe todas sus grandes ilusiones y le obligó a reflexionar seriamente sobre su situación.

Es curioso cómo las cosas materiales más despreciables pueden incidir de esa manera en los más brillantes edificios de la fantasía, y destruirlos, y cómo el destino de un hombre puede estar supeditado justamente a esas cosas despreciables.

El éxito que Reiser quería alcanzar en este mundo dependía ahora, literalmente, de sus zapatos. Pues de todo lo demás que llevaba puesto no podía vender nada, si quería tener una apariencia honorable, y por otra parte, unos zapatos destrozados, que no podía substituir por otros, convertían en insignificante y despreciable el resto de su atuendo.

Eso le puso de un humor triste y melancólico, según iba caminando hacia Langensalza, hasta que un labriego y un menestral ambulante, que

hacían el mismo itinerario, se unieron a él y le distrajeron con su conversación.

El menestral ambulante contó de sus viajes por el electorado de Sajonia, y el labriego tenía un pleito que quería presentar oficialmente en Dresde al Príncipe Elector.

Era poco después del mediodía y hacía un calor agobiante. Al menestral le apretaban las botas. Reiser veía cómo se deterioraban sus zapatos con cada paso que daba, y el campesino se quejaba de una sed horrible, cuando vieron a unos hombres que trabajaban en el campo, con un cubo de agua al lado, y que dieron de beber a los tres fatigados caminantes.

Una escena así, en que personas desconocidas, sin ninguna relación entre ellas, se acercan de pronto unas a otras, tienen necesidades comunes y se consuelan y animan mutuamente, como si siempre se hubiesen conocido y nunca hubiesen sido extrañas, fue para Reiser una compensación por todo lo desagradable que le había sucedido durante el camino y sentía honda alegría al recordarlo.

Sus compañeros se separaron de él antes de llegar a Langensalza, donde no se detuvo, antes bien, procuró llegar al pueblo siguiente para pasar allí la noche.

Entró tarde en la posada donde pasó la última noche antes de llegar a Erfurt. Cuando se despertó a la mañana siguiente, lo primero fue pensar en un zapatero. Y cuán grande fue su alegría al encontrar en aquel lugar a uno que por pocas monedas, y mientras él esperaba, le puso los zapatos en estado de seguir aguantando, y así él, de pronto, había salido de su mayor apuro.

Ahora ya marchaba derecho a Erfurt. Tal y como iba vestido podía presentarse ante cualquiera, de modo que otra vez se sentía animado y lleno de confianza en sí mismo.

En el último pueblo antes de Erfurt pidió un trago de cerveza. La taberna estaba muy animada. Ya se notaba la proximidad de la ciudad, muchos de cuyos habitantes se hallaban allí, entre ellos también un literato con quien los otros hablaban de sus obras.

Desde aquel pueblo, Reiser pudo ver por fin la ciudad de Erfurt, con la antigua catedral, las numerosas torres, las altas murallas y el monte de San

Pedro. Era la ciudad natal de su amigo Philipp Reiser, que tanto le había hablado de ella. El camino que conducía a la ciudad estaba bordeado de cerezos. Había pasado el calor del mediodía, las gentes salían a pasear fuera de las murallas. Y cuando Reiser, yendo por aquel camino, pensó en Hannover, tuvo la impresión de que había dado un corto paseo de una ciudad a otra, tan pequeño le parecía ahora el espacio recorrido.

Reiser no había visto nunca una ciudad tan grande como aquélla; el espectáculo le pareció nuevo e inusitado. Recorrió una calle amplia y hermosa llamada «El Prado», y no pudo menos de pasear un poco por la ciudad, antes de ponerse otra vez en camino, pues quería llegar ese mismo día al primer pueblo de la ruta de Weimar.

En aquellos paseos por las calles de Erfurt llegó a uno de los barrios extremos y, como todavía no era muy tarde, entró en una posada.

El dueño, un hombre corpulento, estaba sentado junto a la ventana, y Reiser le preguntó si aún seguía en Weimar la compañía teatral de Ekhof. «Qué va —respondió— está en Gotha». Reiser siguió preguntando si Wieland seguía en Erfurt. «Qué va —volvió a responder— el hombre está en Weimar». Ese «qué va» lo decía cada vez con una especie de malhumor, como si le fastidiara decir «no».

Y aquel duro «qué va» en la respuesta del corpulento posadero trastornó de golpe todos los planes de Reiser. En realidad, su propósito había sido ir a Weimar. Allí, eso creía él, podrían darse combinaciones inesperadas, allí podría ver al idolatrado autor de *Las desventuras del joven Werther*.[2] Y he aquí que de pronto resonaba en sus oídos el nombre de Gotha, no el de Weimar.

Pero eso no le disuadió de su propósito; antes bien, se levantó apresuradamente con la intención de ponerse en camino hacia Gotha aquella misma tarde, y, fiel a su estricta regla de conducta, pernoctar en la aldea más próxima.

Antes de ponerse el sol, ya había dejado atrás Erfurt, y antes de que fuese noche cerrada, había llegado a la primera aldea de la ruta de Gotha. La catedral y las viejas torres de Erfurt dejaron en él una imagen más, que guardó en la memoria y que parecía invitarle a volver a aquel lugar.

Pero, para finalizar aquella jornada, en el pueblo donde pasó la noche tuvo en su lecho de paja unos vecinos molestísimos. Eran unos carreteros que se levantaban de cuando en cuando y conversaban entre sí en un dialecto muy tosco, en el que aparecía sobre todo una palabra que a Reiser le sonaba de lo más desagradable y que para él iba acompañada de una serie de connotaciones vulgares. Los campesinos decían siempre «llejó» en lugar de «llegó». A Reiser le parecía que aquel «llejó» ponía en evidencia la manera de ser de aquella gente; y toda su tosquedad estaba como condensada en aquel «llejó» que siempre pronunciaban como hinchando la boca.

Apenas cogía un poco el sueño, ya le estaba despertando aquella odiosa palabra, de forma que esa noche fue una de las más tristes que Reiser pasara jamás en jergón de paja. Cuando despuntó el día, vio los rostros fofos y abultados de sus compañeros de cama, que encajaban a maravilla con aquel «llejó», que aún seguía sonándole en los oídos cuando ya había dejado atrás la posada y, con paso firme, se encaminaba muy de mañana hacia Gotha.

Como había dormido poco por la noche, sus pensamientos no eran precisamente muy alegres mientras caminaba hacia Gotha, a lo que se añadía que, según avanzaba, su horizonte se iba estrechando y su imaginación tenía cada vez menos libertad de movimiento.

Era domingo, y un zapatero que durante la semana había estado en los pueblos para reclamar deudas, regresó con él a Gotha y le dijo entre otras cosas que la vida era allí muy cara.

Esa noticia dejó pensativo a Reiser, quien ya sólo tenía un florín por todo caudal y que, por tanto, tendría que decidir muy pronto lo que iba a hacer en Gotha.

La conversación con el zapatero, que era vecino de Gotha y se quejaba de lo mal que se vivía allí, fue poco agradable para Reiser y le rebajó mucho los ánimos, pues ahora ya se imaginaba la vida real en una ciudad así, donde aún no le conocía nadie y donde era muy poco seguro que alguien se interesara por su vida y por sus planes.

Aquellas desagradables reflexiones hicieron que el camino le resultara aún más fatigoso y que su cansancio aumentara más y más, hasta que por

fin aparecieron las dos pequeñas torres de Gotha, de las que le dijo el zapatero que una coronaba la iglesia y la otra el edificio del teatro.

Aquel agradable contraste, aquella imagen viva y plástica, contribuyó a que Reiser mejorase de humor poco a poco y a que redoblara el paso, haciendo perder el aliento a su compañero de viaje.

Pues la torrecilla le indicaba claramente el lugar donde el joven sediento de gloria cosecharía nutridos e inmediatos aplausos y donde se realizarían sus deseos.

Aquel edificio estaba allí, junto al templo consagrado, por derecho propio. Era también un templo del arte consagrado a las musas, un templo donde florecían los talentos y donde todos y cada uno de los sentimientos íntimos, aflorando desde los más ocultos repliegues del corazón, podían ser desplegados ante un público concentrado y atento.

Ése era pues el lugar donde se lloraban sublimes lágrimas de compasión cuando caía el noble héroe, y donde se tributaban nutridos y entusiásticos aplausos al genio capaz de deslumbrar los espíritus y de enternecer los corazones.

Compasión a los muertos y honor a los vivos: tal era allí la hermosa divisa, y Reiser vivía ya con todas las fibras de su alma en aquel elemento, en que todo lo que se había sentido en tiempos pasados se volvía a sentir ahora y donde se vivían de nuevo en una reducida sala todas las escenas de la vida.

En resumen, la vida entera de los hombres, con todos sus cambios y múltiples vicisitudes, fue lo que quedó plasmado como en un cuadro en la mente de Reiser cuando vio la torrecilla del teatro de Gotha, y allí se perdían como en el mar las quejas del zapatero que lo acompañaba y sus propias preocupaciones.

Con un solo florín en el bolsillo, Reiser se sentía dichoso como un rey mientras su imaginación le mostraba esa plétora de imágenes que flotaban en torno a la pequeña y puntiaguda torre de Gotha y que otra vez le hacían concebir hermosos sueños sobre el porvenir.

Como ya no estaba lejos la ciudad, Reiser dejó que sus compañeros se adelantaran y él se sentó tranquilamente bajo la copa de un árbol, para ordenar lo mejor posible sus vestidos y entrar con toda apostura en Gotha.

Tan bien lo consiguió que unos artesanos, que daban un paseo por delante de las murallas, se quitaron el sombrero delante de él, como si fuera un personaje distinguido, lo cual le causó no poco asombro a Reiser, que durante el viaje había dormido sobre paja con unos carreteros y había tenido un papel bien poco brillante.

Entró después por la vieja puerta de Gotha en una calle en cuesta algo oscura, por la que subió hasta que a mano derecha vio el albergue «La cruz de oro», y allí entró, por parecerle que aquel establecimiento no era de los más lujosos. Nada más entrar, vio allí delante, en el mismo comedor, una turba de artesanos ambulantes que vociferaban y alborotaban, y ya quería darse media vuelta cuando se le acercó el viejo posadero, que le dirigió amablemente la palabra y le preguntó si quería hospedarse allí. Reiser le replicó que aquello parecía ser un albergue para menestrales que iban de camino. El posadero le dijo que eso no tenía importancia y que seguro que quedaría satisfecho del hospedaje, tras lo cual invitó a Reiser a entrar en su propia sala privada, muy bien amueblada, donde había un viejo capitán, un lacayo de la corte y algunas otras personas bien ataviadas, que le fueron presentadas a Reiser por el posadero y que le trataron con la mayor cortesía, pues no le hicieron ninguna pregunta impertinente o curiosa, sin dejar por eso de prestarle una lisonjera atención.

Había en aquella habitación un piano, en el que estaba tocando un joven llamado Liebetraut. El tal Liebetraut también se había alojado casualmente hacía poco en aquella fonda, conociendo así a los dueños, quienes, como querían retirarse, le convencieron para que se hiciera cargo de la posada en calidad de arrendatario, de manera que él era quien llevaba realmente el negocio, aunque los viejos tenían que seguir dándole instrucciones y ocupándose de la administración junto con él.

El joven Liebetraut empezó enseguida a conversar con Reiser sobre literatura y poesía, resultando ser una persona muy culta y refinada, y lo que era más extraño, daba a entender con no poca claridad que Reiser, por lo visto, había llegado allí con la intención de dedicarse al teatro.

Reiser no entró de momento en más explicaciones y le fue asignada una habitación donde podía estar solo. Allí reconsideró todo detenidamente y

forjó su plan de ir a ver al día siguiente al actor Ekhof y ponerle al corriente de sus proyectos.

Mientras estaba solo junto a la ventana de su cuarto, embargado en sus pensamientos, pasaron por delante de la casa los jóvenes del coro y cantaron un motete que él había cantado muchas veces en sus años escolares, debatiéndose contra la lluvia y el frío.

Eso le recordó aquel período tristísimo de su vida, en que el descontento, el autodesprecio y la opresión exterior le habían privado de toda alegría, un tiempo en que no se cumplió ninguno de sus deseos, y sólo le quedó una débil y difusa esperanza.

¿No despuntaría por fin —pensaba— de entre aquellas tinieblas el sol de la mañana? Y una esperanza engañosa e ilusoria pareció decirle que, después de haber sido él mismo la causa de sus propios sufrimientos, también iba a ser ahora su propia fuente de alegría, y que ya no estaba lejos el instante en que su vida cambiaría felizmente de rumbo.

Pero su mayor felicidad era, sin duda alguna, el teatro. Pues aquel era el único lugar en que podía ver satisfecho su ardiente deseo de vivir en su persona todas las escenas de la vida humana.

Como desde la niñez había tenido tan poca existencia, le atraía mucho más cualquier vida y cualquier destino humano exteriores a él. Ésa era la explicación, completamente natural, de aquel ansia desaforada, que le acometió en su época escolar, de ver o leer obras de teatro. A través de aquellas vidas ajenas se sentía como arrancado de sí mismo y era en los demás donde encontraba la llama vital que la opresión exterior había casi apagado en él.

Así que no era una auténtica vocación, no era una pura inclinación natural por el teatro lo que le atraía. Pues el representar dentro de sí mismo las escenas de la vida era en él más importante que el representarlas para los demás. Quería conservar todo lo que el arte pide que se sacrifique.

Si él quería interpretar las escenas de la vida, era a causa de sí mismo. Le atraían porque con ellas se complacía en sí mismo, no porque el representarlas fielmente fuese muy importante para él. Se engañaba cuando tomaba por auténtica vocación artística lo que sólo se debía a circunstancias

fortuitas de la vida. Y ese engaño ¡cuántos sinsabores le causó, de cuántos goces le privó!

Si ya hubiese percibido entonces el signo infalible y hubiese sabido que quien no se olvida de sí mismo por amor al arte no ha nacido para artista, ¡cuánto esfuerzo inútil, cuántas penas perdidas se habría evitado!

Pero su destino, ya desde la infancia, había sido soportar pacientemente el peso de su imaginación, y entre ésta y su verdadero estado reinaba una disonancia perpetua, y además ella se vengaba con amargos sinsabores de cada uno de sus hermosos sueños.

Después de tanto caminar, Reiser pasó su primera noche de Gotha durmiendo plácidamente, y cuando se despertó a la mañana siguiente, fue como si escuchara el final de un aria de *Lisuart y Dariolette*[3] que canta la vieja hechizada:

Ésta será la mañana
que acaso a todas mis penas
traiga el final deseado.

Mientras que pensaba vagamente en esos versos, se vistió y preguntó a su joven posadero dónde vivía Ekhof, a quien quería ir a ver aquella mañana.

A tal efecto, tenía preparado el prólogo impreso, escrito por él en Hannover y recitado por Iffland, prólogo que —como esperaba— le ayudaría a ser bien recibido.

El joven posadero Liebetraut le invitó a desayunar antes con él, y pareció complacerse mucho en su trato, pues al punto empezó a confiarle su historia de amor, que consistía en que él había arrendado aquella posada para poder casarse lo antes posible con una joven que amaba.

Reiser marchó después a casa de Ekhof y por el camino, viéndose ya tan cerca de la meta de su viaje, le vinieron en tropel a la memoria todos los planes que había forjado desde que empezó a caminar. Aún le resonaban en los oídos la melodía y el verso de *Lisuart y Dariolette*, y al menos esa vez no se frustraron sus esperanzas. Ekhof le recibió mejor de lo que hubiera esperado y conversó con él casi una hora.

El entusiasmo juvenil de Reiser por el arte dramático no pareció desagradar al anciano, que habló con él sobre temas artísticos y no le pareció mal que quisiera dedicarse al teatro, añadiendo que lo que hacía falta precisamente eran personas cuyos deseos de dedicarse a la escena se debieran a la propia vocación artística y no a circunstancias exteriores.

Qué podía ser más estimulante para Reiser que aquella observación: mentalmente, ya se veía como discípulo de aquel excelente maestro.

Reiser sacó entonces su prólogo impreso, que Ekhof aprobó plenamente y que incluso le pidió prestado, al tiempo que comentaba que el talento para el teatro y el talento para la poesía tenían una íntima afinidad y hasta cierto punto se condicionaban recíprocamente.

Reiser se sentía en aquel momento tan feliz como sólo podía sentirse un joven que había recorrido a pie cuarenta millas con pan duro por todo alimento, para ver y hablar a Ekhof y para convertirse en actor bajo su dirección.

En lo relativo al contrato, dijo Ekhof, lo importante era presentarse al bibliotecario Reichard, con quien también quería hablar él a propósito de Reiser.

Reiser se apresuró a cumplir enseguida aquel consejo, y dejando a Ekhof, que vivía en casa de un panadero, se dirigió a casa del bibliotecario Reichard, que también le recibió amablemente, pero que no se entretuvo con él tanto tiempo como Ekhof. Sin embargo le daba esperanzas de conseguir un papel con el que debutar, lo que era el mayor anhelo de Reiser, pues con que sólo le dieran una oportunidad, estaba seguro de llegar a la meta final.

Así que retornó a casa con la alegría en el rostro por considerar que su empresa había tenido un inicio extraordinariamente feliz y porque, dadas las favorables circunstancias, había ganado tanta seguridad en sí mismo, que sus deseos ya no podían malograrse.

Y aunque no se confió enseguida del todo a su posadero, éste no pareció tener ya la menor duda de que se quedaría en Gotha y de que iniciaría allí su carrera teatral.

Lleno de confianza en sí mismo y en su porvenir, Reiser almorzó muy agradablemente con el viejo capitán, el lacayo de la corte y su posadero. Y

ante tan magníficas perspectivas, que todo coincidía en confirmar, ebrio de alegría, rebasó por primera vez con aquel almuerzo sus fondos personales, sintiéndose así tanto más fuertemente vinculado a aquel lugar y a la enérgica prosecución de su plan.

Ahora hacía casi una visita diaria a Ekhof, y éste le aconsejó que como primera providencia asistiera asiduamente a los ensayos que tenían lugar en el teatro. Así lo hizo Reiser, y de ese modo veía al viejo Ekhof inmerso en su elemento, atendiendo a los menores detalles y haciendo alguna que otra advertencia incluso a los primeros actores. También le permitieron a Reiser asistir gratuitamente a las representaciones, lo que hizo por primera vez cuando debutó un cierto Bindrim en el papel del padre en *Zaire*.[4]

Como aquel actor no tuvo especial éxito y Reiser notaba en su fuero interno que en la mayoría de los pasajes la expresión tenía que haber sido muy distinta, aquello le animó aún más a debutar lo antes posible en el teatro, y le pidió insistentemente a Ekhof que le asignara un papel en alguna de las obras que se iban a representar próximamente.

Y como la vez siguiente iban a representar *Los poetas a la moda*,[5] Reiser propuso encargarse él del papel de Dukel, pero Ekhof le disuadió de ello, diciendo que era él quien interpretaba ese papel y que, para un actor que estaba empezando, no era aconsejable actuar la primera vez en un papel que el público estaba habituado a verlo representar por un actor viejo y experimentado.

De ese modo, su debut se iba aplazando día tras día, mientras que él seguía alimentando la esperanza de llegar a conseguirlo y todo su futuro dependía ahora de aquella decisión.

Siempre que empezaba a desanimarse, Reiser buscaba consuelo y nuevas esperanzas en Ekhof. Pues el hecho de que al viejo actor le gustase hablar con él, siempre le infundía aliento y seguridad en sí mismo.

Sin embargo, algunas observaciones de Ekhof fueron totalmente desconsoladoras para él. Pues cuando hablaban un día de su posible actuación y Reiser mencionó a un joven que, en *Los poetas a la moda*, había interpretado el papel de Reimreich, Ekhof dijo que lo habían tomado sobre todo por su juventud, dando así a entender que aquel motivo ya no era aplicable a Reiser; éste, sin embargo, sólo tenía diecinueve años en aquel

entonces pero, por lo visto, todos le consideraban mucho mayor. Así, privado de todos los goces de la juventud ni siquiera le había quedado una apariencia juvenil.

Y en otra ocasión, hablando de Goethe, Ekhof dijo que éste tenía aproximadamente la misma estatura que Reiser pero un rostro agraciado, y ese «pero», ya de por sí, habría aniquilado por completo al actor que Reiser quería ser, si a continuación Ekhof no le hubiese dicho casualmente algo alentador al preguntarle si no había compuesto más poesías, fuera de aquel prólogo. Reiser respondió afirmativamente y, nada más volver a casa, escribió sus versos, que se sabía de memoria, para llevárselos a Ekhof.

Esa tarea le tomó varios días y su posadero dio en pensar que Reiser estaba escribiendo una obra dramática para ponerla en escena. No cambió de opinión bajo ningún concepto, y le deseó a Reiser por anticipado mucha suerte en la brillante carrera que iba a iniciar.

Cuando Ekhof hubo leído las poesías, manifestó a Reiser su aprobación y dijo que quería dárselas también a leer al bibliotecario Reichard. Aquello le levantó mucho el espíritu a Reiser, pues seguía acordándose de lo primero que dijo Ekhof, cuando afirmó que el poeta y el actor estaban muy próximos el uno del otro.

Ya no le cabía la menor duda de que esas poesías le allanarían aún más el camino hacia el teatro y de que le acercarían pronto a su meta. A ello se añadió que el actor Grossmann, que estaba a la sazón en Gotha y que vio por la calle a Reiser, le infundió nuevos ánimos al indicarle que de seguro no le habrían retenido allí tanto tiempo si no hubiesen tenido la intención de contratarle, tal vez incluso sin debut. Pues Reiser ya llevaba esperando tres semanas.

Aquellas consoladoras palabras y la amabilidad con que Grossmann se dirigió a él, fueron un verdadero bálsamo para Reiser, que paseaba de un lado a otro junto al palacio, donde estaban haciendo obras, y, solitario y de negro humor, meditaba sobre su todavía incierto destino.

Reiser se fue a casa muy esperanzado y pasó el resto del día muy animado, en compañía de su posadero.

A la mañana siguiente fue a ver el ensayo y aquel día representaban precisamente la opereta *El desertor*,[6] donde un actor forastero, llamado

Neuhaus, hacía de desertor y su mujer de Lilla.

Ekhof mostró especial celo en aquel ensayo, y Reiser estaba entre bastidores y miraba complacido cómo mediante el esfuerzo y la concentración de cada uno iba surgiendo una hermosa obra que por la noche haría las delicias de los espectadores.

Vivía ya con la imaginación la proximidad de aquellas actividades tan llenas de aliciente, y pensaba también que su actuación en aquel mismo escenario sería decisiva para su destino, y que en aquel mismo lugar se desenvolvería su vida. Pues, después del largo viaje, todos sus deseos habían quedado reducidos a aquel limitado escenario. Allí se veía a sí mismo, allí se encontraba a sí mismo. Allí era donde el porvenir le abría a él todo su rico tesoro de dorados sueños, dejándole contemplar unas lejanías hermosas, cada vez más hermosas.

Así había estado ya muchas veces entre bastidores, embargado en sus pensamientos, y así estaba también esta vez, cuando de pronto vio venir hacia él al bibliotecario Reichard, de quien llevaba días esperando una respuesta decisiva.

Ya la sola expresión de su rostro no presagiaba nada bueno. Dirigiéndose a Reiser le dijo secamente que sentía tener que poner en su conocimiento que no era posible contratarle y que tampoco podría debutar. En diciendo esto le devolvió a Reiser las poesías, añadiendo a guisa de consuelo que aquellas poesías denotaban una facilidad para versificar y que no dejase de cultivar esas dotes.

Reiser, que estaba paralizado en cuerpo y alma, no pudo responder una sola palabra, y se marchó al lugar donde el teatro, con su último telón, limita finalmente con la pared desnuda, y, desesperado, apoyó la cabeza en la pared. Porque ahora era realmente desgraciado, más que desgraciado.

La calamidad imaginada y la real se aliaron con terrible unanimidad para llenar su espíritu de horror y de pánico ante el porvenir. No veía una salida de aquel laberinto al que le había llevado su propia insensatez: allí sólo estaba la pared triste y desnuda, el ilusorio espectáculo había concluido.

Salió corriendo por la puerta de la muralla, y por la misma avenida en la que tantas veces se había entregado a las más deliciosas fantasías, caminó

ahora de un lado a otro hundido en la desesperación. La gente pasaba fríamente a su lado; nadie sabía que en aquel instante él acababa de perder la única esperanza de su vida y que estaba completamente desamparado.

Y era curioso que precisamente en aquel estado de máximo desamparo naciera en él un sentimiento desconocido de necesidad de cariño, al transformarse su desesperación en compasión por su propio estado y al faltarle entonces un ser que se compadeciera igualmente de él.

Al mediodía no se atrevió a ir a casa, no comió nada y no regresó hasta por la tarde. Y por la noche fue al teatro en que daban la opereta *El desertor*, que marcó el final definitivo de sus esperanzas.

Pero nunca en su vida se compenetró tanto con el destino de otros como se compenetró precisamente aquella noche con el destino de los amantes a los que separaría la inminente puñalada mortal. A él se le podía aplicar lo que dice Homero sobre las doncellas que lloraban la muerte de Patroclo, pero que en realidad lloraban sus propias penas.

Incluso la música le emocionaba hasta las lágrimas y cada frase le conmovía hondamente. Pero lo que más le enterneció fue la escena en que el desertor, que ya sabe que lo han condenado a muerte, quiere escribir desde la prisión a su amada, y su compañero, que está borracho, no le deja en paz porque quiere que le enseñe a deletrear una palabra.

En aquella escena, Reiser sintió en lo hondo de su alma cuán poco valor tiene un hombre para otro hombre, qué poco interesa su suerte a los demás. Y otra vez vio delante de él a su amigo, con la escarapela del sombrero. ¿Pero por qué limpiaba la escarapela sino para agradar a la amada, a la elegida, a la que era entonces su diosa en la que quería encontrarse a sí mismo y por la que quería ser amado a su vez?

La pieza tenía un final feliz, los desventurados hallaban consuelo, las lágrimas se convertían en risas, la aflicción en gozo, pero Reiser retornó a casa triste y abatido; ante él todo estaba oscuro y no quedaba ni un rayo de esperanza.

Cuando llegó a casa, se acostó enseguida. Sus sentidos estaban embotados. Los pensamientos no hallaban salida, no tenía otro recurso que dormir. Le parecía que nunca iba a despertar de aquel sueño, pues le habían

cortado todas las perspectivas vitales y ya no tenía ninguna esperanza que le hiciera despertar.

La idea de disolución, de olvido total de sí mismo, de cesación de todo recuerdo y de toda conciencia era tan agradable que aquella noche disfrutó como nunca del sueño bienhechor: pues ni el más leve deseo obstaculizaba el total relajamiento de sus fuerzas anímicas. Ya no había fantasía, ya no había engañosa esperanza que ocupara su imaginación. Ahora todo había pasado, todo terminaba en la noche y en el eterno silencio de la tumba.

Así, a quienes han perdido la esperanza, la naturaleza les ofrece generosamente el cáliz donde puedan beber el olvido de sus desventuras y borrar de la mente todo rastro de lo que deseaban o pretendían.

Cuando Reiser se despertó de su profundo sueño, ya avanzada la mañana siguiente, se sintió maravillosamente recuperado en alma y cuerpo. Se encontraba con fuerzas para intentar cualquier cosa, para llegar todavía, incluso en aquellas circunstancias, a la meta de sus deseos.

Se le ocurrió que podría solicitar horas de clase: ganarse la vida con el propio trabajo y ofrecer sus servicios gratuitamente al teatro. Esa determinación fue cada vez más firme, y él confiaba plenamente en sus fuerzas, tan pronto como veía un atisbo de esperanza de alcanzar su meta.

Mientras estaba sumido en esos pensamientos, se vistió y fue a ver a Ekhof, a quien confió su decisión y pidió consejo, asegurándole que podría vivir por sus propios medios, pero sin indicarle en absoluto de qué pensaba vivir.

Ekhof alabó y aprobó su constancia y le dijo que no dudaba que aceptarían su propuesta. El bibliotecario Reichard, a quien Reiser le comunicó esa decisión, le prometió darle una respuesta al día siguiente.

Y otra vez volvió Reiser a casa lleno de renovadas esperanzas. Toda su empresa le parecía aún más honrosa, puesto que el arte se unía ahora a la actividad diligente y provechosa y al trabajo lucrativo, y todas las demás horas serían ofrendadas en el altar del arte.

Aquel día almorzó otra vez lleno de esperanza en compañía de su posadero, sintiendo un brío indomable para, en aras del arte, soportar las penalidades que le pudiesen sobrevenir en la vida, limitarse a las

necesidades más elementales y, sin descansar ni de noche ni de día, ejercitarse en el arte y, al mismo tiempo, impartir debidamente sus clases.

Con tales resoluciones, que le infundieron un valor verdaderamente heroico, fue otra vez a ver a Reichard a la mañana siguiente y escuchó entonces la sentencia final: que no era posible aceptar su propuesta de trabajar gratuitamente en el teatro y que de momento en aquel teatro no se hacían nuevos contratos. Que si Reiser hubiera llegado unas semanas antes, se habría podido hacer algo por él, pero que ahora todo era inútil.

Aquella nueva negativa, completamente inesperada, sumió a Reiser en una especie de furia interior: en aquel mismo instante empezó a odiarse y a despreciarse y preguntó si no podría quizás ser apuntador o escribir los papeles del reparto o limpiar las luces. Reichard respondió que sentía mucho que Reiser mostrara tanto entusiasmo por el teatro, que allí no había logrado lo que se proponía, pero que tal vez tuviese más éxito en otro sitio.

Reiser se separó de Reichard completamente ensimismado, y paseó inquieto al lado de las obras que se estaban haciendo junto a palacio, en las que unos llevaban piedras en carretillas, y otros las iban colocando. Estuvo allí cerca de una hora mirando cómo trabajaban, y sintiendo en él un extraño deseo de quitarse sus finos ropajes y, con los otros jornaleros, transportar también piedras en la carretilla para aquella construcción.

Era ya hacia mediodía y el sol calentaba cada vez más. Las manos de los obreros se movían con fatiga, los obreros hicieron un descanso y almorzaron sentados en el suelo. Reiser entabló conversación con uno de ellos y le preguntó a cuánto ascendía su jornal. Era una cantidad de monedas de diez peniques, una suma de la que ya no disponía Reiser; y ese dinero se podía ganar en un día.

La decisión de trabajar a cambio de aquel jornal era tan definitiva en aquel instante para Reiser que tuvo que reírse por dentro cuando el obrero se quitó la gorra mientras hablaba con él, sin saber que al día siguiente ambos serían quizás compañeros de trabajo.

Lo único que podía aplacar su furia y su odio y desprecio de sí mismo, era aquella decisión que le honraba. Porque ahora quería revelarle al posadero su verdadera situación, dejarle en pago la espada y el traje, y ponerse a acarrear piedras en las obras del palacio.

Mientras pensaba todo aquello, creía firmemente en la seriedad de sus decisiones y no sabía que su imaginación le estaba engañando de nuevo y que, una vez más, él estaba representando mentalmente un papel.

Porque peón de albañil en las obras del palacio era lo más bajo que se podía ser. Tal rebajamiento voluntario y de propia elección tenía un extraordinario atractivo para él: vivir como los de esa condición social, ir los domingos asiduamente a la iglesia y ser una persona apacible y piadosa. Pero en horas de soledad se deleitaría con Shakespeare y Homero y tendría por dentro la vida real que no podía tener por fuera.

Cuando imaginaba tales cosas, le conmovía en especial la idea de ir todos los domingos al servicio religioso y escuchar atentamente el sermón. Pues aquello era como una especie de autodestrucción, ya que iba a considerar muy instructivo todo lo que le dijera el peor de los predicadores y no quería ser más inteligente que el hombre más corto de alcances.

Se veía otra vez en su condición de aprendiz de sombrerero, cuando consideraba al predicador que le gustaba como un ser superior y miraba con veneración hasta a los chicos del coro que iban por la calle. En aquella situación, el teatro estaba fuera de su horizonte, aunque por otra parte era como si esa situación pudiera acercarle quizás, mágicamente, a su deseo inicial.

Ahora bien, antes de solicitar un puesto de jornalero en las obras del palacio, no pudo dejar de ir a ver una vez más a Ekhof, para despedirse de él y decirle al mismo tiempo que aquella su última esperanza también había desaparecido.

Reiser no pudo contar su historia sin angustia ni emoción, puesto que tenía presente el conjunto de la situación en que ahora se hallaba y sus pensamientos iban más lejos que sus palabras.

El buen Ekhof le aconsejó que no se desanimara, diciéndole que en Eisenach, a tres millas de allí, se hallaba a la sazón la compañía de Barzant. En aquella compañía no dejarían de aceptarle. Sólo tenía que actuar algún tiempo allí y volver después a Gotha, donde quizás se dieran entonces circunstancias más favorables para él y le aceptarían con más facilidad si ya había trabajado algún tiempo en otra compañía. Reiser podía intentarlo

fácilmente —continuó— y, en una especie de paseo por carretera, recorrer la distancia que separaba Gotha de Eisenach.

Con esas palabras de Ekhof, desapareció de pronto de la mente de Reiser todo el proyecto de acarrear piedras y de trabajar como jornalero. Pues de repente volvía a ver cerca de él la meta última que quería alcanzar, y todas las dudas se esfumaron cuando se imaginó como un paseo el camino de Gotha a Eisenach: pensaba también que no era desleal con su posadero, puesto que, siendo actor en Eisenach, podría pagarle lo que le debía antes y mejor que trabajando de jornalero.

Así que, como todavía era mediodía, salió de casa de Ekhof, y, tal como estaba, sin volver la cabeza atrás, se fue derecho a Eisenach. Y el camino le pareció, en efecto, tan fácil como un paseo. Pues todas las esperanzas perdidas habían renacido de pronto en su alma, formando un vivo y agradable contraste con las melancólicas ideas que le habían llevado aquella misma mañana a querer ser jornalero.

Se imaginaba siempre que ya estaba cerca de Gotha, y se veía a sí mismo regresando al día siguiente con una agradable noticia para el posadero. Eso hizo que otra vez se deleitara con las bellezas del paisaje. Caminaba placenteramente por los románticos valles al pie de las montañas, y cuando divisó las torres del viejo castillo de Wartburg, del que ya había oído hablar en su infancia,[7] su espíritu abarcó los objetos en torno a él con una efusión y una complacencia que hacía parecerle todo doblemente hermoso; era como si flotara en un agradable sueño en el que, paso a paso, se le iba haciendo realidad lo pensado en otro tiempo.

Era como si pudiese estar en todos los lugares que quisiera, puesto que de pronto se veía trasladado en pocas horas de Gotha a Eisenach, cosa que nunca habría imaginado aquella misma mañana.

Había dejado en la fonda la casaca y las otras cosas que solía llevar consigo y, con su mejor traje y la espada ceñida, el atuendo con que había ido a ver a Ekhof y a Reichard, entró en Eisenach. Casualmente llevaba aún en el bolsillo las poesías manuscritas y el cartel en latín con su nombre, pero la edición de Homero y una parte de la ropa que llevaba consigo se habían quedado con la casaca. Cuando llegó a la ciudad, le pareció que todo tenía un aspecto alegre y animado. La gente parecía como de buen humor,

así que, lleno de alegres presentimientos, entró en la posada donde quería pasar la noche y, nada más sentarse, preguntó si no daban alguna obra de teatro aquella tarde.

¡Qué golpe fulminante para él cuando le respondieron que la compañía teatral de Barzant acababa de partir aquella mañana en dirección a Mülhausen! Era, pues, como si un sino maldito le persiguiera pisándole los talones, y de un modo sistemático, como ex profeso, le frustrara todas sus esperanzas.

A ello se añadía que no sólo era desgraciado en la imaginación sino en la realidad, y doblemente desgraciado, porque la única esperanza de hallar un substento y saldar al mismo tiempo las deudas de Gotha, dependía de que lo aceptaran en Eisenach en la compañía de Barzant y ésta se había puesto en camino, justamente aquel mismo día, hacia el lugar de donde él había venido.

Su estado le puso al borde de la desesperación e hizo que por primera vez se desinteresara de su suerte e incurriera en una especie de olvido de sí mismo, que le hacía parecer alegre y despreocupado. Por su parte, él tenía la impresión de que, mediante aquel inesperado y traicionero golpe del destino, quedaba desligado de todos los vínculos y podía considerarse a sí mismo como un ser despreciable y vil que ya no cuenta desde ningún punto de vista.

No había comido nada en todo el día y por la noche pidió pan y cerveza y una cama, en la que durmió con un sueño apacible y profundo, porque ya no creía que hubiese un futuro para él y no se fatigaba elucubrando sobre su vida y su porvenir, pues ahora tenía el horizonte completamente cerrado.

Pero a la mañana siguiente notó que aquel sueño reparador había reanimado otra vez sus fuerzas latentes. En lugar del embotamiento de la víspera volvió a sentir una especie de obstinación y de rabia contra el destino, lo que le dio bríos para soportar una vez más todas las vicisitudes y atreverse a todo para lograr su meta última: determinó, pues, ir en busca de la compañía de Barzant y, caminando de Eisenach a Mühlhausen, recorrer a la inversa el camino por donde había venido.

Después de haber pagado la cuenta de la posada, su capital había quedado reducido a cinco o seis monedas de tres peniques; con ellas subió

al castillo de Wartburg y contempló la amplia y hermosa comarca que se extendía ante él.

El suboficial de Wartburg se dirigió cortésmente a Reiser y le preguntó si no quería visitar lo que había de notable allí. A lo que Reiser respondió que volvería por la tarde con un grupo y que de momento sólo quería ver un poco el paisaje.

Mientras miraba en derredor, allí, en el sitio donde estaba, se sentía elevado por encima de su triste sino. Pues a pesar de todas las penalidades había llegado hasta aquel lugar y nadie podía arrebatarle aquel hermoso instante en que contemplaba el ameno panorama de la comarca que le rodeaba. Así hizo acopio de energías para el esfuerzo y la fatigosa marcha que iba a emprender una vez más.

El plan que se había trazado al respecto consistía ni más ni menos que en pagar, con los pocos peniques que le quedaban, sólo el alojamiento nocturno y durante el día alimentarse de raíces del campo, pues por la carretera de Gotha ya había intentado una vez arrancar algunas raíces silvestres que, como no había comido nada en todo el día, le confortaron agradablemente.

Le había venido ese recuerdo aquella misma mañana al despertarse, y ésa fue la razón principal que le hizo desafiar al destino, del que ahora casi se sentía ya como liberado.

Aquel mismo día empezó a poner en práctica su determinación con el mismo amor propio con que durante el primer viaje se había limitado a tomar únicamente pan y cerveza, y se sentía el doble de independiente que entonces. Pues, mientras el sargento de Wartburg esperaba seguramente a que volviera con el grupo, para enseñarle las curiosidades del castillo, él ya estaba en el campo, tomando su almuerzo a base de raíces crudas, que iba cortando en rodajas con una navaja de marquetería que le había dado su amigo Philipp Reiser y que después se comía con gran fruición.

Pero he aquí que, por haberse quedado demasiado tiempo en Wartburg, le sobrevino una apatía tan irresistible cuando acababa de comer las raíces a una milla escasa de Eisenach, que se quedó dormido en pleno campo y no se despertó hasta por la tarde, a la caída del sol.

Como quería ir a la aldea más próxima, se apartó del camino directo y entró ya tarde en una posada donde no comió nada y a la mañana siguiente sólo pagó el camastro de paja.

Cuando al día siguiente salió de aquella aldea, se extravió entre los sembrados, mientras buscaba raíces. Otra vez le sobrevino el cansancio de la víspera, el calor era agobiante, y habiendo encontrado la sombra de un árbol, se tumbó y al punto se quedó dormido. Así, el camino de Eisenach a Gotha, que a la ida había recorrido en pocas horas, le llevó casi cuatro días.

Sus itinerarios eran ahora tan laberínticos como su destino, Reiser no sabía cómo escapar de ambos. La carretera parecía como si diera un viraje antes de Gotha, pero él tenía que atravesar esa ciudad si quería continuar hacia Mühlhausen; y como tenía miedo de la carretera directa, hasta cierto punto no le desagradaba extraviarse.

Por el camino le sirvió dos veces de ayuda su cartel en latín. Una vez cuando le tomaron por una persona sospechosa porque no llevaba pasaporte. Y otra vez cuando le pidieron un pasaporte que atestiguara que no venía de una comarca donde había a la sazón epidemia de ganado. Reiser mostró su cartel en latín y añadió que era estudiante y que por eso llevaba consigo un pasaporte en latín. El juez o corregidor del pueblo, que quería aparentar ante su mujer o ante los otros campesinos que sabía latín, leyó el cartel con rostro serio y dijo: «¡Muy bien!».

Mientras que Reiser vagaba esos días como extraviado en una especie de obnubilación, la imaginación había tomado posesión de él. Porque, viviendo como vivía en pleno campo, ya no parecía sentirse vinculado a nada y daba rienda suelta a la fantasía.

Su vida no le parecía lo suficientemente novelesca. Había querido ser actor y no se había cumplido su deseo: ¡qué papel tan insípido era aquél! Tenía que haber cometido algún delito que le hiciera andar errante de un lado a otro. Ese delito se lo imaginó de la siguiente manera: él estudiaba en la universidad de Gotinga junto con el joven aristócrata a quien había dado clase en Hannover. Ese joven lo había desafiado una vez que estaba bebido y, cuando él sólo trataba de defenderse, se había lanzado contra su espada, tras lo cual él se dio a la fuga sin saber si el otro estaba vivo o muerto.

Esta fabulación suya se le impuso casi como una verdad durante su vagabundeo por el campo; soñaba con ella cuando se dormía; veía a su enemigo caído en medio de un charco de sangre; declamaba en voz alta cuando se despertaba, y así en medio del campo, entre Gotha y Eisenach, interpretaba con la imaginación los papeles que le habían sido denegados en el teatro.

Y eso fue lo único que le salvó de la desesperación; porque si hubiese visto qué descabellada y falta de fundamento era su situación real, no hubiese sentido sino un total desprecio de sí mismo y habría acabado hundido en el oprobio.

Así, sin embargo, lo más amargo se le hacía soportable: el segundo día de su viaje de vuelta de Eisenach a Gotha era domingo y hacía un calor agobiante. Reiser dejó el campo y entró en una aldea buscando una sombra que no encontró hasta llegar a una plaza plantada de verde y de árboles, justo enfrente de la iglesia. Primero pidió un vaso de agua en casa de un labrador; luego se echó debajo de los árboles, mientras cantaban en la iglesia, enfrente de él. Oyendo aquellos cánticos se quedó dormido y cuando se despertó, el párroco ya salía de la iglesia, acompañado de su hijo, que también acababa de regresar de la universidad. Ambos se dirigieron a Reiser y le preguntaron de dónde venía y adónde iba. Reiser daba respuestas poco claras y al final confesó que andaba huido a causa de un duelo que había tenido en Gotinga. Sentía él mismo como si le resultara sumamente difícil hacer esa confesión, y apenas le pasó siquiera por la cabeza la idea de que aquello no era verdad: pues, como sólo vivía en su mundo imaginario, para él era real lo que se le había quedado grabado en la imaginación. Arrojado fuera de todas las circunstancias normales del mundo real, la pared divisoria entre el sueño y la verdad amenazaba derrumbarse.

El párroco le instó a que entrara en su casa y quiso darle de comer. Pero Reiser, como si el miedo no le dejara sosegar, se marchó lo antes que pudo. Pues en su imaginaria situación tenía que huir de la sociedad de los hombres.

Ya cerca de Gotha, otro párroco le hizo entrar en su casa y conversó con él durante la mitad del día, contándole que, hacía pocos años, un sabio que

también iba bien vestido y viajaba a pie, había pasado por allí y conversado largo tiempo con él. Él había anotado el día en el calendario y casi no tenía duda de que había sido el doctor Barth.

Después, aquel párroco le contó su historia a Reiser: primero había estado mucho tiempo en la corte como preceptor y por fin allí, en aquella vieja parroquia, había encontrado un oasis de paz donde contemplaba desde muy lejos lo que ocurría en el mundo.

A continuación, Reiser le contó al párroco su propia y desgraciada historia imaginaria, mientras que el párroco le ofrecía en una tacita de café un refrigerio a base de frutas en almíbar y le infundía ánimo diciéndole que tal vez pudiese alguna vez expiar su delito. Al mismo tiempo miraba la vaina blanca de la espada que llevaba Reiser y le preguntó si una vaina de ese género no era el signo de los francmasones y si Reiser no pertenecía a esa orden. Cuanto más lo negaba Reiser, tanto más firmemente creía el párroco tener delante de él a un masón que no quería darse a conocer como tal.

Aquel cura miraba a veces a Reiser de arriba abajo y parecía concebir extrañas sospechas sobre él. Le tenía por una persona que silenciaba más de lo que contaba y respecto a la cual él no sabía bien a qué atenerse. Y sin embargo no podía dejar de hacerle preguntas todo el tiempo, hasta que Reiser, como ya se estaba poniendo el sol, se despidió de él y el párroco le dio una última exhortación diciéndole que expiara su acto criminal mediante el arrepentimiento.

Debido a la larga conversación con el párroco y a las recomendaciones de éste, la imaginación de Reiser estaba aún más excitada. Llegó a Gotha a la caída de la tarde y, con una especie de apatía y de insensibilidad inconmovibles, pasó junto a la «Cruz de oro» donde había estado alojado, y atravesó la misma puerta por la que había entrado la primera vez en Gotha, tomando otra vez el camino de Erfurt, para ir después desde allí a Mühlhausen y unirse finalmente a la compañía de teatro de Barzant.

Porque cuando por fin hubo atravesado Gotha, desapareció también la historia imaginaria que le había hecho vagar errante durante tres días antes de llegar a Gotha, y volvió a aparecer en su horizonte la primera perspectiva. Gotha había quedado atrás y era otra vez el centro de sus

aspiraciones. Lo mismo que había querido volver allí desde Eisenach, ahora quería volver también desde Mühlhausen, y con mejor fortuna.

Había anochecido antes de que hubiese podido llegar a ninguna aldea, y se extravió y caminó desorientado casi una milla. Al cabo, encontró la carretera y llegó a la misma posada en que, cuando caminaba de Erfurt a Gotha, había pasado una de las noches más desagradables en compañía de los toscos carreteros, cuyo «llejó» todavía era para él un recuerdo reciente.

En aquella fonda reinaba aún gran animación; sentado en el pasillo, en medio de los campesinos, había un menestral ambulante que hablaba de sus viajes por el Electorado de Sajonia. En el momento en que Reiser entraba en la posada, apareció también el posadero que pidió al narrador que se callara por estar ya muy avanzada la noche y ser hora de acostarse.

El menestral y los campesinos se acostaron en el camastro de paja que ya estaba preparado y en el que también se acomodó Reiser. El menestral no sosegaba con la grosería del posadero y no podía dormirse, repitiendo innumerables veces que en toda Sajonia ningún posadero le había tratado con tal impertinencia.

Cuando Reiser hubo pagado a la mañana siguiente tres peniques por el hospedaje, su capital había quedado reducido a nueve peniques. Y entonces empezó a sentir de pronto tal agotamiento, puesto que las raíces crudas eran su único alimento desde hacía varios días, que el pensar en la milla que tenía que caminar le producía horror. Porque aquella mañana se sentía como paralizado y el espacio que lo separaba de Mühlhausen le parecía como un desierto terrible por el que tenía que viajar sin bebida ni comida que lo confortara.

El menestral que la velada anterior, hasta muy entrada la noche, había estado hablando de sus viajes por Sajonia, se puso en camino hacia Erfurt y preguntó a Reiser si él hacía el mismo itinerario. Reiser asintió y ambos empezaron a andar juntos a paso no muy rápido.

El menestral ambulante, que era oficial encuadernador y ya de bastante edad, le preguntó a Reiser por su oficio y éste respondió que era aprendiz de zapatero. Y le pareció, en efecto, que al decir que era aprendiz de zapatero adquiría una especie de dignidad, pues así era alguien, pero quien corre tras una quimera creada por su imaginación, no es nadie.

El oficial encuadernador, si se daba crédito a sus palabras, parecía haber convertido el viajar en su actividad principal desde hacía muchos años y no se recataba gran cosa en contar sus experiencias a su compañero de viaje, diciéndole que sobre todo en verano y en la época de la fruta se podían hacer muy largos recorridos disponiendo sólo de medio florín y sin pasar la menor necesidad.

La fruta —decía— no se la negaba a uno nadie y el pan muy raras veces. De esa manera, a menudo sólo había que gastar durante el día unos pocos peniques. De esa guisa había atravesado él ya muchas veces todo el Electorado de Sajonia y lo había hecho muy a gusto. En resumen, Reiser le parecía digno de ser iniciado en su orden, cuyas ventajas y comodidades le pintó con los colores más agradables, porque era una vida independiente y rica en experiencias.

Pero Reiser sentía que le temblaban las rodillas, y su cansancio aumentaba tanto con cada paso que daba que en aquel momento hubiera aceptado gustoso la vida más monótona y dependiente si le hubiesen ofrecido un sitio tranquilo donde quedarse.

Su compañero pareció notar su preocupación y trataba de consolarle e infundirle ánimos, cuando, ya cerca de Erfurt, llegaron a un manantial de agua clara y fría que conocía el oficial encuadernador y en el que ambos apagaron la sed que les producía el agobiante calor.

Aquel manantial benéfico, que conocen bien los habitantes de Erfurt, probablemente nunca fue tan grato a ningún caminante como lo fue para Reiser, que se arrojó a él completamente agotado y tomó directamente de la naturaleza la refrescante bebida que muchas veces no se atrevía a pedir a los hombres.

Y además, un hecho así adquiría para Reiser un doble valor, porque él añadía el factor poético, que en este caso cobraba realidad y del que se podría decir que era lo único que le desquitaba de las necesarias consecuencias de su insensatez, de la cual, sin embargo, él no tenía ninguna culpa ya que, según las leyes de la naturaleza, tenía que quedar forzosamente asociada a su destino desde la infancia.

Cuando las viejas torres de Erfurt volvieron a alzarse en medio del valle y Reiser retornaba ahora sin esperanzas al mismo lugar de donde partiera

poco antes con el entusiasmo juvenil de la primera esperanza, se quedó extrañado de que su compañero, el oficial encuadernador, le dijera de pronto que no creía que Reiser fuese aprendiz de zapatero sino que, en su opinión, era un estudiante que iba a estudiar a la universidad de Erfurt.

Reiser, que otra vez estaba rendido de cansancio, se sintió como vuelto a la vida por esas palabras dichas al azar por el oficial encuadernador.

A poco que quisiera estudiar y permanecer en aquella ciudad, que estaba tan próxima a él, esa misma ciudad sería el final de sus fatigosas andanzas. Era la meta final de su viaje, el objetivo que ahora veía tan cercano a él, y donde además podía cambiar de plan de una manera honrosa. Cuanto más aumentaba su cansancio, tanto más atractiva y deseable le iba pareciendo la idea de quedarse en aquella gran ciudad, en la que, eso creía, ya se encontraría algún rinconcito para él.

Aquella situación triste y desesperada en que se hallaba desde hacía ya varios días, vagando de un lado a otro, ya no era susceptible de ser transfigurada por ningún estímulo de ninguna imaginación tensa y excitada. Antes bien, con el pensamiento puesto en su absoluto desamparo, Reiser se iba fatigando cada vez más, y la fatiga, a su vez, iba aumentando el convencimiento de su desamparo, causado por el desaliento y el desfallecimiento físico.

Una vez en la ciudad, pasaron junto a un horno de pan donde había sobre el mostrador una gran cantidad de panes apilados unos sobre otros. Reiser quiso sacar uno de ellos, y nada más tocarlo, salió rodando por la calle casi todo el montón. La gente que había dentro empezó a vociferar y Reiser y su compañero tuvieron que dar rápidamente la vuelta a una esquina para escapar a los insultos. A Reiser lo perseguía la mala suerte hasta lo indecible. Entraron después en una fonda, donde Reiser no pudo aguantar más la sed y con los últimos nueve peniques que le quedaban, pidió cerveza. Así que, por echar aquel trago, había gastado lo que le costaba dormir tres noches seguidas y ya no le quedaba otro remedio que vivir completamente al sereno.

Cuando pensó en eso, fue como si al beber la cerveza bebiese el olvido de todo lo que había pasado y todo lo que estaba por venir, y quedase liberado de todas sus preocupaciones. Pues ahora se entregaba totalmente a

su destino y se consideraba otra vez como un ser ajeno por el que ya no podía seguir pensando, pues estaba perdido sin remedio. Así, le fue invadiendo el sueño y durmió durante una hora.

Cuando se despertó, faltaba una hora para el mediodía, su compañero se había marchado, y él estaba allí con la cabeza apoyada en la mano, en silenciosa desesperación. Y entonces un hombre que estaba sentado enfrente se dirigió a él y le preguntó si era un estudiante de fuera.

A su respuesta afirmativa, el hombre, como si supiese la situación de Reiser, contó que el vicerrector de la universidad, el abad del monasterio benedictino del Monte de San Pedro, era un hombre extraordinariamente altruista, que hacía poco le había procurado ayuda inmediata a un joven que también había llegado desprovisto de todo, y se había ocupado de él desinteresadamente. Si Reiser quería hacer una visita a aquel prelado, que no tuviese reparos y fuese a verle sin más; seguro que le acogería con la mayor bondad. En aquel momento llegaron otras personas y el hombre se puso a conversar con ellas.

Reiser, que ya estaba un poco reconfortado por el total relajamiento de todas sus fuerzas anímicas y físicas y el sueño bienhechor que vino a continuación, sintió que nuevamente le alentaba la esperanza y que recobraba los ánimos al pensar en el prelado del monasterio benedictino del Monte de San Pedro.

Al punto se puso en camino y preguntó por el Monte de San Pedro. Un joven estudiante con quien se cruzó, no sólo le informó con toda cortesía sino que incluso le acompañó un trecho para mostrarle el camino. Eso fue un buen presagio para Reiser. Subió a lo alto del monte, que estaba fortificado, y los centinelas le dejaron pasar libremente.

Llegó a casa del prelado, cuyo criado le recibió con amable actitud, y que, tan pronto dijo él que era estudiante, incluso le prometió que enseguida le pasaría su nombre al prelado.

Después de subir una escalera, fue introducido en una gran sala con pinturas en las paredes, entre otras una que representaba a San Pedro calentándose al fuego en la casa del sumo sacerdote. Mientras Reiser seguía con la vista clavada en aquel cuadro, apareció el prelado con sus hábitos negros, con el breviario en la mano, y Reiser le dirigió un pequeño discurso

en latín, que había estado preparando mientras subía al monte y cuyo contenido era que él había llegado a Erfurt perseguido por un destino adverso y que esperaba encontrar allí una cierta ayuda para proseguir de algún modo sus ya iniciados estudios.

El prelado le preguntó con gran afabilidad, también en latín, si era católico o partidario de la Confesión de Augsburgo,[8] y cuando Reiser respondió afirmativamente a esto último, el prelado le respondió casi con sus mismas palabras que sentía mucho que lo persiguiera un destino adverso, pero que él no veía cómo Reiser iba a encontrar ayuda precisamente en aquella universidad. Pero que él no quería hacerle perder la esperanza.

Preguntó después a Reiser cuál era su lugar de nacimiento, y cuando éste dijo que Hannover, el prelado siguió diciéndole que le aconsejaba dirigirse al doctor Froriep, porque era hasta cierto punto paisano suyo. Que fuera a verle, pues, y que luego volviera otra vez a hablar con él. Al decir esto, le puso a Reiser una moneda de plata en la mano, añadiendo que tuviera a bien contentarse con aquel pequeño almuerzo.

Si alguna cosa puede elevar de nuevo la moral de una persona destrozada y salvar de la desesperación a quien está hundido, fue el gesto y el tono de voz con que el prelado Günther respondió aquel día a la petición de Reiser y le dio su consejo.

Conmovido casi hasta las lágrimas por aquel trato, Reiser se apresuró a marcharse y creyó que soñaba cuando, ya fuera, contempló la moneda y se vio de pronto otra vez en posesión de medio florín, habiendo carecido poco antes de los tres peniques necesarios para dormir bajo techado. Aquel medio florín se le antojaba ahora un tesoro inmenso, y lo era realmente para él, porque volvió a darle la energía de que dependía todo su futuro.

Se dirigió después a una casa de comidas y por primera vez volvió a ingerir un manjar caliente. Pero nada más terminar preguntó por la Kaufmannskirche, la iglesia junto a la que vivía el doctor Froriep. Encontró a éste exactamente a las dos de la tarde, en el momento justo en que iba a dar clase, y le habló en latín, de modo similar a como lo había hecho con el abad Günther.

Cuando el doctor Froriep supo que Reiser era de Hannover le acogió con extraordinaria afabilidad y le llevó con él al aula donde ya estaban esperando los estudiantes con sus sombreros puestos, lo que para Reiser era un espectáculo inusitado; y más aún cuando se dio cuenta de que le criticaban porque él se había descubierto.

Así, de pronto se veía en Erfurt, sentado en el aula de un catedrático y rodeado de estudiantes, cuando aquella misma mañana no había visto delante de él otro sitio donde estar que el campo abierto por el que caminaba.

El doctor Froriep explicaba Historia de la Iglesia, y salpicaba su lección de anécdotas divertidas que hacían las delicias del auditorio y que los estudiantes coreaban con grandes carcajadas. Para Reiser, todo aquello era todavía como un sueño. Recordó sus años infantiles, cuando ya el aula escolar era sacrosanta para él, y ahora se hallaba de pronto en un aula universitaria, por encima de la cual ya no hay nada más alto.

Cuando acabó la clase, el doctor Froriep se llevó a Reiser con él a su cuarto y quiso saber su historia, a la que Reiser dio ahora un giro nuevo, contando que un escrito suyo mal interpretado le había acarreado el odio de un noble de Hannover y que había tenido que marcharse de allí. Y que como no tenía la menor perspectiva, se le había ocurrido la idea de dedicarse al teatro, pero que tras madura reflexión había abandonado ese proyecto, por comprender claramente que un paso así era perjudicial para su futuro. Y que por eso había pensado reintegrarse a los estudios en Erfurt.

Era curioso cómo Reiser, antes de haber soltado aquel embuste que había estado elaborando durante la clase del doctor Froriep, trataba de convertírselo a sí mismo en verdad, y con qué jesuitismo se engañaba a sí mismo. Pues mentalmente intentaba convencerse de que había visto clarísimamente la insensatez de lo que se proponía y de que había cambiado de decisión por propia voluntad y de que perseveraría en su propósito aunque al punto se le presentara por sí sola una inmejorable oportunidad de dedicarse a la escena.

Y por lo que respecta a la primera mitad de su embuste, trataba de creer que en el discurso que había pronunciado en el aniversario de la reina, había realmente algunos pasajes capciosos que quizás alguien podría haber

interpretado en detrimento suyo. Que tal cosa hubiese sucedido realmente, ese tema ya no quería tocarlo, bastándole para tranquilizarse el que hubiese sido posible, puesto que no sabía entrar en más detalles.

Porque, para que su afán por los estudios tuviera verosimilitud, él no podía decir que se había marchado de Hannover por su inclinación al teatro, y la historia del duelo tampoco venía allí al caso.

El doctor Froriep no pareció creerle del todo, pero sin embargo se formó un concepto de Reiser más elevado de lo que éste podía esperar, al considerarle un hijo de buena familia que se había enemistado con sus padres, cuyos nombres no quería mencionar. A Reiser le complació mucho que pudieran pensar tal cosa de él, y esa opinión le parecía tanto más lisonjera cuanto que recubría de un modo bien agradable su mentira, pues así el doctor Froriep disculpaba del mejor modo posible la falsedad a la que él mismo no daba crédito.

Y lo que sucedió entonces superó todas sus expectativas. El doctor Froriep le animó a no dejarse abatir, y dijo que por lo pronto él le buscaría dónde comer y dónde vivir. Reiser, que aquella misma mañana se había visto abandonado de todos, apenas daba crédito a las consoladoras palabras que estaba escuchando ahora y en aquel instante creyó estar viendo ante él a su ángel guardián, en la persona del doctor Froriep.

El doctor Froriep le escribió una líneas, con las que a la mañana siguiente debía volver a casa del abad Günther, quien a instancias de Froriep le matricularía gratuitamente en la universidad.

Un tan venturoso cambio de fortuna puso a Reiser en un estado que le hizo olvidar todas sus adversidades, de forma que ya no se arrepentía de aquel viaje suyo a lo desconocido, puesto que le había permitido vivir aquel instante: instante del que no puede hacerse una idea exacta nadie que no haya estado también alguna vez en su vida privado de toda ayuda y paralizado en cuerpo y alma, sin horizonte y sin esperanza.

Saltándole el corazón de alegría se marchó corriendo a la posada donde quería pasar la noche, pidió papel y empezó a escribir otra vez todas sus poesías, que se sabía de memoria, para llevárselas al día siguiente al doctor Froriep y mostrarse así hasta cierto punto digno de la atención que le prestaba.

Escribió hasta entrada la noche y llenó varios cuadernos. A la mañana siguiente subió al Monte de San Pedro embargado en otros pensamientos muy distintos a los de la víspera. Y el bondadoso abad Günther se alegró de volverle a ver, accedió gustoso a su petición y le extendió al punto el certificado de inscripción, entregándole también el reglamento universitario impreso y recibiendo la promesa de su cumplimiento mediante un apretón de manos.

Aquel certificado de admisión, en el que se leía: «Universitas perantiqua», el reglamento, el apretón de manos, fueron para Reiser cosas sacrosantas, y durante algún tiempo pensó que, después de todo, aquello era mucho más relevante que ser actor. Estaba otra vez integrado en la sociedad, era un ciudadano de un grupo humano que aspira a destacar entre los demás por un grado más alto de formación. Con aquella inscripción en la universidad, su existencia estaba decidida: en resumen, cuando bajaba por el monte, se consideraba un ser diferente.

Hacia mediodía le enseñó al doctor Froriep su certificado de inscripción y al mismo tiempo le llevó sus poesías, que esta vez le reportaron mucha más ventaja de lo que hubiera esperado. Pues en Erfurt, los estudios de Humanidades eran todavía bastante raros entre los estudiantes y al doctor Froriep le venía muy a propósito tener a alguien que en cierto modo sirviera de ejemplo a los otros en esas materias.

Esas poesías tuvieron, pues, el efecto de que el nuevo protector de Reiser se interesara aún más por él y no le dejara pasar ni una noche más en la posada sino que al momento ordenara al contramaestre de la universidad, que era al mismo tiempo maestro de esgrima, que le buscara un alojamiento. El contramaestre le alojó por de pronto junto con un estudiante de medicina, ya mayor, que vivía en su casa, y como él era el encargado de procurar a los estudiantes comidas gratis, de momento le ofreció su propia mesa.

En medio de aquellas felices circunstancias, Reiser volvió a ser otra vez, en no pocos momentos, la persona más desgraciada del mundo, porque arrastraba consigo el lastre de su educación y de las penalidades de sus años escolares. La idea de las comidas gratuitas que había tenido que aceptar durante aquellos años le pesaba como una carga, y en el fondo se sintió

mucho más desgraciado cuando se presentó a la mesa del maestro de esgrima que cuando comía raíces silvestres entre Gotha y Eisenach.

Eso hizo que los estudiantes que comían con él en casa del maestro de esgrima le tuvieran por una persona tímida y apocada. Y como el anfitrión, que trataba a los estudiantes al estilo de ellos, tampoco gastaba muchos cumplidos con él, su situación se volvió aún más insoportable. Le pareció de pronto como si de la libertad sin límites hubiera caído otra vez en la dependencia más humillante.

Sin embargo, a pesar de su carácter retraído, tenían mucha consideración con él y eso era debido una vez más a sus poesías manuscritas de las que el doctor Froriep había hablado a diversas personas y que, sin saberlo él, ya le habían dado un cierto renombre entre los estudiantes de Erfurt, de manera que ellos atribuían su extraño carácter a sus dotes poéticas.

Estaba totalmente desprovisto de ropa, y si hubiese tenido un mínimo trato de confianza con la gente, habría podido encontrar fácil remedio al asunto. Pero le era imposible confesar esa falta de ropa, que era lo más agobiante y lo que más pesadumbre le causaba, aunque él siempre achacaba esa pesadumbre a otras causas, por las que —eso se hacía creer a sí mismo — sentía gran desconsuelo, ya que lo de no tener ropa le parecía una cosa mezquina y carente de poesía.

El maestro de esgrima le asignó al cabo un alojamiento fijo con otro estudiante llamado R…, con quien tenía que vivir en la misma habitación y que quería empezar enseguida a publicar un semanario con él, pues ya tenía un concepto muy elevado de las dotes poéticas y literarias de Reiser. Y éste, en efecto, elaboró un plan de una revista semanal que empezaría con una sátira sobre ese mismo género de revistas y que llevaría por título *El último semanario*. Pero cuando su nuevo compañero de habitación notó que Reiser no tenía dinero y que tampoco tenía perspectivas concretas de ganarlo, empezó a tratarle con bastante frialdad y le aconsejó que por lo pronto empeñara su espada, cosa que hizo Reiser y así el otro se mostró otra vez más amable con él. Porque el señor R…, que era una persona muy organizada, no quería tener gastos en el proyecto literario común.

Ambos fueron entonces a ver a un impresor de Erfurt, llamado Gradelmüller, y le pusieron al corriente del proyecto de editar un nuevo semanario, pero el impresor les previno seriamente contra una empresa de ese género, y les hizo ver que sería mucho más seguro publicar sus artículos en una revista que ya fuese conocida y gozase de las preferencias del público, como por ejemplo el *Semanario para burgueses y campesinos*, que él editaba y unos chicuelos pobres repartían por las cervecerías.

Se trataba, evidentemente, de aquel *Burgueses y campesinos* que Reiser había encontrado en la casa del cazador, no lejos de Mühlhausen, durante su primer viaje, y ahora el impresor y editor de tal revista los elegía a él y a su compañero de habitación como colaboradores. Los dos tuvieron que cenar en casa del impresor, y les sirvieron rábanos y un tipo de queso, alargado y pequeño, típico de Erfurt, del que ambos colaboradores comieron a más y mejor, mientras que la mujer del impresor los miraba a veces con cara de vinagre.

La primera contribución que presentó el estudiante R… al *Semanario para burgueses y campesinos*, fue una imitación en prosa del *Beatus ille* de Horacio. Y la primera contribución de Reiser fue su altisonante poesía sobre el mundo, que ya había escrito cuando estudiaba en el colegio de Hannover.

Pero como no pagaban honorarios por esas contribuciones y el estudiante R… vio que no progresaba su plan de adquirir prestigio editando un semanario junto con Reiser, dejó de interesarse por éste. Lo cual era muy comprensible, pues con su ánimo abatido, que se debía a la falta de muda y otra vez al mal estado de sus zapatos, Reiser era una persona triste y poco sociable.

De modo que el estudiante R…, ya a los ocho días de haber vivido Reiser con él, intentó alojarle en otro sitio. Y fue en la Kirschlache, en casa de un cervecero, que también albergaba a otro estudiante, y cuyo hijo también estudiaba en un colegio.

Tampoco le dieron allí a Reiser una habitación para él solo, sino que tenía que vivir con la familia, lo mismo que el otro estudiante. Pero la casa estaba bien situada, formaba parte de una hilera de casitas pequeñas, y por

delante pasaba un riachuelo cuya orilla que daba a las casas estaba plantada de árboles.

Así pues, no era una calle estrecha sino que el agua que corría por ella e incluso el tamaño reducido de las casas contribuían a dar a aquella zona de la ciudad vieja un aire despejado y campestre.

Inmediatamente detrás de la casa estaba la antigua muralla, desde la que se divisaba el monasterio de cartujos. La muralla estaba parcialmente cubierta de hierba en la parte alta y medio derruida por diversos puntos, de forma que se podía subir cómodamente a ella y observar desde allí las grandes huertas y jardines que rodean a Erfurt incluso en el interior de sus muros.

Durante ese tiempo Reiser pudo beneficiarse también de la comida gratuita para estudiantes, y la idea de quedarse tranquilamente en aquella ciudad se impuso de pronto a todas las demás, de tal manera que en aquellos días, a la edad de diecinueve años, le escribió a su amigo de Hannover que esperaba y deseaba quedarse en Erfurt hasta el fin de sus días.

Allí, sus estudios universitarios darían paso inmediatamente a la carrera docente, y entonces él habría alcanzado la meta de todos sus deseos y esperanzas. Pensaba haber renunciado así a brillar en cualquier otra cosa y todas las maravillosas quimeras relacionadas con el teatro parecieron habérsele ido de la cabeza durante algún tiempo.

Estaba transplantado de pronto a un mundo nuevo y, en comparación con su vida de Hannover, había hecho un gran progreso.

Cuando daba un paseo en torno a la ciudad, caminando por las murallas de Erfurt, notaba con toda claridad que se había liberado por propio esfuerzo de su insoportable situación y que, por propia iniciativa, había hecho que cambiara su posición en el mundo.

Cuando oía las campanas de Erfurt, renacían poco a poco todos sus recuerdos, el momento actual no limitaba su existencia, sino que volvía a abarcar todo lo que ya había desaparecido.

Y los momentos más felices de su vida fueron cuando empezó a interesarle su propia existencia, porque él la observaba en un cierto contexto y no aislada y desintegrada.

Lo aislado, lo disociado y atomizado de su existencia era lo que siempre le había causado tedio y hastío.

Y eso sucedía siempre que, agobiado por las circunstancias, sus pensamientos no podían elevarse por encima del momento que vivía. Todo era entonces insignificante, seco y baldío y no merecía el esfuerzo de pensar en ello.

Ese estado siempre le hacía desear la llegada de la noche, un sueño profundo, un olvido total de sí mismo; le parecía que el tiempo avanzaba a paso de tortuga y nunca podía explicarse por qué vivía en aquel momento preciso.

Al principio de su estancia en Erfurt, aquellos momentos fueron escasos. Veía siempre la vida en su conjunto, el cambio de lugar era todavía reciente, su capacidad imaginativa aún no estaba aherrojada por la perpetua repetición.

Ese perpetuo retorno de las impresiones sensoriales es lo que, al parecer, reprime a los hombres más que ninguna otra cosa y los deja constreñidos a un reducido espacio. Poco a poco uno se siente irresistiblemente atraído por la uniformidad del círculo en que se mueve, le cobra cariño a lo antiguo y huye de lo nuevo. Parece una especie de sacrilegio salir de ese entorno que se ha convertido como en un segundo cuerpo nuestro al que se adapta el primero.

La casa de Reiser en la Kirschlache parecía estar hecha justamente para volver a cautivar su imaginación.

En efecto, la vista de los huertos que se extendían hasta la cartuja tenía algo romántico que atraía irresistiblemente a Reiser y que le hacía clavar la mirada en aquel apacible lugar por el que sentía una secreta nostalgia.

Como se había derrumbado el edificio de su imaginación y no había podido representar las ruidosas escenas mundanas ni en la vida real ni en el teatro, ahora, como suele suceder en general, fue a dar con toda su sensibilidad en el extremo contrario.

Vivir completamente olvidado del mundo, separado de los hombres en el silencio y la soledad, tenía un atractivo indecible para él. Y ese retiro adquiría en su mente un valor tanto más alto cuanto mayor era el sacrificio que exigía. Pues aquello a lo que él renunciaba eran sus más caros anhelos,

que parecían formar parte de su propio ser. Las lámparas y los bastidores, el brillante anfiteatro: todo había desaparecido, la celda solitaria lo acogía.

El alto muro que rodea la cartuja, la pequeña torre de la iglesia, las casitas independientes, que, alineadas dentro del muro y separadas entre sí por una pared, tienen cada una de ellas un trocito propio de terreno que da al huerto; todo ello constituye un panorama interesante y aquella altura del muro, aquellas casas independientes y aquellos huertecillos que hay entre ellas expresan de manera muy clara y significativa la soledad y el retiro de quienes habitaban aquel lugar.

Siempre que Reiser oía la campana de la torrecilla, le parecía estar escuchando el doblar de campanas que anuncia la muerte de todos los deseos terrenales y de todas las esperanzas de esta vida.

Porque allí estaba la meta de todo: el monje profeso nunca podía poner el pie fuera del terreno limitado por esos muros. Allí encontraba su morada perpetua y su tumba.

El toque de campanas de los cartujos es aún más triste y melancólico debido al modo como sucede y a su lentitud.

Cuando los cartujos se reúnen en el coro, van pasando en fila y dando cada uno un toque de campana, para después ocupar su sitio, y así hasta que han entrado todos desde el más viejo hasta el más joven.

Reiser escuchaba el sonido de aquella campana, a veces en el silencio del mediodía, a veces a medianoche o de madrugada, y era tan viva la impresión que cada vez producía en él que siempre surgía al mismo tiempo toda aquella imagen de la soledad y el silencio de la tumba.

Le parecía como si aquellos hombres apartados del mundo vivieran más allá de su propia muerte, como si caminaran en sus tumbas y se tendieran la mano unos a otros.

Aquella idea acabó siéndole tan familiar y tan agradable que a menudo no la hubiese cambiado por las más placenteras esperanzas.

Reiser había recibido a su vez carta de Hannover, de Philipp Reiser, quien, lo mismo que antaño cuando hablaba con él, no mostraba especial interés por la vida de su amigo sino que describía prolijamente sus amores del momento y los progresos que había hecho en esos amores y qué obstáculos le quedaban por superar.

Sin embargo, Reiser llevaba esa carta consigo y la leía una y otra vez, porque Philipp Reiser era su único amigo.

No lejos de Kirschlache había un agradable terreno para pasear, con un claro arroyo que corría por el valle entre la verde floresta. El horizonte estaba cortado todo en derredor y uno se hallaba en una deliciosa soledad.

Reiser pasaba allí no pocas horas, sentado sobre la verde hierba a orillas del arroyo y meditando sobre su destino, y cuando estaba cansado de pensar, leía otra vez la carta de su amigo que, por poco que le interesara su contenido, al final casi había aprendido de memoria, pues, en verdad, no había lectura que le tocara más de cerca que aquella carta.

A ello se añadía el hecho de que Philipp Reiser era oriundo de Erfurt. Así que ambos habían intercambiado sus ciudades natales y Anton Reiser se encontraba ahora en el lugar en que su amigo había pasado la primera época de su vida y recibido las primeras impresiones del mundo que le rodeaba.

Allí revivía él en la imaginación la infancia de Philipp Reiser y se desdoblaba en él cuando estaba en el valle junto al riachuelo y leía su carta, que le traía a la memoria su persona y su carácter.

Por eso, de entre los estudiantes prefería sobre todo a Ockord, que había tratado a Philipp Reiser en Erfurt y conversaba mucho con él sobre el amigo.

El tal Ockord era entonces un joven simpático e idealista, con un alto concepto de la amistad: a veces había en ello un elemento de afectación, pero en el fondo tenía realmente un corazón sensible y cariñoso.

En él encontró Reiser la persona que buscaba y no descansó hasta que fue con él un domingo a la iglesia de la cartuja; pues, como le parecía que llamaría mucho la atención, no se atrevía a entrar él solo.

Por el camino habían estado conversando sobre la vanidad y la brevedad de la vida, a cuyo efecto hay que tener en cuenta que Reiser tenía entonces diecinueve años y Ockord veinte, y que no sabían qué hacer con lo que les quedaba de vida cuando llegaron al monasterio y entraron en la iglesia; ésta, con sus paredes desnudas y el coro solitario, anunciaba ya el silencio de la tumba.

A la iglesia, en efecto, no va casi nadie, fuera de los propios cartujos, y como no tiene vinculación con ninguna parroquia, no hay en ella ni púlpito

ni sillas ni bancos, sino sólo las paredes desnudas y el suelo liso, lo cual, unido a la luz difusa que penetra por arriba a través de las ventanas, da a esa iglesia una apariencia severa y melancólica.

Cuando Ockord y Reiser, completamente solos, se habían arrodillado en un reclinatorio delante del coro, los monjes entraron en fila con sus hábitos blancos, y uno tras otro fueron dando el toque de campana.

Se sentaron en las sillas del coro e iniciaron su canto de penitencia con voces graves y tristes; al poco tiempo se levantaron y cantaron himnos que el eco repetía tristemente; luego cayeron de bruces e imploraron misericordia con hondos lamentos.

En uno de los extremos del semicírculo había un joven de pálidas mejillas, de rostro excepcionalmente agraciado. Reiser no podía apartar sus ojos de los suyos, dirigidos devotamente al cielo.

Ockord conocía a aquel desventurado que había entrado en la cartuja porque un rayo había matado al amigo de la infancia, que estaba justo a su lado. Y desde entonces, Reiser veía constantemente delante de él la imagen de aquel joven.

Pasaba a veces la mitad del día en lo alto del viejo muro situado a espaldas de su casa, y deseaba ardientemente estar dentro de aquellos silenciosos muros, que, en su opinión, dejaban tras de sí un mundo entero con sus engaños y falsas ilusiones.

Allí quería marchitarse e irse consumiendo con aquel joven hasta la tumba. Allí quería cultivar él también su huerto solitario, saludar en su celda al suave rayo de sol crepuscular, y, despojado de todos los deseos y esperanzas terrenales, esperar tranquilo y sereno la llegada de la muerte.

En ese estado de ánimo, sentado detrás de su casa, sobre la vieja muralla derruida, compuso la siguiente poesía:

Morada sagrada y silenciosa,
patético modelo de la tumba,
¿qué secreto sentimiento impulsa
la mirada de mis ojos húmedos
hacia tus cabañas solitarias?
Anciano venerable, que habitas

el lugar de silencio y de piedad:
¡Salve! Lejos del inútil ruido
de la huera vanidad y lejos
del orgullo y su fragor, cultivas
el huerto solitario; a tu alma,
que a veces con sublime impaciencia
de su cárcel aspira a escapar,
con trabajo y oraciones haces
cada día más digna del cielo.
¡Salve a ti! Goza el hermoso bien
de la soledad con Dios. Que tu alma
ya apartada de lo terrenal
exulte con los coros angélicos
y alegre hasta su eterno origen
el vuelo remonte. ¡Magnífico,
el destino, anciano, de tus días!
Mas tú, a quien las penas de la vida
aún no han doblegado, ni los años
la cabeza encanecieron, hombre
lleno de vigor y lozanía,
y tú, efebo en la flor de la vida,
que en lugar de los goces del mundo
la celda solitaria elegiste:
¿Tal vez fuiste objeto del desprecio,
de la burla orgullosa, del escarnio?
¿Te engañó tal vez un falso amigo?
¿O llegaste a descubrir un día
que todos los afanes del hombre,
todos sus deseos y esperanzas
sólo son orgullo y vanidad?
¿O amargado y rebosando hastío
ante hueros y banales goces,
un paisaje hermoso y floreciente
fue para ti triste desierto?

¡Entonces tú también eres dichoso!
Pues refugio seguro encontraste
contra las astucias de los malos,
contra el alboroto de los necios
contra el brillo seductor del vicio
y contra los engañosos goces
de la vida. Mas ¿qué veo? Tiembla
muda una lágrima en los ojos
del joven, que pálido y triste
su vida truncada está llorando
y cual flor sedienta languidece
bajo el calor ardiente del sol.
Tú, que en esa prisión consagrada
donde tu alma no encuentra consuelo,
violentado o imprudente esperas
la muerte, ¡oh llora, joven, llora!
Tu Dios esas lágrimas perdona
que inocente la naturaleza
arranca a tu corazón sin culpa.
Oh, pluguiera al cielo que mis lágrimas
con las tuyas pudiera mezclar
y que a tu alma suave consuelo
de tus penas pudiera infundir.
Sonriente el sol de primavera
en la tarde se va; compasivo
un rayo final aún arrebola
tu ventana triste y solitaria;
en tu lecho te acuestas y sueñas
con días futuros, que rebosan
de bellas, de brillantes perspectivas.
Ebrio de felicidad te pierdes
en laberintos de gozo, despiertas
de tu venturoso sueño y ves
de tu celda, ¡ay! los tristes muros.

No sonríe un rayo de esperanza
en ella: presurosos, oh céfiros,
a la casa volad del efebo,
secad compasivos esas lágrimas.
¡Floreced en su jardín, oh flores,
y en torno a su ventana resuene,
Filomela, tu dulce cantar!
Hasta que Dios, en su amor, un día
de la cárcel cruel de la vida
libere tu alma triste y doliente.
Lleno entonces de suave nostalgia
vendrás en las noches de rocío
a llorar por él sobre su tumba.

Realmente, Reiser estaba en cuerpo y alma con los cartujos, hasta tal punto que empezó a pensar seriamente si podría también él pasar la vida retirado del mundo como ellos y liberarse así de una vez para siempre de todo lo que le agobiaba, de los deseos y afanes que le atormentaban.

Cuando ya llevaba unos días con esas cavilaciones, pasó Ockord a verle y le dijo que los estudiantes de Erfurt querían representar una obra de teatro y que todavía estaban sin repartir algunos papeles.

Esas palabras hicieron tal impacto en la mente de Reiser que, de un golpe, la cartuja y sus altos muros pasaron completamente a segundo plano, dando paso otra vez a la decoración y a las luces del escenario. Y cuando Ockord añadió que estaban pensando en darle a Reiser un papel en la obra que se iba a representar, desapareció definitivamente cualquier pensamiento serio y triste.

La obra que los estudiantes querían representar en Erfurt se llamaba *Medon o la venganza del sabio*[9] y de ella puede decirse que era un auténtico tratado de moral, tanta era la virtud que predicaban todos sus personajes.

Reiser representaría en esa obra el papel de Clelie, la amante de Medon, porque él tenía menos vestigios de barba en el rostro que los demás y

porque con su altura no llamaba la atención haciendo de mujer, ya que quien hacía de Medon era casi tan alto como un gigante.

A pesar de lo extraño y peregrino de aquel papel, Reiser no pudo resistir a sus deseos de trabajar como fuese en el teatro, y tanto más cuanto que aquella ocasión se le presentaba por sí sola, sin buscarla él.

Durante aquel tiempo, el doctor Froriep había escrito a Hannover, pidiendo informes sobre la conducta de Reiser al antiguo profesor de éste, el rector Sextroh, en cuya casa había vivido, y el rector, contra todas las previsiones de Reiser, había enviado un informe que le hizo ganarse aún más la estima del doctor Froriep.

Pues el rector Sextroh había escrito que, sin duda alguna, las disposiciones naturales de aquel joven eran muy prometedoras. Y eso fue suficiente para que el doctor Froriep mirase con ojos benévolos e indulgentes la parte negativa del informe y tomase a Reiser con redoblado afán bajo su protección para procurarle de nuevo, en la medida de lo posible, el favor del príncipe.

El informe traslucía en efecto indulgencia y comprensión, excepto en un punto: debido a los paseos que daba Reiser por la noche, se había tenido la sospecha de que llevaba una vida licenciosa. Le imputaban así precisamente lo más ajeno a él, puesto que ya sólo lo opresivo de su situación, su desprecio de sí mismo e incluso sus extravagancias lo mantenían apartado de tal género de vida.

Por lo demás, su pasión por el teatro era lo que, no sin razón, se consideraba como la causa de sus otras irregularidades, como le había ocurrido a muchos otros jóvenes del colegio de Hannover.

Y justamente cuando llegó esa carta, Reiser ya estaba otra vez a punto de hacer teatro con los estudiantes de Erfurt. El doctor Froriep se lo desaconsejó, pero cuando vio cuán grande era su afición, le perdonó también esa insensatez y no le retiró por eso su favor.

Los preparativos de la representación estaban ya en marcha. Reiser aprendió de memoria el papel de Clelie, y luego hubo numerosos ensayos, conociendo Reiser así a la mayor parte de los estudiantes de Erfurt, todos los cuales le trataban con mucha consideración y tenían una opinión muy positiva de él, por lo que Reiser se sintió transportado a un mundo

completamente diferente de aquel en que había estado viviendo desde su infancia.

En medio de aquellos ensayos teatrales, Reiser no dejaba de asistir asiduamente a las clases del doctor Froriep. El grupo constaba de un número de estudiantes que en la Iglesia de los Comerciantes, a puerta cerrada y en presencia del doctor Froriep y de los demás escolares, se ejercitaban en la predicación.

Reiser también deseaba poder actuar allí, para que le oyeran declamar, y una de las perspectivas más atrayentes para él era que el doctor Froriep le permitiese algún día subir al púlpito. Tenía incluso pensado el tema: describiría con poéticos colores las bellezas de la naturaleza, el cambio de las estaciones, y terminaría patéticamente el sermón presentando el brillante y espléndido horizonte de la vida eterna. Pero cada vez surgían nuevos obstáculos que impedían que en Erfurt se cumplieran sus deseos.

Lo mismo que se está inseguro de que se cumpla todo lo que se desea con ahínco, así también temía él que la obra no llegara a representarse y que él se quedara sin su papel. Al cabo, se cumplió su deseo. Lo vistieron de mujer y lo ataviaron cuidadosamente. Se encendieron las luces, se alzó con un ruido seco el telón, y él se encontró frente a un numeroso público y representó tranquilamente su largo papel, sin pensar ni una sola vez en lo antinatural de éste, tan imbuido estaba de la idea de que se trataba de una obra de teatro y de que en todo momento se necesitaba su colaboración. Esa identificación con su tarea hizo que Reiser se olvidase de sí mismo y que los espectadores no advirtiesen apenas lo antinatural de aquel papel y que hasta le aplaudieran por su trabajo. El haber actuado por fin en un escenario, sin dejar por eso de ser estudiante, le causaba un doble placer, y cuando recordaba aquella velada, se sintió durante algunos días tan feliz que todo lo que le había sucedido en las pocas semanas que llevaba en Erfurt le parecía casi como un sueño.

De vez en cuando, Reiser también publicaba poesías en el *Semanario para burgueses y campesinos*, por lo que llegó a ser conocido como escritor entre los habitantes de Erfurt. Al mismo tiempo hacía correcciones para el impresor Gradelmüller y, a través de éste conoció a un sabio que, pese a sus grandes dotes intelectuales y a su extraordinaria sensibilidad, vivió hasta su

muerte perseguido por un destino adverso: oprimido sin cesar por las circunstancias de la vida, era incapaz de hacerse valer, y la energía necesaria para encontrar su lugar en el mundo y mantenerse en él quedó como paralizada.

El doctor Sauer había escrito para el impresor Gradelmüller un semanario con el título *Medon o los tres amigos*, del que ya se habían publicado los números de un año entero. Se veía en él cómo Sauer había tenido que luchar contra la fuerza de las circunstancias; qué duro tenía que haber sido para él escribir una serie de artículos triviales, aunque éstos dejasen traslucir como destellos del genio frustrado.

Pero tenía que escribir tales cosas y entregar cada semana su página, para poder seguir respirando un año más de su fatigosa vida. Al cabo, sin embargo, el semanario dejó de salir, y él se vio obligado a ganarse la vida como corrector. Y aunque guardaba en su escritorio obras teatrales suyas de gran valor, que no se atrevía a enseñar a nadie, tenía que pasarle a limpio una tragedia a un noble de Erfurt, con todo el cuidado y la escrupulosidad de un copista, para ganarse la vida durante unos días con ese salario.

Como médico no ganaba nada: pues tenía una disposición especial para ayudar precisamente a quienes están más necesitados de ayuda y menos ayuda reciben. Y como éstos son precisamente quienes no pueden pagar tal ayuda, el médico mismo hubiera corrido gran peligro de morir de hambre si no hubiese publicado semanarios, hecho correcciones y copiado tragedias.

En una palabra, no exigía pago por sus cuidados y encima le llevaba a casa a la gente pobre los remedios que él mismo preparaba, gastando en ellos lo poco que le quedaba o no le quedaba. Y como de esa manera en cierto modo se quitaba valor a sí mismo, las gentes distinguidas y acomodadas no tenían confianza en él; nadie le pedía consejo, y la mayoría ni siquiera conocía su nombre, aunque como médico tenía grandes aptitudes y poseía no escasa experiencia.

En el campo de la medicina también había escrito algunos artículos excelentes pero que lamentablemente se perdieron en la masa y, al igual que su autor, no llamaron la atención de sus coetáneos. Y teniendo guardados bajo llave en su escritorio sus otros trabajos de medicina, se veía en la necesidad de traducir al latín la obra de un médico francés que había

llegado a Erfurt y que sabía darse a conocer mejor que el doctor Sauer, para vivir con el salario de traductor y preparar nuevos medicamentos para sus enfermos pobres y desvalidos.

Habría que estar completamente insensibilizado para no lamentar esa suerte indigna y humillante. El doctor Sauer se enfrentaba a ella con rostro sonriente, pero en lo hondo de su alma, cada una de esas humillaciones y ofensas minaban sus fuerzas y paralizaban su energía. ¿Cómo podía creer él en su propio valor si el mundo entero lo desconocía?

Por su relación con el impresor Gradelmüller, para quien trabajaba como corrector, también escribía a veces en el célebre *Semanario para burgueses y campesinos*, de Erfurt; y allí leyó Reiser un día un poema suyo en honor de los americanos que habían conseguido la libertad, un poema que habría merecido estar en una antología de los mejores versos alemanes, mientras que allí pasaba inadvertido en una revista que se vendía por las cervecerías de Erfurt.

Era como si en aquellos versos su espíritu sojuzgado hubiese expresado por una vez el sentimiento de la libertad que lo embargaba, tal era el ímpetu y el apasionado entusiasmo que imperaba en ellos.

Lleno de admiración por el poema, Reiser no descansó hasta conocer a un tan excelente colaborador del *Semanario para burgueses y campesinos*. Pero le costó mucho conseguir lo que deseaba, porque el doctor Sauer no se sentía muy inclinado a hacer amistad con nadie que perteneciera al grupo de personas que prácticamente le había excluido a él de la sociedad.

Pero por fin se presentó una ocasión, cuando Reiser, que había proseguido en Erfurt sus estudios de inglés, se ofreció a enseñarle esa lengua al doctor Sauer, quien ya había expresado alguna vez su deseo de aprenderla. La oferta fue aceptada y así Reiser tuvo ocasión de reunirse varias veces por semana con aquel hombre, cuyo trato deseaba frecuentar lo más posible.

Según avanzaban las clases, el doctor Sauer tuvo cada vez menos reservas con Reiser y le habló de cómo había estado sojuzgado desde la infancia por parientes y maestros, y luego de todos los reveses de fortuna que habían terminado por hundirle, de forma que Reiser, lleno de indignación, no pudo menos de llamar maligno al encadenamiento de

circunstancias que, casi intencionadamente, coartan y atormentan hasta ese punto a un ser inteligente y sensible.

Mientras que Reiser daba así rienda suelta a su indignación, la boca de Sauer esbozó una suave sonrisa, signo indudable de que él estaba por encima de esa indignación, pero también como desligado ya de todas las ataduras terrenales, esperando y como adivinando la pronta y completa liberación. Ya casi había llegado a término el combate, ya no necesitaba seguir resistiendo, ya no necesitaba seguir desafiando al destino.

Sin embargo, a veces aún ardía impetuosamente la llama de la vida. Había momentos en que esperaba ver tiempos mejores y se esforzaba mucho en aprender inglés, porque ponía grandes esperanzas en esos estudios, sobre todo para poder aprovechar las obras de medicina escritas en lengua inglesa y también para ganar dinero con traducciones del inglés.

Luego hasta se le presentó una pequeña oportunidad con una especie de empleo en Erfurt. Y él ya tenía aquello por un cambio muy positivo, que atribuía a su perseverancia. Quien quiere conseguir algo en Erfurt —solía decirle muchas veces a Reiser—, tiene que ser muy perseverante y no perder la paciencia. ¡Tan humilde y moderado era en sus deseos y tanto le animaba cualquier mínima perspectiva de una suerte mejor!

No sabía que ya no podría ayudarle ninguna felicidad exterior, porque en su interior se había secado la fuente de la dicha y se había quebrado la flor de la vida cuyas hojas tenían necesariamente que marchitarse.

Reiser se identificaba íntimamente con él, como si el destino de aquel hombre fuese el suyo propio o estuviese inseparablemente unido al suyo. Le parecía que, según el orden normal de las cosas, aquel hombre tenía que ser feliz.

Pero esta vez, como muchas otras veces a partir de entonces, a Reiser le engañó su esperanza y su fe en que en este mundo tenía que haber forzosamente una recompensa por las penalidades sufridas. Sauer murió a los pocos años, sin haber visto días mejores. Cuando por fuera le sonrió un poco la dicha, se había agotado su fuerza interior. Y siguió siendo desconocido e ignorado hasta su muerte, de tal manera que, cuando llevaban el ataúd por la calle donde vivía, los vecinos más próximos

preguntaron: «¿Quién es ése que llevan a enterrar?». Un asombroso grado de desconocimiento en una ciudad tan escasamente poblada como Erfurt.

Ahora bien, los pocos días que Reiser trató al doctor Sauer en Erfurt, fueron importantísimos para él, porque le dieron como un nuevo impulso interior que le llevó a hacer un supremo esfuerzo para luchar contra toda la opresión que había podido paralizar hasta ese punto a aquella personalidad. Y la indignación que eso le producía le dio fuerzas para luchar hasta cierto punto y no dejarse abatir ni siquiera por las cosas más duras y, mediante esa resistencia, tomar venganza por lo que el otro había sufrido.

Un día habían dado un paseo juntos hasta un pueblo cercano a Erfurt, y Ockord formaba parte del grupo. Cuando regresaban a la caída de la tarde, llegaron a unas aguas estancadas que estaban rodeadas de espesa floresta, fluyendo lentas y oscuras entre ambas orillas. Sauer se detuvo, tratando de calibrar la profundidad con el bastón, pero sin poder llegar hasta lo hondo. Permaneció inmóvil y, con los brazos cruzados, miró el agua y observó la negra superficie, con qué lentitud fluía y se deslizaba.

Esa imagen de Sauer, con las mejillas pálidas y los brazos cruzados, escrutando con mirada grave aquella Laguna Estigia, le vino a Reiser nítidamente a la memoria cuando unos años después le llegó la noticia de su muerte. Pues si alguna vez ha habido una imagen elocuente, en la que forman una unidad el signo y la cosa, fue aquella vez.

Reiser, sin embargo, veía abrirse ante él risueñas perspectivas: pues los estudiantes decidieron organizar otra representación, una vez que le habían cogido gusto a aquel género de esparcimiento.

Las obras elegidas fueron *El desconfiado* y *El tesoro*, de Lessing: en la primera, a Reiser le fueron asignados otra vez dos papeles femeninos, que tenía que representar con diferente vestuario, y en la otra, el papel de Maskaril, y su fama de actor estaba ya tan consolidada entre los estudiantes que éstos consideraban que él les hacía un favor al aceptar esos papeles, y así no tenía que insistir en modo alguno en que se los dieran.

Al mismo tiempo que se preparaba esta segunda representación teatral, Reiser empezó a escribir un ensayo sobre la sensibilidad, con el que pensaba darse a conocer como escritor. En esa obra quería ridiculizar la sensibilidad afectada y realzar la importancia de la verdadera sensibilidad.

Lo que debía ser una sátira resultó sin embargo una cosa bastante burda, pues Reiser comparaba la sensibilidad con una epidemia contra la que había que protegerse y añadía que a todos los que vinieran de una zona donde imperaba la sensibilidad había que prohibirles la entrada en ciudades y pueblos.

La serie de *Viajes sentimentales* que se habían ido publicando en Alemania, y las numerosas y amaneradas imitaciones de *Las desventuras del joven Werther* eran la causa de aquel violento rechazo por parte de Reiser, aunque también él tenía que acusarse secretamente del mismo pecado: con tanto mayor motivo trataba ahora de fustigarlo para su propia enmienda. Cuando estaba una noche trabajando precisamente en aquel ensayo, entró en el cuarto el impresor de Hannover, Pockwitz, que le traía una carta de Philipp Reiser. Se trataba del impresor para quien él había redactado una serie de pequeñas felicitaciones de Año Nuevo, y que había sido el primero en publicar algo suyo.

Cuando Reiser acompañaba hasta la puerta al impresor, éste le puso en la mano una pequeña moneda de oro, que bastaba para sacar en un instante de su postración a una persona que desde hacía varias semanas carecía totalmente de dinero pero trataba de disimularlo.

Ese regalo inesperado fue aún más valioso por la manera como fue hecho, a saber, diciéndole el impresor Pockwitz que aquella pequeñez era una antigua deuda que él quería saldar ahora, ya que las felicitaciones de Año Nuevo, las poesías, etc., que Reiser había hecho para él, habían sido un trabajo puramente honorífico.

Dadas las condiciones de vida de Reiser, el florín de oro en que consistió aquel regalo, tenía para él un valor inestimable y le sacó de golpe de una serie de pequeños apuros de los que nunca hubiese hablado a otras personas. Gracias a eso vivió unos días realmente felices en Erfurt, sin agobios exteriores ni interiores y sin perspectivas sombrías para el porvenir.

La carta de Philipp Reiser era también más interesante que la precedente. Pues contenía la noticia de que varios condiscípulos de Reiser, de los que hicieron teatro con él en Hannover, habían seguido su ejemplo y se habían marchado, algunos también furtivamente, para dedicarse al teatro.

Entre ellos estaba ante todo Iffland, que había hecho el papel de Beaumarchais en *Clavijo*; el hijo del maestro de coro Winter; el prefecto del coro, llamado Ohlhorst, y el hijo de un párroco, un tal Timäus, con quien Reiser había dado algunos paseos románticos por las afueras de Hannover poco antes de su partida. Y al saber que todos aquéllos le habían imitado, Reiser sintió un orgullo especial por haber sido el primero que tuvo el valor de dar ese paso.

Le escribía también Reiser en su estilo exaltado que Hölty, el poeta, había muerto en Hannover, y terminaba con estas palabras: «¡Alégrate, poeta! ¡Llora, hombre!». En cuanto a la continuación de su novela amorosa, aquella carta no decía mucho.

Mientras que Reiser andaba atareado estudiando los papeles de la segunda representación, hizo una nueva amistad en Erfurt: un estudiante llamado Neries, oriundo de Hamburgo, que vivía en casa del doctor Froriep. Éste le había dado una copia de la poesía de Reiser sobre la cartuja, procurándole así, inesperadamente, al autor un nuevo amigo.

Aquella amistad pertenecía a ese género sentimental, contra el que Reiser escribía a la sazón un ensayo.

El joven Neries, en efecto, estaba dotado de gran sensibilidad pero también se dejaba llevar por la corriente y, sin darse cuenta él mismo, en todo momento afectaba sentimentalidad. Pues muchas veces censuraba indignado, a la par que Reiser, el lado ridículo de la sensibilidad afectada. Pero como él no sólo trataba de parecer sentimental ante los demás sino de serlo realmente ante sí mismo, no le parecía afectación sino que lo cultivaba como algo muy serio que no da pie a sarcasmos, y poco a poco iba arrastrando a Reiser a esa espiral que va lanzando al alma a cada vez más altura hasta acabar en el estado más absurdamente insípido que imaginarse pueda.

A Reiser ya le confortaba el hecho de que, no obstante su precaria situación, buscase su amistad una persona que no carecía de bienes de fortuna. Pero poco a poco fue naciendo en él auténtico cariño y simpatía por el joven Neries, y esos sentimientos aumentaban cada vez más debido a la auténtica amistad que aquél sentía por Reiser, de forma que ambos se

fueron aproximando mutuamente más y más, incluso en sus desatinos, y se hacían partícipes de su melancolía y su sensibilidad.

Eso acontecía sobre todo en sus paseos solitarios, durante los cuales organizaban con harta frecuencia escenas con la naturaleza y con ellos como protagonistas, leyendo por ejemplo a la puesta del sol *Los discípulos de Emaús,*[10] de Klopstock, o en un día gris, *La creación del infierno* de Zachariae, etc.

Solían descansar preferentemente en la ladera del bosque de Steiger, desde el que se puede ver la ciudad de Erfurt con sus viejas torres y el cinturón de jardines que la rodea. Allí suben con frecuencia a pasear los habitantes de Erfurt, encienden una pequeña hoguera en la cima y se hacen café, para renovar las ideas patriarcales.

Y allí también pasaban horas enteras Reiser y Neries, leyéndose alternativamente pasajes de algún poeta. Eso significaba casi todo el tiempo auténtico esfuerzo y trabajo y era una situación penosa, aunque ellos no querían confesárselo mutuamente, para que sólo les quedara al final la siguiente idea: «Hemos estado apaciblemente juntos en el bosque de Steiger, hemos contemplado desde la cima el ameno valle y alimentado al mismo tiempo nuestro espíritu con una hermosa obra poética».

Si se considera cuántos pequeños detalles tienen que coincidir para que el leer en plena naturaleza, sentado en posición inmóvil, sea algo agradable, es fácil imaginar con cuántas pequeñas cosas molestas tenían que luchar Neries y Reiser durante aquellas escenas sentimentales: cuántas veces estaba húmedo el suelo, subían las hormigas por las piernas, el viento trastocaba la página, etc.

Neries se complacía sobremanera leyéndole a Reiser *La Mesiada*[11] entera de Klopstock. Con el terrible aburrimiento que causaba a ambos aquella lectura y que no se atrevían a confesarse el uno al otro y casi tampoco a sí mismos, Neries tenía por lo menos la ventaja de leer en voz alta, con lo que se le iba pasando el tiempo. Reiser, sin embargo, estaba condenado a escuchar y a extasiarse con lo que escuchaba, por lo que aquellas horas cuentan entre las más tristes que él recuerde haber vivido nunca, y serían las que más pavor le causaran, si tuviese que recorrer de nuevo desde el principio su camino de la vida. Porque apenas puede haber

tormento mayor que un completo vacío interior, cuando el espíritu pretende en vano salir de ese estado y, siendo inocente, se echa continuamente la culpa a sí mismo y se acusa de estar insensibilizado por no conmoverse ni emocionarse ante las sublimes melodías que suenan incesantemente en sus oídos.

Aunque Neries y Reiser eran ya casi inseparables, este último volvía a echar de menos los paseos solitarios que siempre le causaron tanto placer. Pero, por desgracia, tales paseos ya no volvieron a ser lo que fueron antes. Pues, por lo general, Reiser ponía demasiadas esperanzas en un paseo así y regresaba malhumorado a casa cuando no había encontrado lo que buscaba. Tan pronto como el «allí» se convertía en «aquí», perdía todo su encanto y se agotaba aquella fuente de alegría.

El disgusto que sentía entonces en lugar del deleite esperado era de un género tan tosco, tan ordinario y vulgar, que no dejaba subsistir ni un resto, por ínfimo que fuese, de suave melancolía o de algo similar. Era aproximadamente la sensación de una persona que, completamente empapada por la lluvia, vuelve a casa tiritando de frío y se encuentra con una habitación helada.

Una vida así llevaba Reiser mientras seguía escribiendo el ensayo contra la falsa sensibilidad, y una vez, en uno de sus paseos solitarios, observó una muestra de sensibilidad en un hombre común, del que nunca hubiera esperado tal cosa.

Daba, en efecto, un paseo por los huertos y jardines de Erfurt y como las ciruelas estaban entonces en sazón, no pudo menos de coger una hermosa ciruela madura de una rama saliente, cosa que observó el propietario, quien le reprendió con aspereza diciéndole si sabía que la ciruela que acababa de coger le iba a costar un ducado.

Reiser trató de llegar a un acuerdo con él, pero se vio obligado a admitir que no llevaba ni un penique encima. Sin embargo, con el fin de resarcir de algún modo al propietario del huerto por la ciruela robada, tuvo que darle su único pañuelo bueno, que llevaba en el bolsillo y cuya pérdida lamentó mucho.

Cuando se marchaba contristado y ya había caminado unos pasos, vio una bonita navaja en el suelo, a sus pies: la cogió al momento y llamó al

hortelano a quien propuso un trueque: que le devolviera su pañuelo a cambio de la navaja que él había encontrado.

Cuál no sería el asombro de Reiser cuando el hortelano, que antes había sido tan grosero, de pronto le echó los brazos al cuello y le besó y le pidió su amistad: porque Reiser tenía que ser un elegido de la Providencia, ya que ésta le había hecho encontrar la navaja que no pertenecía sino al hortelano, el cual le devolvió gozosamente a Reiser su pañuelo, asegurándole al mismo tiempo que el huerto siempre estaría abierto para él, para que cogiera todas las ciruelas que quisiera, y que él estaba a su entera disposición para lo que gustara, pues —añadió— un caso tan extraordinario no le había ocurrido jamás.

Cuando Reiser reflexionaba al marcharse sobre ese extraño azar, éste le pareció aún más digno de tener en cuenta por ser la primera vez en su vida que le había sucedido un caso de buena suerte, para lo que tuvieron que coincidir una serie de circunstancias que raras veces suelen darse juntas.

La buena suerte parece como si se hubiese agotado en aquella cosa pequeña, para hacerle expiar tanto más en lo grande una culpa que no tenía otra causa que el mero hecho de existir.

Era como lo del vicario rural de Wakefield,[12] que tuvo una suerte extraordinaria con los dados, cuando jugó en cierta ocasión unos peniques con un amigo, y poco después recibió la noticia de la bancarrota del comerciante, que le hizo perder toda su fortuna.

Durante un breve período de tiempo, el destino mantuvo en reserva las humillaciones que le tenía preparadas a Reiser, y le dejó gozar en paz con aquella nueva representación teatral en la que le habían sido asignados tres papeles.

Así pues, hasta cierto punto había visto cumplido su más ardiente deseo, aunque no hubiera podido lucirse en ningún papel trágico. Y lo que era mejor aún, los demás tenían una especie de confianza en su buen criterio en lo relativo al teatro, le pedían consejo, y, tanto por sus actuaciones como por las poesías que escribía, se volvió aún más conocido entre los estudiantes, que le trataban con toda deferencia, lo que fue para él un agradable desquite por todo lo que le había sucedido en el colegio de Hannover.

Al mismo tiempo acudía asiduamente a la biblioteca de la universidad, donde se complacía muy especialmente en estudiar la *Descripción de China* de Du Halde, cosa que le llevó muchísimo tiempo.

Justamente en aquella época se publicó también *Siegwart. Una historia conventual*, y Reiser leyó aquel libro varias veces, junto con su amigo Neries, y ambos, en medio del más horrible aburrimiento, se obligaron a seguir igual de enternecidos que al principio a lo largo de los tres volúmenes.

Al final, Reiser proyectaba nada menos que convertir toda aquella historia en una tragedia histórica, y hasta llegó a hacer todo género de borradores, perdiendo con ello un tiempo precioso.

Y cuando la cosa no le salía como él lo deseaba, después de cada intento inútil pasaba las horas más tristes y desagradables que imaginarse pueda. La naturaleza entera y sus propios pensamientos perdían entonces todo su atractivo, cada instante que transcurría sólo le procuraba agobio y la vida era materialmente un tormento.

Por eso, «Los sufrimientos causados por la poesía» pueden constituir, por derecho propio, una rúbrica específica en la historia de los sufrimientos de Reiser, que presenta su estado interior y exterior en todas las situaciones, sacando así a la luz lo que en muchas personas permanece inconsciente y oculto en la sombra a lo largo de toda su vida, porque tienen miedo de remontarse a la fuente y origen de sus sensaciones desagradables. Esos sufrimientos ocultos fue con lo que Reiser tuvo que luchar casi desde la infancia.

Cuando, involuntariamente, se apoderaba de él la fuerza seductora de la poesía, lo primero que surgía en su pecho era una sensación de melancolía, imaginaba algo a lo que él se entregaba por completo, algo en comparación con lo cual empalidecía todo lo que él había oído, leído o pensado jamás, y cuya existencia, si él llegara alguna vez a darle forma real, produciría un placer inenarrable y jamás sentido.

Por otra parte, aún no estaba claro si aquello sería una tragedia o un romance o un poema elegíaco; bastaba con que fuera algo que produjese realmente una sensación como la que el poeta, hasta cierto punto, ya había experimentado previamente.

En los momentos de esa venturosa sensación anticipada, la lengua sólo podía producir sonidos sueltos, balbuceos. Un poco como los que aparecen en algunas odas de Klopstock, en que los puntos suplen las lagunas de la expresión.

Pero esos sonidos aislados siempre indicaban generalidades, algo grande y sublime, lágrimas de placer y cosas parecidas. Aquello duraba hasta que la sensación desaparecía, sin haber producido ningún verso aceptable que fuera el inicio de algo concreto.

Así pues, durante esas crisis no había surgido nada bello, nada a lo que el espíritu hubiera podido atenerse después, y todo lo que ya había antes no merecía ni una mirada. Era como si el alma hubiese tenido un vago presentimiento de algo que ella no podía ser y que hacía despreciable su propia existencia.

Es sin duda un signo infalible de que una persona no tiene vocación de poeta el hecho de que en general sea sólo una sensación lo que la anima a ser poeta y que la escena concreta que quiere escribir no esté en ella antes de esa sensación o al menos al mismo tiempo. En resumen, quien no pueda abarcar con la mirada todos los detalles de la escena mientras dura esa sensación, tiene sólo sensibilidad pero no dotes poéticas.

Y no hay, por cierto, nada más peligroso que dejarse llevar por una inclinación tan engañosa. Una voz de aviso tiene que advertir cuanto antes al joven y decirle que se examine a fondo, por si el deseo está ocupando el lugar de las aptitudes, y como no debe ocupar ese lugar, un perpetuo malestar será siempre el castigo del placer prohibido.

Ése fue el caso de Reiser, que enturbió las mejores horas de su vida con intentos fallidos, con inútiles esfuerzos por alcanzar una engañosa ilusión que siempre veía ante él y que, cuando ya creía estar abrazándola, se deshacía al instante en humo y en niebla.

Si jamás ha habido una persona con un contraste tan grande entre la atracción por la poesía y su vida y sus condiciones de vida, esa persona ha sido Reiser, quien desde la infancia estuvo en un ambiente opresivo hasta el extremo, y en el que, para acceder a lo poético, siempre tuvo que saltar una etapa de su formación sin poder, por otra parte, permanecer en la siguiente.

Tales eran una vez más sus condiciones materiales de vida. No disponía de una habitación para él solo, antes bien, como ya empezaba a hacer más frío, tenía que estar siempre en la habitación común, de la que todos tenían que salir cuando se hacía la limpieza.

En aquella habitación vivía toda la familia, además de Reiser y de otro estudiante, y todos y cada uno recibían allí sus visitas. Allí se contaban historias, allí alborotaban los niños, cantaban, se peleaban y gritaban. Y ése era el entorno inmediato en el que Reiser quería escribir un tratado filosófico sobre la sensibilidad y exponer sus ideales poéticos.

Allí iba a escribir también la tragedia *Siegwart*, que empezaba con la visita al ermitaño, que solía ser la idea preferida de Reiser y es la idea preferida de casi todos los jóvenes que creen tener vocación literaria.

Eso es muy natural, puesto que la condición de ermitaño, hasta cierto punto, ya es poesía de por sí, y el poeta encuentra el tema ya elaborado.

Pero el elegir de entrada esta clase de temas casi siempre es síntoma de que no se tiene verdadera vena poética, porque la persona que así obra busca en los temas la poesía que tendría que estar dentro de ella misma para embellecer cualquier tema que le viniera a las mientes.

Asimismo es un mal síntoma la elección de lo horrible, si el pretendido genio poético se decide enseguida por un tema de tal género. Pues, sin duda alguna, ese tema contiene poesía, ya de por sí, y el material exterior tiene que suplir el vacío y la esterilidad interior.

Ése fue ya el caso de Reiser en el colegio de Hannover, cuando trató de reunir el perjurio, el incesto y el parricidio en una sola tragedia que había de llamarse *El juramento en falso*, imaginando siempre la representación concreta de la obra y a la vez el efecto que causaría en los espectadores.

Este segundo criterio tendría que ser disuasorio para todo aquel que reflexione cuidadosamente sobre el hecho de si tiene o no vocación literaria. Porque el verdadero escritor y el verdadero artista no encuentran su recompensa, ni tampoco la buscan, en el efecto que pueda hacer su obra, sino que se deleitan en el trabajo como tal, y no darían éste por perdido aunque nadie llegase a conocer esa obra. Su obra les atrae por sí misma, en ella encuentran la fuerza para seguir trabajando, y la fama es sólo el estímulo que les anima.

El afán de gloria podrá, tal vez, infundir deseos de iniciar una gran obra, pero nunca le dará las fuerzas para ello a quien no las tenía ya antes de conocer el afán de gloria.

Un mal síntoma es también, en tercer lugar, que los jóvenes literatos tomen preferentemente sus temas de lo lejano y desconocido. Que, por ejemplo, les guste escribir sobre la mentalidad de los orientales y cosas similares, en que todo es completamente distinto de las escenas de la vida normal de los hombres cercanos a nosotros, y en que, naturalmente, el tema ya es poético de por sí.

Ése fue también el caso de Reiser. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a un poema sobre la Creación, el tema más exótico que la mente pueda concebir. En lugar del detalle, que le asustaba, encontraba en él una masa ingente cuya elaboración literaria se tiene por la quintaesencia de lo sublime en poesía. Un tema por el que los jóvenes poetas carentes de verdadera vocación se sienten mucho más atraídos que por lo que está cerca del hombre, pues en esto último tiene que aportar lo sublime el propio genio, mientras que en aquello otro creen tener lo sublime delante de ellos.

La situación material de Reiser se volvía cada día más angustiosa, porque la ayuda económica que esperaba recibir de Hannover no llegaba, y los dueños de la casa en que vivía le miraban cada vez con peores ojos según iban dándose cuenta de que ni tenía dinero ni esperaba tenerlo algún día. Le era imposible pagar el desayuno y la cena que allí tomaba, y ellos le dieron claramente a entender que no estaban dispuestos a seguirle fiando por más tiempo. Así que, como él no les reportaba ninguna ventaja y era, además, una triste compañía, lo natural es que quisieran quitárselo de encima y que le despidieran.

Por poco extraordinario que fuese aquello, Reiser lo tomó por lo trágico. La idea de que él era una carga y de que la gente con la que vivía estaba, por así decir, soportándole, le llevaba a aborrecer su propia existencia. Todos sus recuerdos de infancia y juventud se le agolparon en la memoria. Se atribuía a sí mismo toda la culpa, y en su desesperación quería abandonarse una vez más a la fatalidad.

Quería marcharse de Erfurt ese mismo día, y le pasaron por la cabeza miles de ideas aventureras, una de las cuales le pareció especialmente

fascinante: en Weimar intentaría entrar al servicio del autor de *Las desventuras del joven Werther*, sin importarle en qué condiciones. Y así, en una especie de incógnito, estaría muy cerca de la persona que, entre todos los seres de la tierra, había dejado la más fuerte huella en su espíritu. Salió fuera de las murallas y dirigió la mirada hacia el monte Etter, que se alzaba como una pared divisoria entre él y sus deseos.

Marchó después a ver a Froriep, para despedirse de él sin poderle decir la verdadera causa de por qué se marchaba de Erfurt. El doctor Froriep atribuyó esa decisión a su melancolía, trató de convencerle de que se quedara y no le dejó irse antes de que Reiser le prometiese que, al menos, no se marcharía ni ese día ni el siguiente.

Ese interés por su persona fue indudablemente muy lisonjero para Reiser, pero, nada más estar solo otra vez, la idea de que era una carga para su entorno inmediato empezó a perseguirle como un espíritu maligno; no hallaba tregua ni descanso en ningún sitio, vagaba por los parajes más solitarios de los contornos de Erfurt, por el paraje de la cartuja, en donde, ahora con toda seriedad, anhelaba meterse como en seguro refugio, y lanzaba melancólicas miradas a los callados muros.

Luego siguió deambulando hasta que empezó a oscurecer y el cielo se cubrió de nubes y cayó un fuerte aguacero, que pronto lo dejó calado hasta los huesos. Los escalofríos que vinieron a unirse ahora a su inquietud interior, le hicieron caminar a la deriva, en medio de la lluvia y la tormenta, por viejas murallas y por caminos yermos y solitarios. Pues la idea de regresar a la casa donde vivía le resultaba insoportable.

Subió la elevada escalera que conducía a la vieja catedral, se anudó un pañuelo en torno a la cabeza y trató de resguardarse un rato de la lluvia al amparo de las viejas paredes. Allí, de puro cansancio, le acometió una especie de sueño pesado del que le despertó un nuevo aguacero y el bramido del viento, y otra vez se lanzó a vagar por las calles.

Cuando la lluvia le golpeaba el rostro, le vino a la memoria el pasaje del *Rey Lear*: «*To shut me out, in such a night as this!*» (¡Echarme de casa en una noche como ésta!). Y entonces, desesperado como estaba, interpretó el papel entero de Lear y se identificó por completo con el sino de Lear, quien, repudiado por sus propias hijas, yerra de un lado a otro en la noche

borrascosa y conjura a los elementos para que venguen aquel horrible agravio.

Esa escena lo distrajo algún tiempo, haciéndole contemplar con una especie de voluptuosidad el estado en que se hallaba, hasta que también esa sensación se fue perdiendo y al final no le quedó sino la escueta realidad, que le hizo prorrumpir en fuertes carcajadas de burla de sí mismo.

En ese estado de ánimo regresó a la vieja catedral, que ya estaba abierta y en la que los canónigos se reunían para cantar maitines a la luz de los cirios. El viejo edificio gótico, las escasas luces, los reflejos en las altas vidrieras, dejaron maravillado a Reiser, que se había sentado allí en un banco después de caminar sin rumbo toda la noche. Estaba como en una casa, a resguardo de la lluvia, y sin embargo aquélla no era una morada para los vivos. Si alguien buscaba un asilo donde estar a resguardo de la vida, podía creerse llamado por aquellas oscuras bóvedas, y si había pasado una noche como la que Reiser acababa de pasar, se hallaría dispuesto a responder a esa llamada. En el banco de la catedral, Reiser se sentía transportado a una especie de retiro y de silencio que tenían algo indescriptiblemente agradable para él, que lo elevaba de un golpe por encima de todas las cuitas y de todas las penas y que le hacía olvidar lo pasado. Había bebido del Leteo y sentía que iba pasando, apaciblemente adormecido, al reino de la paz. Al mismo tiempo mantenía la mirada fija en el pálido reflejo de las altas vidrieras y ese reflejo, sobre todo, parecía transportarle a un mundo nuevo: era aquélla una majestuosa alcoba, en la que abría los ojos después de haber soñado dislates toda la noche.

Porque, en efecto, aquellos momentos de la vida de Reiser eran como los sueños febriles de un enfermo, pero allí estaban, y tenían su origen en las tribulaciones que había sufrido desde la infancia. Porque ¿no era siempre el autodesprecio, el amor propio herido, lo que le hacía recaer en un estado así? ¿Y no era la causa de ese autodesprecio la perpetua opresión exterior, cuyo origen, por otra parte, había que buscarlo más en la casualidad que en los seres humanos?

Al despuntar el día, Reiser, ya más tranquilo, salió de la catedral y por la calle se encontró con su amigo Neries, que iba muy temprano a la

universidad y que se asustó cuando vio la cara de Reiser, tanto le había quebrantado y desfigurado aquella noche.

Neries no descansó hasta que Reiser le puso al corriente de todo lo que le pasaba. Después de hacerle amistosos reproches a Reiser por no haber sido más sincero con él, llevó otra vez al amigo a su antiguo alojamiento, hizo que la gente de allí lo viera con otros ojos y saldó su pequeña deuda.

Aquel leal interés del amigo reavivó en Reiser el sentimiento de la propia dignidad, tan menoscabado. Estaba como orgulloso de su amigo y ese orgullo le honraba también a él.

Para estar solo, consiguió que le permitieran trasladarse a una pequeña bohardilla que había en el desván, donde también le pusieron una cama y donde, a solas consigo mismo, pasó unas semanas relativamente agradables.

Allí leía y estudiaba, y habría sido completamente feliz en aquella soledad si no le hubiese dado tanto quebradero de cabeza el poema sobre la Creación, que a menudo le hacía incurrir en una especie de desesperación cada vez que quería expresar cosas que creía sentir y que le era imposible expresar.

Lo que más le torturaba era la descripción del caos, que ocupaba casi todo el primer canto del poema y que él, con su morbosa imaginación, quería elaborar detalladamente, pero nunca encontraba las expresiones adecuadas a sus monstruosas y grotescas ideas.

Se imaginaba, dentro del caos, una especie de formación falsa y engañosa, que al momento se convertía en sueño e ilusión, una formación mucho más hermosa que las auténticas, pero que por eso mismo no tenía consistencia ni duración.

Un sol falso aparecía en el horizonte anunciando un día esplendoroso. Bajo su engañosa influencia, el pantano sin fondo se cubría de una costra de la que salían flores y fluían manantiales. De pronto, las fuerzas contrarias conseguían emerger de las profundidades, la tormenta avanzaba bramando desde el abismo, las tinieblas, con todos sus horrores, se abrían paso oculta e insidiosamente y devoraban al recién nacido día, arrastrándolo de nuevo a la terrible fosa. Las fuerzas, replegadas una y otra vez en sí mismas, pugnaban enconadamente por abrirse paso en todas direcciones y suspiraban bajo el peso que las aplastaba. Las olas se encrespaban y gemían

bajo el bramido del vendaval. Rugían las llamas aprisionadas en la sima; la tierra que se alzaba, la roca que se asentaba, caían con estrépito atronador en el abismo que todo lo devora.

La fantasía de Reiser se desgastaba con tales y tan atroces imágenes en las horas en que su propio interior era un caos, un caos en que no brillaba la luz de la reflexión tranquila, en que las energías anímicas habían perdido su equilibrio y estaba embotada la sensibilidad; en que desaparecía de su vista el atractivo de lo real, y el sueño y la ilusión eran preferibles al orden, la luz y la verdad.

Y todos esos fenómenos se basaban hasta cierto punto en el idealismo, al que él ya tendía por naturaleza y que los sistemas filosóficos estudiados en Hannover habían reforzado. Y en ese terreno movedizo, no encontraba un lugar donde poder posar firmemente el pie. Los deseos angustiosos, la inquietud lo perseguían paso a paso.

Eso era lo que le hacía dejar la compañía de los hombres y aislarse en desvanes y bohardillas, en los que a menudo pasó sus horas más agradables soñando y fantaseando, y eso era lo que le infundía al mismo tiempo el deseo irresistible de lo romántico y teatral.

Debido a la situación interior y exterior que atravesaba entonces, otra vez estaba completamente inmerso en el mundo ideal, por eso no es de extrañar que a la primera ocasión volviera a prender la antigua llama y él concentrase una vez más sus pensamientos en el teatro, que en él no era tanto vocación artística como necesidad vital.

Esa ocasión se presentó muy pronto, cuando la compañía teatral de Speich llegó a Erfurt y recibió la autorización de actuar en la misma sala en que los estudiantes habían hecho sus funciones.

Reiser ya era conocido allí e incluso se había hecho con una cierta fama por su talento dramático, de manera que el director de aquella pequeña compañía enseguida supo de él y estuvo dispuesto a contratarle en cuanto le apeteciese dedicarse al teatro.

El hecho de que a Reiser se le presentase ahora por sí solo aquello que en vano había querido alcanzar, luchando con todas las penalidades de la vida, fue una tentación demasiado fuerte para él. Prescindiendo de todo género de consideraciones, se sumergió enteramente en el mundo del teatro,

por el que, lo mismo que antaño en Hannover, sentía entusiástica admiración incluido el cartel del reparto, mirando con una especie de envidia a los miembros de la compañía, incluso al apuntador y al encargado de copiar los papeles.

Quien más curiosidad le inspiraba era un tal Beil, que estaba a la sazón en aquella compañía y llegó a ser después un actor famoso. Descollaba mucho entre los otros miembros de la compañía y Reiser no tenía deseo más ardiente que conocerlo personalmente, lo cual no le resultó difícil. Reiser, que esperaba hallar en Beil un amigo, puso a éste al corriente de sus planes y él le afirmó en su decisión de dedicarse al teatro.

Así pues, prescindió de todo género de consideraciones, procuró, en la medida de lo posible, no pensar en el doctor Froriep ni en su amigo Neries y, sin decir una palabra a nadie, se comprometió oficialmente con el director de la compañía. Confiaba y esperaba que ya en el primer papel su actuación fuera de tal manera que todos acabaran aprobando su decisión.

Todo dependía por tanto de su primer papel en escena, y daba la casualidad de que pocos días después iban a representar *Los poetas a la moda*, pieza en la que le asignarían un papel.

Reiser deseaba hacer de Dunkel, y cuando ya había aprendido de memoria el papel, su nuevo amigo, el actor Beil, le disuadió de ello diciendo que ese papel siempre lo había tenido él y que lo había representado magníficamente, por lo que sería mejor que Reiser tomara el de Reimreich, que estaba a cargo de un actor poco señalado.

Reiser accedió gustoso a ello porque, habiendo representado con éxito los papeles de Maskaril y de Maese Blasius, estaba convencido de poseer también una vena cómica.

Así pues, copió el papel y lo aprendió de memoria. Cuando se sentía totalmente feliz ante la perspectiva de la carrera teatral, se dio cuenta de una cosa que, en medio de aquellas esperanzas, era lo más horrible que podía ocurrirle y le llenó de angustia y horror. Se quedó como quien ha sido golpeado con los puños por el ángel de Satán: notó que estaba empezando a quedarse calvo.

Justamente en el momento en que necesitaba más que nunca un cuerpo sin tacha, venía a sucederle aquella desgracia que ya por anticipado le hacía

sentir asco de sí mismo.

En tal apuro corrió a ver a su fiel amigo, el doctor Sauer, que le dio esperanzas de conservar el cabello. De modo que la tarde de la representación de *Los poetas a la moda*, acudió a los vestuarios situados detrás del escenario, y se vistió de modo suficientemente grotesco como para que la figura de Reimreich apareciera con toda su ridiculez. Su nombre ya estaba anunciado aquel día en el cartel fijado en todas las esquinas.

Cuando ya faltaba poco para que empezase el espectáculo, se presentó en el teatro su amigo Neries y le hizo los más amargos reproches. Reiser, ebrio de entusiasmo como estaba, no se alteró lo más mínimo y sólo pensaba en su actuación, hasta que al final incluso su amigo Neries se interesó por el papel y se rió de aquel atuendo tan cómico. Y estando en esto apareció de pronto un mensajero que hizo saber al director que el doctor Froriep iría inmediatamente a ver al gobernador para presentar una reclamación contra él, si permitía que apareciese en escena el estudiante cuyo nombre aparecía en el cartel que anunciaba la representación: consecuencia inevitable sería la pérdida de la autorización para actuar en aquella ciudad.

Reiser estaba como petrificado, y el director, horrorizado, no sabía qué medida tomar, hasta que un actor se ofreció a interpretar lo mejor posible el papel de Reimreich, con ayuda del apuntador; porque el público ya empezaba a exigir que levantaran el telón.

Reiser marchaba furioso entre bastidores de un lado a otro, mordisqueando su papel, que llevaba en la mano. Luego salió del teatro precipitadamente y deambuló otra vez por todas las calles en medio de la tormenta y la lluvia, hasta que hacia medianoche se tumbó muerto de cansancio sobre un puente cubierto, que le resguardó de la lluvia, y descansó un rato, tras de lo cual volvió a deambular por las calles hasta que despuntó el día.

Aquel intenso esfuerzo físico era el único método para combatir hasta cierto punto el primer dolor, violentísimo, que sentía por la pérdida sufrida. A su vez, el estado de excitación incesante en que se hallaba tenía algo que fomentaba sus anhelos insatisfechos. Toda su fracasada vida teatral quedó

como condensada en aquella noche en que vivió interiormente todo el ímpetu y la vehemencia que no había podido representar hacia fuera.

Al día siguiente, el doctor Froriep le pidió que fuese a verle y le habló como un padre. Se sirvió de un lenguaje lisonjero, diciendo que las dotes de Reiser lo destinaban a ser algo más que actor, que él no se conocía a sí mismo y que no se daba cuenta de su propio valor.

Como Reiser comprendió que en Erfurt era imposible ver cumplido su deseo, volvió a engañarse y a convencerse a sí mismo de que renunciaba voluntariamente a la idea de consagrarse al teatro, porque todo parecía unirse para impedirle llevar a cabo su decisión, y la manera como el doctor Froriep le disuadía de ello tenía al mismo tiempo mucho de lisonjero para él.

Pero en cuanto estaba de nuevo a solas consigo mismo, su autoengaño tomaba venganza renovando su amargura y su disgusto, su indecisión y combate interior, hasta que unos días después recibió el golpe más fuerte, que había esperado poder evitar: perdió todo el cabello.

La idea de tener que llevar peluca, cosa completamente insólita entre los estudiantes de Erfurt, le resultaba insoportable. Con el poco dinero que le quedaba, se marchó a un barrio extremo de la ciudad, donde se alojó en una posada, pero sólo para dormir, y por la noche pedía un poco de cerveza y pan, para que el dinero le durase lo más posible.

Durante el día solía deambular por zonas deshabitadas, cuando llovía buscaba asilo en las iglesias y así vivió casi dos semanas, no sabiendo nadie durante ese tiempo dónde estaba, hasta que por fin uno de sus amigos dio con su pista y Reiser se vio sorprendido de pronto en la posada por la visita de Neries, Ockord, W… y algunos más que se interesaban por él y que le hicieron amistosos reproches por su voluntario alejamiento.

Ahora ya podía peinar un poco el cabello, desde la frente hacia atrás, por encima de la peluca, y si lo empolvaba todo bien, podía parecer cabello propio.

Reiser se decidió, pues, a buscar otra vez la humana sociedad, junto con los amigos que habían ido a por él, pero quería estar lo más posible a solas con ellos y también deseaba por todos los medios vivir retirado y solo.

Los otros procuraron acceder también a ese deseo. El bondadoso W… habló enseguida con su tío, el profesor Springer, consejero gubernamental en Erfurt, y le expuso elocuentemente la situación de Reiser y la necesidad que sentía de vivir solo.

El profesor Springer le pidió que fuera a verle y si alguien infundió ánimos alguna vez a Reiser con sus palabras y lo acogió con verdadera simpatía, fue aquel hombre, al que Reiser profesó desde entonces el más acendrado afecto y la más honda veneración.

Springer impartía en aquellos días un curso de estadística, al que Reiser asistió algunas veces y, como le interesaba el tema, el profesor le exhortó a que se dedicara a estudiar esa materia, y, caso de hacerlo, él le ayudaría en todo lo que pudiera.

El profesor Springer le ofreció, en efecto, una primera ayuda, dándole conforme a sus deseos un sitio donde podría vivir solo, que fue una casita que tenía en su propio jardín, cuya llave le entregó a Reiser; éste tenía desde su ventana una hermosa vista de una parte de los huertos y jardines que circundaban por entero la ciudad de Erfurt.

Reiser volvió a beneficiarse de la comida gratuita de los estudiantes, el doctor Froriep se ocupaba activamente de él y procuraba ayudarle en todo lo posible. Comenzó incluso a asistir a cursos de matemáticas, sus buenos amigos le llevaban con ellos a todas sus reuniones literarias y le leían parte de sus composiciones, de manera que sus asuntos estaban ya perfectamente encarrilados, pero un nuevo y desgraciado acceso poético volvió a estropearlo todo.

En primer lugar, el residir ahora en aquella solitaria y romántica casita seguramente contribuyó no poco a calentarle otra vez la cabeza. Luego vino a añadirse una carta que escribió a Hannover, a Philipp Reiser, y que aceleró su recaída.

Esa carta estaba redactada completamente al estilo de las cartas de Werther. Había que fomentar otra vez por todos los medios las ideas patriarcales, pero por desgracia eso no podía ocurrir sin afectación.

Porque para escribir esa carta, Reiser se procuró primero una tetera y pidió prestada una taza, y como no tenía leña en la casa, compró paja, de la que usan en Erfurt para hacer fuego, con el fin de prepararse té en la

pequeña estufa de su cuartito, lo que acabó consiguiendo después de haberse casi asfixiado con el humo.

Y concluidos por fin estos preliminares, escribió a Philipp Reiser las siguientes líneas en un tono casi triunfal:

> Por fin, querido amigo, estoy en una situación como no puedo desearla más deleitosa. Desde mi ventanita contemplo la dilatada campiña, veo a lo lejos una fila de arbolitos elevándose en la cima de un pequeño promontorio y pienso en ti, amigo mío, etc. Poseo la llave de esta solitaria morada y aquí soy el amo de la casa y del jardín, etc. Cuando a veces estoy sentado junto a la pequeña estufa y me preparo a solas mi té, etc.

Por ese estilo seguía y al final era una voluminosa y extensa carta. Y como Reiser no pudo evitar enseñar esa hermosa carta a su amigo, el doctor Sauer, que tenía un espíritu crítico, éste echó todo a perder al hacerle el siguiente cumplido, conforme a su bondadosa cortesía: que si no estimara en tanto la presencia de Reiser, desearía estar lejos de él, sólo para recibir tales cartas suyas.

Y entonces, el entusiasmo poético de Reiser, que ya estaba casi apagado, volvió a revivir. Primero intentó llevar a término la parte del poema sobre la Creación dedicada al caos, y otra vez empezó a torturarse y a obsesionarse con la descripción de terribles contradicciones y monstruosas y laberínticas complicaciones mentales, hasta que finalmente le salvaron de un infierno conceptual los dos versos siguientes que tomó de la Biblia:

> En las aguas silenciosas murmuraba la voz del Eterno
> suavemente diciendo: ¡Hágase la luz! Y la luz se hizo.

Y cosa curiosa: tan pronto como el tema dejó de ser atroz, Reiser perdió las ganas de continuar con el poema. Así pues, buscó otro tema que no pudiera dejar de ser atroz y que él compondría en varios cantos. ¡Qué otra cosa podía ser que la propia muerte!

En ese tema le halagaba mucho la idea de que, siendo él una persona tan joven, hubiese elegido como objeto de su canto un tema tan serio. Por eso empezó el poema de la siguiente manera:

Un joven que ya muy pronto
bebió el cáliz del dolor, etc.

Pero cuando puso manos a la obra y quiso empezar realmente con el primer canto del poema, cuyo título ya había escrito de modo muy decorativo, vio frustrada amargamente su esperanza de tener disponible una profusión de imágenes aterradoras.

Las alas ya no le hacían remontar el vuelo, y sentía como paralizadas sus fuerzas anímicas, no viendo ante él otra cosa que un vacío inmenso, un desierto negro, en el que ni siquiera era posible introducir una vida que se fuese formando inútilmente, como cuando quería describir el caos, sino que una noche eterna envolvía a todos los personajes y un sueño eterno imposibilitaba todos los movimientos.

Con una especie de furia, hacía un enorme esfuerzo mental para introducir imágenes en aquella oscuridad, pero todas ellas se ennegrecían, como en la cabeza de Hércules las verdes hojas de álamo de su corona, cuando se iba acercando a la morada de Plutón, para apresar a Cerbero. Todo lo que quería escribir se deshacía en humo y niebla y el papel no perdió su blancor con la escritura.

Ante aquellos vanos e incesantes esfuerzos de un falso instinto poético, acabó rindiéndose y le invadió una especie de apatía y de total hastío de la vida.

Una tarde se echó en la cama con la ropa puesta y permaneció acostado aquella noche y todo el día siguiente, sumido en una especie de somnolencia de la que le sacó por la tarde de ese día, que era justamente Nochebuena, un mensajero de su protector, el consejero Springer, cuya esposa enviaba a Reiser como regalo un gran pan de Navidad.[13]

Eso fue precisamente lo que le reafirmó en sus deseos irresistibles de dormir. Se encerró con aquel enorme pan y vivió de él quince días, porque comía poco, ya que pasaba día y noche en la cama, si no en un sueño perpetuo, sí, excepto los últimos días, en una continua somnolencia. Sin duda se añadía a ello el hecho de que no tenía leña para encender la estufa. Empero, con que hubiera dicho una sola palabra, se habría puesto remedio a

esa necesidad, pero en cierto modo él prefería tener el pretexto de la falta de leña para justificar aquel extraño estilo de vida.

Sus amigos tampoco vinieron a sacarle de aquella situación, porque muchas veces él les había manifestado su deseo de pasar varias semanas, al menos una vez, en completa soledad.

Pero aquel estado tuvo un extraño efecto en Reiser: los primeros ocho días los pasó en una especie de indiferencia y relajamiento completos, con lo que, hasta cierto punto, presentaba en su propia persona el estado que en vano había querido describir poéticamente. Parecía haber bebido del Leteo y no haberle quedado ni un atisbo de alegría de vivir.

Pero los últimos ocho días los pasó en un estado que, si lo consideraba en sí mismo, aislado de todo lo demás, resultó ser uno de los más felices de su vida.

Por el relajamiento continuo y prolongado, las fuerzas adormecidas se habían renovado. Su somnolencia fue cada vez más suave, por sus venas pareció circular nueva vida. Las esperanzas de la juventud renacieron una tras otra; de nuevo le sonreían el aplauso y la gloria; sueños dorados le hacían contemplar un maravilloso porvenir. Estaba como embriagado de tanto dormir y sentía como un agradable vértigo siempre que volvía un poco en sí de aquel dulce sueño. La propia vigilia era un sueño ininterrumpido; y hubiera dado cualquier cosa por permanecer para siempre en aquel estado.

Por eso, cuando veía las ventanas cubiertas de escarcha, no había cosa que contemplara con más agrado, porque así se veía obligado a quedarse un día más en la cama. Miraba el gran trozo de pan que había sobre la mesa como un objeto sagrado que hay que tratar con las mayores precauciones, porque de la duración de aquel pan dependía en gran parte la duración de su venturoso estado.

Pero ahora se sentía otra vez con fuerzas para todo lo que fuera necesario, cuando llegase el momento. El teatro estaba otra vez ante él, más esplendoroso que nunca. Una tras otra, todas las pasiones que aparecen en escena agitaron violentamente su alma, y su actuación hacía estremecerse de emoción a los espectadores.

Cuando Reiser hubo consumido el pan, se levantó a la caída de la tarde, ordenó su ropa lo mejor que pudo y acto seguido se dirigió al teatro; allí tomó asiento en un rincón y primero vio representar una obra llamada *Inkle y Yariko*,[14] pero inmediatamente después, *Las desventuras del joven Werther*. El autor de esta pieza casi no había hecho otra cosa que transformar las cartas de Werther en diálogos y monólogos, que indudablemente resultaban larguísimos, pero que sin embargo interesaban sobremanera al público y a los actores por lo conmovedor del tema.

Sin embargo, precisamente en el trágico final de esta última obra, tuvo lugar un incidente de lo más cómico. Habían alquilado en alguna parte un par de viejas y oxidadas pistolas y tuvieron el descuido de no comprobar antes si funcionaban. El actor que hacía de Werther, las cogió de la mesa diciendo todo exactamente como está en el *Werther*: «Las han tocado tus manos; tú misma les has quitado el polvo, etc.». Luego, para representarlo todo exactamente igual, sin que faltase detalle, había pedido que le trajeran pan y un vaso de vino, y el sirviente tampoco omitió el poner sobre la mesa un gran cuchillo para partir el pan.

Pero al final, la obra había sido cambiada de manera que Wilhelm, el amigo de Werther, entraba corriendo en la habitación al oír el disparo y exclamaba: «¡Dios mío! ¡He oído un disparo!».

Todo eso estaba muy bien; pero cuando Werther cogió la malhadada pistola, se la puso en la sien y apretó el gatillo, la pistola le falló.

Sin que aquel contratiempo le hiciese perder la serenidad, el resoluto actor lanzó la pistola lejos de él y exclamó patéticamente: «¿Te niegas a prestarme este triste servicio?». Agarró entonces de pronto la otra, apretó el gatillo como en la primera, y ¡oh desgracia!, también le falló ésta.

Ahora, ya no pudo pronunciar palabra alguna. Con manos temblorosas agarró el cuchillo, que estaba casualmente sobre la mesa, y, ante el sobresalto del público, se rasgó con él la casaca y el chaleco. Cuando estaba cayendo al suelo, entró precipitadamente en la habitación su amigo Wilhelm y exclamó: «¡Dios mío! ¡He oído un disparo!».

Es difícil que una tragedia pueda terminar de manera más cómica que ésta. Pero a Reiser, eso no le hizo volver a la realidad, antes bien, le

confirmó en sus doradas ilusiones, porque veía ante él algo imperfecto que tenía que ser sustituido por algo perfecto.

Se enteró de que una semana después los actores iban a marcharse de Erfurt y a viajar a Leipzig. Supo también que Beil, el actor más dotado de aquella compañía, había sido solicitado por otro teatro de Gotha: así pues, él no tenía ya rival a quien temer. Leipzig era el lugar que le vería triunfar. La peluca podía disimularla muy hábilmente bajo el cabello, que había vuelto a crecer. ¡Cuántos motivos para que aquella pasión, que ya existía antes en él y sólo había quedado adormecida por algún tiempo, triunfara sobre el sano juicio!

Al punto dio a conocer a sus amigos su decisión: estaba resuelto a viajar a Leipzig con la compañía de Speich, pues sentía dentro de él una llamada irresistible que le haría desgraciado si no le prestaba oídos, y que siempre le impediría tomar cualquier otro género de iniciativa.

Expuso sus motivos con tal entusiasmo y apasionamiento que ni siquiera su amigo Neries tuvo nada que oponer, él que ya le había presentado un cuadro cautivador de cómo leerían otra vez a Klopstock en el bosque de Steiger la primavera siguiente, etc.

Reiser vivía ya con los actores y le llevó al consejero estatal Springer la llave de la casita del jardín, explicándole con la mayor elocuencia su desgraciada situación, caso de que quisiera reprimir su pasión por el teatro.

Springer se mostró también en esta ocasión extraordinariamente comprensivo con Reiser. Le aconsejó que, si esa afición al teatro era en él tan irresistible, no dejara de cultivarla porque, si siempre reaparecía en él, quizás fuese síntoma de una verdadera vocación artística, a la que no debía oponerse. Pero si, por el contrario, Reiser se estaba engañando a sí mismo y no llegaba a ser feliz en lo que se había propuesto, que se dirigiera a él sin temor, pasara lo que pasara y cualesquiera que fuesen las circunstancias, y siempre contaría con su ayuda.

Reiser se despidió tan conmovido que fue incapaz de pronunciar una palabra, tanto le había emocionado la magnanimidad e indulgencia de aquel hombre. Al marcharse se hacía a sí mismo los más amargos reproches, por no haber sabido mostrarse más digno de tal afecto y tal amistad.

Cuando Reiser fue después a despedirse del doctor Froriep, que ya estaba enterado por Neries de su decisión, fue tratado por él con la misma indulgencia que por el otro bienhechor. Y el doctor Froriep le explicó que no sólo no le haría volver de su determinación sino que le afirmaría en ella, si la escena fuera una escuela de buenas costumbres en la misma medida en que podría y debería serlo.

Sin embargo, al final, y no sin razón, añadió una pequeña ironía, al decirle a su hijita pequeña que llevaba en brazos: «Cuando seas mayor, oirás hablar tú también un día del célebre actor Reiser, cuyo nombre es famoso en toda Alemania». Pero tampoco esa ironía, dicha sin mala intención, surtió efecto alguno en Reiser, quien no obstante, hondamente conmovido y haciéndose amargos reproches, recordaba todos los favores que ya le había hecho el doctor Froriep y cuyo objetivo él anulaba con su decisión.

Sin embargo le parecía ahora que el instinto de conservación le exigía que no prestase oídos a todos esos reproches interiores, porque se creía firmemente convencido de que sería la persona más desgraciada del mundo si no seguía su vocación.

Pero en las últimas semanas la compañía de Speich había quedado arruinada por falta de ingresos. Speich, el director, ya se había marchado antes a Leipzig con la guardarropía, y los demás actores tenían que arreglárselas para llegar, cada uno por su cuenta, a la meta del viaje. Algunos viajaban a caballo, otros en coche y otros a pie, conforme a las posibilidades de cada uno, pues en la caja común no quedaba nada desde hacía tiempo; no obstante esperaban poderse recuperar pronto en Leipzig.

Así pues, Reiser se puso en camino, a pie, la misma tarde de la despedida, y su amigo Neries lo acompañó a caballo hasta el primer pueblo de la ruta de Leipzig, donde quería predicar el domingo siguiente.

Después de haber descansado en la posada y de haber recordado una vez más todas las venturosas escenas que decían haber disfrutado cuando leían juntos *La Mesiada* de Klopstock sentados en la ladera del monte Steiger, Reiser se puso de nuevo en camino y Neries lo acompañó otro buen trecho hasta que se hizo de noche.

Se abrazaron entonces y se despidieron llenos de emoción, dándose por primera vez durante aquella despedida el nombre de hermanos. Reiser se desprendió de sus brazos y se alejó corriendo gritándole a su amigo: «¡Ahora, regresa!».

Pero cuando ya estaba a una cierta distancia volvió la cabeza y gritó de nuevo: «¡Buenas noches!». Nada más haber dicho esa frase, le pareció desafortunada, y cada vez que Reiser la recordaba se ponía de malhumor. Porque aquella escena tan emotiva quedaba muy deslucida, incluso en el recuerdo, si a la persona de quien uno se ha despedido por largo tiempo o quizás por toda la vida, se le da tranquilamente las buenas noches, como si se la fuera a ver otra vez a la mañana siguiente.

Hacía un frío cortante. Pero Reiser no llevaba equipaje y marchaba carretera adelante con la mente puesta en un delicioso futuro de fama y aplausos.

Muchas veces, cuando había remontado alguna colina, se detenía un momento y dejaba resbalar la mirada por los campos cubiertos de nieve mientras, durante un breve instante, le pasaba por la mente un extraño pensamiento: le parecía verse a sí mismo caminando por aquellos parajes como un extranjero y contemplando su propio destino como en una vaga lejanía. Sin embargo, aquella visión desaparecía tan rápidamente como había surgido. Y entonces reanudaba la marcha y volvía a pensar en cómo sería la ciudad de Leipzig, en qué papeles le tocaría representar, etc.

De ese modo hizo muy contento el trayecto de Erfurt a Leipzig. Pero, según iba caminando, muchas veces pronunciaba el nombre de Neries, a quien realmente amaba, y lloraba a lágrima viva, hasta que le venía a la memoria aquel cómico «buenas noches» que no encajaba en absoluto con esos conmovedores recuerdos.

En Erfurt ya le habían dicho que en Leipzig tenía que dirigirse a la posada «El corazón de oro», donde siempre se hospedaban los actores, que tenían allí como su cuartel general.

Cuando entró en el local, vio a bastantes miembros de la compañía de Speich, a quienes ya iba a saludar como a sus futuros colegas, cuando advirtió que todos ellos estaban extraordinariamente abatidos, lo cual se aclaró enseguida cuando le dieron la consoladora noticia de que el digno

director de aquella compañía había vendido todo el vestuario del teatro nada más llegar a Leipzig y se había dado a la fuga con el dinero. La compañía de Speich era, pues, un rebaño disperso.

OceanofPDF.com

Notas

[1] «Walte Gott», antigua jaculatoria protestante tomada del «Pequeño catecismo» de Lutero, muy conocida hasta hoy. <<

[2] Colección de doscientas leyendas de la Antigüedad clásica, explicadas para niños. <<

[3] Una vez concluido el periodo del aprendizaje, los artesanos alemanes debían recorrer a pie pueblos y ciudades y ganarse la vida trabajando a su paso por ellos. <<

[4] *Die asiatische Banise*, novela histórico-heroica de H. A. von Ziegler und Kliphausen (1663-1696), muy popular hasta entrado el s. XVIII. <<

[5] Novela, mezcla de robinsonada y utopía política, de J. G. Schnabel (1692-1752). <<

[6] En referencia a Elio Donato (s. IV d. d. C.) y a su famosa gramática, se llamaba así a cualquier gramática elemental latina. <<

[7] La cita del Código de la Alianza (Éxodo, 23, 12) hace referencia al descanso del séptimo día. <<

[8] En alemán, todos los sustantivos se escriben con mayúscula. <<

[9] Con 1140 metros de altura, el monte más alto de la Sierra del Harz. <<

[10] «No le quebrantó sino que lo enderezó». <<

[11] *Geistliche Oden und Lieder*, de Christian Fürchtegott Gellert (1717-1769). <<

OceanofPDF.com

[1] *Dicta Catonis*, colección de aforismos publicados en el s. IV d. d. C., pero atribuidos a Marco Porcio Catón (234-149 a. d. C.). <<

[2] August Wilhelm Iffland (1759-1814) se convertiría más tarde en un célebre actor y autor dramático, director del Teatro Nacional de Berlín. <<

[3] D. I. Juvenal (s. I d. d. C.), *Satiras* III, v. 152 s. <<

[4] G. F. Lessing (1729-1781), dramaturgo y eximio representante de la Ilustración alemana. El autor se refiere probablemente a las obras publicadas entre 1753 y 1755. <<

[5] *Der Einsiedler*, tragedia en verso de G. C. Pfeffel (1736-1809). <<

[6] Se trata de la ciudad de Hildesheim. <<

[7] Moses Mendelssohn (1729-1786) propagó con sus escritos las ideas de la Ilustración alemana. Fue coautor con Lessing de la publicación periódica *Cartas sobre literatura* (*Briefe, die neueste Literatur betreffend*). <<

[8] Tragedia de G. E. Lessing. <<

[9] Tragedia de H. W. von Gerstenberg (1737-1823), cuyo tema es la muerte por inanición del conde Ugolino y sus tres hijos. <<

[10] *Theater der Deutschen* (1768-1783), colección en diecinueve volúmenes de obras dramáticas alemanas. <<

[11] *A sentimental Journey through France and Italy. By Mr. Yorick*, de Laurence Sterne (1713-1768). <<

[12] *Empfindsame Reisen durch Deutschland*, de J. G. Schummel (1746-1813). Su *Spitzbart, eine komitragische Geschichte* apareció en 1779. <<

[13] Tragedia (1772) de G. E. Lessing. <<

[14] *Miss Sara Sampson. Ein bürgerliches Trauerspiel* (1755), de G. E. Lessing. <<

[15] No la tragedia de Shakespeare, sino la de C. F. Weisse (1726-1804). <<

[16] *Die Jagd* (1770) de C. F. Weisse (libreto) y J. A. Hiller (música). <<

[17] *The Ravenge. A Tragedy*, de E. Young (1683-1765). *Clarissa oder das unbekannte Dienstmädchen*, de C. Böck (1724-85). *Eugenie*, tragedia de P.-A. Caron de Beaumarchais (1732-1799). <<

[18] *Herkules auf dem Oeta*, opereta de J. B. Michaelis (1746-1772). *Der Graf von Olsbach*, comedia de J. C. Brandes (1735-1799). *Pamela*: probablemente una versión teatral de la novela sentimental de S. Richardson (1689-1761). <<

[19] El «filósofo de Sanssouci» es Federico II de Prusia. Se trata de la traducción alemana de sus obras, aparecida en 1762. (Federico II escribía en francés). <<

OceanofPDF.com

[1] Se trata del himno poético, de carácter deístico, *Universal Prayer*, de Alexander Pope (1688-1744). <<

[2] *Erste Gründe der gesamten Weltweisheit* (Causas primeras de toda la sabiduría universal, 1733-34), de J. C. Gottsched (1700-1766); obra de divulgación, resumen de la filosofía de Christian Wolff, filósofo de la Ilustración alemana. <<

[3] Christian Wolff (1679-1754), filósofo racionalista de la Ilustración alemana. Su obra *Vernünftige Gedanken von Gott, der Welt und der Seele des Menschen* (Ideas racionalistas sobre Dios, el mundo y el alma humana) apareció en 1720. <<

[4] *The Complaint, or Night Thoughts on Life, Death and Immortality* (El lamento, o pensamientos nocturnos sobre vida, muerte e inmortalidad), poema épico de Edward Young (1683-1765), obra clave de la literatura sentimental. <<

[5] Eclesiastés 3, 19. <<

[6] Verso final de la oda de Klopstock (1724-1803) *Das Rosenband*. <<

[7] En el original alemán de *Anton Reiser*, casi todas las poesías tienen rima consonante. <<

[8] Ewald Christian von Kleist (1715-1759), autor de dos colecciones de poemas sobre la primavera (*Der Frühling*). <<

[9] (El agua avanza con esfuerzo temblorosa por el oblicuo río): Horacio, *Carmina*, II, 3. <<

[10] Hans Sachs (1494-1576), Maestro Cantor de Nuremberg, compuso más de 4000 poesías y numerosas comedias en verso. <<

[11] La célebre novela epistolar de J. W. von Goethe. <<

[12] *Lenore*, de G. A. Bürger (1747-1794) y *Adelstan y Röschen*, de L. C. Hölty (1748-1776) marcaron el camino de la balada alemana como género literario. <<

[13] *The History of Tom Jones, a Foundling* de Henry Fielding (1707-1754) fue traducida inmediatamente al alemán y a otros idiomas europeos. El poema más conocido de Albrecht von Haller (1708-1777), *Die Elpen*, pertenece a la colección *Versuch schweizerischer Gedichte* (Poemas suizos). <<

[14] *Siegwart. Eine Klostergeschichte* (Siegwart. Una historia monacal), novela sentimental, de gran éxito en su época, de Johann Martin Miller (1750-1814). <<

[15] El autor alude a *The Life and Opinions of Tristram Shandy*, novela humorística de Laurence Sterne (1713-1768), que goza de merecida fama hasta hoy. <<

[16] «Reiser» significa «viajero». <<

[17] Tragedia de J. W. von Goethe (1774). <<

[18] *Die Zwillinge*, tragedia de Friedrich Maximilian Klinger (1752-1831).
<<

[19] *Der Deserteur aus Kindesliebe*, de Gottlieb Stephanie el Joven (1741-1800). <<

[20] *Der Mann nach der Uhr oder der ordentliche Mann*, comedia de Gottlieb von Hippel (1741-1796) y *Der Edelknabe*, comedia de Johann Jakob Engel (1741-1802). <<

[21] *Der Diamant*, comedia de Johann Jakob Engel. <<

OceanofPDF.com

[1] El género «Diálogos de los muertos» proviene de la Antigüedad griega. La obra aquí citada, lo mismo que las dos siguientes, no están localizadas con absoluta seguridad. <<

[2] Goethe tenía a la sazón un alto cargo político en Weimar, capital del ducado de Sajonia. <<

[3] Ópera cómica de Daniel Schiebeler (1741-1771). <<

[4] Tragedia de Voltaire (1694-1778). <<

[5] *Die Poeten nach der Mode*, comedia de Christian Felix Weise (1726-1804). <<

[6] *Der Deserteur*, opereta del francés Michel Sedaine (1719-1797). <<

[7] La fama de Wartburg se debe al hecho de haber permanecido Lutero escondido allí diez meses, después de su excomunión, realizando durante ese tiempo la célebre traducción de la Biblia al alemán. <<

[8] Profesión de fe de la Iglesia Luterana, presentada a Carlos V en la Dieta de Augsburgo (1530). <<

[9] *Medon oder die Rache des Weisen*, comedia de Christian August Clodius (1738-1784). <<

[10] Se trata del canto decimocuarto del poema épico de Klopstock *El Mesías* (1748-1773). <<

[11] El nombre dado a los tres primeros cantos, aparecidos en 1748, del poema de Klopstock. <<

[12] Alusión a *El vicario de Wakefield*, la novela del inglés Oliver Goldschmidt (1728-1774). <<

[13] Especie de pan muy compacto, con frutas secas y especias, que todavía hoy hacen por Navidad muchas amas de casa alemanas. <<

[14] El tema de la joven india Yariko, que salva de la muerte al inglés Inkle y es vendida por éste como esclava, tiene numerosas versiones literarias en el s. XVIII. No se sabe exactamente a cuál de ellas se refiere el autor. <<

OceanofPDF.com